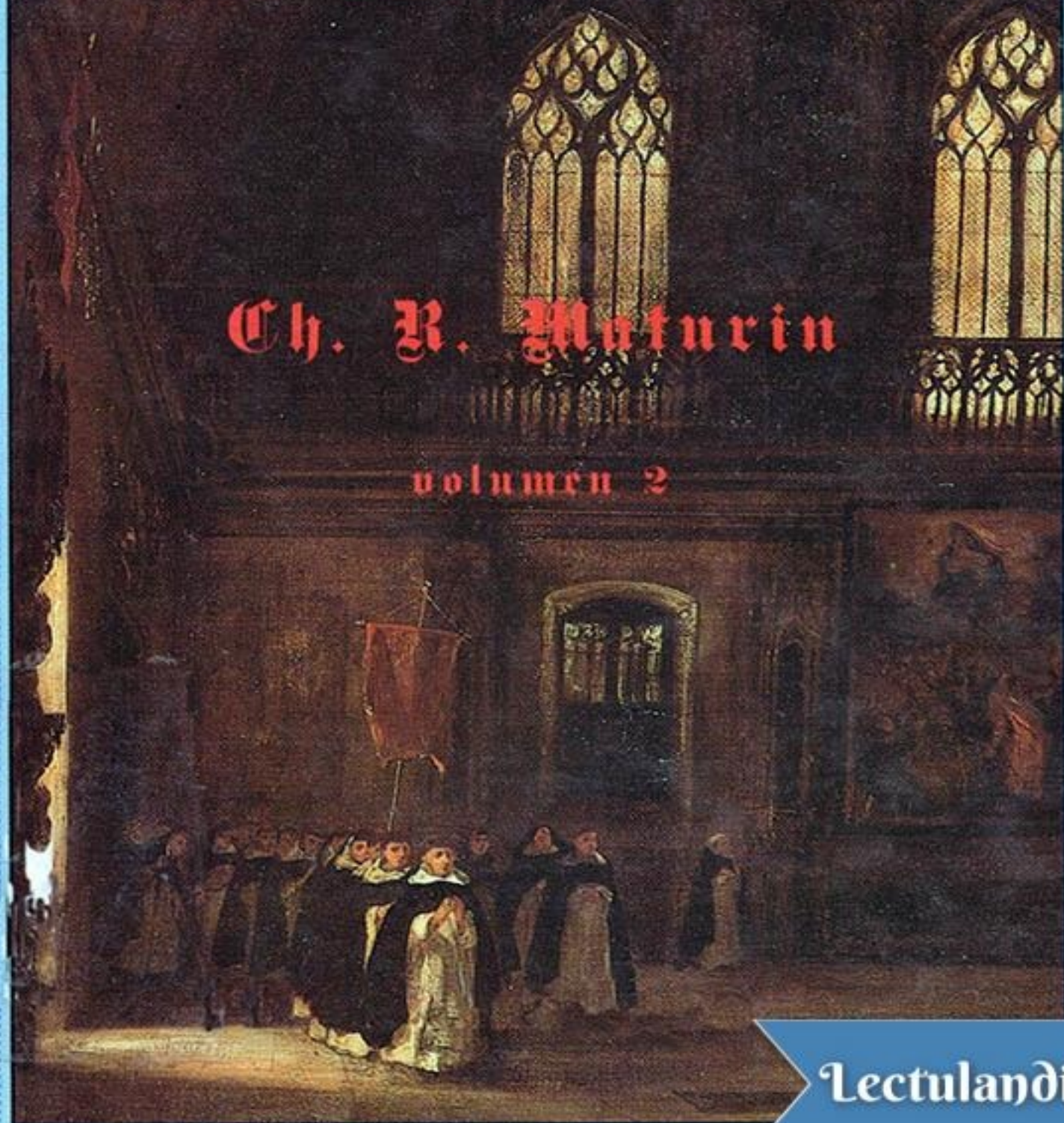


Melmoth el Errabundo

Ch. B. Maturin

volumen 2



Lectulandia

Cuando a principios del siglo XIX la novela gótica languidecía repitiéndose a sí misma, un excéntrico clérigo irlandés, de familia hugonote huida de Francia tras la revocación del Edicto de Nantes, le proporcionó su cota más alta que ciertamente excedió a todo cuanto el género había logrado hasta entonces. Se trata de Charles Robert Maturin (1780-1811), oscuro autor de varias novelas publicadas anónimamente o bajo seudónimo y de algunas tragedias de efímero éxito, como *Sir Bertram or The Castle of St. Aldobrand*, quien se aseguró la inmortalidad literaria con *Melmoth el errabundo*, «obra romántica por excelencia y código del romanticismo», en opinión de Beaudelaire.

Desmedida y fragmentaria en su estructura, pero exenta de la ampulosidad y retórica propias de la ficción gótica así como de las usuales explicaciones racionales a sus profusos efectos sobrenaturales, la novela narra, con una sabia dosificación de elementos terroríficos, la pesadillesca historia de un hombre condenado a la inmortalidad como consecuencia de un pacto con el diablo. La trágica grandeza del personaje, para Lovecraft «una de las supremas figuras alegóricas de la moderna literatura europea» equiparable al *Don Juan* de Molière, al *Fausto* de Goethe y al *Manfredo* de Byron, explica la fascinación que despertó en escritores como Walter Scott, Balzac, Poe, Víctor Hugo, Baudelaire, y más recientemente, André Breton.

Lectulandia

Charles Robert Maturin

Melmoth el errabundo vol.2

El ojo sin párpado - 16

ePub r1.0

Titivillus 11.01.16

Título original: *Melmoth the Wanderer*

Charles Robert Maturin, 1820

Traducción: Francisco Torres Oliver

Ilustración de cubierta: *Interior de un convento dominico*, «*L'Amende honorable*»; Eugène Delacroix, sf

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

VOLUMEN III

Capítulo XII

Juravi lingua, mentem injuriatam, gero.

CICERON

Who brought your first acquaintance with the devil?

JAMES SHIRLEY, St. Patrick for Ireland

»Seguí corriendo sin aliento ni fuerzas (sin darme cuenta de que me hallaba en un callejón oscuro), hasta que me detuvo una puerta. Fui a dar contra ella, la abrí con el golpe, y me encontré en una habitación baja y oscura. Cuando me levanté, porque había caído de bruces, miré a mi alrededor, y me pareció todo tan extraño que, por un momento, quedaron en suspenso mi personal ansiedad y terror.

»Era un aposento muy pequeño; y me di cuenta, por los desgarrones, de que no sólo había destrozado la puerta, sino también una gran cortina que colgaba delante de ella, cuyos amplios pliegues aún podían ocultarme en caso de necesidad. No había nadie en la habitación, y tuve tiempo de observar detenidamente su singular mobiliario.

»Había una mesa cubierta con un paño; encima vi una vasija de extraña forma y un libro, cuyas páginas hojeé, aunque no logré entender una sola palabra. Deduje razonablemente que debía de ser un libro de magia, y lo cerré con una sensación de justificado horror (de hecho, era un ejemplar de la Biblia hebrea con puntuación samaritana). Había también un cuchillo y un gallo atado a la pata de la mesa, cuyos sonoros cacareos pregonaban su impaciencia por que le soltaran^[1].

»Todo este aparato me pareció bastante singular: parecían preparativos para un sacrificio. Me estremecí, y me escondí tras los pliegues de la cortina de la puerta que había desgarrado al caer. Una débil lámpara, suspendida del techo, me reveló todos estos objetos, y me permitió presenciar lo que siguió casi inmediatamente. Un hombre de mediana edad, pero de fisonomía bastante rara incluso para los ojos de un español, dada la negrura de sus cejas, su nariz prominente y cierto fulgor en los ojos, entró en la habitación, se arrodilló ante la mesa, besó el libro que había sobre ella y leyó en él unas cuantas frases que debían preceder, imaginé, a algún horrible sacrificio: comprobó el filo del cuchillo, se arrodilló otra vez, pronunció unas palabras que no entendí (ya que eran en la lengua de aquel libro), y luego llamó a alguien con el nombre de Manasseh-ben-Salomón. Nadie respondió. Suspiró, se pasó la mano por los ojos con el gesto del hombre que se pide perdón a sí mismo por un ligero olvido, y luego pronunció el nombre de “Antonio”. Entró al punto un joven, y contestó:

»—¿Me llamabais, padre? Pero mientras hablaba, lanzó una mirada vaga y ausente al singular mobiliario de la habitación.

»—Te estaba llamando, hijo mío; ¿por qué no contestabas?

»—No os oía, padre; es decir, creía que no era a mí a quien llamabais. Sólo he

oído un nombre por el que nunca me habéis llamado. Al decirme “Antonio”, os he obedecido y he venido.

»—Pues por ese nombre te llamarán y conocerán en el futuro, al menos yo, a no ser que prefieras otro. Puedes escoger.

»—Padre, adoptaré el nombre que vos elijáis.

»—No; la elección de tu nuevo nombre ha de ser tuya: en adelante, habrás de adoptar el nombre que has oído, u otro.

»—¿Qué otro, señor?

»—*El de parricida.*

»El joven se estremeció de horror, menos por las palabras que por la expresión que las acompañó; y tras mirar a su padre un instante en una actitud de trémula y suplicante interrogación, se echó a llorar. El padre aprovechó el momento. Cogió a su hijo por los brazos:

»—Hijo mío, yo te he dado la vida, y tú puedes corresponder a esta gracia; mi vida está en tus manos. Crees que soy católico: te he educado como tal para proteger nuestras vidas, en un país donde la confesión de la verdadera fe significaría perderlas. Pertenezco a esa raza desventurada, estigmatizada en todas partes, contra la que se habla, y de cuya industria y talento depende, sin embargo, la mitad de las fuentes de prosperidad nacional del desagradecido país que nos anatemiza. Soy judío, “israelita”: uno de esos a quienes corresponde según confesión de un apóstol cristiano “la adopción y la gloria, y las alianzas, y la entrega de la ley, y el servicio de Dios, y las promesas; de quienes son los patriarcas y de quienes según la carne procede...” —aquí se detuvo; ya que no quería continuar una cita que habría estado en contradicción con sus sentimientos; añadió—: El Mesías vendrá, para sufrir o triunfar^[2]. Soy judío. El día en que naciste te puse Manasseh-ben-Salomón. Te seguí llamando por ese nombre, que desde entonces sentí entrañablemente unido a mi corazón, y que, vibrando desde los abismos, casi esperaba que hubieses reconocido. Era un sueño; pero ¿no quieres, hijo mío amantísimo, convertir en realidad ese sueño? ¿No quieres? El Dios de tus padres te espera para abrazarte... y tienes a tu padre a los pies, implorándote que sigas la fe del padre Abraham, del profeta Moisés y de todos los santos profetas que están con Dios y que observan en este instante las vacilaciones de tu alma entre las abominables idolatrías de quienes no sólo adoran al hijo de un carpintero, sino que te obligan incluso a postrarte impíamente ante la imagen de la mujer que es su madre, y a adorada con el nombre blasfemo de Madre de Dios; y la voz pura de los que te exhortan a adorar al Dios de tus padres, el Dios de los siglos, el eterno Dios de los cielos y la tierra, sin hijo ni madre, sin descendencia (cómo ellos pretenden en su credo blasfemo), sin adoradores siquiera, salvo aquellos que, como yo, le sacrifican en soledad el corazón, a riesgo de sentirlo TRASPASADO POR SUS PROPIOS HIJOS.

»A estas palabras, el joven, vencido por lo que veía y oía, y desprevenido ante esta súbita transición del catolicismo al judaísmo, se echó a llorar. El padre aprovechó

el momento:

»—Hijo mío, ahora tienes que declararte esclavo de estos idólatras, que son malditos para la ley de Moisés y el mandato de Dios... o unirte a los fieles, que descansarán en el seno de Abraham, y verán desde allí a los incrédulos arrastrándose entre las brasas del infierno, suplicando en vano una gota de agua, como dicen las leyendas de su propio profeta. Y ante tal escena, ¿no te llenará de orgullo negarles una gota?

»—Yo no les negaría una gota —sollozó el joven—, yo les daría estas lágrimas.

»—Resérvalas para la tumba de tu padre —añadió el judío—; porque es a la tumba a lo que me condenas. He vivido, ahorrando, vigilando, contemporizando con esos malditos idólatras, sólo por *ti*. Y ahora..., y ahora rechazas a Dios, que es el único capaz de salvar, ya un padre que te implora de rodillas que aceptes esa salvación.

»—No, no —dijo el joven abrumado.

»—Entonces, ¿qué decides? Estoy a tus pies para saber tu decisión. Mira: los misteriosos instrumentos de iniciación están preparados. Ahí está el libro incorrupto de Moisés, profeta de Dios, como esos mismos idólatras reconocen. Ahí están todos los preparativos para el año de expiación; decide ahora entre estos ritos que pueden consagrarte al verdadero Dios, o agarrar a tu padre (que ha puesto su vida en tus manos), y llevarle por el cuello a las prisiones de la Inquisición. Ahora puedes hacerlo... *si quieres*.

»En postrada y trémula agonía, el padre alzaba sus manos entrelazadas hacia su hijo. Aproveché el momento; la desesperación me había vuelto temerario. No comprendía ni una sola palabra de lo que había dicho, salvo su alusión a la Inquisición. Me serví de esta última palabra. Intentaría captarme el corazón del padre y del hijo. Salí de detrás de la cortina, y exclamé:

»—Si él no os delata a la Inquisición, yo sí.

»Caí a sus pies. Esta mezcla de desafío y postración, mi escuálida figura, mi hábito inquisitorial y mi irrupción en este secreto y solemne encuentro, llenó al judío de tan súbito horror que en vano boqueó para hablar, hasta que, levantándose de mi postura arrodillada, en la que había caído por mi flojedad, añadí:

»—Sí, os delataré a la Inquisición, a menos que me prometáis al punto protegerme de ella.

»El judío miró mi hábito, se dio cuenta de su peligro y el mío, y, con una presencia de ánimo sin igual, salvo en un hombre sometido a fuertes impresiones de excitación mental y peligro personal, hizo desaparecer todo vestigio del sacrificio expiatorio, así como de mi atuendo inquisitorial, en cuestión de un segundo. A renglón seguido llamó a *Rebeca* para que quitara las vasijas de la mesa; ordenó a *Antonio* que abandonara la estancia, y sacó a toda prisa un vestido de un ropero reunido durante siglos; entretanto, me arrancó mi indumentaria inquisitorial con una violencia que me dejó prácticamente desnudo, y el hábito hecho jirones.

»Había algo a la vez pavoroso y grotesco en la escena que siguió. Rebeca, una vieja judía, acudió a la llamada; pero al ver a una tercera persona, retrocedió aterrada, mientras que su señor, en su atribulación, la llamaba por su nombre cristiano de María. Obligado a retirar la mesa solo, la volcó, partiéndole una pata al desdichado animal que estaba atado a ella, el cual, para no quedarse sin participar en el alboroto, lanzaba los más agudos e intolerables chillidos; así que el judío, alzando el cuchillo sacrificador, repitió atropelladamente:

»—*Statim mactat gallum.*

»Y libró definitivamente a la desventurada ave de todo dolor. Luego, temblando por la clara confesión de su judaísmo, se sentó entre las ruinas de su volcada mesa, trozos de vasijas rotas y restos del gallo sacrificado. Me observó con una mirada de petrificada y grotesca estupefacción, y me preguntó con voz delirante por qué “mis señores los inquisidores tienen a bien visitar mi humilde pero muy honrada casa”. Yo no me encontraba menos alterado de lo que estaba él; y aunque hablábamos la misma lengua y nos veíamos obligados por las circunstancias a depositar la misma extraña y desesperada confianza el uno en el otro, echamos en falta efectivamente, durante la primera media hora, un intérprete de nuestras exclamaciones, sobresaltos de terror y repentinas revelaciones. Por último, nuestro mutuo terror influyó favorablemente en nosotros, y acabamos entendiéndonos. El resultado fue que, menos de una hora después, me hallaba cómodamente vestido, sentado ante una copiosa mesa, vigilado por mi involuntario anfitrión, y vigilándole yo a él, a mi vez, yendo mis ojos, rojos como los de un lobo, de su mesa a su persona, como si, al menor indicio de traición por su parte, fuera a cambiar yo de comida, y a saciar mi hambre en él. No había peligro; mi anfitrión tenía más miedo de mí que yo de él, y por muchos motivos. Era un judío *nato*, un impostor, un desdichado que, sacando su sustento del seno de nuestra madre Iglesia, convertía su alimento en veneno, y trataba de inocularlo en los labios de su hijo. Yo no era más que un fugitivo de la Inquisición: un prisionero que tenía una especie de instintiva y perdonable aversión a causar a los inquisidores la molestia de encender para *mí* una hoguera que estaría mucho mejor empleada si se destinase a un adicto a la ley de Moisés. De hecho, consideradas las cosas objetivamente lo tenía todo a mi favor; y el judío se comportaba como si lo comprendiese así también..., aunque yo atribuía todo esto al terror que le inspiraba la Inquisición.

»Esa noche dormí... no sé cómo ni dónde. Tuve unas visiones extrañas antes de dormirme, si es que me dormí; después, esas visiones, esas *cosas*, se convirtieron en tremenda y rigurosa realidad ante mí. He buscado a menudo en mi memoria el recuerdo de la primera noche que pasé bajo el techo del judío, pero no puedo encontrar nada; nada, salvo la convicción de mi absoluta locura. Quizá no lo era, no lo sé. Recuerdo que me alumbraba mientras subíamos por una estrecha escalera, y que le pregunté si *bajábamos* a las mazmorras de la Inquisición; que abrió de golpe una puerta, y pregunté si era la cámara de tortura; que trató de desvestirme, y

exclamé: “No me amarreís demasiado fuerte; sé que debo sufrir, pero tened misericordia”; que me arrojó a la cama, mientras yo gritaba: «¿Por fin me habéis atado al potro?; pues estirad al máximo, antes perderé el conocimiento; pero que no se acerque vuestro cirujano a vigilar mi pulso; dejad que cese de latir, y dejad que cese yo de sufrir». No recuerdo nada más en espacio de muchos días, por más que me esfuerzo y me vengan de vez en cuando a la conciencia imágenes que sería mejor olvidar. ¡Ah, señor!, hay *criminales de la imaginación*, a los que si pudiésemos encerrar en las *oubliettes* de su magnífica pero mal cimentada fábrica, su señor reinaría más feliz.

[...]

»Transcurrieron muchos días antes de que el judío empezase a darse cuenta: de que había comprado algo cara su inmunidad, a lo que se añadía el mantenimiento de un huésped molesto y, me temo, perturbado. Aprovechó la primera oportunidad que le brindó mi recuperación para hablarme de esto, y me preguntó suavemente qué me proponía hacer y adónde pensaba ir. Esta pregunta me hizo ver por vez primera la perspectiva de desesperada e interminable desolación que se abría ante mí: la Inquisición había arrasado todo vestigio de vida como a sangre y fuego. No tenía lugar adonde dirigirme, comida que poder ganar, mano que estrechar, saludo que devolver, ni techo donde cobijarme en todo el ámbito de España.

»Sin duda ignoráis, señor; que el poder de la Inquisición, como el de la muerte, os separa con su simple roce de todo parentesco mortal. En el instante en que te atrapa su garra, se sueltan todas las manos humanas que sujetaban la tuya: dejas de tener padre, madre, hermana o hijo. El más leal y afectuoso de los parientes, que en el curso natural de la vida humana habría puesto las manos bajo tus pies para aliviarte la aspereza del camino, sería el primero en traer la leña que te reduciría a cenizas si la Inquisición te sentenciase. Yo sabía todo esto; y era consciente, además, de que aunque no hubiese sido nunca prisionero de la Inquisición, habría sido un ser solitario, rechazado por mi padre y mi madre, dado que era involuntario homicida de mi hermano, el único ser de la tierra que me había querido, a quien yo podía haber amado, y el cual habría podido ayudarme: ese ser que pareció cruzar fulgurante por mi breve existencia *humana*, para iluminarla y abrasarla. El rayo había perecido con la víctima. En España me era imposible vivir sin que me descubriesen, a menos que me encerrase en una cárcel tan profunda y desesperada como la de la Inquisición. Y aun de obrarse un milagro que me trasladase fuera de España, ignorante como era del idioma, costumbres y modos de obtener el sustento de cualquier otro país, ¿cómo podría mantenerme aunque fuese un solo día? El hambre más absoluta me miró a la cara; y me invadió un sentimiento de degradación, acompañado de una conciencia de total y desolado desamparo, que fue el más agudo dardo de la aljaba, cuyo contenido llevaba clavado en el corazón. A mis propios ojos, mi importancia había disminuido al dejar de ser víctima de la persecución que durante tanto tiempo había sufrido. *Mientras consideren que vale la pena atormentarnos, no dejamos de estar dotados de*

cierta dignidad; aunque dolorosa e imaginaria. Incluso en la Inquisición, yo pertenecía a alguien: era vigilado y custodiado; ahora era un proscrito en toda la tierra, y lloré con igual amargura y abatimiento, ante la desesperanzada inmensidad del desierto que debía atravesar.

»El judío, impasible frente a estos sentimientos, salía a diario en busca de noticias; y una noche regresó con tal euforia que fácilmente pude adivinar que se había asegurado su propia inmunidad, si no la mía. Me comunicó que corría por Madrid el rumor de que yo había perecido la noche del incendio en el derrumbamiento. Añadió que esta hipótesis la reforzaba, además, el hecho de que los cuerpos de los que habían perecido bajo las ruinas del arco estaban, al ser rescatados, tan desfigurados por el fuego y el peso de los escombros que eran totalmente irreconocibles; se juntaron todos sus restos, no obstante, y se suponía que los míos se encontraban entre ellos. Formaron una pira con ellos; y sus cenizas, *que ocuparon un solo ataúd*^[3], fueron enterradas en la cripta de la iglesia de los dominicos, mientras algunas de las primeras familias de España, con el más profundo duelo y los rostros velados, testimoniaron su dolor en silencio por aquellos ante quienes, de haber estado con vida, les habría estremecido reconocer su parentesco mortal. Ciertamente, un montón de ceniza no era ya ni siquiera objeto de hostilidad religiosa. Mi madre, añadió, se hallaba entre los dolientes, pero con un velo tan largo y espeso, y tan poca servidumbre, que habría sido imposible reconocer a la duquesa de Moncada, de no ser por el rumor de que se había impuesto ese aspecto por penitencia. Añadió, cosa que me produjo la mayor satisfacción, que el Santo Oficio se alegraba mucho de confirmar la historia de mi muerte; querían considerarme muerto, y raramente se niega credibilidad en Madrid a lo que la Inquisición desea que se crea. Esta certificación de mi muerte era para mí el mejor seguro de vida. El judío, llevado de la exuberancia de su alegría, que le había henchido el corazón, si no su hospitalidad, me informó, en cuanto me hube tragado mi pan y mi agua (porque mi estómago se negaba todavía a digerir ningún alimento animal), que esa misma tarde iba a celebrarse una procesión, que sería la más solemne y grandiosa de las celebradas en Madrid. El Santo Oficio saldría con toda la pompa y plenitud de su magnificencia, acompañado por los estandartes de santo Domingo y la cruz, mientras que las demás órdenes religiosas de Madrid concurrirían con sus correspondientes insignias, escoltadas por una fuerte guardia militar (cosa que, por alguna razón, se consideraba necesaria o apropiada); y con la asistencia de todo el populacho de Madrid, concluiría en la iglesia principal, como acto de humildad por la reciente catástrofe que había padecido, donde imploraría a los santos que fuesen más activos personalmente, en caso de producirse otro incendio en el futuro.

»Llegó la tarde; me dejó el judío. Y, dominado por un impulso a la vez inexplicable e irresistible, subí al aposento más alto de la casa, y con el corazón palpitante, me dispuse a esperar el repique de campanas que anunciaría el comienzo de la ceremonia. No tuve que esperar mucho rato. Cerca ya del crepúsculo, cada

campanario de la ciudad vibró con los repiques de sus bien dobladas campanas. Yo estaba en la parte más alta de la casa. Sólo había una ventana; pero, ocultándome detrás de la persiana, que apartaba de cuando en cuando, pude presenciar perfectamente el espectáculo. La casa del judío daba a un espacio abierto por el que debía pasar la procesión; y se encontraba ahora tan abarrotado que me pregunté cómo podría abrirse paso entre tan apretujada e impenetrable masa de gente. Por último, percibí un movimiento como de una fuerza distante, la cual imprimía una vaga ondulación al inmenso gentío que oscilaba y se oscurecía a mis pies como el océano bajo las primeras y lejanas agitaciones de la tormenta.

»La multitud se movía y se agitaba en vaivenes, pero no parecía abrirse una sola pulgada. La procesión comenzó. Pude ver cómo se acercaba la cabeza, señalada por el crucifijo, el estandarte y los ciriales (pues habían retenido la procesión hasta última hora para darle el imponente efecto de las antorchas). Y observé cómo la multitud, a gran distancia, abría paso inmediatamente. Luego vino el flujo de la procesión, discurriendo como un río grandioso entre dos riberas de cuerpos humanos, los cuales guardaban tan regular y estricta distancia que parecían murallas de piedra, al tiempo que los estandartes y crucifijos y cirios hacían el efecto de crestas de espuma de las olas, elevándose unas veces y hundiéndose otras. Avanzaron al fin, y todo el esplendor de la procesión irrumpió ante mis ojos, y nada me pareció más imponente y grandioso. Los hábitos de los religiosos, el resplandor de los cirios en lucha con las últimas claridades, que parecían decirle al cielo: “Nosotros tenemos un sol, aunque el tuyo se haya puesto”; la expresión solemne y decidida de los participantes, que marchaban como si lo hicieran sobre cuerpos de reyes, y miraban como diciendo: “¿Qué es el cetro frente a la cruz?”; y el negro crucifijo, temblando detrás, escoltado por el estandarte de santo Domingo, con su terrible inscripción, eran una visión capaz de convertir a todos los corazones, y me alegré de ser católico. De repente se produjo un tumulto entre la multitud; al principio, no sabía a qué se debía, puesto que todos parecían embargados de contento.

»Retiré la persiana y vi, a la luz de las antorchas, entre la multitud de oficiales que se apiñaban alrededor del estandarte de santo Domingo, la figura de mi compañero. Su historia era bien conocida de todos. Al principio se oyó un débil siseo, y luego un rugido sofocado y violento. A continuación oí voces entre la muchedumbre, que repetía de manera audible:

»—¿A qué viene esto? ¿Cómo se preguntan por qué se ha medio quemado la Inquisición, por qué nos ha retirado la Virgen su protección y por qué los santos nos vuelven la espalda? ¿Cuándo un parricida desfila con los oficiales de la Inquisición? ¿Son las manos que degollaron a un padre las más apropiadas para sostener el signo de la cruz?

»Eso decían las voces, aunque al principio provenían de unos pocos; pero pronto se propagó el rumor entre la muchedumbre, que le dirigió miradas feroces, y cerró y alzó los puños, y algunos se agacharon a coger piedras. Siguió la procesión, empero,

y cada uno se arrodilló al paso del crucifijo, que llevaban en alto los sacerdotes. Sin embargo, los murmullos aumentaron también, y las voces de “parricida, profanación y víctima” se elevaron de todas partes, incluso entre los que se arrodillaban en el barro al paso de la cruz. Luego el murmullo aumentó: ya no podía confundirse con los rezos y las jaculatorias. Los sacerdotes de la cabeza se detuvieron con terror mal disimulado, y esto fue como la señal para la terrible escena que iba a seguir. Un oficial de la guardia, en ese momento, osó indicar al Inquisidor General el peligro que podía venir, pero fue despachado con una corta y desabrida respuesta:

»—Seguid; los siervos de Cristo no tienen nada que temer.

»La procesión trató de reanudar la marcha, pero se lo impidió la multitud, que ahora parecía abrigar algún funesto propósito. Arrojaron algunas piedras; pero en el momento en que los sacerdotes alzaron sus crucifijos, la gente cayó de rodillas otra vez, con las piedras en las manos. Los oficiales militares fueron de nuevo al Inquisidor General, y solicitaron su permiso para dispersar a la multitud. Recibieron la misma severa y tajante respuesta:

»—La cruz se basta sola para proteger a sus siervos; sean cuales sean vuestros temores, yo no tengo ninguno.

»Furioso por esta contestación, saltó un joven oficial sobre su caballo, del que se había bajado por respeto mientras se dirigía a la Suprema, y allí mismo fue derribado de una pedrada que le fracturó el cráneo. Volvió sus ensangrentados ojos hacia el Inquisidor, y murió. La multitud profirió un tremendo rugido y se apretujó alrededor. Sus intenciones eran ahora bien claras. Se arremolinó en torno al tramo de la procesión donde marchaba su víctima. Una vez más, y en los términos más perentorios, suplicaron permiso los oficiales para dispersar a la gente, o al menos para cubrir la retirada del odioso individuo a alguna iglesia próxima, o incluso hasta los muros de la Inquisición. Y el propio desdichado se sumó a esta súplica a grandes voces (ya que veía el peligro que se cernía sobre él). La Suprema, aunque con el semblante pálido, no rebajó un ápice su orgullo.

»—¡Éstas son mis armas! —exclamó, señalando los crucifijos—, y su inscripción es εν-τοντω-νιχα. Prohíbo que se desenvaine una sola espada ni se cargue un solo mosquete. Proseguid, en el nombre de Dios.

»E intentaron continuar; pero las apreturas lo hicieron imposible. La gente, sin la contención de los oficiales, se desbordó; las cruces se tambalearon y oscilaron como estandartes en una batalla; los religiosos, presa de confusión y terror, se apretaron unos contra otros. En medio de este inmenso gentío, cada cambio de postura daba lugar a un claro y ostensible movimiento que arrastraba a parte de la multitud, directamente, al lugar donde se hallaba la víctima, aunque protegida por cuanto hay de formidable en la tierra y de terrible en el reino espiritual: estaba protegido por la cruz y la espada..., aunque temblaba en el fondo de su alma. La Suprema comprendió demasiado tarde su error, y ordenó en voz alta a los militares que avanzaran y dispersasen a las turbas como fuese. Trataron de obedecerle; pero ahora se

encontraban mezclados entre la misma gente. Había desaparecido todo orden y además, desde el principio mismo parecía haber una especie de desgana entre los militares para cumplir este servicio. Con todo, trataron de cargar; pero sumergidos como estaban en el gentío, que se pegaba a las patas de sus caballos, ni siquiera pudieron formar, y la primera rociada de piedras provocó en ellos una total confusión. El peligro aumentaba por momentos, pues un solo espíritu parecía animar ahora a la multitud entera. Lo que había sido el gruñido apagado de unos cuantos se convirtió en este instante en un alarido audible de todos:

»—¡Entregádnoslo: tenemos que castigarle!

»Y se agitaban y rugían como miles de olas embistiendo contra un barco naufragado. Al retirarse los militares, un centenar de sacerdotes rodearon al pobre desdichado y, con generosa desesperación, se expusieron al furor de la multitud. Entretanto, la Suprema avanzó decidido hacia el peligroso lugar y se situó al frente de los sacerdotes, con la cruz en alto: su rostro era como el de un muerto, pero sus ojos no habían perdido una sola chispa de su fuego, ni su voz una sola piedra de su orgullo. Fue inútil: la multitud avanzó tranquilamente, incluso respetuosamente (ya que nada se le resistía), apartando cuanto se interponía a su paso; al hacerlo, tenían todos los cuidados con las personas de los sacerdotes, a los que se veían obligados a apartar, pidiendo perdón repetidamente por la violencia de la que eran culpables y esta tranquilidad de la venganza decidida fue la señal más horrible de su inquebrantable decisión de no cejar hasta ver cumplido su propósito. Rompieron el último anillo y vencieron la última resistencia. En medio de un alarido como de miles de tigres, agarraron a la víctima y la sacaron a rastras, mientras se aferraba ésta con ambas manos a los jirones de los hábitos de los que le habían rodeado en vano, y los alzaba en la impotencia de su desesperación.

»Acallaron su rugido un momento, al sentirlo entre sus garras, y le miraron con ojos ávidos. Luego volvieron a la carga, y comenzó el espectáculo de sangre. Lo arrojaron al suelo, lo levantaron en vilo, lo lanzaron al aire, lo arrojaron de unas manos a otras como cornea un toro a los mastines que le ladran a derecha e izquierda. Ensangrentado, destrozado, manchado de barro y magullado por las pedradas, se debatía y rugía entre ellos, hasta que un grito poderoso anunció la esperanza de poner fin a esta escena a la vez horrible para la humanidad y vergonzosa para la civilización. Los militares, fuertemente reforzados, llegaron al galope, y los religiosos, con los hábitos desgarrados y los crucifijos rotos, detrás: todos corrían atribulados a causa de la naturaleza humana, todos deseosos de evitar esta baja y bárbara ignominia para el nombre de la cristiandad y de la naturaleza humana.

»—¡Ah!, pero la intervención sólo sirvió para precipitar la horrible catástrofe. Entonces hubo menos espacio para que la multitud llevara a cabo su furioso propósito. Vi, comprendí, aunque no me es posible describir, los últimos instantes de esta escena horrible. Tras arrastrarlo por el barro y las piedras, arrojaron un mutilado amasijo de carne contra la puerta de la casa donde yo estaba. Con la lengua asomando

de su boca lacerada como de toro acosado; con un ojo fuera de su órbita y colgando de su ensangrentada mejilla; con los miembros fracturados y una herida en cada poro, seguía suplicando que le perdonasen “¡la vida... la vida... la vida... por piedad!”, hasta que una piedra lanzada por alguna mano misericordiosa le derribó. Cayó y, acto seguido, fue pisoteado en el barro sanguinolento y desteñido por miles de pies. Llegó la caballería y cargó con furia.

La multitud, saturada de crueldad y de sangre, le dejó paso en torvo silencio. Pero a la víctima no le habían dejado una articulación de dedo meñique, ni un pelo de la cabeza, ni una tira de su piel. De haber hipotecado España todas sus reliquias de Madrid a Montserrat, de los Pirineos a Gibraltar, no habría podido recobrar ni el corte de una uña para canonizar. El oficial que mandaba la tropa hincó los cascos de su caballo sobre una masa sanguinolenta e informe, y preguntó:

»—¿Dónde está la víctima?

»—Bajo las patas de vuestro caballo —le respondieron, y se marcharon^[4].

»El caso, *señor*, es que mientras presenciaba esta horrible ejecución, experimenté todos los síntomas que vulgarmente se atribuyen a la fascinación. Me estremecí al primer movimiento, al sordo y profundo murmullo de la multitud. Y dejé escapar un grito involuntario cuando iniciaron el movimiento decisivo; pero cuando finalmente arrojaron la informe carroña humana contra la puerta, repetí los gritos salvajes de la multitud con una especie de instinto salvaje. Entrelacé mis manos, las apreté fuertemente durante un momento... y luego repetí como un eco los alaridos de este ser que parecía no tener vida ya, pero que aún era capaz de gritar; y grité enloquecido, suplicando que le perdonasen la vida... la vida... ¡por piedad! Un rostro se volvió hacia mí al oírme dar aquellos chillidos inconscientes. Clavó su mirada un instante en mí, y la apartó a continuación. El fulgor familiar de sus ojos no me causó en ese momento ninguna impresión. Mi existencia era tan puramente maquinal que, sin la menor conciencia de mi propio peligro (escasamente menor que el de la víctima, de haber sido descubierto), seguí profiriendo grito tras grito, y alarido tras alarido, ofreciendo mentalmente un mundo a cambio de poder alejarme de la ventana, y notando sin embargo como si cada grito que profería fuese un clavo que me afianzara a ella; cerrando los párpados, y sintiendo como si una mano me forzara a tenerlos abiertos, o me los cortara, obligándome a mirar cuanto sucedía abajo, como obligaron a Régulo a mirar el sol con los párpados arrancados hasta que le secó los ojos... Así estuve, hasta que el sentido y la vista y el alma escaparon de mí, y caí, agarrándome a la reja de la ventana, imitando, en mi horrible trance, los gritos de la multitud y los aullidos del desventurado^[5]. Por un momento, creí de veras que era yo la víctima de su crueldad. El drama de terror tiene un poder irresistible para convertir a su auditorio en víctima.

»El judío había permanecido alejado del tumulto de la noche. Supongo que debió de decirse a sí mismo, con palabras de vuestro admirable poeta:

¡Oh, padre Abraham, qué cristianos son éstos^[6]!

»Pero cuando regresó, a hora tardía, se quedó horrorizado ante el estado en que me encontró. Deliraba, desvariaba, y todo cuanto dijo o hizo para tranquilizarme fue inútil. Mi imaginación había quedado tremendamente impresionada, y la consternación del pobre judío era, según me dijeron, grotesca y patética. Dominado por el terror, olvidó la formalidad técnica de designar con nombres cristianos a los miembros de su casa desde que se instalara en Madrid. Llamaba a voces a su hijo por el nombre de Manasseh-ben-Salomón y a su criada por el de Rebeca, para que le ayudasen a sujetarme.

»—¡Oh, padre Abraham, mi ruina es segura!, este maníaco lo descubrirá todo, y Manasseh-ben-Salomón, mi hijo, morirá sin haber sido circuncidado.

»Estas palabras disiparon mi delirio; me levanté de un salto y, agarrando al judío por el cuello, le dije que le acusaría ante la Inquisición. El aterrado infeliz, cayendo de rodillas, vociferó:

»—¡Dios mío, Dios mío, Dios mío! ¡Oh, estoy perdido! —luego, abrazándose a mis rodillas, prosiguió—: Yo no soy judío; mi hijo Manasseh-ben-Salomón, es cristiano; no le traicionaréis, no me traicionaréis a mí, que os he salvado la vida. Manasseh, digo Antonio, y Rebeca, no, María, me han ayudado a salvaros. ¡Oh, Dios de Abraham, mi gallo, y mi sacrificio de expiación; y este maníaco que ha irrumpido en la intimidad de nuestra casa para rasgar el velo del tabernáculo!

»—Cerrad el tabernáculo —dijo Rebeca, la vieja criada que he mencionado antes —: Cerrad el tabernáculo y cubridlo con los velos, porque ahí fuera hay unos hombres que llaman a la puerta; hombres que más parecen hijos de Belial, y aporrean con bastones y piedras; y, en verdad, a punto están de echarla abajo, y de destrozar sus molduras con hachas y martillos.

»—Mientes —dijo el judío presa de gran turbación—, la puerta no tiene molduras, ni se atreverán a derribarla con hachas y martillos; quizá es sólo un ataque de los hijos de Belial, en medio de su embriaguez y desenfreno. Ve, Rebeca; vigila la puerta y no dejes entrar a esos hijos de Belial, ni tampoco a los hijos de los poderosos de esta pecada ciudad de Madrid, mientras yo me libro de esta blasfema carroña que forcejea conmigo; que forcejea condenadamente.

»En efecto, forcejeaba con violencia. Pero en tanto nos debatíamos, los golpes de la puerta se hicieron más sonoros y fuertes; y mientras me rechazaba, el judío siguió repitiendo:

»—Plántales cara, Rebeca; sé como una roca.

»Cuando Rebeca vio que se retiraba, exclamó:

»—Mejor será que les plante espalda, porque de nada sirve ya mi cara. Mi espalda es lo que voy a oponerles, y les resistiré.

»—¡Por favor, Rebeca! —exclamó el judío—, opónles la CARA; así es como probablemente les vencerás. No trates de oponerte a ellos de espaldas, sino enfréntate

de cara y mira: si son hombres, aunque fuesen mil, en cuanto increpes al primero, huirán. Te ruego una vez más, Rebeca, que te enfrentes a ellos de cara, mientras yo echo al monte a este chivo expiatorio. Sin duda, tu cara bastaría para alejar a los que llamaron de noche a la puerta de aquella casa de Gibeah, en el caso de la mujer del benjaminita.

»Entretanto, los golpes iban en aumento.

»—Mirad que tengo la espalda quebrada —exclamó Rebeca, renunciando a su vigilancia—; pues, verdaderamente, las armas de los poderosos sacuden dinteles y jambas; y no tengo brazos de acero, ni costillas de hierro, y ved que desfallezco... sí, desfallezco, y caigo de espaldas, en manos de incircuncisos.

»Y diciendo esto, cayó de espaldas al ceder la puerta, aunque no, como temía, en manos de incircuncisos, sino en las de dos congéneres, quienes al parecer tenían alguna extraordinaria razón para hacer tan tardía visita y violenta entrada.

»El judío, al saber quiénes eran, me dejó, tras cerrar la puerta con llave, y permaneció en vela la mayor parte de la noche, en grave conferencia con sus visitantes. Fuera cual fuese el tema de su conversación, dejó huellas de la más intensa ansiedad en el semblante del judío a la mañana siguiente. Salió temprano, no regresó hasta muy tarde, y entró apresuradamente al aposento que yo ocupaba, mostrándose muy complacido al encontrarme sosegado y en mi sano juicio. Mandó colocar velas en la mesa, ordenó a Rebeca que se retirara, cerró la puerta y, tras dar varias vueltas inquieto por el estrecho aposento y aclararse repetidamente la garganta, se sentó al fin, dispuesto a confiarme la causa de su turbación, en la que, con la fatal conciencia del infeliz, empezaba yo a comprender que tenía parte. Me dijo que, aunque la noticia de mi muerte, tan completamente aceptada en todo Madrid, le había tranquilizado el ánimo, corría ahora un insensato rumor que, pese a lo falso e imposible que era, podía traer, al difundirse, las más graves consecuencias para nosotros. Me preguntó si había sido yo tan imprudente como para exponerme a que me vieran el día de la horrible ejecución; y cuando le confesé que me había asomado a la ventana, y que involuntariamente había proferido gritos que, temía yo, podían haber llegado a oídos de alguien, se retorció las manos, y un sudor de consternación bañó su pálido semblante. Cuando se recobró, me dijo que era creencia general que se había aparecido mi espectro en esa terrible ocasión, que me habían visto vagar por los aires, acudiendo a presenciar los sufrimientos del desdichado moribundo, y que habían oído mi voz enviándole a su eterna condenación. Añadió que esta historia, que poseía toda la credibilidad de la superstición, andaba repitiéndose de boca en boca; y por desechable que se considerase este absurdo, irremisiblemente daría lugar a una atenta vigilancia y una constante dedicación por parte del Santo Oficio, y podía conducir finalmente a mi descubrimiento. Así que iba a revelarme un secreto, con cuyo conocimiento podía seguir gozando de completa seguridad, incluso en el centro de Madrid, hasta tanto ideara la forma de llevar a cabo mi huida y contara con medios de subsistencia en algún país protestante, fuera del alcance de la Inquisición.

»Cuando estaba a punto de revelarme el secreto, del que dependía la seguridad de ambos, y permanecía yo atento en muda agonía, se oyó un golpe en la puerta, muy distinto de las llamadas de la noche anterior. Fue una llamada simple, solemne, autoritaria, seguida de una orden de abrir la casa, en nombre de la más Sagrada Inquisición. A estas terribles palabras, el desdichado judío cayó de rodillas, apagó las velas, invocó el nombre de los doce patriarcas, y se echó sobre el brazo un gran rosario en menos tiempo del que es posible imaginar que la humana estructura ejecute tal diversidad de movimientos. Repitieron la llamada; yo estaba paralizado. Pero el judío, poniéndose en pie de un salto, levantó en un segundo una tabla del suelo y, con un movimiento entre convulsivo e instintivo, me indicó que bajara. Así lo hice, y en un instante me encontré a oscuras y a salvo.

»Había descendido unos cuantos escalones, y me había detenido temblando en el último, cuando los oficiales de la Inquisición entraron en el aposento, pisando la misma tabla bajo la cual me ocultaba. Pude oír cada palabra que intercambiaron.

»—Don Fernán —dijo un oficial al judío, el cual había entrado con ellos tras abrir respetuosamente la puerta—, ¿por qué habéis tardado en abrir?

»—Santo padre —dijo el tembloroso judío—; mi única criada, María, es vieja y sorda; mi hijo, un niño, está en la cama, y yo me hallaba entregado a mis devociones.

»—Parece que cumplís con ellas a oscuras —dijo otro, señalando las velas que el judío estaba encendiendo nuevamente.

»—Cuando los ojos de Dios se vuelven hacia mí, reverendísimos padres, jamás estoy a oscuras.

»—Los ojos de Dios *están* siempre puestos en vos —dijo el oficial, sentándose austeramente—, y otros también, en los cuales ha delegado Él la atenta vigilancia y la irresistible penetración de los suyos propios: los del Santo Oficio. Don Fernán de Núñez —nombre por el que atendía el judío—, no ignoráis la indulgencia que la Iglesia concede a los que renuncian a los errores de esa maldita y herética raza de la que descendéis; pero debéis saber igualmente la incesante vigilancia que mantiene sobre tales individuos dada la sospecha que necesariamente despierta su dudosa conversión, y su posible reincidencia. Sabemos que corría negra sangre en Granada por las venas emponzoñadas de vuestros mayores, y que sólo han transcurrido cuatro siglos desde que vuestros antepasados pisotearon esa cruz ante la cual os arrodilláis ahora. Sois anciano, don Fernán; pero no *cristiano viejo*, y en esas circunstancias, incumbe al Santo Oficio ejecutar una atenta vigilancia de vuestra conducta.

»El desventurado judío, invocando a todos los santos, declaró que consideraba la más estricta vigilancia con que tuviese el Santo Oficio a bien honrarle como un favor y un motivo de agradecimiento, renunciando al mismo tiempo al credo de su raza con términos tan exagerados y vehementes que me hizo dudar de la sinceridad de cualquier creencia suya, y de su fidelidad a mí. Los oficiales de la Inquisición, sin hacer el menor caso de sus protestas, siguieron informándole del objeto de su visita. Manifestaron que una historia disparatada e increíble sobre que se había visto vagar

por los aires, cerca de su casa, el espectro de un prisionero muerto de la Inquisición, había sugerido a la prudencia del Santo Oficio la idea de que tal individuo estuviese con vida y oculto entre sus muros.

»No podía ver yo el nerviosismo del judío, pero noté que la vibración de las tablas sobre las que se hallaba se transmitía a los escalones donde me había detenido. Con voz trémula y estrangulada, suplicó a los oficiales que registrasen cada aposento de la casa, y la arrasaran y le enterrasen a él bajo sus escombros si encontraban algo en ella que un devoto hijo de la Iglesia no debiera albergar.

»—Eso es lo que sin duda vamos a hacer —dijo el oficial, tomándole la palabra con la mayor *sang froid*—; pero entretanto, permitid que os prevenga, don Fernán, del peligro en que incurriríais si, en el futuro, por remoto que sea, se descubre que albergasteis o ayudasteis a ocultarse a un prisionero de la Inquisición y enemigo de la Iglesia: la primera y más ligera parte de ese castigo será el arrasamiento de vuestra casa —el inquisidor alzó la voz y, haciendo una pausa con enfática deliberación entre frase y frase, como midiendo el efecto de sus golpes en el creciente terror de su oyente, dijo—: Seréis conducido a nuestra prisión, bajo sospecha de judío relapso. Vuestro hijo será confiado a un convento para apartarle de la pestilente influencia de vuestra presencia, y toda vuestra propiedad será confiscada, hasta la última piedra de vuestros muros, hasta la última prenda de vuestra persona y el último denario de vuestra bolsa.

»El pobre judío, que había manifestado la gradación de su miedo con gemidos más audibles y prolongados al final de cada frase acusadora, ante la mención de una confiscación tan total y desoladora, perdió todo dominio de sí, y profiriendo: “¡Oh, padre Abraham y todos los santos profetas!”, cayó, según deduje por el ruido, de rodillas en el suelo. Me di por perdido. Vencido por su pusilanimidad, las palabras que profirió bastaron para traicionarse ante los oficiales de la Inquisición; y sin vacilar un momento entre el peligro de caer en manos de ellos y sumergirme en la oscuridad del escondrijo al que había descendido, bajé los pocos escalones que quedaban y traté de llegar a tientas a un pasadizo en el que parecía terminar.

Capítulo XIII

*There sat a spirit in the vault,
In shape, in hue, in lineaments, like life.*

SOUTHEY, Thalaba the Destroyer.

»Estoy convencido de que, aunque el pasadizo hubiese sido tan largo e intrincado como el mayor recorrido por los arqueólogos al descubrir la tumba de Keops en las pirámides, me habría precipitado en él cegado por mi desesperación, hasta que el hambre o el agotamiento me hubiesen obligado a detenerme. Pero no iba a enfrentarme con ese peligro: el suelo del pasadizo era regular y los muros estaban revocados; y aunque avanzaba a oscuras, caminaba seguro; y con tal que mis pasos me alejaran de la persecución o el descubrimiento por parte de la Inquisición, me importaba bien poco cómo podía terminar.

»En medio de esta transitoria magnanimidad de la desesperación, de este estado de ánimo que une los extremos del valor y la cobardía, vi una débil luz. Débil pero discernible: se trataba claramente de una luz. ¡Dios mío! ¡Qué sobresalto provocó en mi sangre y mi corazón, en todas mis sensaciones físicas y mentales, este sol de mi mundo de tinieblas! Me atrevería a decir que mi carrera en esa dirección aumentó en proporción ciento por uno, comparada con el lento avance anterior en la oscuridad. Al acercarme, descubrí que la luz se filtraba a través de las anchas grietas de una puerta que, descoyuntada por las humedades subterráneas, me permitió ver el aposento del otro lado como si me la hubiese abierto su morador. A través de una de estas grietas, ante la que me había arrodillado con una mezcla de agotamiento y curiosidad, pude inspeccionar todo el interior.

»Era una habitación amplia en cuyas paredes colgaban oscuros paños hasta unos cuatro pies del suelo, y esta parte descubierta se hallaba espesamente forrada, sin duda para evitar la humedad. En el centro de la estancia había una mesa cubierta con un paño negro; sobre ella se veía una lámpara de hierro de una forma antigua y singular, cuya luz me había orientado, y ahora me permitía observar los distintos objetos que parecían de lo más extraordinarios. Entre los mapas y los globos había varios instrumentos cuya aplicación no me permitió entonces averiguar mi ignorancia: algunos, según supe después, eran anatómicos; había una máquina productora de electricidad, y un curioso *modelo de potro de tormento* tallado en marfil; había pocos libros y varios rollos de pergamino escritos en grandes caracteres con tinta roja y ocre; y alrededor del aposento había *cuatro* esqueletos montados cada uno, no en una caja, sino en una especie de ataúd de pie, lo que daba a los huesos una especie de realce imperioso y horrible, como si fuesen los auténticos y legítimos moradores de esta habitación singular. Diseminados entre ellos, había animales disecados cuyos nombres me eran desconocidos, un cocodrilo, unos huesos gigantescos que me parecieron de Sansón, pero que resultaron ser restos de un

mamut, y unas astas de venado que en mi terror tomé por las del diablo, aunque más tarde supe que eran de alce. Luego vi unas figuras más pequeñas, aunque no menos horribles: abortos humanos y animales, en todos sus grados de constitución anómala y deforme, no conservados en alcohol, sino de pie, en la horrible desnudez de sus huesos minúsculos; se me antojaron duendes auxiliares de alguna ceremonia infernal que el gran brujo, que ahora apareció en mi campo visual, debía presidir.

»En un extremo de la mesa estaba sentado un anciano, vestido con una túnica larga; tenía la cabeza cubierta con un bonete de terciopelo negro con ancho borde de piel; sus lentes eran de tal tamaño que casi le ocultaban el rostro, y se hallaba inclinado sobre unos rollos de pergamino que pasaba con mano anhelante y temblorosa; luego cogió un cráneo que había sobre la mesa y, sosteniéndolo con dedos escasamente menos huesudos y no menos amarillos, pareció apostrofarlo de la más grave manera. Todos mis temores personales se disiparon ante la idea de que era testigo involuntario de alguna orgía infernal. Aún me encontraba de rodillas junto a la puerta, cuando mi aliento, largo rato contenido, brotó en forma de gemido, el cual llegó a la figura sentada junto a la mesa. Una alerta habitual suplía en el hombre que me oyó todos los defectos de la edad. En lo que me pareció un instante, se abrió la puerta, un brazo poderoso, aunque arrugado por los años, agarró el mío, y me sentí como entre las garras de un demonio.

»Cerró la puerta y echó la llave. La terrible figura se hallaba de pie, encima de mí (ya que yo había caído al suelo), y tronó:

»—¿Quién eres tú, y por qué estás aquí?

»No supe qué contestar, y miré con fija y muda expresión los esqueletos y demás objetos de esta cripta terrible.

»—Escucha —dijo la voz—, si de verdad estás agotado y necesitas un refrigerio, bebe de este tazón y te reconfortará como el vino: te llegará a las entrañas como el agua, y a los huesos, como el aceite.

»Y mientras hablaba, me ofreció un tazón que contenía un líquido. Con un horror inenarrable, les rechacé a él y a su bebida, convencido de que se trataba de alguna droga mágica; y olvidando todos los demás temores, ante el miedo irresistible de convertirme en esclavo de Satanás y víctima de uno de sus agentes, como ya consideraba a este extraordinario personaje, invoqué el nombre del Salvador y de los santos; y santiguándome a cada jaculatoria, exclamé:

»—No, tentador; guarda tus pociones infernales para los labios leprosos de tus duendes, o bébetelo tú mismo. Acabo de escapar en este instante de las manos de la Inquisición, y prefiero un millón de veces volver a ellas y ser su víctima, a consentir en ser la vuestra. Vuestros favores no son sino crueldades que me espantan. Aun en la prisión del Santo Oficio, donde me parecía ver encendida la hoguera ante mis ojos, y notar que la cadena se apretaba ya alrededor de mi cuerpo sujetándome al poste, me sostenía un poder que me permitía abrazar objetos tan terribles para la naturaleza, antes que escapar de ellos al precio de mi salvación. Se me ofreció la oportunidad de

hacer mi elección; la hice..., la haría mil veces si volvieran a ofrecérmela, aunque la última fuese la hoguera, y con el fuego ya prendido».

Aquí, el español se detuvo agitado. Llevado del calor de su historia, había revelado en cierto modo ese secreto que él había declarado incomunicable, salvo en acto de confesión a un sacerdote. Melmoth, que, por el relato de Stanton, se hallaba ya preparado para sospechar algo de este género, no juzgó prudente presionarle para que fuese más explícito, y esperó en silencio hasta que su emoción se hubiera calmado sin hacer observación ni pregunta alguna. Finalmente, Moncada reanudó su relato.

«—Mientras hablaba, el anciano me observó con una expresión de serena sorpresa que me hizo sentir vergüenza de mis propios temores, aun antes de terminar de expresarlos.

«—¡Cómo! —dijo por último, fijándose al parecer en algunas palabras que le habían sorprendido—; ¿has escapado del brazo que descarga su golpe en la sombra, del brazo de la Inquisición? ¿Eres tú ese joven nazareno que busca refugio en la casa de nuestro hermano Salomón, hijo de Hilkiah, al que los idólatras de esta tierra de cautiverio llaman Fernán Núñez? A decir verdad sabía ya que esta noche compartirías mi pan y beberías de mi tazón, y que vendrías a mí como escriba, pues nuestro hermano Salomón ha testificado sobre ti, diciendo: “Su pluma es recta como la pluma de un escritor diligente”.

«Le miré con asombro. Me vino a la cabeza el vago recuerdo de Salomón a punto de revelarme un escondrijo seguro y secreto; y aunque temblaba ante el extraño aposento en que estábamos, y la singular ocupación a la que parecía estar dedicado, sin embargo, sentí aletear en mi corazón una esperanza que parecía justificar el hecho de que conociese mi situación.

«—Siéntate —dijo, al observar con compasión que me iba a caer, tanto bajo el peso del agotamiento como por la turbación del terror—; siéntate, tómate un trozo de pan y un tazón de vino, y conforta tu corazón, pues pareces escapado del cepo del trampero y del dardo del cazador.

«Le obedecí involuntariamente. Necesitaba el refrigerio que me ofrecía; y estaba a punto de tomarlo, cuando me dominó un irresistible sentimiento de repugnancia y horror y, al apartar el alimento que me ofrecía, señalé los objetos que me rodeaban como la causa de mi inapetencia. Miró él en torno suyo un momento, como dudando que aquellas cosas tan familiares para él resultasen repulsivas a un extraño, y luego, moviendo negativamente la cabeza, dijo:

«—Estás loco; pero eres nazareno, y siento lástima de ti; verdaderamente, los que se encargaron de tu educación en tus primeros años, no sólo cerraron el libro del saber ante ti, sino que se olvidaron de abrirlo para ellos. ¿No eran tus maestros jesuitas, maestros también en el arte de curar?; ¿cómo es que no te es familiar la visión de estos objetos corrientes? Come, te lo ruego; y ten la seguridad de que nadie, aquí, te hará el menor daño. Estos huesos sin vida no pueden cohibirte ni impedir que

te alimentos; ni pueden sujetar tus articulaciones, ni forzarlas con hierros o desgarrarlas con acero, como harían los brazos vivos que se extienden para atraparte como su presa. Y tan cierto como que vive el Señor de los ejércitos, que habrías sido presa suya y te habrían atrapado con hierro y acero de no ser por la protección que te brinda el techo de Adonijah esta noche.

»Tomé un poco de la comida que me ofrecía, santiguándome a cada bocado, y bebí el vino que la calenturienta sed del terror y la ansiedad me hicieron tragar como si fuese agua, aunque no sin una plegaria interior para que no se convirtiera en veneno deletéreo y diabólico. El judío Adonijah me observaba con creciente compasión y desprecio.

»—¡Qué! —dijo—, ¿te aterra? Si estuviera yo en posesión de los poderes que la superstición de tu secta me atribuye, ¿no podría convertirte en banquete de demonios, en vez de ofrecerte alimento? ¿No podría hacer surgir de las cavernas de la tierra las voces de los que “miran y susurran”, en vez de hablar contigo con la voz del hombre? Estás en mi poder; sin embargo, no puedo ni quiero hacerte ningún daño. ¿Y tú, que has escapado de las mazmorras de la Inquisición, te asustas de lo que ves en tu entorno, de los objetos de la celda de un médico retirado? En este aposento he pasado yo sesenta años; ¿y te estremeces tú al visitarlo tan sólo un momento? Estos son esqueletos de cuerpos, pero en el antro del que has escapado hay esqueletos de almas que perecieron. Aquí ves reliquias de fracasos o caprichos de la naturaleza, pero tú vienes de un lugar donde la crueldad del hombre, constante y permanente, implacable e inflexible, no ha cesado de dejar pruebas de su capacidad para abortar intelectos, mutilar organismos, deformar creencias y osificar corazones. Es más: hay a tu alrededor pergaminos y cartas que parecen trazados con sangre humana; aunque fuese así, ¿podrían mil volúmenes de este género causar el mismo terror; ojo humano que una página de la historia de tu prisión, escrita como está con sangre extraída, no de las frías venas de la muerte, sino de los corazones reventados de los vivos? Come, nazareno: no hay veneno ninguno en tu comida; bebe, que no hay ninguna droga en tu tazón. ¿Acaso crees que estás en la prisión de la Inquisición o en la celda de los jesuitas? Come y bebe sin temor e este sótano, aunque sea el sótano de Adonijah el judío. Si te hubieses atrevido refugiarte en casa de nazarenos, no te habría visto nunca aquí. ¿Has comido ya? —añadió, y asentí—. ¿Has bebido del tazón que te he dado? —me volví mi sed torturadora, y le devolví el tazón; él sonrió, pero la sonrisa de la vejez, sonrisa de labios sobre los que han pasado más de cien años, con una expresión más repulsiva y horrible de lo que uno puede imaginar, no es nunca agradable es un *fruncimiento de boca*; y me encogí ante sus pliegues horribles, al tiempo que el judío Adonijah añadía—: Si has comido y bebido, es el momento de que descanses. Ven a tu lecho; puede que sea más duro del que te dieron en tu prisión, pero piensa que será más seguro. Ven y descansa en él; quizá el adversario y el enemigo no te encuentren en él.

»Le seguí a través de pasadizos tan tortuosos e intrincados que, asustado como

estaba por todos los acontecimientos de la noche, me trajeron a la memoria el hecho bien conocido de que, en Madrid, los judíos tienen pasadizos subterráneos que van de las casas de unos a las de otros, de forma que pueden burlar toda la industria de la Inquisición. Esa noche, o más bien ese día (puesto que ya había salido el sol), dormí sobre un jergón en el suelo de una pequeña habitación de techo muy alto, y forrada hasta la mitad de los muros. Una ventana estrecha y enrejada dejaba pasar la luz del sol, tras esa noche tan azarosa; y en medio de un dulce sonido de campanas, y del rumor más dulce aún de la vida humana, despierta y bulliciosa a mi alrededor, me sumí en un descanso que no turbó ensueño ninguno, hasta que el día comenzó a declinar o, según palabras de Adonijah, “hasta que las sombras de la noche cayeron sobre la faz de la tierra”.

Capítulo XIV

*Unde iratos deos timen, qui sic
propitios merentur?*

SÉNECA

»Cuando desperté, le vi de pie junto a mi jergón.

»—Levántate —dijo—; come y bebe, para que la fuerza vuelva a ti.

»Señaló, mientras hablaba, una pequeña mesa colmada de alimentos sencillos, cocinados con la mayor simplicidad. Sin embargo, consideró necesario excusarse por ofrecerme esta comida frugal...

»—Yo —dijo— no como carne de ningún animal, salvo en luna nueva y en días especiales; no obstante, he cumplido ciento siete años; sesenta de ellos los he pasado en la cámara donde me viste. Rara vez subo a la cámara superior de esta casa, excepto en ocasiones como ésta, o quizá para rezar, con la ventana abierta hacia el este, para alejar la ira de Jacob y pedir el retorno de Sión de su cautividad. Bien dice el físico:

Aer exclusus confert ad longevitatem.

Tal ha sido mi vida, como te digo. La luz del cielo se ha ocultado a mis ojos, y la voz del hombre es para mis oídos como la voz del extranjero, salvo la que es de mi propia nación, que llora por los sufrimientos de Israel; sin embargo, no *se ha soltado* el cordón de plata ni se ha roto la alcuza de oro; y aunque mis ojos se apagan, mi fuerza natural no mengua.

»Mientras hablaba, mis ojos estaban respetuosamente pendientes de la venerable majestuosidad de su patriarcal figura, y me pareció como si contemplara la encarnación de la vieja ley en toda su severa sencillez: la grandeza inflexible y la antigüedad primordial.

»—¿Has comido, y estás lleno? Levántate, entonces, y sígueme.

»Bajamos al sótano, donde vi que la lámpara estaba siempre encendida y señalando los pergaminos que había sobre la mesa, dijo Adonijah:

»—Éste es el asunto para el que necesito tu ayuda; reunirlos y transcribirlos ha sido labor de más de media vida, prolongada más allá de los límites asignados a los mortales; pero —señaló ahora sus ojos cavernosos y enrojecidos— estos que miran desde sus ventanas empiezan a enturbiarse, y me doy cuenta de que necesito la mano hábil y el ojo claro de la juventud. Por tanto, habiéndome certificado nuestro hermano que eras un joven capaz de manejar la pluma del escriba, y que además necesitabas buscar un lugar de refugio y un fuerte muro de defensa contra las asechanzas que tus hermanos tienden a tu alrededor, consentí que vinieras a cobijarte bajo mi techo y que comieses de los alimentos que he dispuesto ante ti, y todo cuanto tu alma desee, salvo

las cosas abominables que la ley del profeta prohíbe; y que debías recibir además un salario como sirviente contratado.

»Os sonreiréis, *señor*, pero aun en mi desventurada situación, sentí un ligero aunque doloroso rubor en mis mejillas, ante la idea de que un cristiano, y par de España, se convirtiese en amanuense asalariado de un judío. Adonijah prosiguió:

»—Después, cuando haya completado mi labor, iré a reunirme con mis padres, confiando, con la Esperanza de Israel, en que mis ojos “contemplarán al rey en su belleza; y verán un país de dilatadas extensiones”. Y tal vez —añadió con una voz que la aflicción volvía solemne, dulce y trémula—, tal vez encuentre allí, en bienaventuranza, a aquellos de quienes me he separado con dolor: contigo, Zacarías, hijo de mi carne, y contigo, Leah, esposa de mi corazón —dirigiéndose a dos de los mudos esqueletos que estaban de pie, allí cerca—. Y ante el Dios de nuestros padres, se reunirán los redimidos de Sión... y se abrazarán para no separarse nunca más.

»Tras estas palabras, cerró los ojos, alzó las manos, y pareció sumirse en una oración interior. La pena me había disipado, quizá, los prejuicios (desde luego, me había ablandado el corazón), y en ese momento me sentí medio convencido de que un judío podía entrar y ser acogido en la familia y grey de los bienaventurados. Este sentimiento despertó mis simpatías humanas, y le pregunté, con sincera ansiedad, cuál había sido la suerte de Salomón el judío, a quien, al darme protección, le había acaecido la desgracia de ser visitado por los inquisidores.

»—Tranquilízate —dijo Adonijah, haciendo un gesto con su huesuda y arrugada mano, como desechando un asunto ante sus actuales sentimientos—; nuestro hermano Salomón no está en peligro de muerte; ni será despojado de sus bienes. Si nuestros enemigos son poderosos, nosotros lo somos también, cuando nos enfrentamos a ellos con nuestra riqueza y nuestra sabiduría. Jamás descubrirán tu evasión, e ignorarán tu existencia sobre la faz de la tierra, de modo que escúchame con atención y atiende a lo que voy a contarte.

»No conseguí hablar; pero mi expresión de muda y suplicante ansiedad habló por mí.

»—Anoche dijiste palabras —dijo Adonijah— que, aunque no recuerdo exactamente, llenaron mis oídos de inquietud; mis oídos, que no vibraban con tales sonidos desde hace cuatro veces el período de tu juventud. Dijiste que habías sido asediado por un poder que te tentó a renunciar al Altísimo, al que tanto el judío como el cristiano confiesen adorar; y que declaraste que aunque hubieran prendido la hoguera a tus pies, escupirías al tentador y pisotearías su ofrecimiento, aunque tuvieras que hollar el carbón que los hijos de Domingo encienden bajo tus plantas desnudas.

»—Sí —exclamé—; sí... y lo haría; y que Dios me ayude en ese trance.

»Adonijah guardó silencio un momento, como si deliberase entre considerar esto un arrebató de apasionamiento o una prueba de energía mental. Finalmente pareció inclinarse por lo segundo, aunque todo hombre de edad muy avanzada propende a

tomar todo síntoma de emoción más como muestra de debilidad que de sinceridad.

»—Entonces —dijo, tras un silencio solemne y prolongado—, entonces conoces el secreto que ha sido un peso para el alma de Adonijah, aunque su desesperada soledad es como una carga para el alma del que atraviesa el desierto, al que nadie acompaña en su camino ni consuela con su voz. He trabajado desde mi juventud hasta ahora, y veo que el tiempo de mi liberación está al alcance de la mano; sí, y que muy pronto se cumplirá.

»“En los días de mi niñez, llegó a mis oídos el rumor de que había sido enviado a la tierra un ser para tentar a judíos y nazarenos, y aun a los discípulos de Mahoma (cuyo nombre maldice la boca de nuestra nación), ofreciendo la liberación en los trances de mayor necesidad y angustia, en términos tales que mis labios no se atreven a expresar, aun cuando no hay aquí otros oídos que los tuyos. Te estremeces... veo que eres sincero, al menos, en tu fe y tus errores. Oí esa historia, y mis oídos la acogieron como el alma del sediento bebe en ríos de agua, dado que tenía el cerebro lleno de vanas fantasías originadas por las fábulas de los gentiles, y soñaba, en la perversidad de mi espíritu, con ver, sí, y con conocer y entrar en tratos con ese ser malvado y poderoso. Al igual que nuestros padres en el paraíso, desprecié el alimento del ángel, y codicié manjares prohibidos, y hasta la comida de los hechiceros egipcios. Y mi presunción fue reprendida como ves: sin hijo, sin esposa, sin amigos, con la última etapa de mi existencia prolongada más allá de los límites de la naturaleza: así estoy ahora; y aparte de ti, sin nadie que consigne sus vicisitudes. No quiero turbarte ahora con la historia de mi azarosa vida; sólo te diré que los esqueletos cuya presencia te hace temblar estuvieron un día vestidos de una carne mucho más perfecta que la tuya. Son de mi esposa y mi hijo, cuya historia no vas a escuchar en este momento; en cambio, sí debes oír la de esos otros dos —y señaló los dos esqueletos del lado opuesto, de pie en sus cajas—: Al regresar a mi país, o sea a España, si es que un judío puede decir que tiene país, me senté en esta silla y, tras encender esta lámpara, tomé en mi mano una pluma de escriba y prometí solemnemente que no se apagaría jamás esta lámpara, ni dejaría yo la silla, ni abandonaría este sótano, hasta haberla recogido en un libro y haberlo sellado con el sello del rey. Pero fui perseguido por quienes tienen fino olfato y son hábiles en la persecución, o sea los hijos de Domingo. Y me cogieron y me pusieron grillos en los pies; pero no pudieron leer mis escritos, porque estaban redactados en caracteres desconocidos para estas gentes idólatras y después de algún tiempo me soltaron, al no descubrir en mí motivo alguno de ofensa; me soltaron y no me molestaron más. Entonces juré al Dios de Israel que me había liberado de su esclavitud, que nadie sino el que pudiera leer estos caracteres los transcribiría jamás. Por otra parte, oré y dije: ‘¡Oh, Dios de Israel, que sabes que somos las ovejas de tu grey y que nuestros enemigos son lobos que merodean en torno nuestro y leones que rugen pensando en su presa nocturna, haz que un nazareno huido de sus manos y refugiado entre nosotros como pájaro arrojado del nido, avergüence las armas de los poderosos y se

burle de ellos! Permite también, ¡oh Señor Dios de Jacob!, que se vea expuesto a las asechanzas del enemigo, como aquellos de quienes he escrito, y que le escupa después con su boca y lo arroje de sí con su pie, y pisotee al tentador como le pisotearon ellos a él; y después, deja que mi alma descansa al fin'. Así oré... y mi oración fue escuchada; porque, como ves, estás *tú* aquí”.

»Al oír estas palabras me vino un horrible presentimiento, como una pesadilla del corazón. Miré alternativamente a mi interlocutor y a la desesperada tarea. ¿No bastaba tener que llevar dentro de mí, en la urna de mi corazón, ese horrible secreto? Obligarme a esparcir sus cenizas, y hurgar en el polvo de otros con el mismo propósito de sacarlo impiamente a la luz, me sublevaba lo que no es posible decir ni expresar. Al posar mis ojos descuidadamente en los manuscritos, vi que estaban escritos *en español*, aunque *con caracteres griegos*: modo de escritura que, como es fácil imaginar, debió de ser tan ininteligible para los oficiales de la Inquisición como los jeroglíficos de los sacerdotes egipcios. Su ignorancia, encastillada en su orgullo y escudada más fuertemente aún en la impenetrable reserva con que rodeaban sus más insignificantes procesos, les impidió confiar a nadie el hecho de que estaban en posesión de un manuscrito que no eran capaces de descifrar. Así que devolvieron los papeles a Adonijah y, en su propia lengua, “he aquí que vive seguro”. Pero para mí, ésta era una empresa que me causaba un horror indecible. Me sentía como un eslabón de cadena, cuyo extremo, sujeto por una mano invisible, me arrastraba hacia la perdición; y ahora iba a convertirme en cronista de mi propia condenación.

»Mientras pasaba yo las hojas con mano temblorosa, la figura imponente de Adonijah pareció dilatarse, presa de una emoción preternatural.

»—¿Por qué tiembles, hijo del polvo? —exclamó—; si has sido tentado, también lo fueron ellos... y si ellos descansan, también descansarás tú. No hay dolor espiritual ni corporal que hayas soportado, que no soportaran ellos antes de que nadie soñara con tu nacimiento. Muchacho, tu mano tiembla sobre páginas que no mereces tocar; sin embargo, debo emplearte, ya que te necesito. ¡Miserable eslabón, el de la necesidad, que mantiene juntos espíritus tan incompatibles! Quisiera que el océano fuese tinta para mí, y la roca mi página; y mi brazo, el mío, la pluma que escribiese en ella letras que durasen, como las montañas escritas, por los siglos de los siglos... como el monte Sinaí, y aquellas que aún conservan la inscripción: “Israel ha cruzado las aguas^[7]”.

»Mientras hablaba, me puse a hojear otra vez los manuscritos.

»—¿Aún tiembla tu mano? —dijo Adonijah—. ¿Aún vacilas en consignar la historia de aquellos cuyo destino ha quedado ligado al tuyo por un eslabón portentoso, invisible e indisoluble? Míralos ahí, junto a ti, pues aunque ya no tienen lengua, te hablan con esa elocuencia que es más poderosa que todas las elocuencias de las lenguas vivientes. Míralos ahí, a tu alrededor; sus brazos inmóviles y óseos te suplican como jamás suplicó ningún brazo de carne viva. Míralos hablándote sin palabras, y aunque muertos, vivos; y aunque en el abismo de la eternidad, llamándote,

a tu lado, con voz mortal. ¡Escúchalos! Coge la pluma en tu mano, y escribe.

»Cogí la pluma, pero no pude escribir ni una sola línea. Adonijah, en un transporte de éxtasis, sacó impulsivamente un esqueleto de su receptáculo y lo colocó ante mí.

»—Cuéntale tú tu historia; puede que así te crea y la escriba.

»Y sosteniendo el esqueleto con una mano, señaló con la otra, tan descolorida y huesuda como la del muerto, el manuscrito que yo tenía delante.

»Era una noche de tormenta en el mundo que teníamos sobre nosotros; y aunque estábamos muy por debajo de la superficie de la tierra, el murmullo del viento que suspiraba por los pasadizos me llegó al oído como las voces de los difuntos, como las súplicas de los muertos. Involuntariamente fijé los ojos en el manuscrito que debía copiar, y ya no me fue posible apartarlos hasta que no hube concluido su extraordinario contenido.

HISTORIA DE LOS INDIOS

»Hay una isla en el mar de la India, a no muchas leguas de la desembocadura del Hoogly, que, por la peculiaridad de su situación y determinadas circunstancias internas, permaneció mucho tiempo ignorada de los europeos y sin ser visitada por los indígenas de las islas vecinas, salvo en alguna ocasión excepcional. Está rodeada de bajíos que hacen imposible la aproximación de embarcaciones de calado, y fortificada por rocas que son una amenaza para las ligeras canoas de los nativos, aunque la hacían aún más temible los terrores con que la superstición la había dotado. Existía una tradición según la cual fue allí donde se erigió el primer templo de la diosa negra Seeva^[8]; y su horrible efigie, con su collar de cráneos humanos, sus lenguas bífidas saliendo de sus veinte bocas de serpiente, sentada sobre una mullida maraña de víboras, recibió allí por vez primera, de sus adoradores, el sangriento homenaje de miembros mutilados y niños inmolados.

»El templo se había derrumbado, y la isla había quedado medio despoblada a causa de un terremoto que había sacudido las costas de la India. Fue reconstruido, no obstante, por el celo de los adoradores, quienes empezaron a visitar de nuevo la isla, hasta que un tifón de furia sin precedentes incluso en aquellas rigurosas latitudes arrasó el lugar sagrado. Un rayo redujo a cenizas la pagoda; los habitantes, sus viviendas y sus plantaciones fueron barridos por la escoba de la destrucción, y no quedó ni rastro de humanidad, de cultivo o de vida en la isla desolada. Los adoradores consultaron a su imaginación sobre las causas de estas desgracias; y, sentados a la sombra de los cocoteros, leyeron las largas sartas de cuentas multicolores, y las atribuyeron a la ira de la diosa Seeva por la creciente popularidad del culto a Juggernaut. Aseguraron que habían visto elevarse su imagen en medio de las llamas que consumieron el santuario y achicharraron a los adoradores que habían

permanecido en él para protegerse, y creyeron firmemente que se había retirado a otra isla más feliz, donde podría gozar de sus festines de carne y sus ofrendas de sangre, sin ser molestada por el culto de una deidad rival. Y de este modo, la isla quedó desierta y sin habitantes durante años.

»Las tripulaciones de las naves europeas, informadas por los nativos de que no había vida animal, ni vegetal, ni agua siquiera en su superficie, renunciaron a visitarla; y los indios de otras islas, al cruzar por delante de ella en sus canoas, lanzaban una mirada de melancólico temor a su desolación, y arrojaban algún objeto al mar, para aplacar la ira de Seeva.

»La isla, abandonada a sí misma de este modo, se volvió vigorosamente lujuriente, como algunos hijos desatendidos, que alcanzan más salud y fuerza que los mimados, los cuales mueren a causa del cuidado excesivo. Brotaron las flores, y espesó la floresta, sin una mano que la arrancara, unas pisadas que la hollaran o una boca que la probara, cuando algunos pescadores (que habían sido empujados por una fuerte corriente hacia la isla, aunque lucharon en vano con los remos y la vela para evitar la temible costa), tras murmurar mil plegarias para propiciarse a Seeva, se vieron obligados a acercarse a la distancia de un remo. Y al regresar inesperadamente indemnes, contaron que habían oído una música tan exquisita que pensaron que alguna diosa, más benévola que Seeva, había tomado sin duda este lugar por morada. Los pescadores más jóvenes añadieron que habían visto correr una figura femenina de belleza sobrenatural, la cual había desaparecido en el follaje que ahora cubría las rocas; y el espíritu devoto de los indios no dudó en considerar esta visión deliciosa una emanación encarnada de Visnú en una forma más hermosa que todas aquellas en que este dios se había aparecido anteriormente..., mucho más, al menos, que aquélla cuyo avatar consistió en la figura de un tigre.

»Los habitantes de las islas, tan supersticiosos como imaginativos, deificaron a su manera la visión de la isla. Los viejos adoradores, aunque la invocaban, seguían apegados a los ritos sangrientos de Seeva y de Hari, y murmuraban sobre sus cuentas muchas promesas horrendas, que procuraban hacer efectivas clavándose cañas afiladas en los brazos y tiñendo de sangre sus cuentas mientras rezaban. Las muchachas acercaban sus ligeras canoas a la isla encantada hasta donde se atrevían, invocando a Camdeo^[9] y enviaban barquitos de papel, encendidos con cera y cargados de flores, hacia su orilla, donde esperaban que su querida deidad fijara definitivamente su residencia. Los jóvenes, también, al menos los que estaban enamorados y amaban la música, se acercaron a la isla para pedir al dios Krisna^[10] que la santificara con su presencia, y no sabiendo qué ofrecer a la deidad, le cantaban sus canciones salvajes, de pie en la proa de sus canoas, y después, arrojaban una figura de cera, con una especie de lira en la mano, hacia la playa de la desolada isla.

»Durante muchas noches, pudieron verse estas canoas cruzándose unas con otras en el oscuro mar, como *estrellas fugaces de las profundidades*, con sus faroles de papel encendidos y sus ofrendas de flores y fruta que las manos temblorosas dejaban

en la arena, y las más atrevidas subían en cestas de caña hasta las rocas; y con esta “humildad voluntaria”, los sencillos isleños sentían alegría y devoción. Se observó, no obstante, que los adoradores volvían con impresiones bien distintas respecto al objeto de su adoración. Las mujeres todas se aferraban a sus remos, embargadas de honda admiración ante los dulces cánticos que surgían de la isla; y cuando cesaban, emprendían el regreso; y ya en sus cabañas, comentaban en voz baja aquellas “notas angelicales”, para las que su propia lengua carecía de sonidos apropiados. Los hombres permanecían largo tiempo apoyados en sus remos, esperando vislumbrar fugazmente la figura que, según el relato de los pescadores, vagaba por allí; y tras ver frustrado este deseo, regresaban entristecidos.

»Poco a poco, la isla perdió su terrorífica fama; y a pesar de algunos viejos fieles, que consultaban sus cuentas teñidas de sangre y hablaban de Seeva y de Hari, y aun sujetaban astillas encendidas con las manos quemadas y se clavaban en las partes más carnosas y sensibles del cuerpo afiladas puntas de hierro que compraban o robaban a las tripulaciones de los barcos europeos... y más aún, hablaban de colgarse de los árboles cabeza abajo hasta ser devorados por los insectos o calcinados por el sol, o llegar al delirio por la postura; a pesar de todo esto, que debía de ser muy conmovedor, la juventud siguió con la misma actitud: las muchachas ofreciendo sus guirnaldas a Camdeo, y los jóvenes invocando a Krisna, hasta que los viejos adoradores, desesperados, juraron visitar la isla maldita, que había trastornado a todo el mundo, y averiguar cómo debían reconocer y propiciar a la desconocida deidad, y si las flores, los frutos y las promesas amorosas y los latidos de los corazones jóvenes, debían sustituir a las ortodoxas y legítimas ofrendas de clavos hundidos en las manos hasta aparecer sus puntas en el dorso, y sedales insertos a los lados, sobre los que el penitente danzaba su agónica danza hasta que fallaban las cuerdas o su paciencia. En una palabra, estaban decididos a averiguar qué deidad era esa que no exigía sufrimiento ninguno a sus fieles... y llevaron a cabo su decisión de una manera digna de su propósito.

»Unos ciento cuarenta individuos, tullidos por los rigores de su religión, incapaces de gobernar una vela ni de manejar un remo, embarcaron en una canoa dispuestos a pisar la que ellos llamaban isla maldita. Los nativos, embriagados de su santidad, se desnudaron, empujaron la embarcación por entre las olas, y luego, haciendo sus *salams*, les suplicaron que utilizaran al menos los remos. Los viejos adoradores, demasiado atentos a sus cuentas, y demasiado satisfechos de su importancia a los ojos de sus deidades predilectas, para admitir la menor duda sobre su seguridad, se pusieron en marcha, triunfales... con el resultado que es fácil suponer. La embarcación se inundó y se hundió en seguida, y la tripulación pereció sin un suspiro de lamentación; pero no fueron devorados por los cocodrilos de las sagradas aguas del Ganges, ni perecieron a la sombra de las cúpulas de la *ciudad santa* de Benarés, en cualquiera de cuyos casos su salvación habría sido indudable.

»Este percance, evidentemente nefasto, obró a favor de la popularidad del nuevo

culto. El viejo sistema perdía terreno día a día. Las manos, en vez de abrasarse en el fuego, se ocupaban tan sólo en recoger flores. Los clavos (con los que era costumbre que los devotos se atravesaran el cuerpo) perdieron su valor; y un hombre podía sentarse cómodamente sobre sus posaderas con la conciencia tan tranquila, y el humor tan sereno, como si tuviese ochenta debajo. Por otra parte, distribuían fruta a diario por la orilla de la isla favorita; las flores, también, cubrían las rocas con toda la deslumbrante exuberancia de colorido con que la flora de Oriente gusta ataviarse. Estaban esos lirios brillantes y espléndidos que, hasta hoy, ilustra la comparación entre ellos y Salomón, quien, con toda su pompa, no podía compararse a uno solo. Y estaba la rosa, que desplegaba su “paraíso de pétalos”, y el capullo escarlata de la ceiba, cuya sin par “masa de esplendor vegetal” ha sido descrita voluptuosamente por un viajero inglés como un festín para los ojos y por último, las oferentes empezaron a imitar con creciente fuerza y melodía algunas de aquellas cadencias y dulces sonos que cada brisa parecía traer a sus oídos mientras navegaban en sus canoas alrededor de la isla encantada.

»Finalmente, ocurrió una circunstancia que confirmó su carácter sagrado, así como el de su moradora. Un joven indio que había ofrecido en vano a su amada el ramo místico, cuyas flores estaban ordenadas de modo que expresaban amor, dirigió su canoa hacia la isla para consultar su destino a su supuesta habitante; y mientras remaba, compuso una canción en la que manifestaba que su amada le desdeñaba como a un paria, pero que él la amaría aunque descendiese de la cabeza de Brahma; que su piel era más tersa que el mármol de los peldaños por los que se baja al estanque de un rajá, y sus ojos más brillantes que aquellos cuyas miradas observan a los extranjeros presuntuosos por entre las aberturas del bordado *purdah*^[11] de un nabab; que era más excelsa a los ojos de él que la negra pagoda de Juggernaut, y más brillante que el tridente del templo de Mahadeva, cuando centelleaba bajo los rayos de la luna. Y como ambas cosas eran visibles en la orilla a sus ojos, mientras remaba en la suave y esplendorosa serenidad de la noche india, no es extraño que las incorporara a su canción. Por último, prometió que si accedía a favorecer sus deseos, le construiría una cabaña a cuatro pies del suelo para evitar las serpientes; que su morada estaría a la sombra de los tamarindos, y que mientras durmiese, se encargaría él de ahuyentar los mosquitos con un abanico hecho con las hojas de las primeras flores que ella le aceptase como testimonio de su pasión.

»Y sucedió que esa misma noche, la joven, cuya reserva se debía a todo menos a su indiferencia, acudió en su canoa con dos compañeras al mismo lugar para ver si las promesas de su enamorado eran sinceras. Llegaron casi al mismo tiempo; y aunque el crepúsculo y la superstición de estas tímidas criaturas conferían un tinte más tenebroso a las sombras que las rodeaban, decidieron saltar a tierra; y, llevando sus cestas de flores con mano temblorosa, decidieron colocarlas en las ruinas de la pagoda, donde suponían que la diosa había establecido su morada. Avanzaron, no sin dificultad, a través de macizos de flores que crecían espontáneamente en el terreno

inculto, no sin miedo de que saltara un tigre sobre ellas a cada paso, hasta que recordaron que esos animales suelen escoger las grandes junglas para refugiarse, y que rara vez se escondían entre las flores. Menos aún debían temer al cocodrilo en estos pequeños riachuelos que podían cruzar sin que su agua pura les mojase el tobillo. El tamarindo, el cocotero y la palmera derramaron sus capullos y exhalaban su perfume y mecieron sus hojas sobre la cabeza de la temblorosa joven oferente al acercarse a las ruinas de la pagoda. Había sido un edificio imponente y cuadrado, erigido entre las rocas, que por un capricho de la naturaleza, frecuente entre las islas de la India, ocupaban su centro y parecían debidas a una erupción volcánica. El terremoto que lo había destruido había mezclado las ruinas y las rocas en una masa confusa e informe que parecía subrayar la impotencia del arte y de la naturaleza, doblegados por la fuerza que forma y puede aniquilar al uno y a la otra. Había pilares, labrados con extraños caracteres, amontonados entre piedras que no mostraban otra señal que la de la acción terrible y violenta de la naturaleza, y que parecían decir: “Mortales, vosotros escribís vuestras palabras con cincel, yo escribo mis jeroglíficos con fuego”. Había rimeros de piedras dislocadas, talladas en forma de serpientes, sobre las que un día se sentara el espantoso ídolo de Seeva; y en ellas brotaba la rosa, en la tierra que había penetrado en las fisuras de la roca, como si la naturaleza predicase una más benévola teología, y enviase su preciada flor como misionera a sus criaturas. El ídolo propiamente dicho había caído y yacía hecho fragmentos. Aún se veía su boca horrenda, en la que en otro tiempo introducían corazones humanos. Pero ahora, los bellos pavos reales, con sus colas de arco iris y sus cuellos arqueados, alimentaban a sus pollos entre las ramas del tamarindo que se extendían por encima de los fragmentos ennegrecidos. Las jóvenes indias avanzaron con menos temor, ya que ni veían ni oían nada que inspirase el miedo que sentimos al aproximarnos a la presencia de un ser espiritual: todo estaba tranquilo, callado, oscuro. Sus pies pisaban con involuntaria levedad al avanzar hacia las ruinas, que combinaban la devastación de la naturaleza con la de las pasiones humanas, quizá más sangrienta y salvaje que la primera. Cerca de las ruinas había habido en otro tiempo un estanque, como es corriente que lo haya junto a las pagodas, destinado a refrescarse y purificarse; pero los peldaños estaban ahora rotos, y el agua permanecía estancada. Las jóvenes indias, no obstante, tomaron unas gotas, invocaron a la “diosa de la isla”, y se acercaron al único arco que quedaba en pie. La parte exterior de este edificio había sido construida en piedra, pero el interior estaba excavado en la roca; y sus oquedades se asemejaban en cierto modo a las de la isla de Elephanta. Había figuras monstruosas talladas en piedra, unas adheridas a la roca, otras exentas, todas amenazadoras con su informe y gigantesca fealdad y ofreciendo a los ojos supersticiosos la terrible imagen de *dioses de piedra*.

»Se adelantaron las jóvenes oferentes que se distinguían por su valor, ejecutaron una especie de danza salvaje ante las ruinas de los antiguos dioses, e invocaron (como pudieron) a la nueva moradora de la isla para que fuese propicia a los votos de su

compañera, la cual se acercó a depositar su guirnalda de flores alrededor de los destrozados restos de un ídolo semioculto entre las rocas, pero semicubiertos por esa espesa vegetación que parece proclamar en los países orientales el eterno triunfo de la naturaleza sobre las ruinas del arte. Cada año se renueva la rosa; pero ¿qué año verá reconstruida una pirámide? Al depositar la joven india sus guirnalda de flores sobre la piedra informe, murmuró una voz:

»—Ahí hay una flor marchita.

»—Sí... sí, hay una —dijo la oferente—; esa flor marchita es símbolo de mi corazón. He cultivado muchas rosas, pero he dejado que se marchitara la más bonita de toda la corona. ¿Quieres aceptarla de mi parte, desconocida diosa, y no será ya mi corona una deshonra para tu altar?

»—¿Quieres resucitarla *tú* poniéndola al calor de tu pecho? —dijo el joven enamorado surgiendo de detrás de los fragmentos de roca y ruinas que le ocultaban, y desde donde había pronunciado su réplica oracular y había escuchado complacido el simbólico pero inteligible lenguaje de su amada—. ¿Quieres resucitarla *tú*? —preguntó, en el triunfo del amor, mientras la estrechaba contra su pecho.

»La joven india, rindiéndose al punto al amor y la superstición, parecía medio derretida en brazos de él cuando profirió un alarido, le rechazó con todas sus fuerzas, y se encogió en una extraña actitud de terror, mientras señalaba con mano temblorosa hacia una figura que en ese momento surgía entre el tumultuoso e indefinido montón de piedras. El enamorado, sin alarmarse ante el grito de su amada, avanzó para cogerla en sus brazos, cuando sus ojos repararon en el objeto que la había impresionado, y cayó de bruces en tierra, en muda adoración.

»Era una figura de mujer, aunque de tal naturaleza, como jamás había visto, ya que su piel era completamente blanca (al menos a los ojos de los jóvenes, que nunca habían visto más que el tinte bronceado de los nativos de las islas bengalíes). Su vestidura (según podían ver) consistía sólo en flores, cuyo rico colorido y fantásticas combinaciones armonizaban muy bien con las plumas de pavo real trenzadas entre sí, y componían un abanico de silvestre confección, como ciertamente convenía a una “diosa de la isla”. Su larga cabellera, de un color castaño claro que no habían visto ellos jamás, descendía hasta sus pies, fantásticamente entrelazada con las flores y plumas que formaban su vestido. Sobre la cabeza llevaba una corona de conchas, de un brillo y matiz desconocidos, salvo en los mares de la India: el púrpura y el verde rivalizaban con la amatista y la esmeralda. Sobre su blanco hombro desnudo llevaba posado un piquituerto, y alrededor del cuello llevaba una sarta de perlas como huevos, puras y diáfanas, por la que la primera soberana de Europa habría dado su más precioso collar. Iba con los brazos y los pies totalmente desnudos, y su paso tenía la rapidez y la levedad de una diosa, lo que impresionó la imaginación de los indios tanto como el extraordinario color de su piel y de su cabello. Los jóvenes enamorados se postraron asustados al pasar esta visión ante sus ojos. Mientras se hallaban de rodillas, una deliciosa música tembló en sus oídos. La hermosa visión les habló,

aunque en una lengua que ellos no entendieron. Y convencidos así de que se trataba de una lengua de dioses, volvieron a postrarse ante ella. En este momento el piquituerto, saltando de su hombro, se acercó a ellos con sus trinos.

»—Va en busca de luciérnagas para alumbrar su celda^[12] —se dijeron los indios. Pero el pájaro, que, con una inteligencia propia de su especie, comprendía y adoptaba la predilección de la hermosa criatura a la que pertenecía por las flores frescas, con las que la veía ataviarse a diario, fue directamente al capullo marchito de la corona de la joven india; y, clavando su delgado pico en él, lo dejó caer a sus pies. Este presagio fue interpretado felizmente por los enamorados; e inclinándose una vez más al suelo, regresaron a su isla, aunque ya no en canoas separadas. El enamorado gobernó el timón de su amada, mientras ella iba sentada a su lado en silencio; y la joven pareja que les acompañaba entonó cánticos en loor a la *blanca* diosa y a la isla sagrada; a ella y a los amantes.

Capítulo XV

*But tell me to what saint, I pray,
What martyr; or what angel bright,
Is dedicated this holy day,
Which brings you here so gaily dight?
Dost thou not, simple Palmer; know,
What every child can tell thee here?
Nor saint nor angel claims this show,
But the bright season of the year.*

J. STRUTT, «*Queenhoo Hall*».

»La única y hermosa habitante de la isla, aunque turbada ante la aparición de sus adoradores, recobró pronto su sosiego. No podía saber lo que era el miedo, ya que nada en el mundo en que vivía le había mostrado un aspecto hostil. El sol y las sombras, las flores y el follaje, los tamarindos y las higueras que sustentaban su encantada existencia, el agua que bebía, maravillándose al ver el bellísimo ser que parecía beber cada vez que ella lo hacía, los pavos reales que extendían sus ricos y espléndidos plumajes cuando la veían, y el piquituerto que se posaba en su hombro o su mano cuando paseaba, y respondía a su dulce voz con trinos imitadores..., todas estas cosas eran sus amigos, y no conocía otros.

»Las figuras humanas que a veces se acercaban a la isla le producían un leve sobresalto; pero era más de curiosidad que de alarma: sus gestos mostraban tanta veneración y mansedumbre, y eran tan gratas sus ofrendas de flores en las que ella se complacía, y tan silenciosas y pacíficas sus visitas, que los miraba sin recelo, preguntándose tan sólo, cuando se alejaban, cómo podían andar por encima del agua sin hundirse, y cómo criaturas de piel tan oscura y facciones tan poco atractivas *crecían* entre las hermosas flores que le ofrendaban como producto de su tierra. Podría suponerse que estos detalles impresionaban su imaginación, suscitándole ideas terribles; pero la periódica regularidad de tales fenómenos, en el clima en que ella habitaba, los privaba de sus terrores para quien se había acostumbrado a ellos como a la alternancia de la noche y el día, no podía recordar la terrible impresión de la primera vez y, sobre todo, no había oído nunca a otro expresar estos mismos terrores, causa original del temor en la mayoría de los espíritus. Jamás había experimentado dolor, no tenía idea de la muerte: ¿cómo, pues, podía saber lo que era el miedo?

»Cuando el noroeste, como suele llamárselo, visitaba la isla, con todo su terrible acompañamiento de tenebrosa oscuridad, nubes de polvo sofocante y truenos como trompetas del Juicio, se resguardaba ella entre las frondosas columnatas de la higuera de Bengala, ignorante del peligro, contemplaba cómo los pájaros se cubrían con sus alas ocultando la cabeza, y escuchaba el ridículo terror de los monos mientras saltaban de rama en rama con sus crías. Cuando el rayo fulminaba algún árbol, ella lo miraba como un niño miraría los fuegos artificiales disparados por diversión; pero al

día siguiente lloraba al observar que no volvían a crecer hojas en el tronco carbonizado. Cuando caían las lluvias torrenciales, las ruinas de la pagoda le proporcionaban cobijo; y se sentaba a escuchar el fragor de las olas poderosas y los murmullos de las turbadas profundidades, hasta que su alma adquiría el color de la asombrosa y espléndida imaginería que la rodeaba, y creía que ella misma se precipitaba a la tierra con el diluvio, arrastrada como una hoja por la catarata, se hundía en los abismos del océano, y salía nuevamente a la luz a caballo de las enormes olas como si surgiese a lomos de una ballena, ensordecida por el rugido, aturdida por la avalancha, hasta que el terror y el placer se fundían en ese temible ejercicio de imaginación. Así vivía, como una flor en medio del sol y de la tormenta, floreciendo a la luz, plegándose bajo los chaparrones, y extrayendo de uno y otra los elementos de su dulce y silvestre existencia. Y ambos parecían fundir benigneamente sus influencias en ella como si fuese un ser amado por la naturaleza, aun en sus momentos irritados, y ordenase a la tormenta que la cuidara, y al diluvio que no castigara el arca de su inocencia, a fin de que flotase sobre las aguas. Esta existencia feliz, mitad física, mitad imaginativa, aunque ni intelectual ni apasionada, había discurrido hasta el decimoséptimo año de esta hermosa y apacible criatura, cuando ocurrió una circunstancia que cambió su curso para siempre.

»La noche del día en que los indios se marcharon, se hallaba Immalee —pues éste era el nombre que sus oferentes le dieron— en la playa, cuando se acercó a ella un ser distinto de los que había visto hasta entonces. El color de su rostro y de sus manos era más parecido al suyo que el de aquellos a los que acostumbraba ver; pero sus ropas (que eran europeas), extrañas, irregulares, con su desfigurada protuberancia en las caderas (era la moda del año 1680), le inspiraron una mezcla de ridículo, desagrado y admiración, que sus hermosas facciones sólo pudieron expresar mediante una sonrisa: esa sonrisa *innata del rostro*, del que ni siquiera podía borrarla la sorpresa.

»Se acercó el desconocido, y la hermosa visión se aproximó también, pero no como una mujer europea con ligeras y graciosas flexiones, y menos aún como una joven india con sus profundos *salams*, sino como una joven gacela, toda vivacidad, timidez, confianza y recelo, expresados a la vez en un solo gesto. Se incorporó de un salto en la arena, echó a correr hacia su árbol favorito; regresó de nuevo con su escolta de pavos reales, que desplegaron sus colas soberbias con una especie de movimiento instintivo —como si percibieran el peligro que amenazaba a su protectora— y, palmoteando con alborozo, pareció invitarle a compartir con ella el placer que sentía al ver la *nueva flor que había brotado en la arena*.

»Avanzó el desconocido y, para total asombro de Immalee, se dirigió a ella en una lengua de la que recordaba algunas palabras de su infancia, habiéndose esforzado inútilmente en enseñar a los pavos reales, loros y piquituertos a contestar con los sonidos correspondientes. Pero, debido a la falta de práctica, su lengua se había vuelto tan limitada, que se sintió complacida al oír sus más intrascendentes sonidos pronunciados por labios humanos; y cuando dijo el desconocido, según la costumbre

de la época:

»—¿Cómo estáis, hermosa doncella?

»Immalee contestó:

»—Dios me ha creado —recordando las palabras del catecismo que un día aprendieran a recitar sus labios infantiles.

»—Jamás ha hecho Dios criatura más hermosa —replicó él tomándole la mano y fijando en ella sus ojos, que aún ardían en las cuencas del taimado engañador.

»—¡Oh, sí! —respondió Immalee—; ha hecho muchas cosas más hermosas. La rosa es más roja que yo, la palmera es más alta que yo, y las olas son más azules que yo. Pero todo cambia, y yo no cambio. Me he hecho más grande y más fuerte, y la rosa se marchita cada seis lunas; y la roca se agrieta y se cuarteja cuando la tierra se estremece; y las olas se abaten furiosas hasta que se vuelven grises y muy distintas del hermoso color que tienen cuando la luna danza sobre ellas y envía las jóvenes y quebradas ramas de su luz a besar mis pies cuando estoy en la blanda arena. He tratado de cogerlas todas las noches, pero se rompen en mi mano en el momento en que la hundo en el agua.

»—¿Y has conseguido coger las estrellas? —dijo el desconocido sonriendo.

»—No —contestó la inocente criatura—, las estrellas son flores del cielo, y los rayos de la luna son las ramas y los troncos. Pero aunque son muy brillantes, sólo florecen de noche, y yo prefiero las flores que puedo coger y trenzar en mi pelo. Cuando me he pasado toda la noche solicitando a una estrella, y me escucha y desciende, saltando como un pavo real de su nido, se oculta casi siempre juguetona entre los mangos y tamarindos donde cae; y, aunque la busco hasta que la luna palidece y se cansa de alumbrarme, nunca consigo encontrarla. Pero ¿de dónde vienes? No eres escamoso y mudo como los que viven en el agua y muestran sus extrañas siluetas cuando me siento en la orilla, a la puesta del sol; ni eres oscuro y pequeño como los que vienen a mí, cruzando el agua, desde otros mundos, en casas que pueden estar sobre las profundidades, y andar veloces con sus patas hundidas en el agua. ¿De dónde vienes? No eres tan brillante como las estrellas que viven en el mar azul que hay encima de mí, ni tan deforme como ésas que se agitan en ese otro mar más oscuro que tengo a mis pies. ¿Dónde has crecido, y cómo has venido hasta aquí? No hay canoa en la arena; y aunque las conchas llevan a los peces que viven en ellas con toda ligereza sobre las aguas, no podrían nunca llevarme a mí. Cuando pongo el pie en su ondulado borde púrpura y carmesí, se hunden en la arena.

»—Hermosa criatura —dijo el desconocido—: Vengo de un mundo donde hay miles como yo.

»—Eso es imposible —dijo Immalee—, porque yo vivo aquí sola, y los demás mundos deben ser como éste.

»—Sin embargo, es cierto lo que te digo —dijo el desconocido.

»Immalee se quedó callada un momento, como haciendo el primer esfuerzo de reflexión empeño bastante doloroso para un ser cuya existencia estaba compuesta de

aciertos afortunados e impulsos irreflexivos, y luego exclamó:

»—Nosotros debemos de haber brotado en el mundo de las voces, pues entiendo lo que tú dices mejor que los trinos de los piquituertos o el grito del pavo real. Debe de ser un mundo delicioso donde todos hablan... ¡Cómo me gustaría que mis rosas brotaran en el mundo de las respuestas!

»En ese momento, el desconocido dio muestras de hambre, que Immalee entendió al instante, y le dijo que la siguiera a donde el tamarindo y la higuera ostentaban sus frutos; donde la corriente era tan clara que podían contarse las conchas purpúreas de su lecho, y donde ella cogía con la cáscara de un coco el agua fresca que manaba bajo la sombra de un mango. De camino, le dio toda la información sobre sí que pudo. Le dijo que era hija de una palmera, bajo cuya sombra había tenido conciencia de su existencia, pero que su madre había envejecido y había muerto hacía tiempo; que era muy vieja, ya que había visto marchitarse en sus tallos muchas rosas; y aunque otras venían a sustituirlas, no le gustaban tanto como las primeras, que eran mucho más grandes y brillantes; que, en realidad, todo crecía menos últimamente, porque ahora podía alcanzar el fruto que antes tenía que esperar a que cayese al suelo; pero que el agua, en cambio, había subido, porque antes se veía obligada a beber con las manos y rodillas en el suelo, mientras que ahora podía cogerla con una cáscara de coco. Finalmente, añadió, era mucho más vieja que la luna, porque la había visto disminuir hasta hacerse más débil que la luz de una luciérnaga; y la que ahora les alumbraba menguaría también, y su sucesora sería tan pequeña que no volvería a darle el nombre que le puso a la primera: Sol de la Noche.

»—Pero —dijo el que la acompañaba—, ¿cómo puedes hablar una lengua que no has aprendido de tus piquituertos y tus pavos reales?

»—Te lo voy a decir —dijo Immalee, con un aire de solemnidad que su belleza e inocencia hacían a la vez ridículo e imponente, en el que la traicionaba una ligera tendencia a ese deseo de maravillar que caracteriza a su exquisito sexo—: Mucho, mucho antes de que naciera, vino un espíritu a mí del mundo de las voces, y me susurró sonidos que nunca he olvidado.

»—¿De verdad? —dijo el desconocido.

»—¡Oh, sí!, mucho antes de que fuera yo capaz de coger un higo o de recoger agua con la mano; así que debió de ser antes de que naciera. Cuando *nací* no era tan alta como un capullo de rosa que intenté coger; ahora estoy tan cerca de la luna como la palmera... a veces cojo sus rayos antes que ella. Así que debo de ser muy vieja, y muy alta.

»A estas palabras, el desconocido, con una expresión indescriptible, se recostó contra un árbol. Observaba a esta criatura encantadora y desamparada, mientras rechazaba la fruta y el agua que ella le ofrecía, con una mirada que, por primera vez, denotaba compasión. El sentimiento del desconocido no se demoró mucho tiempo en un terreno al que no estaba acostumbrado. Su expresión se transformó muy pronto en una mirada medio irónica, medio diabólica, que Immalee no fue capaz de interpretar.

»—¿Y vives sola aquí —dijo—, y has vivido en este hermoso lugar sin compañía?

»—¡Oh, no! —dijo Immalee—: Tengo una compañía que es más hermosa que todas las flores de la isla. No hay pétalo de rosa que caiga en el río que sea tan resplandeciente como sus mejillas. Vive bajo el agua, pero sus colores son muy brillantes. Ella me besa también, pero sus labios son muy fríos; y cuando la beso yo, parece danzar, y su belleza se deshace en mil rostros que me van sonriendo como estrellitas. Pero aunque ella tenga mil caras, y yo sólo una, hay una cosa que me confunde. Sólo hay un arroyo donde ella viene a mí, y es uno que no cubren las sombras de los árboles; y no puedo verla más que cuando brilla el sol. Entonces, cuando la veo en el agua, la beso de rodillas; pero mi amiga ha crecido tanto que a veces me gustaría que fuese más pequeña. Sus labios son tan grandes que le doy mil besos por cada uno que ella me da a mí.

»—¿Y esa compañía que tienes, es en realidad hombre o mujer? —preguntó el desconocido.

»—¿Qué es eso? —dijo Immalee.

»—Quiero decir, de qué sexo es esa compañía.

»Pero *a esta pregunta no pudo obtener respuesta satisfactoria*; y sólo cuando volvió al día siguiente, al visitar la isla otra vez, descubrió que la amiga de Immalee era lo que él sospechaba. Descubrió a la encantadora e inocente criatura inclinada sobre el arroyo que reflejaba su imagen, a la que galanteaba con mil espontáneas y graciosas actitudes de alegre ternura. El desconocido la miró un rato, y unos pensamientos que habrían sido difíciles de comprender para un hombre dieron sus diversas expresiones a su semblante. Era la primera víctima a la que miraba con cierto escrúpulo. La alegría, también, con que Immalee le acogió, casi despertó sentimientos humanos en un corazón que había renunciado a ellos hacía tiempo; y, por un instante, experimentó la misma sensación que su señor cuando visitó el paraíso: lástima por las flores que había decidido marchitar para siempre. La miró mientras correteaba a su alrededor con los brazos extendidos y los ojos juguetones; y suspiró, al darle ella la bienvenida con palabras de tan dulce espontaneidad como cabía esperar de un ser que hasta aquí no había conversado sino con la melodía de los pájaros y el murmullo de las aguas. Con toda su ignorancia, sin embargo, no pudo por menos de testimoniar su asombro ante la llegada del desconocido sin un medio visible de transporte. Éste eludió contestarle sobre el particular; pero dijo:

»—Immalee, vengo de un mundo muy distinto de éste en el que vives tú, entre flores inanimadas y pájaros sin pensamiento. Vengo de un mundo donde todos, al igual que yo, piensan y hablan.

»Immalee se quedó muda de asombro y placer durante un rato. Por fin exclamó:

»—¡Oh, cómo deben quererse!; yo también quiero a mis pobres pájaros y flores, y a los árboles que dan sombra, ¡y a las aguas que cantan para mí!

»El desconocido sonrió:

»—En todo ese mundo, quizá no haya un ser hermoso e inocente como tú. Es un mundo de sufrimiento, de pecado y de zozobra.

»Fue muy difícil hacerle comprender el sentido de estas palabras; pero cuando lo entendió, exclamó:

»—¡Ojalá pudiera yo vivir en ese mundo, porque haría felices a todos!

»—Pero no puedes, Immalee —dijo el desconocido—; ese mundo es tan extenso que tardarías toda la vida en recorrerlo; y durante tu marcha, no podrías conversar sino con un pequeño número de sufrientes cada vez, y los males que soportan son en muchos casos de tal naturaleza que ni tú ni ningún poder humano podría aliviarlos.

»A estas palabras, Immalee prorrumpió en una agonía de lágrimas.

»—Frágil pero adorable criatura —dijo el desconocido—, ¿podrían tus lágrimas curar las corrosiones de la enfermedad, refrescar el febril latido del corazón cancerado, o lavar el limo pálido de los apretados labios del hambre, o más aún, apagar el fuego de la pasión prohibida?

»Immalee calló horrorizada ante esta enumeración, y sólo pudo balbucear que, allá donde fuera, llevaría sus flores y sus rayos de sol entre los que tenían salud, y todos se sentarían bajo la sombra de su tamarindo; en cuanto a la enfermedad y la muerte, hacía tiempo que estaba acostumbrada a ver marchitarse y morir las flores con la hermosa muerte de la naturaleza.

»—Y quizá —añadió, tras una breve reflexión—, como he visto a menudo que retienen su delicioso perfume aun después de haberse marchitado, quizá *todo lo que piensa* viva también después que su forma se haya marchitado, y es ése un pensamiento alegre.

»De las pasiones dijo que no sabía nada, y no podía sugerir ningún remedio para un mal del que no sabía nada. Había visto marchitarse las flores al fin de la estación, pero no podía imaginar por qué la flor tenía que destruirse.

»—Pero ¿no has visto nunca un gusano en una flor? —dijo el desconocido con la sofistería de la corrupción.

»—Sí —contestó Immalee—, pero el gusano no era de la flor, sus propios pétalos no habrían podido perjudicarla.

»Esto les llevó a una discusión, que la inexpugnable inocencia de Immalee, aunque acompañada de ardiente curiosidad y viva perspicacia, hizo perfectamente inofensiva para ella. Sus alegres e inconexas respuestas, su inquieta excentricidad de imaginación, sus agudas y penetrantes aunque mal compensadas armas intelectuales y, sobre todo, su instintivo e infalible *tacto* en cuanto a lo que estaba bien o mal, componían en conjunto una estrategia que desbarataba y desconcertaba al tentador más que si se hubiese enfrentado a la mitad de los *polemistas* de las academias europeas de ese tiempo. Estaba muy versado en la lógica de las escuelas, pero en esta lógica de la naturaleza y el corazón era “la ignorancia en persona”. Se dice que el “intrépido león” se humilla ante “una doncella orgullosa de su pureza”. Iba el tentador a retirarse contrariado cuando vio que las lágrimas asomaban a los ojos

brillantes de Immalee, y captó un oscuro e instintivo presagio en su inocente pesar.

»—¿Lloras, Immalee?

»—Sí —dijo la hermosa criatura—, siempre lloro cuando veo que el sol se oculta detrás de las nubes; y tú, sol de mi corazón, ¿vas a ocultarte también?, ¿no volverás a salir? —y con la graciosa confianza de la inocencia pura, posó sus rojos y deliciosos labios sobre la mano de él mientras decía—: ¿No volverás a salir? Ya no amaré mis rosas ni mis pavos reales si tú no vuelves; porque no pueden hablarme como tú, ni pueden hacerme pensar; en cambio tú puedes hacerme pensar mucho. ¡Oh!, me gustaría tener muchos pensamientos sobre *el mundo que sufre*, del que has venido; porque creo que vienes de él; pues hasta que no te he visto, no he sentido dolor alguno, sino placer. Pero ahora todo se me vuelve dolor, pensando que no volverás.

»—Volveré —dijo el desconocido—, hermosa Immalee; y te mostraré, a mi regreso, una imagen de ese mundo del que vengo, y del que pronto serás moradora.

»—Pero te veré en él, ¿verdad? —dijo Immalee—; ¿o cómo podré *expresar pensamientos*?

»—Sí, sí, por supuesto.

»—Pero ¿por qué repites las mismas palabras dos veces?; con *una* sería suficiente.

»—Sí; es verdad.

»—Entonces toma esta rosa, y aspiremos juntos su perfume, como le digo a mi amiga del manantial cuando me inclino para besarla; pero mi amiga retira *su* rosa antes de que yo la haya oído, y yo le dejo la mía sobre el agua. ¿Quieres llevarte mi rosa? —dijo la hermosa suplicante, inclinándose hacia él.

»—Sí quiero —dijo el desconocido; y tomó una flor del ramo que Immalee sostenía ante él. Era una rosa marchita. La arrancó y la ocultó en su pecho.

»—¿Y vas a marcharte sin canoa, por el mar oscuro? —dijo Immalee.

»—Nos volveremos a encontrar, y será en *el mundo del sufrimiento* —dijo el desconocido.

»—Gracias... gracias —repitió Immalee, mientras le veía adentrarse audazmente en las olas. El desconocido se limitó a contestar “nos volveremos a ver” dos veces mientras se alejaba; lanzó una mirada a la hermosa y solitaria criatura; un atisbo de humanidad aleteó en torno a su corazón..., pero se sacó violentamente la rosa marchita del pecho, y contestó al brazo que se agitaba en de pedida y a la angelical sonrisa de Immalee:

»—Nos volveremos a ver.

Capítulo XVI

Più non ho la dolce speranza.

METASTASIO, *La Didone*.

»Siete mañanas y siete tardes deambuló Immalee por la playa de su solitaria isla, sin ver aparecer al desconocido. Tenía aún el consuelo de su promesa de que se encontrarían en el mundo del sufrimiento, cosa que se repetía llena de esperanza y de ilusión. Entretanto, trataba de educarse para entrar en ese mundo; y era maravilloso ver sus intentos, a partir de analogías vegetales y animales, de formarse alguna idea del incomprensible destino del hombre. En la floresta, observaba la flor marchita. “La sangre que ayer corría roja por sus venas se ha vuelto púrpura hoy, y ennegrecerá y se secará mañana —se decía—. Pero no siente dolor ninguno; muere pacientemente, y el ranúnculo y el tulipán que están junto a ella no sienten ningún pesar por su compañera; de lo contrario, no tendrían esos colores esplendorosos. Pero ¿ocurrirá así en el mundo que piensa? ¿Podría verle a *él* marchitarse y morir, sin marchitarme y morir yo también? ¡Oh, no! Cuando esa flor se marchite. ¡Yo seré el rocío que la cubra!”.

»Trató de ampliar su comprensión observando el mundo animal. Un pollito de piquituerto había caído muerto de su nido, e Immalee, mirando por la abertura que este inteligente pájaro construye para protegerse de las aves de presa, vio a los padres con luciérnagas en sus pequeños picos, mientras su cría yacía sin vida ante ellos. Ante esta escena, Immalee prorrumpió en lágrimas. “¡Ah!, vosotros no podéis llorar —se dijo—; ¡ésa es la ventaja que tengo sobre vosotros! Coméis, aunque vuestro pequeñuelo haya muerto; pero ¿podría yo beber la leche del coco si él no pudiese volver a probarla? Ahora empiezo a comprender lo que dijo: pensar, entonces, es sufrir; ¡y un mundo de pensamiento debe de ser un mundo de dolor! ¡Pero qué deliciosas son estas lágrimas! Antes lloraba de placer..., ahora en cambio siento un dolor más dulce que el placer, como jamás había experimentado antes de *verle*. ¡Oh!, ¿quién no querría pensar, para tener el gozo de las lágrimas?”.

»Pero Immalee no empleó este intervalo únicamente en reflexionar; una nueva ansiedad empezó a inquietarla; y en los momentos de meditación y de lágrimas, buscaba con avidez las conchas más brillantes y fantásticamente onduladas para adornarse con ellas los brazos y el pelo. Se cambiaba su vestido de flores todos los días, y transcurrida una hora, ya no las consideraba lozanas luego llenaba las conchas más grandes con el agua más limpia, y las cáscaras de coco con los higos más deliciosos, entremezclados con rosas, y los ordenaba pintorescamente sobre el banco de piedra de la derruida pagoda. Pasaba el tiempo, no obstante, sin que apareciese el desconocido, e Immalee, al visitar su banquete al día siguiente, lloraba sobre los frutos marchitos; pero se secaba los ojos, y se apresuraba a sustituirlos.

»En esto se hallaba ocupada la mañana del octavo día, cuando vio acercarse al

desconocido; y el espontáneo e inocente placer con que corrió hacia él despertó en el desconocido, por un instante, un sentimiento de sombría y renuente compunción, que la viva sensibilidad de Immalee percibió en su paso vacilante y su mirada desviada. Se detuvo Immalee, temblando, con graciosa y suplicante timidez, como pidiendo perdón por alguna falta inconsciente, y permiso para acercarse con la misma actitud en que se mantenía, mientras las lágrimas, contenidas en sus ojos, estaban prestas a derramarse al menor asomo de otro gesto de rechazo. Esta visión “aguzó su casi embotada resolución”. Debe aprender a sufrir, prepararse para convertirse en discípula mía, pensó e desconocido.

»—Immalee, estás llorando —dijo, acercándose a ella.

»—¡Oh, sí! —dijo Immalee, sonriendo como una mañana de primavera a través de sus lágrimas—; tienes que enseñarme a sufrir, y pronto estaré preparada para tu mundo... Pero preferiría llorar por ti a sonreír ante mil rosas.

»Immalee —dijo el desconocido, luchando contra la ternura que le ablandaba a pesar suyo—. Immalee, vengo a mostrarte algo del mundo del pensamiento en el que tan deseosa estás de vivir, y del que pronto serás moradora. Sube a este monte donde se apiñan las palmeras, y tendrás una visión de parte de él.

»—Pero a mí me gustaría verlo todo. ¡Y ahora! —dijo Immalee con la avidez natural del intelecto sediento y ansioso de alimento que cree que puede engullir y digerir todas las cosas.

»—¡Todo, y a la vez! —dijo su guía, volviéndose para sonreírle mientras ella iba saltando tras él, sin aliento, y rebosante de un sentimiento reciente. Creo que la parte que vas a ver esta tarde será más que suficiente para saciar tu curiosidad.

»Mientras hablaba, se sacó un tubo de la casaca, y le dijo que mirara por él. Obedeció la india; pero tras mirar un momento, profirió una sonora exclamación:

»—¡Estoy allí!... ¿o están ellos aquí? —y se derrumbó al suelo vencida por un delirio de placer.

»Se levantó seguidamente, y cogiendo con ansiedad el catalejo, miró por él en otra dirección, lo que le reveló únicamente el mar; y exclamó con tristeza:

»—¡Ya no están!, ¡ya no están!... todo ese mundo maravilloso ha vivido y ha muerto en un instante; todo lo que amo muere así; mis rosas queridas no viven ni la mitad de las que no me gustan; tú has estado ausente siete lunas, desde que te vi por primera vez, y el mundo maravilloso ha durado sólo un instante.

»El desconocido le dirigió otra vez el catalejo hacia la costa de la India, de la que no estaban muy lejos, e Immalee exclamó de nuevo con arrobamiento:

»—¡Están vivos, y son más hermosos aún!, ¡todos seres vivos, seres que piensan! ... *su misma manera de andar piensa*. No son peces mudos, ni árboles insensibles, sino rocas maravillosas^[13], a las que miran con orgullo como si fueran obra de sus propias manos. ¡Hermosas rocas!, ¡cómo me gusta la perfecta igualdad de vuestras caras, y los moños rizados como flores de vuestras partes más altas! ¡Oh, si crecieran flores y cantaran pájaros a vuestro alrededor, os preferiría a las rocas bajo las cuales

contemplo la puesta de sol! ¡Oh, qué mundo debe de ser ése, en el que nada es natural, y todo es hermoso!..., el pensamiento debe de haber hecho todo eso. Pero ¡qué pequeño es todo!; el pensamiento debía haberlo hecho más grande... *el pensamiento debe de ser un dios*. Pero —añadió, con aguda inteligencia y tímida autoacusación— quizá esté equivocada. A veces he creído que podía poner mi mano sobre la copa de una palmera, pero cuando, después de andar y andar, he llegado junto a ella, no habría podido tocar ni la palma más baja, aunque hubiese sido yo diez veces más alta de lo que soy. Quizá tu hermoso mundo se haga más grande cuando me acerque a él.

»—Escucha, Immalee —dijo el desconocido, cogiéndole el catalejo de las manos—, para gozar de esta visión, debes comprenderla.

»—¡Ah, sí! —dijo Immalee con sumisa ansiedad, mientras el mundo de los sentidos perdía terreno rápidamente en su imaginación frente al recién descubierto del intelecto—, sí, déjame pensar.

»—Immalee, ¿tienes alguna religión? —dijo el visitante, al tiempo que una sensación de dolor volvía aún más pálido su pálido rostro. Immalee, rápida en captar y comprender el sentimiento físico, echó a correr y regresó un instante después con una hoja de higuera de Bengala, con la que secó las gotas de la lívida frente del desconocido; luego se sentó a sus pies, en una actitud de profunda pero ansiosa atención.

»—¡Religión! —repitió—. ¿Qué es eso?; ¿es un nuevo pensamiento?

»—Es la conciencia de un Ser superior a todos los mundos y sus habitantes, porque es el Creador de todos, y será su juez; de un Ser al que no podemos ver, pero en cuyo poder y presencia debemos creer, aunque es invisible; de uno que está en todas partes invisible, actuando siempre, aunque jamás en movimiento; oyéndolo todo, pero sin ser oído.

»Immalee le interrumpió con expresión aturrida.

»—¡Espera!, demasiados pensamientos me matarán; déjame descansar. Yo he visto la lluvia, que venía a refrescar el rosal derribado en la tierra —tras un esfuerzo solemne por recordar, añadió—: La voz de los sueños me dijo algo parecido, antes de nacer; pero hace ya mucho tiempo... a veces he tenido pensamientos dentro de mí que eran como esa voz. He pensado que amaba demasiado las cosas de mi alrededor, y que debía amar cosas que estuvieran *más allá*: flores que no se marchitasen, y un sol que no se ocultara jamás. Podía haberme elevado como un pájaro en el aire, y correr tras ese pensamiento... pero no había nadie que me enseñase el camino hacia arriba.

»Y la entusiasmada joven alzó hacia el cielo unos ojos en los que temblaban las lágrimas de extáticas figuraciones, y luego los volvió en muda súplica hacia el desconocido.

»—Es cierto —prosiguió él—; no se trata sólo de tener pensamientos sobre ese Ser, sino de expresarlos con actos externos. Los habitantes del mundo que vas a ver

llaman a esto *adoración*, y han adoptado (una sonrisa satánica curvó sus labios mientras hablaba) modos muy distintos; tan distintos que, de hecho, sólo hay un punto en el que coinciden: hacer de su religión un suplicio; la religión impulsa a unos a torturarse a sí mismos, y a otros a torturar a los demás. Y aunque, como digo, todos ellos coinciden en ese punto importante, por desgracia difieren tanto en el modo que ha habido muchos trastornos por este motivo en el mundo que piensa.

»—¡En el mundo que *piensa*! —repitió Immalee—; ¡imposible! Sin duda saben que el que es Uno no puede aceptar una diferencia.

»—Entonces, ¿no has adoptado ninguna forma de expresar tus pensamientos sobre este Ser, es decir, de adorarle? —dijo el desconocido.

»—Sonríó cuando sale el sol con todo su esplendor, y lloro cuando se eleva el lucero de la tarde —dijo Immalee.

»—¿Rechazas las contradicciones de las distintas formas de adoración, y empleas, no obstante, sonrisas y lágrimas para dirigirte a la deidad?

»—Sí, porque estas dos cosas son expresiones de alegría para mí —dijo la pobre india—; el sol es tan feliz cuando sonríe a través de las nubes de lluvia como cuando arde en lo alto del cielo con la fiereza de su hermosura; y yo soy feliz cuando sonrío y cuando lloro.

»—Los que vas a ver —dijo el desconocido, ofreciéndole el catalejo—, son tan diferentes en sus formas de adoración como las sonrisas y las lágrimas; aunque no son felices como tú ni en lo uno ni en lo otro.

»Immalee aplicó el ojo al catalejo, y profirió una exclamación de placer ante lo que vio.

»—¿Qué ves? —dijo el desconocido.

»Immalee describió lo que veía con muchas expresiones imperfectas que quizá sean más comprensibles con las aclaraciones del desconocido.

»—Lo que ves —dijo éste—, es la costa de la India, los bordes del mundo cercanos a ti. Allí está la negra pagoda de Juggernaut; es ese edificio enorme en el que tu ojo se ha fijado primero. Junto a ella está la mezquita islámica; se distingue porque tiene una figura como de media luna. Es voluntad del que gobierna el mundo que sus habitantes le adoren por ese signo^[14]. Un poco más lejos puedes ver un edificio bajo con un tridente en su cúspide: es el templo de Mahadeva, una de las antiguas diosas del país.

»—Pero las casas no significan nada para mí —dijo Immalee—; enséñame los seres que viven allá. Las casas no son ni la mitad de bonitas que las rocas de la costa, cubiertas de algas marinas y musgo, a la sombra de las altas palmeras y os cocoteros.

»—Pero esos edificios —dijo el tentador— representan las diversas formas de pensamiento de quienes los frecuentan. Si es a sus pensamientos adonde quieres asomarte, debes verlos expresados en sus acciones. En el trato de unos con otros, los hombres son generalmente falsos; pero en sus relaciones con sus dioses, son aceptablemente sinceros en la expresión del carácter que les asignan en su

imaginación. Si ese carácter es terrible, ellos expresan temor; si es cruel, lo manifiestan mediante los sufrimientos que se infligen a sí mismos; si tenebroso, la imagen del dios se reflejará fielmente en el rostro de su adorador. Mira y juzga tú misma.

»Immalee miró y vio una gran llanura arenosa, con la oscura pagoda de Juggernaut en su campo de visión. En esta llanura yacían los huesos de un millar de esqueletos, blanqueándose, bajo un aire reseco y abrasador. Un millar de cuerpos humanos, apenas más vivos, y poco menos flacos, arrastraban sus cuerpos requemados y ennegrecidos por la playa, para ir a perecer a la sombra del templo, sin esperanza de alcanzar jamás la de sus muros.

»Multitud de ellos caían muertos mientras avanzaban a rastras. Otros, vivos aún, agitaban débilmente la mano para espantar a los buitres que les sobrevolaban más y más cerca a cada pasada, arrancaban jirones de mísera carne de los huesos aún vivos de la enloquecida víctima, y retrocedían con un chillido de desencanto ante el escaso e insulso bocado que se llevaban.

»Muchos otros, llevados de su falso y fanático celo, trataban de redoblar sus tormentos arrastrándose por la playa con las manos y las rodillas; pero esas manos, atravesadas con clavos, y esas rodillas, raspadas literalmente hasta el hueso, luchaban débilmente en medio de la arena, con los esqueletos, los cuerpos que no tardarían en serlo y los buitres que se encargarían de ello.

»Immalee contuvo el aliento, como si hubiese inhalado los efluvios abominables de esta masa de putrefacción que, según se dice, contamina las playas cercanas al templo de Juggernaut como una pestilencia.

»Junto a esta pavorosa escena, pasó un desfile, cuyo esplendor provocaba un llamativo y terrible contraste con la nauseabunda, ruinosa, desolación de la vida animal e intelectual, en medio de la cual avanzaba su airosa, centelleante y oscilante pompa. Una enorme estructura, más parecida a un palacio moviente que a una carroza triunfal, daba cobijo a la imagen de Juggernaut, y era arrastrada por la fuerza conjunta de mil seres humanos, sacerdotes, víctimas, brahmanes, faquires y demás. A pesar de este tiro impresionante, el impulso era tan desigual que el edificio entero oscilaba y se bamboleaba de vez en cuando, y esta singular unión de inestabilidad y esplendor, de temblona decadencia y magnificencia terrible, daba una fiel imagen del ostentoso exterior y la vaciedad interior de su religión idólatra. Mientras desfilaba el cortejo, deslumbrante en medio de la desolación, triunfante en medio de la muerte, las multitudes corrían de vez en cuando a postrarse bajo las ruedas de la enorme maquinaria que, sin detenerse, las aplastaba y despedazaba; otros “se cortaban con cuchillos y lancetas según sus costumbres”, y no considerándose merecedores de morir bajo las ruedas de la carroza del ídolo, trataban de propiciárselo tiñendo las rodadas con su sangre; sus parientes y amigos gritaban de gozo al ver los ríos de sangre que teñían la carroza y su trayecto, y esperaban obtener beneficio por estos sacrificios voluntarios con tanta convicción, y quizá con tanta razón, como el

creyente católico en la penitencia de san Bruno o en la enucleación de santa Lucía, o en el martirio de santa Úrsula y sus once mil vírgenes, que traducido significa el martirio de una sola mujer llamada *Undecimilla*, nombre que las leyendas católicas interpretan como *Undecim Milla*.

»Siguió la procesión en medio de esa mezcolanza de ritos que caracteriza la idolatría de todos los países —mitad espléndida, mitad horrible—, apelando a la naturaleza y rebelándose contra ella a la vez, mezclando las flores con la sangre, y arrojando alternativamente niños enloquecidos y guirnaldas de rosas bajo el carro del ídolo.

»¡Ése es el cuadro que apareció ante los ojos tensos e incrédulos de Immalee, mezcla de grandiosidad y horror, de gozo y sufrimiento, de flores aplastadas y cuerpos mutilados, de magnificencia que clamaba tortura para su triunfo, y vaho de sangre e incienso de rosas aspirados a un tiempo por las narices triunfales de un demonio encarnado que marchaba en medio de las ruinas de la naturaleza y los despojos del corazón! Immalee siguió mirando con horrorizada curiosidad. Vio, con ayuda del catalejo, a un muchacho sentado en la parte delantera del templo moviente que “ejecutaba una alabanza” al nauseabundo ídolo, con todas las atroces lubricidades del culto fálico. Su inimaginable pureza la protegió como un escudo de la más ligera conciencia del significado de este fenómeno. En vano la importunó el tentador con preguntas y alusiones y ofrecimientos de ilustración: la encontró fría, indiferente y hasta sin interés. El tentador rechinó los dientes y se mordió el labio *en parenthèse*. Pero cuando Immalee vio a las madres arrojar a sus hijos bajo las ruedas del carro, y volverse luego a contemplar la danza salvaje y desenfrenada de las *almahs*^[15], y verlas, con los labios y con palmadas, llevar el ritmo del sonido de los cascabeles de plata que tintineaban en torno a sus delgados tobillos mientras sus hijos se retorcían en mortal agonía, dejó caer el catalejo, presa de horror, y exclamó:

»—¡El mundo que piensa no siente! Jamás he visto a la rosa matar a su capullo.

»—Pero sigue mirando —dijo el tentador—; observa ese edificio cuadrado de piedra, alrededor del cual hay reunidos unos cuantos vagabundos, y cuya cúspide está coronada por el tridente: es el templo de Mahadeva, una diosa que carece del poder y la popularidad del gran ídolo Juggernaut. Fíjate cómo se acercan a ella sus adoradores.

»Immalee miró, y vio a unas mujeres que ofrecían flores, frutos y perfumes; algunas jóvenes le traían pájaros enjaulados a los que soltaban; otras, después de hacer votos por la seguridad de algún ausente, dejaban ir un vistoso barquito de papel, iluminado con cera, por las aguas cercanas de un río, pidiéndole que no se hundiese hasta que llegase a él.

»Immalee sonrió complacida ante los ritos de esta inocente y graciosa superstición.

»—Esta religión no es de tormento —dijo.

»—Mira otra vez —dijo el desconocido.

»Miró Immalee, y vio a esas mismas mujeres, cuyas manos habían librado a los pájaros de sus jaulas, colgando de las ramas de los árboles que daban sombra al templo de Mahadeva cestas que contenían a sus niños recién nacidos, donde los dejaban que pereciesen de hambre o devorados por las aves, mientras ellas danzaban y cantaban en honor a la diosa.

»Otras llevaban a sus ancianos padres, al parecer con el más celoso y tierno cuidado, hasta la orilla del río, donde, después de ayudarles a realizar sus abluciones con todo el cariño filial y piedad divina, los abandonaban medio sumergidos en el agua para que los devorasen los cocodrilos, los cuales no dejaban que las desdichadas presas esperasen mucho tiempo su horrible muerte; mientras que otras eran depositadas en la jungla cercana a la orilla, donde encontraban un destino igualmente cierto y espantoso en las fauces de los tigres que la infestaban, y cuyos rugidos acallaban al punto los débiles gemidos de sus víctimas indefensas.

»Immalee se dejó caer al suelo ante este espectáculo, y tapándose los ojos con ambas manos, permaneció muda de aflicción y de horror.

»—Mira otra vez —dijo el desconocido—; no todos los ritos de las religiones son tan sangrientos.

»Otra vez miró Immalee, y vio una mezquita islámica erguida con todo el esplendor que acompañó a la primera introducción de la religión de Mahoma entre los hindúes. Alzaba sus doradas cúpulas, sus cincelados minaretes y sus enhiestos pináculos, con toda la riqueza y profusión que la decorativa imaginación de la arquitectura oriental, a un tiempo luminosa y exuberante, grandiosa y etérea, se complace prodigar en sus obras predilectas.

»Un majestuoso grupo de musulmanes acudía a la mezquita a la llamada del muecín. Alrededor del edificio no se veía árbol ni arbusto ninguno; no recibía sombra ni ornamento de la naturaleza; carecía de esas sombras suaves y matizadas que parecen unir a las criaturas y las obras de Dios para gloria de éste, y exhortan a la inventora magnificencia del arte y a la espontánea amabilidad de la naturaleza a exaltar al Autor de ambas cosas; se alzaba aislada, obra y símbolo de manos vigorosas y espíritus orgullosos, como parecían ser los de los que se acercaban en calidad de adoradores. Sus rostros elegantes y pensativos, sus atuendos majestuosos, sus airoas figuras, contrastaban enormemente con la expresión torpe, postura agachada y semidesnuda escualidez de algunos pobres hindúes que, sentados sobre sus nalgas, se estaban comiendo su ración de arroz en el momento de pasar los musulmanes camino de sus devociones. Immalee los miró con cierta mezcla de temor y placer, y empezó a pensar que debía de haber algo bueno en la religión que estos seres de noble aspecto profesaban. Pero antes de entrar en la mezquita, maltrataron y escupieron a los inofensivos y aterrados hindúes; les golpearon con el plano de sus sables y, llamándoles perros de los idólatras, les maldijeron en nombre de Dios y del profeta. Immalee, sublevada e indignada ante tal escena, aunque no podía oír las palabras que la acompañaron, exigió una explicación de dicha actitud.

»—Su religión —dijo el desconocido— les ordena odiar a todo el que no adore lo que ellos adoran.

»—¡Ay! —exclamó Immalee llorando—, ¿no es ese odio que su religión enseña una prueba de que la suya es la peor? Pero ¿por qué —añadió, con semblante iluminado con toda la espontánea y vivaz inteligencia de su admiración, mientras se ruborizaba ante sus recientes temores—, por qué no, entre ellos a alguno de los seres amables cuyos vestidos son diferentes, a los que tú llamas mujeres? ¿Por qué no van ellas a adorar también?, ¿o es que ellas tienen una religión más amable?

»—*Esa* religión —replicó el desconocido— no es muy benévola con esos seres, entre los que tú eres el más hermoso; enseña que los hombres tendrán varias compañeras en el mundo de las almas; tampoco dice claramente si las mujeres llegarán a él. Allá puedes ver a algunos de esos seres excluidos, vagando entre aquellas piedras que señalan el lugar de sus muertos, repitiendo oraciones por los difuntos, sin atreverse a esperar reunirse con ellos; ya otros, viejos indigentes, sentados a la puerta de la mezquita, leyendo en voz alta pasajes del libro que tienen sobre sus rodillas (que ellos llaman Corán) con la esperanza de recibir una limosna, no de inspirar devoción.

»A estas palabras desoladoras, Immalee, que había esperado en vano encontrar en alguno de estos sistemas la esperanza o consuelo que su puro espíritu vívida imaginación ansiaban por igual, sintió un indecible encogimiento del alma ante la religión que así se le describía, y que mostraba tan sólo un cuadro pavoroso de crueldad y de sangre, de inversión de todo principio de la naturaleza, y de ruptura de todo lazo del corazón.

»Se dejó caer al suelo, y exclamó:

»—No existe ningún Dios si no hay otro que el de ellos.

»Luego, levantándose como para echar una última ojeada, con la desesperada esperanza de que fuese todo una ilusión, descubrió un edificio pequeño: Oscuro a la sombra de las palmeras, y coronado por una cruz; y sorprendida por la discreta sencillez de su aspecto y el escaso número y pacífica actitud de los pocos que se acercaban a él, exclamó que ésa debía de ser una nueva religión, y preguntó anhelante su nombre y sus ritos. El desconocido mostró cierto desasosiego ante el descubrimiento que ella había hecho, y lo reveló más grande aún al contestar a las preguntas que se le formulaban; pero se las hacía con tan insistente y persuasiva porfía, y la hermosa criatura que le urgía pasaba con tanta naturalidad del dolor profundo y reflexivo a la infantil aunque inteligente curiosidad, que no le habría sido posible a hombre ninguno, ni a criatura más o menos humana, resistirle.

»Su semblante encendido, cuando se volvió hacia él con una expresión mitad impaciente, mitad suplicante, era sin duda el “de un niño apaciguado que sonríe a través de sus lágrimas^[16]”. Puede que actuara también otra causa en este profeta de maldiciones, y le hiciera pronunciar una bendición donde él quiso proferir un juramento; pero en eso no nos atrevemos a indagar, ni se sabrá plenamente hasta el

día en que se revelen todos los secretos. Fuera como fuese, se sintió impulsado a confesar que era una nueva religión, la religión de Cristo, cuyos ritos y adoradores veía ella.

»—Pero ¿cuáles son los ritos? —preguntó Immalee—. ¿Matan a sus hijos, o a sus padres, para demostrar su amor a Dios? ¿Los cuelgan en cestos para que mueran allí, o los abandonan en la orilla de los ríos para que sean devorados por animales horribles y feroces?

»—La religión que ellos profesan prohíbe todo eso —dijo el desconocido con desgana sincera—; les exige que honren a sus padres y que cuiden a sus hijos.

»—Pero ¿por qué no arrojan de su iglesia a los que no piensan como ellos?

»—Porque su religión les ordena ser mansos, benévolos y tolerantes; y no rechazar ni despreciar a los que no han alcanzado su luz más pura.

»—Pero ¿por qué no se ve esplendor ni magnificencia alguna en su culto, ni nada grandioso o atractivo?

»—Porque saben que Dios no puede ser adorado adecuadamente sino por corazones y manos inocentes; y aunque su religión concede toda esperanza al culpable penitente, no alienta con falsas promesas a suplantarlo el homenaje del corazón con devociones externas, o con una religión artificiosa y pintoresca la simple devoción a Dios, ante cuyo trono, aunque se derrumbase y se redujese a polvo el más orgulloso de los templos erigidos en su honor, el corazón seguiría encendido en el altar como víctima inextinguible y aceptable.

»Mientras él hablaba, Immalee (movida quizá por un poder superior) inclinó su rostro resplandeciente a la tierra; luego, alzándolo con la expresión de un ángel recién nacido, exclamó:

»—¡Cristo será mi Dios, y yo seré cristiana!

»Nuevamente se inclinó en esa profunda postración que indica la conjunta sumisión del alma y el cuerpo, y permaneció en esta actitud de ensimismamiento tanto tiempo que, cuando se levantó, no notó la ausencia de su compañero: “Había desaparecido gruñendo; y con él se habían ido las sombras de la noche”.

Capítulo XVII

*Why, I did say something about
getting a licence from the Cadí.*

«Barba Azul»

»Las visitas del desconocido se interrumpieron durante un tiempo; y cuando volvió, parecía como si su propósito no fuese ya el mismo. Ya no trató de corromper sus principios, ni falsear su intelecto, ni confundir sus opiniones acerca de la religión. Sobre este último tema se abstuvo de hablar en absoluto; parecía lamentar haberlo abordado anteriormente, y ni toda la inquieta avidez de saber que ella sentía ni la mimosa insistencia de su gesto, pudieron sonsacarle una sílaba más al respecto. Sin embargo, la compensó ampliamente con el rico y variado caudal de conocimientos de una mente dotada de una reserva que superaba la capacidad de acumulación de la experiencia humana, confinada como está en los límites de los setenta años. Pero no causó esto asombro a Immalee: no reparó en el tiempo, y la historia de ayer y la crónica de siglos pasados se sincronizaban en su mente, para la que hechos y fechas eran desconocidos por igual; asimismo, desconocía las sombras graduales del devenir y la encadenada sucesión de los acontecimientos.

»A menudo se sentaban por la tarde en la playa de la isla, donde Immalee preparaba siempre un asiento de musgo a su visitante, y juntos contemplaban el azul profundo en silencio; porque el intelecto y el corazón de Immalee, recién despiertos, sentían esa quiebra del lenguaje que el profundo sentimiento imprime en los espíritus muy cultivados, y que, en su caso, aumentaban igualmente su inocencia y su ignorancia; su visitante, quizá, tenía razones aun más poderosas para guardar silencio. Este silencio, no obstante, se rompía a menudo. No había embarcación que pasara a lo lejos que no sugiriera una ansiosa pregunta de Immalee, y no arrancara una lenta y desgana respuesta al desconocido. Sus conocimientos eran inmensos, variados y profundos (pero eso era más bien motivo de placer que de curiosidad para su bella discípula); y desde la canoa india tripulada por nativos desnudos, a las espléndidas y pesadas y mal gobernadas naves de los rajás, que flotaban como enormes dorados peces corveteando con tosco y primitivo alborozo sobre las olas, hasta los galantes y bien patroneados navíos de Europa, que cruzaban como dioses del océano llevando fecundidad y saber, descubrimientos de arte y bendiciones de la civilización dondequiera que recogiesen sus velas y echasen el ancla, él podía contarle de todo: describirle el destino de cada embarcación; los sentimientos, carácter y costumbres nacionales de sus variopintos tripulantes; y ampliar los conocimientos de ella hasta un grado que los libros no habrían podido alcanzar jamás; porque la comunicación coloquial es siempre el medio más vívido y eficaz, y los labios tienen el reconocido derecho a ser los primeros mensajeros del saber y del amor.

»Quizá este ser extraordinario, para quien las leyes de la mortalidad y los

sentimientos de la naturaleza parecían hallarse igualmente en suspenso, sentía junto a Immalee una especie de triste y espontáneo descanso respecto al destino que le perseguía incansablemente. No sabemos, y nunca podremos decirlo, qué sensaciones le inspiraba la inocente y desamparada belleza de Immalee; pero el caso es que dejó de mirarla como a su víctima; y cuando estaba sentado junto a ella escuchando sus preguntas o contestándolas, parecía disfrutar de los pocos intervalos lúcidos de su loca e insensata existencia. Lejos de ella, volvía al mundo para torturar y tentar en el manicomio donde el inglés Stanton se revolvía en su paja...

—Esperad —dijo Melmoth—; ¿qué nombre habéis dicho?

—Tened paciencia conmigo, *señor* —dijo Moncada, a quien no le gustaba que le interrumpiesen—; tened paciencia, y descubriréis que todos somos cuentas ensartadas de un mismo collar. ¿Por qué tenemos que chocar unos contra otros?, nuestra unión es indisoluble.

Reanudó la historia de la desventurada india, tal como se hallaba consignada en aquellos pergaminos de Adonijah, que se había visto obligado a copiar, y de los que estaba deseoso de transmitir cada línea y palabra a su oyente, para corroborar su propia y extraordinaria historia:

»—Cuando se hallaba lejos de ella, su propósito era el que he descrito; pero cuando ella estaba presente, parecía que este propósito quedaba en suspenso; la miraba a menudo con ojos cuyo fiero y violento fulgor apagaba un rocío que él se apresuraba a enjugar; tras lo cual volvía a mirarla otra vez. Mientras estaba sentado junto a ella, sobre las flores que Immalee había recogido para él; mientras miraba esos labios tímidos y sonrosados que esperaban su señal para hablar, como capullos que no se atreviesen a abrirse hasta que el sol los iluminara; mientras escuchaba las palabras que surgían de ellos convencido de que serían tan imposibles de pervertir como enseñar a un ruiñón la blasfemia, se quedaba ensimismado, se pasaba la mano por su frente lívida y, enjugando algunas gotas frías, creía por un instante que no era el Caín del mundo moral y que se había borrado su estigma... al menos de momento. En seguida le volvía su habitual e impermeable tenebrosidad de alma. Sentía otra vez el roer del gusano que nunca muere, y los ardores del fuego que no se apaga jamás. Volvía la luz fatal de sus ojos enigmáticos hacia el único ser que no se estremecía ante su expresión, ya que su inocencia la volvía audaz. La miraba atentamente, mientras la rabia, la desesperación y la piedad le laceraban el corazón; y al ver la confiada y conciliadora sonrisa con que este ser apacible acogía una expresión que podía haber secado el corazón del más atrevido —una Sémele que miraba suplicando amor al rayo que la iba a fulminar—, una gota de humanidad empañaba su ominoso fulgor, al posar violentamente sus atemperados rayos sobre ella. Apartaba al punto los ojos de Immalee, dirigía su mirada hacia el océano, como buscando en el escenario de la vida humana algún combustible que arrojar al fuego que consumía sus entrañas. El océano, sereno y brillante ante ellos como un mar de jaspe, jamás reflejó dos semblantes más distintos, ni envió sentimientos más opuestos a dos corazones. Para

el de Immalee, exhalaba la profunda y deliciosa ensoñación que esas formas de la naturaleza que reúnen la tranquilidad y la hondura derraman sobre las almas cuya inocencia les confiere el derecho a un gozo puro y exclusivo de la naturaleza. Nadie sino los espíritus inocentes y desapasionados han gozado jamás verdaderamente de la tierra, del océano y del cielo. A nuestra primera transgresión, la naturaleza nos rechaza, como rechazó a nuestros primeros padres para siempre del paraíso.

»Para el desconocido, el paisaje estaba poblado de visiones muy distintas y lo inspeccionaba como el tigre inspecciona una selva en la que abundan las presas; podía haber tormenta y algún naufragio; o, si los elementos se hallaban obstinadamente encalmados, podía ser que la vistosa y dorada barca de placer de un rajá, habiendo salido con las hermosas mujeres de su harén a aspirar la brisa del mar bajo doseles de seda y oro, volcase por impericia de los remeros, y sumergiéndose todos, se debatiesen en la agonía, en medio de la sonrisa y belleza del océano en calma, dando lugar a uno de esos contrastes en los que se complacía su feroz espíritu. Y si aun esto le era negado, podía ver las embarcaciones que cruzaban, convencido de que, desde el esquife al inmenso mercante, llevaban todos su cargamento de dolor y de crimen. Pasaban barcos europeos cargados de pasiones y crímenes de otro mundo: de codicia insaciable, de crueldad sin conciencia, de sagacidad atenta y servicial a la causa de sus malvadas pasiones, actuando su refinamiento como un estimulante para buscar formas más ingeniosas y vicios más sistematizados. Los veía venir a traficar con “oro y plata, y con las almas de los hombres”; a apoderarse con ansiosa rapacidad de las piedras preciosas y valiosos productos de estos climas lujuriantes, negando a sus habitantes el arroz que sustentaba sus inofensivas existencias; a descargar el peso de sus crímenes, de su lujuria y su avaricia y, después de devastar la tierra y expoliar a los nativos, marcharse dejando tras ellos el hambre, la desesperación y la execración, y trayendo a Europa cuerpos atropellados, pasiones inflamadas, corazones ulcerados y conciencias incapaces de sufrir la oscuridad de sus alcobas.

»Tales eran los objetos que él contemplaba; y una tarde, apremiado por las incesantes preguntas de Immalee sobre los países a los que tan precipitadamente corrían estos barcos, o de los que regresaban, le hizo una descripción del mundo, a su modo, con una mezcla de burla, malignidad e impaciente amargura ante la inocencia de su curiosidad. Y había en su esbozo tal mezcla de acritud diabólica, mordaz ironía y pavorosa veracidad, que a menudo fue interrumpido por las exclamaciones de asombro, pesar y terror de su oyente.

»—Vienen —dijo, señalando las naves europeas— de un mundo en donde el único interés de los habitantes es cómo aumentar sus propios sufrimientos, y los de los demás, lo más posible; y considerando que sólo llevan practicando este ejercicio unos cuatro mil años, hay que reconocer que son aprendices bastante aventajados.

»—Pero ¿es posible?

»—Juzga tú misma. Con ayuda de este deseable objetivo, todos han estado dotados originalmente de cuerpos imperfectos y malas pasiones; y para no ser

desagradecidos, se pasan la vida pensando cómo aumentar las aflicciones de unos y agravar las amarguras de otros. No son como tú, Immalee, ser que alientas entre las rosas y sólo te sustentas con el jugo de los frutos y con la linfa del puro elemento. A fin de hacer más groseros sus pensamientos, y más ardientes sus espíritus, devoran animales y extraen de los vegetales maltratados una bebida que, sin apagar la sed, tiene el poder de extinguir la razón, inflamar las pasiones y acortar la vida..., lo que constituye el mejor de los resultados, ya que la vida en esas condiciones debe su única felicidad a la brevedad de su duración.

»Immalee se estremeció ante la mención de un alimento animal, como la mayoría de los delicados europeos se estremecían ante la mención de un festín caníbal; y mientras le temblaban las lágrimas en sus bellos ojos, se volvió ansiosamente hacia sus pavos reales con una expresión que hizo sonreír al desconocido.

»—Algunos —dijo, a modo de consuelo— no tienen el gusto complicado en absoluto: satisfacen su necesidad de comer con la carne de sus semejantes; y como la vida humana es siempre miserable, y la animal en cambio no (salvo que intervengan causas elementales), podría pensarse que ésa es la manera más humana y saludable de saciar el apetito y reducir al mismo tiempo el número de los seres humanos que sufren. Pero como estas gentes se jactan de su ingenio en agravar los sufrimientos de su situación, anualmente dejan perecer de hambre y de aflicción a miles de seres humanos, y se divierten alimentando animales a los que, privándolos de la existencia, se les privaría del único placer que su condición les permite. Y cuando, por antinatural dieta y atroz estímulo, consiguen corromper las debilidades hasta convertirlas en enfermedad, y exacerbar la pasión hasta convertirla en locura, exhiben las pruebas de su éxito con una destreza y persistencia admirables. No viven como tú, Immalee, en amable independencia de la naturaleza, que te acuestas en la tierra y duermes con todos los ojos del cielo velando por ti, pisas la misma yerba hasta que tus pies livianos se sienten amigos de cada hoja que rozan, y conversas con las flores hasta que sientes que ellas y tú sois hijas de la común familia de la naturaleza, cuyo mutuo lenguaje de amor casi habéis aprendido a comunicaros... No; para llevar a efecto sus propósitos, su alimento, que es en sí mismo veneno, tiene que volverse más fatal merced al aire que respiran, y por esta razón la multitud más civilizada se reúne en un espacio que su propia respiración y las exhalaciones de sus cuerpos vuelven pestilente, e imprimen una inconcebible celeridad a la propagación de las enfermedades y la muerte. Cuatro mil de ellos viven juntos en un espacio más pequeño que la última y más sencilla columnata de tu joven higuera de Bengala, con el fin, indudablemente, de aumentar los efectos de la fétida atmósfera de calor artificial, los hábitos antinaturales y de hacer impracticable el ejercicio físico. El resultado de estas prudentes precauciones es el que se puede adivinar. La dolencia más trivial se vuelve inmediatamente infecciosa, y durante los estragos de pestilencia que este hábito genera, el censo acostumbrado de sacrificios en una ciudad es de diez mil vidas diarias.

»—Pero mueren en brazos de aquellos a quienes aman —dijo Immalee, cuyas lágrimas manaban a raudales ante este relato—; ¿y acaso no es eso mejor que una vida en soledad... como la mía, antes de verte a ti?

»El desconocido estaba demasiado absorto en su descripción para escucharla.

»—En teoría, acuden a estas ciudades en busca de seguridad y protección, pero la realidad es que van con el único fin que constituye la meta de sus vidas: agravar sus miserias con toda la ingeniosidad del refinamiento. Por ejemplo, los que viven en la miseria incontrastada y sin atormentadoras comparaciones, apenas pueden sentirla; el sufrimiento se convierte en una costumbre, y en su situación no sienten más celos que los que pueda sentir el murciélago, colgado con ciega y famélica estupefacción en la grieta de la roca, de la condición de la mariposa, que bebe en el rocío y se baña en el regazo de las flores. Pero las gentes de *los otros mundos* han inventado, viviendo en ciudades, un nuevo y singular modo de agravar las desdichas humanas: el de contrastarlas con el violento y desenfrenado exceso de superfluo y pródigo esplendor.

»Aquí el desconocido tuvo enormes dificultades para hacer comprender a Immalee cómo podía haber una desigual distribución de los medios de subsistencia; y tras hacer todo lo posible por explicárselo, ella siguió repitiendo (con su blanco dedo sobre sus labios rojos, y su pie menudo golpeando el musgo) con una mezcla de acongojada inquietud:

»—¿Por qué unos tienen más de lo que pueden comer y otros no tienen nada?

»—Ése —prosiguió el desconocido— es el más exquisito refinamiento del arte de torturar en el que esos seres son tan expertos: colocar la miseria al lado de la opulencia; permitir que el desventurado muera por falta de alimento, mientras oye el rumor de los espléndidos carruajes que hacen estremecer su choza al pasar, sin dejar atrás alivio alguno; permitir que el laborioso y el imaginativo desfallezcan de hambre, mientras la orgullosa mediocridad hipa saciada; permitir que el moribundo sepa que su vida podría prolongarse con una simple gota de ese estimulante licor que, prodigado en exceso, sólo produce degradación y locura en aquellos cuyas vidas socava; hacer esto es su principal objetivo, y lo logran plenamente. El infeliz que soporta, a través de las grietas, los rigores del viento invernal que se clava como flechas en sus poros, con las lágrimas que se hielan antes de llegar a desprenderse, con el alma tan entenebrecida como la noche bajo cuya bóveda estará su tumba, y con los labios pegados y viscosos incapaces de recibir el alimento que implora el hambre alojada como carbones ardientes en sus entrañas, y que, en medio del horror de un invierno sin cobijo, prefiere su desolación al antro que usurpa el nombre de hogar, sin alimento y sin luz, donde a los aullidos de la tormenta responden esos otros más feroces del hambre, donde tropieza, en un rincón oscuro y sin paja, con los cuerpos de sus hijos tendidos en el suelo, no descansando, sino desesperados. Ese ser, ¿no es suficientemente desdichado?

»Los estremecimientos de Immalee fueron su única respuesta (aunque sólo pudo hacerse una idea muy imperfecta de muchas partes de esta descripción).

»—Pues no, todavía no lo es suficientemente —prosiguió el desconocido, reanudando su descripción—: Que sus pasos, no sabiendo adónde ir, le lleven a las puertas de la opulencia y el lujo, que se dé cuenta de que la abundancia y la alegría están separadas de él sólo por el espesor de un muro, y que no obstante se hallan tan lejos como si perteneciesen a mundos aparte; que sepa que mientras en su *mundo* no hay más que tinieblas y frío, los ojos de los de dentro están deslumbrados por el fuego y la luz, y las manos, relajadas por el calor artificial, procuran con abanicos el refrigerio de una brisa; que sepa que cada gemido que exhala es contestado con una canción o una carcajada; y que muera en la escalinata de la mansión, mientras su último dolor consciente se agrava al pensar que el precio de la centésima parte de los lujos que se despilfarran ante la belleza indiferente y el epicureísmo saciado habría prolongado su existencia, mientras que envenena la de ellos; *que muera famélico en el umbral de un salón de banquetes*, y admire luego conmigo la ingeniosidad puesta de relieve en esta nueva combinación de desventura. La capacidad inventiva de la gente de mundo para multiplicar las calamidades es inagotablemente fértil en recursos. No satisfecha con las enfermedades y el hambre, con la esterilidad de la tierra y las tempestades del aire, crea leyes y matrimonios, reyes y recaudadores de impuestos, y guerras, y fiestas, y toda una multitud de miserias artificiales, inimaginables para ti.

»Immalee, abrumada por este torrente de palabras, palabras incomprensibles para ella, pidió en vano una explicación coherente. El demonio de su sobrehumana misantropía se había posesionado ahora plenamente de él y ni el acento de una voz tan dulce como las cuerdas del arpa de David tuvo el poder de conjurar al malo. Y así, siguió esparciendo sus tizones y dardos; y dijo a continuación:

»—¿No es divertido? Esa gente^[17] —dijo— ha nombrado reyes entre ellos, o sea seres a quienes voluntariamente han investido con el privilegio de empobrecer, por medio de impuestos, cualquier riqueza que los vicios hayan dejado al rico, y cualquier medio de subsistencia que la necesidad haya respetado al pobre, al punto que su extorsión es maldecida desde el castillo hasta la cabaña; extorsión que tiene por objeto tan sólo mantener a unos cuantos favoritos mimados, los cuales van enganchados con riendas de seda a la carroza, y que arrastran por encima de los cuerpos postrados de la multitud. A veces, hastiados por la monotonía de la perpetua fruición, que no tiene paralelo ni aun con la monotonía del sufrimiento (pues éste tiene al menos el incentivo de la esperanza, cosa que le está negada para siempre a la primera), se divierten creando guerras, es decir, reuniendo el mayor número de seres humanos que puedan sobornar dispuestos a degollar a un número menor, igual o mayor de seres, sobornados del mismo modo y con el mismo propósito. Tales seres carecen de motivo para enemistarse unos con otros: no se conocen, jamás se han visto. Quizá habrían podido quererse en otras circunstancias, pero desde el momento en que están contratados para una matanza legal, su obligación es odiarse, y su placer el homicidio. El hombre que sentiría repugnancia en aplastar al reptil que se arrastra a

su paso, se pertrecha de metales fabricados expresamente para destruir, y sonrío al verlos manchados con la sangre de un ser cuya existencia y felicidad habrían favorecido incluso su propia vida en otras circunstancias. Tan fuerte es este hábito de agravar la desdicha con medios artificiales que es sabido que, cuando se hunde un barco —aquí tuvo que darle a Immalee una larga explicación que podemos ahorrar al lector—, la gente de ese mundo se lanza al agua para salvar, poniendo en peligro sus propias vidas, las de aquellos a quienes un momento antes estaban abordando en medio del fuego y la sangre, ya quienes si bien sacrificarían a sus pasiones, su orgullo se niega a sacrificarlos a los elementos.

»—¡Oh, es hermoso!... ¡es glorioso! —dijo Immalee juntando sus blancas manos—; ¡yo podría soportar toda esa visión que me describes!

»Su sonrisa de inocente alegría, su espontánea explosión de noble sentimiento, tuvo el acostumbrado efecto de añadir una sombra más tenebrosa a la frente del desconocido, y una más severa curva a la repulsiva contracción de su labio superior, que nunca se elevaba sino para expresar hostilidad y desprecio.

»—Pero ¿en qué se ocupan los reyes? —dijo Immalee—, ¿en hacer que se maten los hombres por nada?

»—Eres ignorante, Immalee —dijo el desconocido—; muy ignorante. De lo contrario, no dirías *por nada*. Unos luchan por diez pulgadas de arena estéril; otros, por el dominio de la mar salada; otros, por cualquier cosa, y otros, por nada; pero todos lo hacen por dinero, y por pobreza, y por la ocasional excitación, el deseo de acción, el amor al cambio y el miedo a la casa, y la conciencia de las malas pasiones, y la esperanza de la muerte, y la admiración que causan los vistosos uniformes con los que van a perecer. El mayor sarcasmo consiste en que procuran no sólo reconciliarse con estos crueles y perversos absurdos, sino dignificarlos con los nombres más imponentes que su pervertido lenguaje provee: los de fama, gloria, recuerdo memorable y admiración de la posteridad.

»"De ese modo, un desdichado a quien la necesidad o la intemperancia empuja a tal negocio temerario y embrutecedor, que abandona a esposa e hijos a merced de extraños o del hambre (términos casi sinónimos), en el momento en que se apropia de la roja escarapela que confiere la matanza, se convierte, ante la imaginación de esas gentes embriagadas, en defensor de su país, y digno de su gratitud y alabanza. El mozalbete desocupado, que odia el cultivo del intelecto y desprecia la bajeza del trabajo, gusta, quizá, de ataviar su persona de colores chillones como los del papagayo o el pavo real; y a esta afeminada propensión se le bautiza con el prostituido nombre de amor a la gloria; y esa complicación de motivos tomados de la vanidad y el vicio, del miedo y la miseria, la impudicia de la ociosidad y la apetencia de la injuria, encuentra una conveniente y protectora denominación en un simple vocablo: patriotismo. Y esos seres que jamás conocieron un impulso generoso, un sentimiento independiente, ignorantes de los principios o justicia de la causa por la cual luchan, y totalmente indiferentes al resultado, salvo en lo que interesa a su

propia vanidad, codicia y avaricia, son aclamados, mientras viven, por el mundo miope de sus benefactores, y cuando mueren, canonizados como sus mártires. Murieron por la causa de su país: ése es el epitafio escrito con precipitada mano de indiscriminado elogio sobre la tumba de diez mil hombres que tuvieron diez mil motivos para elegir otro destino..., y que podían haber sido en vida enemigos de su país, de *no haberse dado el caso* de caer en su defensa, y cuyo amor por la patria, honestamente analizado, es, en sus diversas formas de vanidad, inestabilidad, gusto por el tumulto o deseo de exhibirse... simplemente amor a sí mismos. Descansen en paz: nada sino el deseo de desengañar a sus idólatras, que incitan al sacrificio y luego aplauden a la víctima que han causado, podría haberme tentado a hablar tanto de unos seres tan perniciosos en sus vidas como insignificantes en sus muertes.

»"Otra diversión de esta gente, tan ingeniosa en multiplicar los sufrimientos de su destino, es lo que ellos llaman la ley. Fingen encontrar en ella una seguridad para sus personas y sus propiedades; con cuánta justicia, es cosa que debe decírsele su afortunada experiencia. Tú misma puedes juzgar, Immalee, la seguridad que les proporciona esa ley, si te digo que podrías pasarte la vida en los tribunales sin conseguir probar que las rosas que has cogido y trenzado en tu pelo son tuyas; que podrías morir de inanición por la comida de hoy, mientras pruebas tu derecho a una propiedad que debe ser incuestionablemente tuya, a condición de que seas capaz de ayunar unos años y sobrevivir para disfrutarla; y que, finalmente, con la simpatía de todos los hombres rectos, la opinión de los jueces del país y la absoluta convicción de tu propia conciencia a tu favor, no puedes obtener la posesión de lo que tú y todos consideran tuyo, mientras que tu antagonista puede oponer cualquier objeción, comprar a un impostor o inventar una mentira. Y de este modo, prosiguen los litigios, se pierden los años, se consume la propiedad, se destruyen los corazones... y triunfa la ley. Uno de sus triunfos más admirables consiste en la ingeniosidad con que discurre el modo de convertir la dificultad en imposibilidad, y en castigar al hombre por no cumplir lo que se le ha hecho imposible de cumplir.

»"Cuando es incapaz de pagar sus deudas, le priva de libertad y de crédito, para asegurarse de su ulterior incapacidad; y mientras le despoja a la vez de los medios de subsistencia y del poder de satisfacer a sus acreedores, le capacita, con esta justa providencia, para consolarse al menos pensando que perjudica a su acreedor tanto como éste le ha hecho sufrir a él, que su insaciable crueldad puede verse recompensada con cierta pérdida, y que, aunque él se muere de hambre en prisión, la página en la que se inscribe su deuda se pudre más deprisa que su cuerpo; y el ángel de la muerte, con un golpe destructor de su ala, suprime la miseria y la deuda, y presenta, sonriendo con horrible triunfo, la exención del deudor y de la deuda, firmada por una mano que hace estremecer a los jueces en sus estrados".

»—Pero tienen religión —dijo la pobre india, temblando ante esta espantosa descripción—; tienen esa religión que tú me has enseñado: su espíritu manso y pacífico, su paz y resignación, sin sangre, sin crueldad.

»—Sí; cierto —dijo el desconocido con desgana—, tienen religión; pues en su celo por el sufrimiento, consideran que los tormentos de un mundo no bastan, a menos que se hallen agravados por los terrores de otro. Tienen religión, pero ¿qué uso pueden hacer de ella? Atentos a su decidido propósito de descubrir la desventura allí donde pueda hallarse, e inventarla donde no, han encontrado, incluso en las páginas puras de ese libro que, según pretenden, contiene sus títulos de propiedad de la paz en la tierra y la felicidad en el mundo venidero, el derecho a odiar, saquear y matarse unos a otros. Aquí se han visto obligados a poner en práctica una extraordinaria cantidad de ingenio pervertido. El libro no contiene otra cosa que el bien; el mal debe de estar en las mentes, y esas mentes perversas se afanan en extraer por la fuerza un matiz de perversidad según el color de sus pretensiones. Pero fíjate cómo, al perseguir su gran objetivo (el agravamiento de la desgracia general), proceden con sutileza. Adoptan nombres diversos para excitar las pasiones correspondientes. Así, unos prohíben a sus discípulos la lectura de ese libro, Y otros afirman que tan sólo del estudio exclusivo de sus páginas puede aprenderse o establecerse la esperanza de salvación. Es extraño, sin embargo, que con toda su ingeniosidad, nunca hayan sido capaces de extraer un motivo de disensión del contenido *esencial* de ese libro, al que ellos apelan; así que actúan a su manera.

»”No se atreven a discutir que contiene preceptos irresistibles, que los que creen en él deben vivir en paz, benevolencia y armonía; que deben amarse los unos a los otros en la prosperidad, y ayudarse en la adversidad. No se atreven a negar que el espíritu que ese libro inculca e inspira es un espíritu cuyos frutos son el amor, la alegría, la paz, la paciencia, la mansedumbre y la veracidad. Jamás se atreven a disentir en estas cuestiones. Son demasiado claras para negarlas, así que se las ingenian para convertir en materia de discusión los diversos hábitos que visten; y se degüellan unos a otros en nombre de Dios por cuestiones tan importantes como el que sus chaquetas sean rojas o blancas^[18], o el que sus sacerdotes puedan llevar cordones de seda^[19] o ropa interior blanca^[20], o ropa de casa negra^[21], o si deben sumergir a los niños en agua o rociarles simplemente unas gotas, o si deben conmemorar de pie o de rodillas la muerte de Aquel a quien todos declaran amar, o... Pero te aburro con esta exhibición de maldad y absurdos humanos. Una cosa está clara: todos coinciden en que el mensaje del libro es ‘amaos los unos a los otros’, aunque ellos lo traducen por ‘odiaos los unos a los otros’. Pero como no encuentran elementos ni pretexto en ese libro, buscan ambas cosas en sus propias mentes; y ahí no tienen ningún problema; porque la mente humana es inagotable en lo que se refiere a malevolencia y hostilidad; y cuando apelan al nombre de ese libro para sancionarlas, la deificación de sus pasiones se convierte en un deber, y sus peores impulsos son consagrados y practicados como virtudes”.

»—¿No hay padres e hijos en esos mundos horribles? —dijo Immalee, volviendo sus ojos húmedos hacia este detractor de la humanidad—; ¿no hay nadie que se ame como yo amaba al árbol bajo el cual tuve conciencia por primera vez de mi vida, o a

las flores que nacieron conmigo?

»—¿Padres?, ¿hijos? —dijo el desconocido—, ¡pues claro! Hay padres que cuidan de sus hijos... —y su voz se perdió, e hizo un esfuerzo por recobrarla.

»Tras una larga pausa, dijo:

»—Hay algún que otro padre cariñoso, entre esas gentes falsas.

»—¿Quiénes son? —dijo Immalee, cuyo corazón latió con violencia a la sola mención del cariño.

»—Son —dijo el desconocido con una sonrisa amarga— los que matan a sus hijos en el momento en que nacen; o los que mediante artes médicas se deshacen de ellos antes de que hayan visto la luz; y dan de este modo la única prueba creíble de afecto paternal.

»Calló, e Immalee permaneció muda, sumida en melancólica reflexión sobre lo que acababa de oír. La agria y corrosiva ironía del discurso del desconocido no había causado impresión ninguna en un ser para quien “la palabra era verdad”, y no tenía idea de por qué adoptaba un modo tortuoso de transmitir pensamientos, cuando ya le era difícil seguir el hilo de un lenguaje directo. Pero comprendía que había hablado mucho sobre el mal y el sufrimiento, nombres desconocidos para ella antes de que él apareciese, y le dirigió una mirada que pareció agradecerle y reprocharle a la vez la dolorosa iniciación en los misterios de una nueva existencia. En verdad, Immalee había probado el fruto del árbol de la ciencia, y sus ojos se habían abierto; pero ese fruto tenía para ella un sabor amargo, y sus miradas transmitían una especie de mansa y melancólica gratitud, capaz de partir el corazón, por haber dado una primera lección de dolor al alma de un ser tan hermoso, tan amable y tan inocente. El desconocido reparó en esta doble expresión, y se alegró.

»Había falseado de este modo la vida ante la imaginación de ella, quizá con idea de alejarla, aterrándola, de una visión más cercana; tal vez con la esperanza de retenerla para siempre en esta soledad, donde él podría verla de vez en cuando, y aspirar, en la atmósfera de pureza que la rodeaba, la única brisa que flotaba sobre el ardiente desierto de su propia existencia. Esta esperanza se vio reforzada por la evidente impresión que su discurso había causado en ella. La despierta inteligencia, la insaciable curiosidad, la vívida gratitud de su expresión anterior, se apagaron por igual; y con la mirada baja, sus ojos pensativos se llenaron de lágrimas.

»—¿Te aburre mi conversación, Immalee? —dijo él.

»—Me apena; sin embargo, quiero seguir escuchándote —respondió la india—. Me gusta oír el murmullo de la corriente, aunque el cocodrilo se deslice bajo sus ondas.

»—Tal vez desees conocer a la gente de ese mundo, tan llena de crímenes y desventura.

»—Sí, porque es el mundo del que vienes; y cuando vuelvas a él, todos serán felices menos yo.

»—¿Está en mi poder, entonces, procurar felicidad? —dijo su compañero—;

¿acaso vago entre la humanidad con este fin? —una encontrada e indefinible expresión de burla, malevolencia y desesperación se extendió por su semblante al añadir—: Me haces demasiado honor al atribuirme una ocupación tan amable y benévola, y apropiada a mi espíritu.

»Immalee, cuyos ojos miraban a otra parte, no advirtió su expresión; y contestó:

»—No lo sé; pero tú me has enseñado el gozo de la aflicción; antes de verte, yo sonreía solamente; desde que te conozco, lloro, y mis lágrimas son deliciosas. ¡Oh, son muy distintas de las que derramaba al ponerse el sol, o cuando se marchitaba la rosa! Y sin embargo, no lo sé...

»Y la pobre india, abrumada por emociones que no entendía ni podía expresar, apretó sus manos sobre su pecho, como ocultando el secreto de sus nuevas palpitaciones y, con una instintiva timidez que emanaba de su pureza, reveló el cambio de sus sentimientos alejándose unos pasos de su compañero, bajando unos ojos que no podían retener más tiempo las lágrimas. El desconocido pareció turbarse; por un instante, le invadió una emoción nueva para él; luego, una sonrisa de auto desprecio curvó su labio, como si se reprochase (haberse permitido un sentimiento humano, siquiera fugazmente. Volvió a relajarse su semblante, al volverse hacia la inclinada y apartada figura de Immalee, y se sintió como el que es consciente de la agonía de su alma, pero prefiere burlarse de la agonía del otro. No es rara esa unión de desesperación interior y veleidad exterior. Las sonrisas son hijas legítimas de la felicidad, pero la risa es a menudo hija bastarda de la locura, que se burla de su parienta en su propia cara. Con esa expresión se volvió hacia ella, y le preguntó:

»—Pero ¿qué quieres dar a entender, Immalee?

»Una larga pausa siguió a esta pregunta; finalmente, la india contestó: “No lo sé”, con esa natural y deliciosa facilidad que enseña el sexo a revelar la intención con palabras que parecen contradecirla. “No lo sé” significa “lo sé demasiado bien”. Su compañero lo había comprendido, y saboreó anticipadamente su triunfo.

»—¿Y por qué derramas lágrimas, Immalee?

»—No lo sé —repitió la pobre india; y sus lágrimas fluyeron más abundantes ante esta pregunta.

»A la vista de estas palabras, o más bien de estas lágrimas, el desconocido se olvidó de sí mismo por un momento. Experimentó ese triunfo melancólico, que el conquistador es incapaz de gozar; ese triunfo que anuncia una victoria sobre la debilidad de los demás, obtenida a expensas de una mayor debilidad nuestra. Un sentimiento humano, a pesar suyo, invadió toda su alma, al decir con acento de involuntaria dulzura:

—¿Qué quieres que haga, Immalee?

»La dificultad de hablar un lenguaje que fuese a la vez inteligible y secreto que pudiese transmitir sus deseos sin traicionar su corazón, y la desconocida naturaleza de sus nuevas emociones, hicieron vacilar a Immalee, antes de que pudiera contestar:

»—Quédate conmigo; no vuelvas a ese mundo del mal y del dolor. Aquí todo

estará siempre en flor, y el sol brillará como el primer día en que te vi. ¿Para qué quieres volver al mundo, a pensar y a ser desgraciado?

»La risa salvaje y discordante de su compañero la sobresaltó y enmudeció:

»—Pobre muchacha —exclamó, con esa mezcla de amargura y conmiseración que al mismo tiempo aterra y humilla—; ¿acaso es ése el destino que debo cumplir?, ¿escuchar los trinos de los pájaros y contemplar la eclosión de los capullos? ¿Es ése mi destino? —y con otra salvaje carcajada rechazó la mano que Immalee le había tendido al terminar su sencilla súplica—. Sí; sin duda estoy bien preparado para semejante destino, y para semejante pareja. Dime —añadió, con más ferocidad—, dime en qué rasgo de mi semblante, en qué acento de mi voz, en qué frase de mi discurso, has podido cifrar una esperanza que me ofende con esa perspectiva de felicidad.

»Immalee, que podía haber replicado “entiendo la furia de tus palabras, pero no entiendo tus palabras”, encontró suficiente ayuda en su orgullo de virgen y en la perspicacia femenina para descubrir que era rechazada por el desconocido; y una breve emoción de indignado pesar luchó con la ternura de su expuesto y ferviente corazón. Calló un instante; luego, reprimiendo las lágrimas, dijo con el tono más firme:

»—Vete, entonces, a tu mundo, ya que quieres ser desgraciado; ¡vete! ¡Ay!, no hace falta ir allí para ser desgraciada, pues yo lo voy a ser aquí. Vete... ¡pero llévate estas rosas, porque se marchitarán cuando te hayas ido!; ¡llévate estas conchas, porque no me las pondré cuando no las veas tú!

»Y mientras hablaba, con sencillez pero enérgico ademán, desprendió de su pecho y de su pelo las conchas y las flores con las que se adornaba, y las arrojó a los pies del desconocido; luego, volviéndole a lanzar una mirada de orgulloso y melancólico pesar, inició la retirada.

»—Espera, Immalee; espera y escúchame un momento —dijo el desconocido; y en ese momento le habría revelado el inefable y prohibido secreto de su destino; pero Immalee, con un mutismo que su semblante de profundo pesar hacía elocuente, movió negativamente la cabeza, y se fue.

Capítulo XVIII

Miseram me omnia terrent, et maris sonitus, Et scopuli, et solitudo, et sanctitudo Apollinis.

SEXTO TURPITLIO

»Pasaron muchos días antes de que el desconocido volviera a visitar la isla. En qué anduvo ocupado, o qué sentimientos le agitaron en ese intervalo, es cosa que escapa a toda humana conjetura. Quizá se recreara en la aflicción que él había causado, o quizá la compadeciera a veces. Su atormentado espíritu era como un océano que se hubiese tragado miles de airosos barcos naufragados, y ahora se entretuviera en perder un frágil esquife que a duras penas podía deslizarse por su superficie en la más profunda calma. Movido, no obstante, por la malevolencia, o por la ternura, o la curiosidad, o el hastío de su vida artificial, que tan vívidamente contrastaba con la existencia de Immalee, a cuyos puros elementos sólo habían trasvasado su esencia las flores y la fragancia y los centelleos del cielo y el olor de la tierra... y, quizá, por el motivo más poderoso de todos: *su propia voluntad* —que, jamás analizada, y raramente confesada como único principio dominante de nuestras acciones, gobierna nueve décimas partes de ellas—, volvió a la costa de la isla encantada, como la llamaban los que no sabían cómo designar a la nueva diosa que suponían que la habitaba, los cuales estaban tan perplejos ante este nuevo ejemplar teológico como lo habría estado el mismo Linneo ante una rareza botánica. ¡Ay!, las variedades de la botánica moral excedían con mucho a las más extravagantes anomalías de la natural. Fuera como fuese, el desconocido regresó a la isla. Pero tuvo que recorrer muchos senderos jamás hollados, y apartar ramas que parecían temblar al contacto humano, y cruzar arroyos en los que ningún otro pie se había sumergido, antes de descubrir el lugar donde se había ocultado Immalee.

»Sin embargo, no había sido intención suya ocultarse. Cuando la descubrió, estaba recostada en una roca; el océano derramaba a sus pies su eterno murmullo de aguas; Immalee había elegido el paraje más desolado que había podido encontrar; no había ni flores ni arbustos junto a ella. Rocas calcinadas, producto del volcán, rugidos inquietos del mar, cuyas olas casi rozaban sus piecitos, que con descuidados balanceos parecían incitar y desdeñar a un tiempo el peligro: estos objetos eran todo lo que la rodeaba. La primera vez que la vio, estaba rodeada de flores y perfumes, en medio del espléndido regalo de la naturaleza vegetal y animal: las rosas y los pavos reales parecían rivalizar abriendo sus pétalos y sus plumas para dar sombra a esa belleza que parecía flotar entre ellos, tomando alternativamente la fragancia de las unas y los colores de los otros. Ahora, en cambio, parecía abandonada por la naturaleza, de la que era hija; la roca era su última morada, y el océano, el lecho donde pensaba descansar; no llevaba conchas en el pecho ni rosas en el pelo: su expresión parecía haber cambiado con sus sentimientos; ya no amaba las cosas

hermosas de la naturaleza; parecía, por una anticipación de su destino, que se había aliado con todo cuanto es terrible y ominoso. Había comenzado a amar las rocas y el océano, el estruendo del oleaje y la esterilidad de la arena, objetos tremendos cuya incesante repetición parece querer recordarnos el dolor y la eternidad. Su inquieta monotonía se acompasa con los latidos de un corazón que consulta su destino en los fenómenos naturales, y sabe que la respuesta es: “Infortunio”.

»Quienes aman pueden buscar los lujos del jardín, y aspirar la profunda embriaguez de sus perfumes, que parecen ofrendas de la naturaleza en ese altar ya erigido y encendido en el corazón del adorador; pero dejad a los que *han* amado que busquen los bordes del océano, y encontrarán respuesta también.

»Un aire lúgubre, inquieto, la envolvía allí de pie, sola; un aire que parecía a la vez expresar el conflicto de sus emociones internas y reflejar la tristeza y agitación de los objetos físicos que la rodeaban; porque la naturaleza se preparaba para una de esas espantosas convulsiones, uno de esos horrores preliminares que parecen anunciar la llegada de un más acabado furor; y a la vez que seca la vegetación y quema la superficie de la región que visita, parece proclamar con el rumor de sus truenos cada vez más lejanos que el día en que el universo se consuma como un pergamino, y los elementos se fundan con irresistible calor, volverá para terminar la terrible promesa que su parcial e iniciada devastación ha dejado inacabada. ¿Hay descarga de truenos que no murmure esta amenaza: “La disolución del mundo me está reservada, a *mí*; me voy, pero volveré”? ¿Hay relámpago que no diga, *visiblemente*, si no de manera audible: “Pecador, ahora no puedo llegar a los rincones de tu alma, pero ya te encontrarás con mi resplandor, cuando la mano del juez me tome como arma y mi mirada penetrante te exponga a la vista de los mundos reunidos”?

»La tarde era muy oscura; espesas nubes, avanzando como fuerzas de un ejército hostil, oscurecían el horizonte de este a oeste. Encima se extendía un azul brillante, aunque lívido, como el del ojo de un moribundo, donde se reúnen las últimas energías de la vida, mientras sus fuerzas abandonan a toda prisa el almacén y siente éste que no tardará en expirar. No soplaban ni una brisa en el cielo del océano; los árboles permanecían inclinados sin que un susurro arrullara sus ramas o sus brotes; los pájaros se habían retirado con ese instinto que les enseña a evitar el temible enfrentamiento con los elementos, y se cobijaban, cubriéndose con las alas y las cabezas escondidas, entre sus árboles favoritos. No se oía un sonido humano en la isla; los mismos manantiales parecían temblar ante sus propios centelleos, y sus rizos menudos corrían como si una mano soterrada detuviera o impidiese su movimiento. La naturaleza, en estas grandiosas y tremendas actividades, se parece en cierto modo al padre cuyas terribles acusaciones vienen precedidas de un espantoso silencio; o mejor, al juez cuya sentencia final *se recibe* con menos horror que la pausa que se produce antes de ser pronunciada.

»Immalee contemplaba el imponente escenario que la rodeaba sin una emoción atribuible a causas físicas. Para ella, la luz y la oscuridad habían sido hasta ahora una

misma cosa; amaba al sol por su esplendor, al relámpago por su efímero brillo, al océano por su música sonora, y a la tempestad por la fuerza con que agitaba los árboles, bajo cuya inclinada y acogedora sombra danzaba ella al ritmo del murmullo de las hojas que colgaban muy bajas, como si quisieran coronar a su adoradora y amaba la noche cuando todo estaba tranquilo, pero estaba acostumbrada a invocar la música de mil arroyos que hacían a las estrellas levantarse de sus lechos para centellear y asentir ante esta silvestre melodía.

»Así había sido ella. Ahora, sus ojos estaban fijos en la luz declinante y en la creciente oscuridad: esa negrura preternatural que parece decir a la más brillante y sublime obra de Dios: “Déjame el sitio; acaba ya de brillar”.

»Aumentó la oscuridad, y las nubes se agruparon como un ejército que reúne el máximo de sus fuerzas, y se mantuvieron en densa y apretada resistencia contra la luz combativa del cielo. Una ancha, roja y confusa franja de luz se desplegó alrededor del horizonte como un usurpador que vigila el trono de un soberano depuesto, y extendió su círculo ominoso, emitiendo intermitentes fucilazos de pálidos y rojos relámpagos; aumentó el murmullo del mar, y la higuera de Bengala, que había echado su patriarcal raíz a menos de quinientos pasos de donde estaba Immalee, reprodujo el rumor profundo y casi sobrenatural de la tormenta que se avecinaba en todas sus columnatas; osciló y gimió el tronco primitivo, y su fibra eterna pareció retirar su garra de la tierra y estremecerse el aire ante el rugido. La naturaleza, con todas las voces que podía conferir a la tierra, o al aire, o al agua, anunciaba peligro a sus criaturas.

»Ése fue el momento que el desconocido escogió para acercarse a Immalee. Era insensible al peligro, e inconsciente del temor; su miserable destino le dispensaba de ambas cosas. Pero ¿qué le había dejado? Ninguna esperanza, sino la de hundir a los demás en su propia condenación. Ningún temor, sino el de que su víctima se le escapara. Sin embargo, pese a su diabólica crueldad, sintió cierto ablandamiento de su naturaleza al observar a la joven india: tenía las mejillas pálidas; pero sus ojos estaban fijos, y su figura, de espaldas a él (como si prefiriese afrontar la tremenda furia de la tormenta) parecía decirle: “Déjame que caiga en manos de Dios, y no en las del hombre”.

»Esta actitud, tan involuntariamente adoptada por Immalee, y tan poco expresiva de sus verdaderos sentimientos, devolvió toda la malévola energía a los sentimientos del desconocido; se le agolparon dentro los antiguos designios perversos de su corazón, y el carácter habitual de su tenebroso y diabólico objetivo. Ante esta escena contrastada de la furia convulsa de la naturaleza, y el pasivo abandono de desamparada mansedumbre de Immalee, sintió una oleada de excitación, como la que le invadió cuando los temibles poderes de su “vida encantada” le permitieron penetrar en las celdas de un manicomio o en las mazmorras de la Inquisición.

»Vio a este ser puro rodeado de los terrores naturales, y tuvo la violenta y terrible convicción de que, aunque el relámpago pudiese fulminarla en un instante, él tenía en

su mano un rayo más ardiente y fatal que, si acertaba al lanzarlo, le traspasaría la misma alma.

»Armado de toda su maldad y todo su poder, se acercó a Immalee, armada sólo con su pureza, e inmóvil como el destello reflejado del último rayo de luz cuya extinción contemplaba. Había un contraste entre su figura y su situación que habría conmovido los sentimientos de cualquiera, menos los del errabundo.

»La luz que la iluminaba la hacía destacar en medio de la oscuridad que la rodeaba, y la roca en la que se apoyaba hacía aún más blanda a la vista su ondulante suavidad; su dulzura, armonía y flexibilidad revelaban una especie de juguetona hostilidad frente al aspecto formidable de la naturaleza cargada de ira y de deseo de destrucción.

»El desconocido se acercó sin que ella lo advirtiese; sus pasos se ahogaban en el estruendo del océano y el profundo y ominoso rumor de los elementos; y al avanzar, oyó un cántico que quizá actuó sobre sus sentimientos como los susurros de Eva a las flores en el oído de la serpiente. Uno y otra conocían sus poderes, y sabían cuál era el momento oportuno. En medio de los terrores de la tormenta que se avecinaba, la más terrible de cuantas ella había presenciado, la pobre india, inconsciente, o quizá insensible a sus peligros, cantaba una tosca canción de desesperación y amor a los ecos de la tormenta que avanzaba. Algunas palabras de este desesperado y apasionado canto llegaron al desconocido. Decían así:

»“Está cayendo la noche —pero ¿qué es junto a la oscuridad a la que su ausencia arrojó mi alma?—. Los relámpagos refulgen a mi alrededor —pero ¿qué son, junto al brillo de sus ojos cuando se alejó de mí con enojo?”.

»”Yo vivía con la luz de su presencia —¿por qué no muero, entonces, si se ha eclipsado esa luz?—. Ira de las nubes, ¿qué tengo yo que temer de ti? Tú puedes reducirme a polvo, como te he visto carbonizar las ramas de los árboles eternos —pero el tronco seguirá, y mi corazón será suyo para siempre.

»”¡Ruge, océano terrible!, que jamás llegarán tus incontables olas a borrar su imagen de mi alma —tú arrojas miles de olas contra la roca, y ella sigue inmovible—; así será mi corazón, en medio de las calamidades del mundo con que él me amenaza —cuyos peligros jamás habría conocido sin él, y cuyos peligros, por él, afrontaré”.

»Hizo una pausa en su canción, y luego prosiguió, ajena siempre a los terrores de los elementos y a la posible presencia de alguien cuyos sutiles y ponzoñosos poderes eran más fatales que la ira conjunta de todos los meteoros:

»“Cuando nos conocimos, mi pecho estaba cubierto de rosas —ahora lo cubro con las negras hojas del *ocynum*—. Cuando me vio por vez primera, todos los seres me amaban —ahora no me importa si me aman o no—; me he olvidado de amarlos. Cuando él venía a la isla cada noche, yo esperaba que brillase la luna —ahora ya no importa que salga o se oculte, o que la cubra una nube—. Antes de que él viniese, todos me amaban, y amaba yo más seres que el número de mis cabellos —ahora

siento que sólo amo a uno, y que él me ha abandonado—. Desde que le vi, todas las cosas han cambiado. Las flores ya no tienen el color que un día tuvieron —no hay música en el curso de las aguas—; las estrellas no me sonríen desde el cielo como antes, y yo misma empiezo a preferir la tormenta a la calma”.

»Al terminar su melancólica canción, se apartó del lugar donde la creciente furia de la tempestad hacía imposible la permanencia. Y al volverse, se encontró con la mirada del desconocido fija en ella. Un vivo y encendido rubor la cubrió desde la frente hasta el pecho; no profirió su acostumbrada exclamación de gozo al verle, sino que, con ojos desviados y paso vacilante, le siguió, al señalarle él la protección de las ruinas de la pagoda. Se dirigieron allí en silencio; y, en medio de las convulsiones y la furia de la naturaleza, era extraño ver caminar juntos dos seres sin intercambiar una palabra de temor o experimentar una sensación de peligro; el uno armado de desesperación; el otro, de inocencia. Immalee habría preferido buscar cobijo en su higuera de Bengala favorita, pero el desconocido trató de hacerle comprender que allí correría mucho más peligro que donde él le indicaba.

»—¡Peligro! —dijo la india, al tiempo que una radiante y franca sonrisa iluminaba su semblante—; ¿puede haber peligro cuando tú estás cerca de mí?

»—¿No hay peligro, entonces, en mi presencia? ¡Pocos son los que me han conocido sin temor, y sin sentirse en peligro! —y mientras hablaba, su rostro se ensombreció más que el cielo, al que miró con ceño—. Immalee —añadió, con voz aún más profunda y conmovida por efecto inesperado de la emoción humana en su acento—; Immalee, ¿es posible que seas tan débil como para creer que tengo poder para dominar los elementos? ¡Si lo tuviese —prosiguió—, por el cielo que se enoja conmigo, que el primer ejercicio de mi poder sería juntar los relámpagos más veloces y mortales que estallan en torno nuestro y traspasarte ahí mismo donde estás!

»—¿A mí? —repitió la india temblorosa, palideciendo sus mejillas, más por esas palabras y el tono con que fueron pronunciadas que ante la redoblada furia de la tormenta, entre cuyas pausas apenas había podido oírlas.

»—Sí, a ti; a ti, por lo serena que eres, e inocente, y pura, antes de que un fuego más mortal consuma tu existencia y sorba la sangre de tu corazón; antes de que sigas expuesta a un peligro mil veces más fatal que éstos con que te amenazan los elementos: ¡el peligro de mi maldita y desventurada presencia!

»Immalee, ignorante de lo que quería decir, pero temblando con apasionado dolor ante la agitación con que hablaba, se acercó a él para sosegar la emoción cuyo nombre y causa desconocía. A través de las grietas de las ruinas, los rayos rasgados y rojos iluminaban de vez en cuando la figura de ella, con el pelo desordenado, la cara pálida y suplicante, las manos juntas, y la implorante inclinación de su frágil cuerpo, como si pidiese perdón por un crimen del que no tenía conciencia, y solicitase participar en un sufrimiento distinto del suyo. Todo a su alrededor era salvaje, terrible, preternatural: el suelo sembrado de fragmentos de piedra y montones de arena; las moles enormes de arruinada arquitectura, cuya construcción no parecía

obra de manos humanas, y cuya destrucción semejaba diversión de demonios; las anchas grietas del abovedado e imponente techo, a través de las cuales el cielo se oscurecía e iluminaba alternativamente con una negrura que lo envolvía todo, y un resplandor más pavoroso que las tinieblas. Todo en torno suyo daba a su silueta, cuando se hacía fugazmente visible, un relieve tan vigoroso y conmovedor que podía haber inmortalizado la mano de quien la hubiese plasmado en un cuadro como la encarnada presencia de un ángel descendido a las regiones del dolor y la ira, de las tinieblas y el fuego, portador de un mensaje de reconciliación... y hubiese descendido en vano.

»Al verla inclinarse hacia él, el desconocido le dirigió una de esas miradas a las que, salvo ella, nadie ha hecho frente jamás sin sobrecogerse de terror. Su expresión sólo pareció inspirar en la víctima un sentimiento más elevado de afecto. Quizá hubo un involuntario temor, mezclado con esta expresión, al hincar este hermoso ser las rodillas ante su rígido y turbado enemigo; y con la muda súplica de su actitud, pareció implorarle que tuviese piedad de sí mismo. Mientras los relámpagos fulguraban alrededor de ella, mientras la tierra temblaba bajo sus blancos y delicados pies, mientras los elementos parecían haberse conjurado para la destrucción de todo ser viviente y bajar del cielo dispuestos a cumplir sus designios, con el *vae victis* escrito y legible en todos los ojos, y precedidos por las inmensas y desplegadas banderas de esa luz resplandeciente y cegadora que parecía anunciar el *día del infierno*, los sentimientos de la ferviente india se concentraron únicamente en el equivocado objeto de su idolatría. Maravillosa aunque dolorosamente, sus graduales actitudes expresaron la sumisión de un corazón femenino consagrado a un objeto, a las fragilidades de éste, a sus pasiones, incluso a sus crímenes. Una vez sometido ese impulso por la imagen de poder que la mente del hombre ejerce sobre la de la mujer, se vuelve irresistiblemente humillante. Immalee se había inclinado para conciliar a su amado, y su espíritu le había enseñado a expresar esa primera inclinación. En su siguiente estadio de sufrimiento, se había arrodillado; y, permaneciendo a cierta distancia de él, había confiado en que su gesto inspirase en el corazón de él la *compasión* que los amantes esperan siempre poder despertar, esa hija ilegítima del amor, a menudo más estimada que su padre. En un último impulso, Immalee le cogió la mano, posó sus pálidos labios en ella, y quiso pronunciar unas palabras... le faltó la voz; pero sus abundantes lágrimas *hablaron* a la mano que ella retenía; y la presión de ésta, que por un momento correspondió convulsivamente a la suya, y luego la rechazó, le contestó.

»La india siguió de rodillas, estupefacta.

»—Immalee —dijo el desconocido con forzada voz—, ¿quieres que te diga cuáles son los sentimientos que mi presencia debería inspirarte?

»—¡No... no... no! —dijo la india, apretándose sus blancas y delicadas manos en los oídos, y luego llevándoselas al pecho—; los sé demasiado bien.

»—¡Ódiame, maldíceme! —exclamó el desconocido sin hacerle caso, y dando tal

patada que los ecos de su pie sobre las losas hundidas y sueltas casi compitieron con el trueno—, ódiame, porque yo te odio a ti..., yo odio a todos los seres que viven... ya todos cuantos están muertos... ¡Yo mismo soy odioso, y odiado!

»—No por mí —dijo la pobre india buscando a tientas, cegada por las lágrimas, la mano que se había retirado.

»—Sí, por ti; si supieras quién soy y a quién sirvo.

»Immalee recurrió a la recién despertada energía de su corazón, y a su intelecto, para contestar a esta súplica.

»—Quién eres, no lo sé; pero yo soy tuya. A quién sirves, no lo sé; pero a *él serviré yo...* pues quiero ser tuya para siempre. Tú quieres abandonarme: cuando yo haya muerto, vuelve a esta isla y dite a ti mismo: las rosas han florecido y se han marchitado, los arroyos han corrido y se han secado, las rocas se han movido de su sitio y las estrellas del cielo han alterado su curso... pero hubo alguien que no cambió jamás, ¡y ya no está aquí!

»Y tratando de expresar el entusiasmo de su pasión, mientras luchaba con su dolor, añadió:

»—Me dijiste que poseías el arte maravilloso de escribir el pensamiento. Pues bien, no escribas un pensamiento sobre mi tumba; porque una palabra trazada por tu mano me devolvería a la vida. Ni llores, porque una lágrima me haría revivir otra vez, quizá para arrancarte lágrimas yo a ti.

»—¡Immalee! —dijo el desconocido. La india le miró; y con un sentimiento que era mezcla de pesar, asombro y compunción, vio que le resbalaban las lágrimas. Pero en seguida las rechazó con mano desesperada; y rechinando los dientes, prorrumpió en ese alarido salvaje de amarga y convulsiva risa que delata que el objeto de burla no somos sino nosotros mismos.

»Immalee, cuyos sentimientos se hallaban casi agotados, tembló en silencio a sus pies.

»—¡Escúchame, desventurada muchacha! —exclamó él en un tono que parecía trémulo a la vez de malignidad y compasión, de habitual hostilidad e involuntaria dulzura—; ¡escúchame! Yo conozco ese secreto sentimiento con el que luchas mejor de lo que lo conoce el corazón inocente que lo cobija. ¡Sofócalo, bórralo, destrúyelo. Aplástalo como aplastarías a una cría de reptil, antes de que, al crecer, se volviera repugnante para los ojos y ponzoñoso para la existencia!

»—No he aplastado un reptil en toda mi vida —contestó Immalee, ignorante de que esta respuesta literal era igualmente válida en otro sentido.

»—Amas, entonces —dijo el desconocido—; pero —prosiguió, tras una pausa ominosa—, ¿sabes a quiénamas?

»—¡A ti! —dijo la india con esa pureza de la verdad que consagra el impulso al que se rinde, y que se sonrojaría más de las afectaciones del arte que de la confianza de la naturaleza—; ¡a ti! Tú me has enseñado a pensar, a sentir y a llorar.

»—¿Y me amas por eso? —dijo su compañero con una expresión mitad de ironía,

mitad de compunción—. Piensa un momento, Immalee, cuán impropio, cuán indigno es este objeto de los sentimientos que le prodigas. Un ser de cuerpo poco atractivo, de hábitos repulsivos, separado de la vida y de la humanidad por un abismo insalvable; un hijo desheredado de la naturaleza, que anda tentando o maldiciendo a sus hermanos más afortunados; uno que ¿pero qué me impide revelarlo todo?

»En ese momento, un relámpago de resplandor intenso y terrible como ningún ojo humano haya podido soportar, traspasó las ruinas y proyectó por cada grieta una luz fugaz e intolerable. Immalee, dominada por el miedo y emoción, permaneció de rodillas, con las manos fuertemente apretadas sobre sus ojos doloridos.

»Durante unos instantes siguió en esa actitud; le pareció oír otros ruidos junto a ella, y que el desconocido contestaba a una voz que hablaba con él. Le oyó decir, cuando el trueno se perdió a lo lejos:

»—Esta hora es mía, no tuya; vete y no me molestes más.

»Cuando Immalee abrió los ojos otra vez, había desaparecido todo rastro de emoción humana del rostro del desconocido. Los secos y llameantes ojos de desesperación que estaban fijos en ella parecían no haber derramado jamás una sola lágrima, y la mano que la cogió parecía no haber sentido jamás el ardor de la sangre ni el latido del pulso; en medio del intenso y creciente calor de una atmósfera que parecía abrasar, su tacto era frío como el de un muerto.

»—¡Piedad! —exclamó la temblorosa india, mientras se esforzaba inútilmente en descubrir un sentimiento humano en los ojos de piedra hacia los que había alzado los suyos, llorosos y suplicantes—, ¡piedad! —y aunque pronunciaba esta palabra, no sabía por qué imploraba ni qué temía.

»El desconocido no contestó una sola palabra, ni se ablandó en él un solo músculo. Parecía como si no tuviese sensibilidad en las manos que la tenía cogida; como si no la viese con los ojos que la miraban fija y fríamente. La llevó, o más bien la arrastró, hasta el enorme arco que un día había sido pórtico de la pagoda, pero que ahora, destrozado y ruinoso, más parecía el bostezante abismo de una caverna que cobija a los habitantes del desierto que una obra producida por la mano del hombre y consagrada al culto de una deidad.

»—Me has pedido piedad —dijo su compañero con una voz que le heló sangre aun bajo la atmósfera caliente cuyo aire apenas podía respirar—. Has clamado por piedad, y la tendrás. La piedad no se ha hecho para mí; pero yo he aceptado mi horrible destino, y mi recompensa es justa y segura. ¡Mira hacia fuera, temblorosa criatura... mira hacia fuera; yo te lo ordeno! —y avanzó con un ademán de autoridad e impaciencia que abrumó de horror a la delicada conmovida criatura que se estremecía en sus manos y se sentía desfallecer ante su enojo.

»Obediente a su mandato, se apartó las largas crenchas de su cabello castaño, que en vano habían barrido, con profusa e infructuosa insistencia, la piedra en la que habían estado clavados los pies de aquel al que adoraba. Con una mezcla de docilidad infantil y dulce sumisión de mujer, trató de cumplir lo que le pedía; pero sus ojos,

arrasados en lágrimas, no pudieron ver los horrores del escenario que tenía ante sí. Se secó sus brillantes ojos con los cabellos que diariamente lavaba en la pura y cristalina linfa, y su figura pareció, mientras trataba de mirar la desolación, una especie de espíritu resplandeciente y estremecido que, para purificarse aún más, o quizá para ensanchar el conocimiento necesario a su destino, se ve obligado a presenciar alguna manifestación de la ira del Todopoderoso, ininteligible en sus primeras acciones, pero saludable sin duda en sus resultados finales.

»Mirando, pues, y sintiendo de este modo, se acercó la temblorosa Immalee a la entrada del edificio que, mezclando las ruinas de la naturaleza con las del arte, parecía anunciar el poder de la desolación sobre ambos, y sugerir que la roca primordial, intacta y no modificada por manos humanas, arrojada quizá al exterior por alguna erupción o depositada allí por alguna descarga meteórica, y las gigantescas columnas de piedra, cuya erección había sido trabajo de dos siglos, eran igualmente polvo bajo los pies de ese tremendo conquistador cuyas victorias consigue sin estruendo ni resistencia, y el progreso de cuyo triunfo queda marcado por las lágrimas y no por la sangre.

»Immalee, al mirar en torno suyo, sintió por primera vez terror de la naturaleza. Antes, había juzgado todos estos fenómenos igualmente espléndidos y formidables y su infantil aunque activa imaginación parecía consagrar la luz del día y de la tormenta a la devoción de un corazón en cuyo puro altar las flores y los fuegos de la naturaleza derramaban su común ofrenda.

»Pero desde que había visto al desconocido, nuevas emociones habían invadido su joven corazón. Aprendió a llorar y a temer; y quizá vio, en el pavoroso aspecto del cielo, el desarrollo de ese terror misterioso que siempre tiembla en el fondo de los corazones de quienes osan amar.

»¡Cuántas veces se convierte así la naturaleza en intérprete involuntaria entre nosotros y nuestros propios sentimientos! ¿Carece de significado el murmullo del océano?, ¿y de voz el retumbar del trueno? ¿Carece de lección el paraje maldito que la ira de ambos ha arrasado? ¿No nos cuentan algún misterioso secreto que hemos buscado en vano en nuestros corazones? ¿No descubrimos en ellos una respuesta a esas preguntas con que importunamos constantemente al mudo oráculo de nuestro destino? ¡Ay! ¡Cuán engañoso e insuficiente nos resulta el lenguaje del hombre, una vez que el amor y el dolor nos han familiarizado con el de la naturaleza!... el único, quizá, capaz de brindar un signo apropiado a esas emociones bajo las cuales se borra toda humana expresión. Qué diferencia entre *palabras sin significado*, y ese *significado sin palabras* que los sublimes fenómenos naturales, las rocas y el océano, la luna y el crepúsculo, comunican a los que tienen “oídos para oír”.

»¡Qué elocuente en verdades es la naturaleza en su mismo silencio! ¡Qué fecunda en reflexiones, en medio de sus más profundas desolaciones! Pero desolación que ahora se presentaba a los ojos de Immalee era la que está calculada para provocar terror, no reflexión. La tierra y el cielo, el mar y el suelo me, parecían fundirse y estar

a punto de sumergirse de nuevo en el caos. El océano, abandonando su lecho eterno, arrojaba sus olas cuya blanca espuma brillaba en la oscuridad, en las lejanas costas de la isla. Avanzaban como penachos que miles de emplumados guerreros agitasen con orgullo, pereciendo como ellos, en el momento de la victoria. Había una pavorosa inversión aspecto natural de la tierra y el mar, como si se hubiesen roto todas las barreras de la naturaleza, y se hubiesen trastocado todas las leyes.

»Las olas, al retirarse, dejaban de vez en cuando la arena tan seca como la del desierto; y los árboles y arbustos se estremecían y se sacudían en incesante agitación, como el oleaje de un temporal en plena noche. No había luz, sino un gris lívido que repugnaba al ojo que lo contemplaba; salvo cuando el vivo relámpago irrumpía como el ojo de un demonio para mirar la labor destructora, y cerrarse al verla terminada.

»En medio de este escenario había dos seres, la atractiva belleza de uno de los cuales parecía haber encontrado el favor de los elementos, aun en su furia, mientras que la dura e inexorable mirada del otro parecía desafiarlos.

»—¡Immalee —exclamó—, no son éstos lugar ni momento para hablar de amor! ¡Toda la naturaleza está aterrada, el cielo se ha cubierto de tinieblas, animales se han escondido, y hasta los arbustos, al sacudirse y estremece parecen vivos de terror!

»—Es el momento de implorar protección —dijo la india, pegándose tímidamente.

»—Levanta los ojos —dijo el desconocido, mientras sus ojos, fijos e impasibles, parecían devolver destello por destello a los desconcertados y enojados elementos—, y mira; y si no puedes resistir los impulsos de tu corazón, deja al menos que yo los oriente hacia un objeto más idóneo. ¡Ama —exclamó, extendiendo el brazo hacia el cielo oscuro y trastornado—, ama el poder destructor de la tormenta... busca alianza en esos veloces y peligrosos viajeros del aire quejumbroso, el meteoro que lo desgarrar y el trueno que lo sacude! ¡Pide, suplica protectora ternura a esas masas de espesa y ondulante nube, montañas sin base del cielo! ¡Requiere los besos del rayo inflamado, para que se extingan en tu ardiente pecho! ¡Toma cuanto hay de terrible en la naturaleza por compañero y amante!; ¡pídele que te queme y abraza; perece en sus fieros abrazos, y serás más feliz, mucho más feliz, que si vivieses en los míos! ¡Vivir! ¡Ah, cómo ibas a ser mía y vivir! ¡Escúchame, Immalee! —exclamó, mientras le sujetaba las manos entrelazadas con las suyas, al tiempo que sus ojos, fijos en ella, despedían una luz de intolerable fulgor, y un nuevo sentimiento de indefinido entusiasmo pareció sacudir por un momento su ser entero, y moderar el tono de su naturaleza—; ¡escúchame!, si quieres ser mía, ha de ser en un perpetuo escenario como éste: en medio del fuego y las tinieblas, en medio del odio y la desesperación, en medio... —y su voz se prolongó en un demoníaco alarido de rabia y horror, y extendió el brazo, como para agarrar algún ser pavoroso en una lucha imaginaria, salió precipitadamente del arco bajo el cual estaban, y se abismó en el cuadro al que su culpa y su desesperación le habían arrastrado, y cuyas imágenes estaba condenado a contemplar eternamente.

»La frágil figura que se había pegado a él, a causa de este movimiento repentino, quedó postrada a sus pies; y, con una voz ahogada por el terror, aunque con esa perfecta devoción que sólo puede brotar del corazón y los labios de una mujer, contestó a sus terribles preguntas con una simple demanda:

»—¿Estarás tú ahí?

»—¡Sí! ¡AHÍ debo estar, y para siempre! ¿Quieres y te atreves tú a acompañarme?

»Y una especie de violenta y terrible energía animó su ser, y fortaleció su voz, al hablar e inclinarse sobre la pálida y postrada belleza, que parecía solicitar su propia destrucción con profunda y abandonada humillación, como si una paloma ofreciese su pecho, sin huir ni luchar, al pico del buitre.

»—De acuerdo —dijo el desconocido, mientras una breve convulsión cruzaba por su pálido semblante—, te desposaré en medio de los truenos... ¡como novia de perdición! ¡Ven, y confirmemos nuestras nupcias ante el tambaleante altar de la naturaleza, con los relámpagos del cielo por luces de alcoba, y la maldición de la naturaleza por bendición matrimonial!

»La india profirió un grito de terror, no ante estas palabras, que no comprendió, sino ante la expresión que las acompañaba.

»—Vamos —repitió él—; ahora: mientras la oscuridad pueda ser testigo de nuestra inefable y eterna unión.

»Immalee, pálida, aterrada, pero decidida, se apartó de él.

»En ese momento, la tormenta que había oscurecido los cielos y devastado la tierra se disipó con una rapidez corriente en esos climas, donde en una hora realiza su obra de destrucción sin obstáculo, y al instante siguiente le suceden unas luces sonrientes y unos cielos diáfanos de los que la mortal curiosidad se pregunta en vano si resplandecen con espíritu de triunfo, o de consuelo ante la destrucción que contemplan.

»Mientras hablaba el desconocido, habían pasado las nubes, llevándose, disminuida, su carga de ira y de terror para infligir sufrimientos y terrores a los vos de otros climas..., y surgió la luna con un esplendor desconocido en las latitudes europeas. El cielo apareció tan azul como las aguas del océano que parecían reflejarlo, y las estrellas irrumpieron con una especie de indignado e intenso fulgor, como ofendidas por la usurpación de la tormenta, y afirmando eterno predominio de la naturaleza sobre las influencias ocasionales de las tempestades que la oscurecían. Tal debe de ser, quizá, el acontecer del mundo moral. Se nos dirá por qué hemos sufrido, y para qué; pero un resplandeciente y bienaventurado resplandor seguirá a la tormenta, y todo será luz.

»La joven india captó en su objeto un presagio favorable a la vez para su imaginación y para su corazón. Se apartó de él... echó a correr hacia la luz y la naturaleza, cuya claridad parecía una promesa de redención en medio de la oscuridad otoñal. Señaló la luna, ese sol de las noches orientales, cuya ancha y brillante luz caía

como un manto esplendoroso sobre las ruinas, la roca, el árbol y la flor.

»—¡Despósame bajo la luz —exclamó Immalee—, y seré tuya para siempre!

»Y su hermoso semblante reflejó la luz del astro glorioso que navegaba luminoso por un cielo sin nubes... y sus brazos blancos y desnudos, extendidos hacia arriba, parecían dos prendas puras que confirmaban la unión.

»—Despósame bajo esta luz —repitió, cayendo de rodillas—, ¡y seré tuya para siempre!

»Mientras hablaba, se acercó el desconocido, movido por unos sentimientos que ningún pensamiento mortal puede descubrir. En ese instante, un fenómeno banal vino a alterar el destino de ella. Una nube oscura cubrió la luna en ese momento: pareció como si la lejana tormenta recogiese con enérgico gesto el último pliegue tenebroso de su tremendo ropaje, a punto de marcharse para siempre.

»Los ojos del desconocido lanzaron sobre Immalee los más vivos destellos afecto y ferocidad. Señaló la oscuridad:

»—¡VEN A MÍ BAJO ESTA LUZ! —exclamó—. *¡Y sé mía por los siglos de los siglos!*

»Immalee, estremeciéndose bajo las manos que la sujetaban, y tratando en vano de descifrar la expresión de su rostro, percibió, no obstante, el peligro, y zafó de su garra—.

»—¡Adiós para siempre! —exclamó el desconocido, y se alejó corriendo de ella.

»Immalee, exhausta por la emoción y el terror, había caído desvanecida en la arena que cubría el sendero de la ruinoso pagoda. Volvió él, la cogió en brazos... su larga cabellera tremoló sobre los dos como el estandarte inclinado de un ejército vencido; los brazos de Immalee colgaron como si renunciasen al apoyo que parecían implorar, y sus mejillas frías y descoloridas descansaron en el hombro del desconocido.

»—¿Ha muerto? —murmuró el desconocido para sí—. Ojalá sea así: *¡es preferible eso a que sea mía!*

»Depositó su carga insensible en la arena, y se fue... y no volvió a visitar la isla.

Capítulo XIX

*Que donne le monde aux siem plus souvent? Echo: Vent.
Que dais-le vaincre ici, sans jamais relâcher? Echo: la cbair.
Qui lit la cause des maux, qui me sont survenus? Echo: Venus.
Que faut dire auprès d'une telle infidelle? Echo: Fi d'elle.*

P. PIERRE DE ST. LOUIS, *Magdaleníade*.

»Tres años habían transcurrido desde la separación de Immalee y el desconocido, cuando una tarde, a unos caballeros españoles que paseaban por un lugar público de Madrid les atrajo la atención una figura que se cruzó con ellos, vestida a la usanza del país (aunque sin espada), y que caminaba muy despacio. Se detuvieron en una especie de gesto instintivo, y parecieron preguntarse unos a otros, con muda mirada, cuál era la causa de que les hubiese impresionado el aspecto de esta persona. No había nada notable en su figura, y su ademán era sosegado; era la singular expresión de su rostro lo que les había producido esa sensación que no acertaban a definir ni explicar.

»Al detenerse ellos, aquella persona dio media vuelta y volvió sobre sus pasos lentamente... y de nuevo se enfrentaron con la singular expresión de su semblante (de sus ojos sobre todo) que ninguna mirada humana podía contemplar con indiferencia. Acostumbrado a observar y tratar con cuanto repugnaba a la naturaleza y al hombre —ya que andaba siempre explorando el manicomio, la cárcel o la Inquisición, el antro del hambre, la mazmorra del crimen o el lecho mortal de la desesperación—, sus ojos habían adquirido la luz y el lenguaje propios de esos lugares: una luz que nadie podía mirar fijamente, y un lenguaje que pocos se atrevían a descifrar.

»Al pasar junto a ellos, dichos caballeros repararon en otros dos cuya atención se hallaba claramente puesta en el mismo sujeto singular, puesto que incluso lo estaban señalando, y hablaban entre sí con gestos de intensa y evidente emoción. La curiosidad del grupo venció por una vez el freno de la reserva española, y acercándose a los dos caballeros, les preguntaron si era el extraño personaje que se había cruzado con ellos el objeto de su conversación, y cuál era la causa de la emoción que parecía acompañarla. Los otros dijeron que sí, y comentaron que conocían detalles del carácter y la historia de este extraordinario ser que justificarían muchas más muestras de emoción ante su presencia. Esta alusión excitó aún más su curiosidad... y el grupo de oyentes comenzó a aumentar. Algunos de ellos, al parecer, tenían o pretendían tener alguna información acerca de tan excepcional individuo. Y se inició esa clase de charla inconexa cuyos ingredientes tienen una abundante dosis de ignorancia, curiosidad y temor, mezclada con alguna pizca de información y verdad; esa clase de conversación confusa y poco satisfactoria en la que se acoge a todo interlocutor que aporte cualquier referencia infundada o cualquier disparatada conjetura: la anécdota, cuanto más increíble, más tenida por buena, y la conclusión,

cuanto más falsamente extraída, tanto más susceptible de convencer.

»La conversación discurrió en unos términos incoherentes tales como éstos:

»—Pero bueno, si es como se le describe, y es lo que se dice que es, ¿por qué no se le detiene por orden del Gobierno?, ¿por qué no le encarcela la Inquisición?

»—Ha estado muchas veces en la prisión del Santo Oficio... más, quizá, de lo que los santos padres hubieran deseado —dijo otro—. Pero es bien sabido que, sea lo que sea lo que reveló en su interrogatorio, fue liberado casi inmediatamente.

»Otro añadió que “ese desconocido ha estado en casi todas las prisiones de Europa, pero siempre ha encontrado el medio de burlar o desafiar el poder en cuyas garras parecía haber caído, y de llevar a efecto sus propósitos de hacer daño en los más remotos lugares de Europa cuando se le suponía expiando sus crímenes en otro”. Otro preguntó si se sabía de qué país era, y le contestaron:

»—Dicen que es de Irlanda (país que nadie conoce, y en el que los naturales se sienten muy poco inclinados a vivir por diversas causas) y que se llama Melmoth.

»El español tuvo gran dificultad en expresar la *theta*, impronunciable por labios continentales.

»Otro, de aspecto más inteligente que el resto, aportó el dato extraordinario de que el desconocido había sido visto en diversas partes de la tierra, cuya distancia no habría sido capaz de recorrer ningún poder humano en espacio de tiempo tan corto; que su conocido y terrible hábito consistía en buscar en todas las regiones a los más desdichados y a los más libertinos de la comunidad en la que se sumergía..., aunque no sabían con qué propósito los buscaba.

»—Lo saben muy bien —dijo una voz cavernosa, cayendo en los oídos de los asustados oyentes como el tañido de una grave pero amortiguada campana—; lo saben muy bien, tanto ellos como él.

»Era ya el crepúsculo; pero todos pudieron distinguir la figura del desconocido que pasaba; algunos, incluso, aseguraron ver un fulgor ominoso en aquellos ojos que jamás se posaban en el humano destino sino como astros de infortunio. El grupo calló un momento para observar la figura que había producido en ellos el efecto de un torpedo. Se alejó lentamente... nadie trató de detenerle.

»—He oído decir —dijo uno del grupo que una música deliciosa precede a esta persona cuando está a punto de aparecer o de acercarse a su víctima predestinada (el ser al que se le permite tentar o torturar). Una vez me contaron una extraña historia en la que se oyó esa música, y... ¡Santa María nos valga! ¿Habéis oído esos sonidos?

»—¿Dónde?, ¿cuáles?

»Y los atónitos oyentes se quitaron el sombrero, se desabrocharon la capa, abrieron los labios y aspiraron hondamente, en delicioso éxtasis, ante la música que flotaba en derredor.

»—No temáis —dijo un apuesto joven de la reunión—; no temáis, que estos sonos anuncian la proximidad de un ser celestial. Sólo pueden tener que ver con los buenos espíritus; y sólo los bienaventurados podrían difundir esa música desde lo

alto.

»Mientras hablaba, los ojos de los presentes se volvieron hacia una figura que, aunque acompañada de un brillante y atractivo grupo de mujeres, parecía la única de todas en quien podían posar la mirada con pura y total limpieza y amor. No captó ella la observación: la observación la captó a ella, y se sintió satisfecha de su presa.

»Ante la proximidad del amplio grupo de mujeres, se organizaron ansiosos y lisonjeros preparativos entre los caballeros... preocupados todos en ordenar sus capas y sombreros y plumas, costumbre característica de una nación semifeudal, y siempre galante y caballeresca. A estos movimientos preliminares correspondieron otros por parte de la hermosa y fatal hueste que se acercaba. El crujir de sus amplios abanicos, el trémulo y demorado ajustarse de sus flotantes velos, cuya parcial ocultación halagaba la imaginación mucho más que la más ostentosa exhibición de los encantos de los que parecían tan celosas, los pliegues de la mantilla, de cuyas graciosas caídas, complicados artificios y coquetas ondulaciones saben aprovecharse tan bien las españolas; todo, en fin, anunciaba un ataque que los caballeros, de acuerdo con las modas de la galantería de esas fechas (1683), estaban preparados para afrontar y rechazar.

»Pero entre la brillante hueste que avanzaba contra ellos, venía una cuyas armas no eran artificiosas, y el efecto de sus singulares y sencillos atractivos contrastaba enormemente con los estudiados preparativos de sus compañeras. Si su abanico se agitaba, era para hacer aire; si se arreglaba el velo, era para ocultar su rostro; si se ajustaba la mantilla, no era sino para esconder esas formas cuya exquisita simetría desafiaba al voluminoso ropaje de aquel tiempo a que las ocultara. Los hombres de la más mundana galantería retrocedían al verla acercarse, con involuntario temor: el libertino, al mirarla, quedaba casi convertido; el enamorado la veía como el que comprende que esa visión de la imaginación no puede existir encarnada en este mundo; y el infortunado, como un ser cuya sola aparición era ya un consuelo; los viejos, contemplándola, soñaban con su juventud, y los jóvenes pensaban por primera vez en el amor, el único que merece ese nombre, el que inspira sólo la pureza, y sólo la pureza más perfecta puede recompensar.

»Al mezclarse entre los alegres corros que llenaban la plaza, se podía observar que un cierto aire la distinguía del resto de las damas que la rodeaban; no por su pretensión de superioridad (cosa de la que su belleza sin par estaba exenta, aun para el más vano del grupo), sino por un carácter inmaculado y sencillo que impregnaba su gesto, su actitud, incluso su pensamiento... convirtiendo su espontaneidad en gracia, y dando énfasis a una simple exclamación que hacía que las frases refinadas sonaran banales, quebrantando constantemente la etiqueta con vivo e intrépido entusiasmo, y excusándose a continuación con tan tímido y gracioso arrepentimiento que no se sabía qué era más deliciosa, si la ofensa o la excusa.

»En general, contrastaba de forma singular con el tono mesurado, el continente afectado y la ordenada uniformidad de vestido y ademán y aspecto y sentimiento de

las damas de su alrededor. Los elementos del arte se hallaban en cada uno de sus miembros desde su origen, y sus atavíos ocultaban o disimulaban cada movimiento que la naturaleza había concebido para la gracia. Pero en el movimiento de esta joven dama había una ágil elasticidad, una dinámica, exuberante y consciente vitalidad que hacía de cada gesto la expresión de un pensamiento; y luego, al reprimirlo, el más exquisito intérprete del sentimiento. Flotaba en torno suyo una luz, mezcla de majestuosidad e inocencia, que sólo se da unida a su sexo. Los hombres pueden conservar mucho tiempo, y aun confirmar, el poderío que la naturaleza ha impreso en su constitución, pero pierden muy pronto el derecho a la expresión de la inocencia.

»En medio de las vivas y excéntricas gracias de una forma que parecía de un cometa en el mundo de la belleza, no sujeto a ley alguna, o a leyes que sólo ella entendía y obedecía, había una sombra de melancolía que, para el observador superficial, parecía transitoria y fingida, quizá una estudiada compensación los ardientes colores de tan esplendoroso cuadro; pero para otros ojos, delataba que, pese a tener todas las energías del intelecto ocupadas, y todos los instintos del sentido activos, el corazón no había encontrado compañero, y lo necesitaba.

»El grupo que había estado conversando sobre el desconocido sintió atención irresistiblemente atraída hacia esta persona; y el bajo murmullo de sus temerosos comentarios se convirtió en francas exclamaciones de placer y admiración al pasar junto a ellos la hermosa visión. No había hecho ella más que cruzar cuando vieron que volvía despacio el extraño individuo, conocido de todos y sin conocer él a nadie. Al dar la vuelta el grupo de mujeres, se cruzaron con él. Su enérgica mirada seleccionó y se centró en una. Ella le vio tal también, le reconoció y, profiriendo un grito inarticulado, se desplomó al suelo sin conocimiento.

»El tumulto que ocasionó este incidente, presenciado por tantas personas, y del que nadie sabía la causa, apartó la atención de todos del desconocido: todos se afanaron en asistir o preocuparse por la dama que se había desvanecido. Fue trasladada a su coche por más ayudantes de los que necesitaba o deseaba... y justo cuando la subían, una voz exclamó muy cerca:

»—¡Immalee!

»Reconoció ella la voz, y se volvió, con una mirada de angustia y un débil grito, hacia la dirección de donde provenía. Todos los que estaban a su alrededor habían oído la llamada; pero no entendieron su significado, ni sabían quién iba dirigida, así que se apresuraron a subirla al coche. Arrancó éste, pero el desconocido siguió su trayecto con la mirada, y se dispersó la reunión, y quedó solo... El crepúsculo se disolvía en la oscuridad, aunque él pareció no notar el cambio... Algunos permanecieron aún en el extremo del paseo, observándole... Tampoco reparó él en su presencia.

»Uno de los que se quedaron más tiempo dijo que le vio hacer el ademán del que se seca rápidamente una lágrima. Sin embargo, las lágrimas de penitencia estaban negadas a sus ojos para siempre. ¿Fue, acaso, una lágrima de pasión? De ser así,

¡cuánta aflicción anunciaba a su objeto!

Capítulo XX

*Oh what was I made for; if tis not the same
Through joy and through torment, through glory and shame!
I know not, I ask not, what guilts in thine heart,
I but know I must love thee, whatever thou art.*

MOORE

»Al día siguiente, la joven que tanto interés había despertado la tarde anterior se marchaba de Madrid a pasar unas semanas en una quinta, propiedad de su familia, a poca distancia de la ciudad. Esta familia, en total, estaba formada por su madre, doña Clara de Aliaga, esposa de un rico mercader cuyo regreso de las Indias se esperaba mes tras mes, su hermano don Fernán de Aliaga y varios criados; pues estos acaudalados ciudadanos, conscientes de su opulencia y su elevada ascendencia, se preciaban de viajar con no menos ceremonia y pomposa lentitud de la que correspondía a un grande de España. Y así, el viejo, cuadrado y pesado carruaje avanzaba como una carroza fúnebre; el cochero iba dormido en el pescante, y los seis caballos negros andaban a un paso que era como el progreso del tiempo cuando nos visita la aflicción. Junto al coche cabalgaban Fernán de Aliaga y sus criados, con sombrillas y grandes lentes; dentro iban acomodadas doña Clara y su hija. El interior de este vehículo era lo contrario de su aspecto externo: todo denotaba estupidez, formalismo y tremenda monotonía.

»Doña Clara era mujer de frío y serio carácter, con toda la solemnidad de una española, y toda la austeridad de una fanática. Don Fernán encarnaba esa unión de la pasión ardiente y los modales saturnianos nada rara entre los españoles. El hecho de que su familia perteneciese a la clase comerciante hería su orgullo torpe y egoísta; consideraba la belleza sin par de su hermana un posible medio de conseguir emparentar con una familia de alcurnia, y la miraba con esa especie de parcialidad egoísta tan poco honrosa para el que la siente como para la que era su objeto.

»Y en medio de estos seres, la vivaz y sensible Immalee, hija de la naturaleza, “alegre criatura de los elementos”, estaba condenada a marchitar la flor de preciosos colores y exquisitos perfumes de su existencia tan desconsideradamente trasplantada. Su singular destino parecía haberla arrancado de un medio físico silvestre para colocarla en otro de tipo moral. Y, quizá, este último estado era peor que el primero.

»Es cierto que las más sombrías situaciones no ofrecen nada tan escalofriante como el aspecto de los rostros humanos en los que tratamos en vano de descubrir una expresión análoga; y la esterilidad de la naturaleza misma es copia, comparada con la esterilidad de los corazones humanos que transmiten toda la desolación que sienten.

»Llevaban viajando un rato, cuando doña Clara, que nunca hablaba hasta después de un largo prefacio de silencio, quizá para darle lo que ella llamaba peso, que de otro modo se echaría de menos, dijo con sentenciosa parsimonia:

»—Hija, me he enterado de que ayer por la tarde te desmayaste en el paseo público. ¿Viste a alguien que te sorprendió o te aterró?

»—No, señora.

»—Entonces, ¿cuál pudo ser la causa de la emoción que manifestaste al ver, según me han dicho, porque yo no lo sé, a un personaje de singular comportamiento?

»—¡Oh, no puedo, no me atrevo a decirlo! —dijo Isidora, dejando caer el velo sobre sus ardientes mejillas; luego, con la irreprimible ingenuidad de su primitiva naturaleza, que le invadía el corazón y todo su ser como una marea, se arrodilló en el cojín en el que iba sentada, a los pies de doña Clara, exclamando—: ¡Oh, madre, os lo diré todo!

»—¡No! —dijo doña Clara, rechazándola con un frío sentimiento de orgullo herido—; ¡no!... no es éste el momento. No quiero confidencias que son negadas y concedidas en un mismo aliento; ni me gustan esas emociones violentas: son impropias de una doncella. Tus deberes como hija son fáciles de comprender, se reducen a una completa obediencia, una profunda sumisión y un inquebrantable silencio; salvo cuando te hable yo, o tu hermano o el padre José. Ciertamente, ningún deber podría cumplirse con más facilidad; así que levántate y deja de llorar. Si tu conciencia te turba, acúsate ante el padre José, que sin duda te impondrá una penitencia conforme a la enormidad de tu pecado. Sólo confío en que no yerre por el lado de la indulgencia.

»Y dicho esto, doña Clara, que jamás había pronunciado discurso tan largo, se arrellanó en su cojín, y comenzó a pasar las cuentas de su rosario con devoción, hasta que la llegada del coche a su destino la despertó de su profundo y beatífico sueño.

»Era casi mediodía, y la comida, servida en una estancia baja y fresca junto al jardín, esperaba tan sólo la llegada del padre José, el confesor. Llegó por fin. Era un hombre de figura imponente, y venía montado en una mula majestuosa. Su rostro, a primera vista, tenía una expresión meditabunda; pero, examinada con atención, ésta parecía más consecuencia de una conformación física que del ejercicio intelectual. El canal estaba abierto, pero la corriente no se había orientado en esa dirección. Sin embargo, aunque carente de instrucción y de mentalidad algo estrecha, el padre José era un hombre bueno y bienintencionado. Amaba el poder, eso sí, y se había consagrado a los intereses de la Iglesia católica; pero le asaltaban frecuentes dudas (que se guardaba para sí: sobre la absoluta necesidad del celibato, y experimentaba (¡extraño efecto!) un frío por todo el cuerpo cuando oía hablar del fuego de los *autos de fe*).

»Concluyó la comida; sobre la mesa estaban la fruta y el vino (éste sin probarlo las mujeres), y lo más selecto de ambos colocado delante del padre José cuando Isidora, tras una profunda reverencia a su madre y al sacerdote, se retiró, como solía, a su aposento. Doña Clara se volvió hacia el confesor con una expresión que demandaba respuesta.

»—Es la hora de la siesta —dijo el sacerdote, sirviéndose un racimo de uvas.

»—¡No, padre, no! —dijo doña Clara con pesar—; su criada me ha informado que no se retira a dormir. Estaba, ¡ay!, demasiado acostumbrada a ese clima ardiente, donde se perdió de niña, para sentir el calor como debe toda cristiana. No; no se retira a rezar ni a dormir, según la devota costumbre de las mujeres españolas; sino, me temo, a...

»—¿A qué? —dijo el sacerdote con voz horrorizada.

»—A pensar, me temo —dijo doña Clara—; porque observo a menudo que, cuando regresa, tiene huellas de lágrimas en la cara. Tiemblo, padre, al pensar que derrama esas lágrimas por esas tierras paganas, esa región de Satanás, en donde ha pasado su juventud.

»—Le impondré una penitencia —dijo el padre José— que la salvará al menos de la turbación de derramar lágrimas por culpa del recuerdo... Estas uvas son deliciosas.

»—Pero, padre —prosiguió doña Clara con toda la débil pero atribulada ansiedad de una mente supersticiosa—, aunque me tranquilizáis en este sentido, aún me siento desgraciada. ¡Oh, padre, cómo habla a veces!... Es como una criatura autodidacta; no necesita director ni confesor, sino su propio corazón.

»—¡Cómo! —exclamó el padre José—, ¿que no necesita confesor ni director? Debe de estar chiflada.

»—¡Oh, padre! —prosiguió doña Clara—, dice cosas con su manera suave e irrefutable que, armada de toda mi autoridad, yo...

»—¿Cómo, cómo es eso? —dijo el sacerdote en un tono de severidad—, ¿acaso niega alguno de los dogmas de la Santa Iglesia?

»—¡No!, ¡no!, ¡no! —dijo la aterrada doña Clara, santiguándose.

»—¿Qué, entonces?

»—Bueno, habla en unos términos que yo nunca os he oído a vos, reverendo padre, ni a ninguno de los reverendos hermanos a quienes mi devoción a la Santa Madre Iglesia me ha enseñado a escuchar, antes de hablar. En vano le digo que la verdadera religión consiste en oír misa, confesarse, cumplir la penitencia, observar los ayunos y vigiliass, sufrir la mortificación y la abstinencia, creer todo lo que la Santa Iglesia nos enseña, y odiar, detestar, aborrecer y execrar...

»—Basta, hija... basta —dijo el padre José—; ¿acaso se puede dudar de la ortodoxia de vuestro credo?

»—Confío en que no, reverendo padre —dijo, ansiosa, doña Clara.

»—Sería yo un infiel si dudara —interrumpió el sacerdote—; la misma razón tendría si negase que esa fruta es exquisita, o que este vaso de Málaga merece figurar en la mesa de Su Santidad el Papa, si quisiese agasajar a todos los cardenales. Pero ¿qué es eso, hija, de las supuestas o temidas sospechas de desviación en las creencias de doña Isidora?

»—Reverendo padre, ya os he explicado mis sentimientos religiosos.

»—Sí, sí... hemos hablado bastante; ahora hablemos de los de vuestra hija.

»—Dice a veces —dijo doña Clara, prorrumpiendo en lágrimas—, dice, aunque

no mientras no se le insista lo suficiente para que hable, que la religión debe ser un sistema cuyo espíritu sea el amor universal. ¿Entendéis algo, padre?

»—¡Bah... bah!

»—Que tiene que ser algo que incline a quienes la profesan a hábitos de benevolencia, amabilidad y humildad, por encima de toda diferencia de credo y de forma.

»—¡Bah... bah!

»—Padre —dijo doña Clara algo molesta ante la evidente indiferencia con que el padre José escuchaba sus confidencias, y decidida a hacerle reaccionar con alguna prueba terrible de la verdad de sus sospechas—. Padre, la he oído atreverse a manifestar la esperanza de que los herejes del séquito del embajador inglés no sean eternamente...

»—¡Chisst!, yo no debo oír esas cosas; de lo contrario, mi deber me obligaría a tomar nota más severa de tales yerros. Sin embargo, hija —prosiguió el padre José—, me voy a arriesgar, con tal de consolaros. Tan cierto como que este precioso melocotón está en mi mano (dadme otro, por favor), y tan seguro como que me acabaré este otro vaso de Málaga —aquí, una larga pausa dio fe del cumplimiento de la afirmación—, tan seguro como esto —y el padre José puso su vaso invertido sobre la mesa—, que mi señora Isidora lleva... lleva elementos de cristiana en su interior, por improbable que os parezca; os lo juro por el hábito que llevo. Por lo demás, una pequeña penitencia... un... bueno, lo pensaré. Y ahora, hija, cuando vuestro hijo don Fernán haya terminado su siesta, puesto que no hay motivo para sospechar que se haya retirado a pensar, informadle que estoy dispuesto a continuar la partida de ajedrez que empezamos hace cuatro meses. He colocado mi peón en el penúltimo escaque, y el próximo movimiento será para hacerla reina.

»—¿Tanto dura la partida? —dijo doña Clara.

»—¡Tanto, sí! —repitió el sacerdote—; y puede durar mucho más... no solemos jugar más de tres horas al día.

»Se retiró a dormir; y la tarde transcurrió después, para el sacerdote y para don Fernán, en el profundo silencio de la partida; para doña Clara, en el silencio igualmente profundo de su tapiz, y para Isidora en el alféizar de la ventana, que el intolerable calor había obligado a dejar abierta, contemplando el esplendor de la luna, aspirando el perfume de los nardos, y mirando cómo se abrían los pétalos del cereus. Los lujos físicos de su antigua existencia parecían renovarse con estos objetos. El azul intenso del cielo y el astro resplandeciente que se alzaba solitario y magnífico en su centro, podían haber competido con la exuberante y refulgente opulencia de luz con que la naturaleza engalana la noche india. Abajo, también, había flores y fragancia; los colores, como la belleza velada, estaban suavizados, no ocultos, y el rocío que colgaba de cada hoja temblaba como lágrimas de espíritus que llorasen al abandonar las flores.

»La brisa, aunque impregnada de fragancia del azahar, el jazmín y la rosa, no

poseía el rico y embalsamado perfume que difunde el aire indio por la noche.

Ενθα νησον μαχαρων Ανραι περιπνεδσιν.

»Salvo esto, ¿qué faltaba aquí que no podía renovar el delicioso sueño de su anterior existencia, y hacerle creer que otra vez era la reina de la encantada isla? Una imagen, una imagen cuya ausencia hacía que el paraíso de las islas, y todo el perfumado y florido lujo de un jardín español bajo la luna, fuesen como un desierto para ella. Sólo en su corazón podía esperar ver esa imagen... sólo a sí misma se atrevía a repetir su nombre, y aquellas rudimentarias y dulces canciones de su país^[22] que él le había enseñado en los momentos de más alegre ánimo. Y tan extraño era el contraste entre su vida anterior y la presente, tan sometida estaba por la rigidez y la frialdad, y tantas veces le habían dicho que lo que hacía, decía o pensaba estaba mal, que empezó a rendirse a la evidencia de los sentidos, a evitar las constantes persecuciones de la atormentadora y despótica mediocridad, y a considerar la aparición del desconocido como una de esas visiones que aportaban turbación y alegría a su soñadora e ilusoria existencia.

»—Me sorprende, hermana —dijo Fernán, a quien el padre José había puesto de habitual mal humor al matarle la reina—, me sorprende no verte nunca ocupada, como suelen estarlo las jóvenes, con la aguja o alguno de los delicados primores propios de tu sexo.

»—O leyendo algún libro piadoso —dijo doña Clara, alzando los ojos un instante de su tapiz, y volviéndolos a bajar—; hay una leyenda de un santo polaco^[23], nacido, como *ella*, en un país de tinieblas, el cual eligió ser depositario de la palabra divina... he olvidado su nombre, reverendo padre.

»—¡Jaque al rey! —exclamó el padre José por toda respuesta.

»—No te ocupas más que de cuidar unas pocas flores, o inclinarte sobre tu laúd, o contemplar la luna —prosiguió Fernán, molesto a la vez por el éxito de su adversario y el silencio de Isidora.

»—Es generosa en limosnas y obras de caridad —dijo el bondadoso sacerdote—. Me llamaron para que acudiese a un miserable cuchitril cerca de vuestra quinta, señora doña Clara, a asistir a un pecador moribundo, ¡un inmundo pordiosero que yacía sobre paja putrefacta!

»—¡Jesús! —exclamó doña Clara con involuntario horror—; yo lavé, de rodillas, los pies a trece mendigos en casa de mi padre, la semana antes de mi boda con su honorable padre, y desde entonces no soporto la visión de un mendigo.

»—Las asociaciones de ideas son a veces imborrables —dijo el sacerdote con sequedad; luego añadió—: Yo he ido porque era mi deber, pero vuestra hija había llegado antes que yo. Había ido sin que la llamaran, y le estaba diciendo dulces palabras de consuelo de una homilía que un humilde sacerdote, que debe permanecer

en el anonimato, le había prestado de su modesta cosecha.

»Isidora se ruborizó ante esta anónima vanidad, mientras sonreía o lloraba por los acosos de don Fernán y la cruel austeridad de su madre.

»—La oí al entrar yo en aquella habitación, y por el hábito que llevo, que me detuve en el umbral complacido. Sus primeras palabras fueron... ¡Jaque mate! —exclamó, olvidándose de su homilía con el triunfo, y señalando con ojos chispeantes y dedo elocuente la desesperada situación del rey de su adversario.

»—¡Pues fue una extraordinaria exclamación! —dijo la literal doña Clara, que no había levantado ni una sola vez los ojos de su labor—; no hacía yo a mi hija tan aficionada al ajedrez como para meterse en la casa de un pordiosero moribundo con semejante frase en la boca.

»—Soy yo quien ha dicho eso, mi señora —dijo el sacerdote, volviendo a su juego, en el que se enfrascó en alma y vida, absorto en su reciente victoria.

»—¡Dios mío! —dijo doña Clara, cada vez más perpleja—, yo creía que la frase usual en esas ocasiones era *pax vobiscum*, o...

»Antes de que el padre José pudiera replicar, un grito de Isidora taladró los oídos de los presentes. Se congregaron todos a su alrededor en un instante, sumándose al grupo cuatro criadas y dos pajes, a quienes tan inusitado grito hizo acudir de la antecámara. Isidora no se había desmayado; se hallaba aún de pie, pálida como la muerte, sin habla, con la mirada vagando por el grupo que la rodeaba, sin que pareciese ver a nadie. Pero conservó esa presencia de ánimo que jamás abandona a una mujer cuando debe guardar un secreto; y ni señaló con el dedo, ni dirigió la vista hacia la ventana, donde había surgido la causa de su alarma. Acuciada por mil preguntas, parecía incapaz de contestar a ninguna; y declinando todo ofrecimiento de ayuda, se recostó sobre el alféizar para sostenerse.

»Se acercaba doña Clara con paso mesurado para ofrecerle un frasco de extrañas esencias que se había sacado de un bolsillo de incalculables profundidades, cuando una de las mujeres que la asistían, conocedora de sus hábitos, propuso reanimarla con el perfume de las flores que se arracimaban en tomo al marco de la ventana; y cogiendo un manojo de rosas, se las ofreció a Isidora. La visión y el perfume de estas hermosas flores despertó antiguas asociaciones en Isidora; y haciendo un gesto a las criadas para que se fuesen, exclamó:

»—¡No hay rosas como las que me rodeaban cuando él me vio por primera vez!

»—¡Él!... ¿quién es él, hija? —dijo la alarmada doña Clara.

»—Habla; te lo ordeno, hermana —dijo el irritable Fernán—, ¿a quién te refieres?

»—Desvaría —dijo el sacerdote, cuya habitual perspicacia descubrió que tenía un secreto, y cuyo celo profesional decidió que nadie, ni su madre ni su hermano, debían compartirlo con él—; desvaría. Es vuestra la culpa; dejad de asediarla con preguntas. Mi señora, retiraos a descansar, y que los santos velen alrededor de vuestra cama.

»Isidora, inclinándose agradecida por este permiso, se retiró a su aposento y el padre José contendió durante una hora con los temores suspicaces de doña Clara y la

hosca irritabilidad de Fernán, con el único fin de que, en el calor de la controversia, revelaran cuanto sabían o temían, y poder reforzar así sus propias conjeturas y establecer su influencia con tal descubrimiento.

Scire volunt secreta domus, et inde timeri.

Y este deseo es no sólo natural, sino necesario, en un ser de cuyo corazón su profesión ha roto todo lazo de naturaleza y de pasión; y si genera malignidad, ambición y deseo de perjudicar, es al sistema, no al individuo, a quien hay que culpar.

»—Mi señora —dijo el padre—, vos siempre estáis proclamando vuestro celo por la Iglesia católica; y vos, señor, me recordáis a cada instante el honor de vuestra familia; las dos cosas me preocupan; pero ¿cómo pueden estar más seguros ambos intereses, que haciendo que Isidora tome el velo?

»—¡El deseo de mi alma! —exclamó doña Clara, entrelazando las manos y cerrando los ojos como si presenciase la apoteosis de su hija.

»—No quiero ni oír hablar de eso, padre —dijo Fernán—; la belleza de mi hermana, y su riqueza, me dan derecho a esperar emparentar con las primeras familias de España: las formas simiescas y rostros cetrinos de esas gentes podrían redimirse en un siglo con semejante injerto, y la sangre de la que alardean no se empobrecerá con la transfusión del *aurum potabile* de la nuestra.

»—Olvidáis, hijo —dijo el sacerdote—, las extraordinarias circunstancias en que se desenvolvió la primera etapa de la vida de vuestra hermana. Hay muchos en nuestra nobleza católica que preferirían ver correr por las venas de sus descendientes la negra sangre de los moros desterrados o de los proscritos judíos, antes que la de una que...

»Aquí hubo un misterioso susurro que provocó en doña Clara un estremecimiento de angustia y consternación, y en su hijo un impulso impaciente de irritada incredulidad.

»—No creo ni una palabra de eso —dijo éste—; queréis que mi hermana profese, y por eso creéis y divulgáis ese monstruoso infundio.

»—Haz caso, hijo; te lo ruego —dijo la temblorosa doña Clara.

»—Hacedme caso a mí, señora, y no sacrificuéis vuestra hija a una infundada e increíble ficción.

»—¡Ficción! —repitió el padre José—; señor, os perdono vuestras mezquinas censuras. Pero dejad que os recuerde que no puede hacerse extensiva la misma inmunidad a vuestras ofensas a la fe católica.

»—Reverendo padre —dijo el aterrado Fernán—, la Iglesia católica no ha tenido jamás practicante más devoto y humilde que yo.

»—Eso último lo creo —dijo el sacerdote—. ¿Admitís todo lo que la Santa Iglesia nos dice que es incuestionablemente cierto?

»—Por supuesto que sí.

»—Entonces, ¿admitís que las islas de los mares indios se hallan especialmente bajo el influjo del demonio?

»—Sí, si la Iglesia me exige que lo crea.

»—¿Y que éste ejercía un dominio especial sobre la isla donde vuestra hermana se perdió durante su infancia?

»—No veo la relación —dijo Fernán, deteniendo repentinamente las premisas de este sorites.

»—¡No veis la relación! —repitió el padre José, santiguándose:

Excaecavit oculos eorum ne viderent.

Pero ¿por qué malgastaré mi latín y mi lógica en vos, si no tenéis capacidad ni para el uno ni para la otra? Escuchad, no os expondré más que un razonamiento irrefutable, a tal extremo, que quienquiera que lo contradiga... caería en contradicción, ni más ni menos. La Inquisición de Goa conoce la verdad de lo que acabo de decir; de modo que, ¿quién se atreve a negarlo ahora?

»—¡Yono!, ¡yo no! —exclamó doña Clara—; ni este terco muchacho tampoco, estoy segura. Hijo, te exhorto a que te apresures a creer lo que el reverendo padre ha dicho.

»—Yo voy creyendo todo lo deprisa que puedo —contestó don Fernán con el tono del que se traga de mala gana un manjar desagradable—; pero mi fe me ahogará si no se me concede tiempo para tragar. En cuanto a la digestión —murmuró—, que venga cuando Dios quiera.

»—Hija —dijo el sacerdote, que sabía bien el *mollia tempora fandi*, y veía que el hosco y colérico Fernán apenas podía soportar más, por ahora—; hija, basta. Debemos dirigir con dulzura a aquellos cuyos pasos tropiezan con obstáculos en el camino de la gracia. Rezad conmigo, hija, para que los ojos de vuestro hijo se abran a la gloria y felicidad de la vocación de su hermana por un estado en el que la inagotable abundancia de la bondad divina sitúa a las felices monjas por encima de todas las bajas y mundanas tribulaciones, de todas esas mezquinas y locales necesidades que... ¡Ah!... ¡hum!... Yo mismo siento, en este momento, a decir verdad, algunas de esas necesidades. Estoy ronco de tanto hablar; y el intenso calor de esta noche me tiene tan agotado que me parece que no me vendría mal el refrigerio de un ala de perdiz.

»A una seña de doña Clara, apareció una bandeja con vino y una perdiz que podía haber inclinado al prelado francés a reanudar su menú una vez más, a pesar de su horror al *toujours perdrix*.

»—Ved, hija, ved lo cansado que me siento por esta penosa disputa; bien puedo decir que el celo de vuestra casa me ha consumido.

»—Entonces tardaréis muy poco en *dejar* el celo de esta casa —murmuró Fernán mientras se retiraba.

»Y, echándose los pliegues de su capa sobre el hombro, lanzó una mirada de admiración a la feliz habilidad con que el sacerdote se las había con las alas y la pechuga de su ave favorita..., susurrando alternativamente palabras de admonición a doña Clara, y algo acerca de la falta de pimienta y de limón.

»—Padre —dijo don Fernán volviendo de la puerta y encarándose con el sacerdote—, padre, tengo que pedirlos un favor.

»—Encantado, si está en mi mano el poder complacerlos —dijo el padre José, volviendo sobre el esqueleto del ave—, pero como veis, sólo queda el muslo, y aun éste un poco descarnado.

»—No me refiero a eso, reverendo padre —dijo Fernán con una sonrisa—; sólo quiero pedirlos que no volváis a sacar el tema de la vocación de mi hermana hasta que regrese mi padre.

»—Por supuesto que no, hijo, por supuesto que no. ¡Ah!, cómo sabéis el momento adecuado de pedir favores: jamás podría negároslo en un instante como éste, cuando tengo el corazón caldeado, ablandado y henchido por... por... por la prueba de vuestra contrición y humillación, y por todo lo que vuestra piadosa madre y vuestro celoso amigo espiritual podían esperar o desear. En verdad, eso me vence: estas lágrimas... no lloro a menudo, sino en ocasiones como ésta; y entonces lo hago abundantemente, y me veo forzado a compensar mi falta de humedad de este modo.

»—Servíos más vino —dijo doña Clara. Su orden fue obedecida.

»—Buenas noches, padre —dijo don Fernán.

»—Los santos velen por vos, hijo mío; ¡oh, qué cansado estoy! ¡Me siento desfallecer con este esfuerzo! La noche es cálida, y hace falta vino para mitigar la sed... y el vino es provocativo y exige alimento para eliminar sus deletéreas y condenables cualidades... y el alimento, especialmente la perdiz, que es nutrición cálida y estimulante, requiere beber de nuevo para absorber o neutralizar sus cualidades excitantes. Atended, doña Clara: os hablo como entendido. Está la estimulación y está la absorción; son múltiples sus causas y efectos, tales como..., pero no os los voy a enumerar en este momento.

»—Reverendo padre —dijo la admirada doña Clara, sin sospechar lo más mínimo de qué fuente emanaba toda esta elocuencia—, os importuno en vuestro discurso solamente para pedirlos un favor también.

»—Pedid, ya está concedido —dijo el padre José con un impulso de su pie tan orgulloso como el del propio Sixto.

»—Tan sólo quiero saber si todos los habitantes de esas malditas islas indias no estarán condenados irremisiblemente.

»—Irremisiblemente, y sin la menor duda —replicó el sacerdote.

»—Entonces eso me tranquiliza —añadió la dama—, y esta noche dormiré en paz.

»El sueño, sin embargo, no la visitó tan pronto como ella esperaba, porque una hora después llamaba a la puerta del padre José, repitiendo:

»—¿Dijisteis condenados por toda la eternidad, padre?

»—¡Condenados sean por toda la eternidad! —dijo el sacerdote, removiéndose en su lecho febril, y soñando, en los intervalos de su inquieto descanso, que don Fernán venía a confesarse con la espada desenvainada, y doña Clara con una botella de jerez en la mano, que ella se bebía de un trago, mientras sus propios labios reseco se abrían esperando inútilmente una gota... y que la Inquisición se establecía en una isla de la costa de Bengala, y una enorme perdiz se acomodaba, con un gorro, en un extremo de la mesa cubierta de negro, como un Inquisidor General, y otras diversas y monstruosas quimeras, engendros del exceso de comida y de la mala digestión.

»Doña Clara, que oyó tan sólo la última palabra, volvió a su aposento con el paso ligero y el corazón aliviado; y llena de piadosa consolación, renovó sus devociones a la imagen de la Virgen que tenía allí con dos cirios ardiendo a cada lado de su hornacina, hasta que la fresca brisa matinal hizo posible que se retirase con alguna esperanza de descansar.

»Isidora, en su aposento, se hallaba igualmente desvelada; también ella se había arrodillado ante la sagrada imagen, pero con distintos pensamientos. Su soñadora y febril existencia, compuesta de violentos e irreconciliables contrastes entre las formalidades del presente y las visiones del pasado, la diferencia entre lo que sentía en su interior y lo que veía en torno suyo, entre la apasionada vida de recuerdos y la monotonía de la realidad, estaba siendo excesiva para su corazón, desgarrado por una sensibilidad sin control, y una cabeza turbada por vicisitudes que habrían extenuado hondamente facultades mucho más firmes.

»Durante un rato, estuvo repitiendo el número habitual de avemarías, a las que añadió la letanía de la Virgen, sin el correspondiente impulso de consuelo o iluminación; hasta que por último, comprendiendo que sus plegarias no eran expresión de lo que sentía, y temiendo a esta heterodoxia de su corazón más que a la violencia del ritual, decidió dirigirse a la imagen de la Virgen con sus propias palabras.

»—¡Espíritu benévolo y hermoso! —exclamó, postrándose ante la imagen—, ¡tú, cuyos labios son los únicos que me han sonreído desde que llegué a tu tierra cristiana; tú, cuyo semblante he imaginado a veces que pertenecía a los que habitan en las estrellas de mi propio cielo indio, escúchame y no te enojas conmigo! ¡Haz que pierda todo afecto por mi presente existencia, o todo recuerdo del pasado! ¿Por qué me vuelven mis anteriores pensamientos? Hubo un tiempo en que me hacían feliz; ahora, ¡son como espinas en mi corazón! ¿Por qué conservan su poder, siendo así que se ha alterado su naturaleza? Ya no puedo ser lo que era... ¡Oh, haz entonces que no lo recuerde más! Si es posible, haz que vea y sienta y piense como los que están a mi alrededor. ¡Ay! Siento que es mucho más fácil que descienda yo al nivel de ellos, que no que se eleven ellos al mío. El tiempo, la coacción, y el embotamiento, pueden hacer mucho por mí, pero ¡cuánto tiempo se necesitaría para cambiarles a ellos! Sería como buscar perlas en el fondo de las aguas inmóviles de los estanques que el arte ha

excavado en sus jardines. ¡No, Madre de la deidad! ¡Mujer divina y misteriosa, no! Jamás verán otro latido de mi corazón. ¡Que se consuma en su propio fuego, antes de que lo apague una gota de su fría compasión! ¡Madre divina! ¿No arden otros corazones más dignos de ti? ¿Y no se asemeja el amor de la naturaleza al amor de Dios? Es cierto que podemos amar sin religión; pero ¿podemos ser religiosos sin amor? ¡Aun así, madre divina, seca mi corazón, ya que no existe cauce para estas aguas que fluyen de él! ¡O vuelve todas estas aguas hacia el río estrecho y frío que dirige su curso a la eternidad! ¿Por qué he de pensar o sentir, si la vida sólo exige deberes que ningún sentimiento sugiere, y apatía que ningún pensamiento turba? ¡Déjame descansar aquí!; es, desde luego, el fin del gozo; pero es también el fin del sufrimiento; un millar de lágrimas son un precio demasiado caro para una simple sonrisa, tal como se vende en el mercado de la vida. ¡Ay!, es mejor vagar en perpetua esterilidad que ser torturada por el recuerdo de las flores que se han marchitado y los perfumes que se han disipado para siempre —luego, invadida por una incontenible emoción, se inclinó otra vez ante la Virgen—. Sí, ayúdame a borrar toda imagen de mi alma, menos la suya... ¡menos la suya únicamente! Haz que mi corazón esté, como este aposento solitario, consagrado a la presencia de una única imagen, e iluminado sólo por esa luz que el afecto enciende ante el objeto de su adoración, al que venera eternamente.

»En una agonía de entusiasmo, siguió arrodillada ante la imagen; y cuando se levantó, el silencio del aposento y la serena sonrisa de la figura celestial parecieron contrastar y reprochar, una vez más, este exceso de morboso abandono. Dicha sonrisa le pareció como un ceño. Es cierto que, en medio de la agitación, podemos no encontrar alivio en semblantes que sólo expresan profunda tranquilidad. Más bien preferiríamos una agitación, incluso una hostilidad más acorde... cualquier cosa, menos esa calma que nos neutraliza y nos absorbe. Es la respuesta de la roca a la ola: nos concentramos, enarbolamos la espuma, nos arrojamus contra la roca, y nos retiramos destrozados, rotos, murmurando a los ecos de nuestro fracaso.

»Del tranquilo y desesperanzado aspecto de la divinidad, sonriendo ante la aflicción, a la que ni consuela ni alivia, y que insinúa con esa sonrisa la profunda e inerte apatía de inaccesible elevación y sugiere fríamente que la humanidad debe dejar de existir, antes que dejar de sufrir..., de esto se apartó la doliente joven para buscar consuelo en la naturaleza, cuya incesante agitación parece acompañarse con las vicisitudes del destino humano y las emociones del corazón, cuya alternancia de tempestades y calmas, nubes y claros, terrores y deleites, parecen guardar una especie de misteriosa correspondencia de inefable armonía con ese instrumento cuyas cuerdas están destinadas a vibrar de agonía y de arrobamiento, hasta que la mano de la muerte las recorre todas y las silencia para siempre. Con ese sentimiento se acodó Isidora en el alféizar de la ventana, deseosa de aspirar aire fresco, lo que no le permitió la ardiente noche, y pensó cómo, en noches así, en su isla india, podía sumergirse en el río que corría a la sombra de su amado tamarindo, o incluso se aventuraba a

adentrarse entre las plateadas olas del océano, riendo al ver romperse los reflejos de la luna cuando su grácil figura formaba burbujas en el agua lanzando con sonriente delicia las brillantes, sinuosas y esmaltadas conchas que parecían acariciar sus blancos pies, cuando volvía a la orilla. Ahora todo era distinto. Había cumplido con su deber de bañarse, pero con todo un aparato de jabones, perfumes y, en especial, de criadas cuya intervención, aunque eran de su mismo sexo, producía a Isidora un indecible disgusto. Las esponjas y los perfumes incomodaban sus sentidos sencillos, y la presencia de otro ser humano parecía cerrarle completamente cada poro.

»No había encontrado alivio alguno en el baño, ni en sus oraciones; lo buscó en el alféizar, pero también allí fue en vano. La luna era tan brillante como el sol de los climas más fríos, y el cielo resplandecía con su luz. Parecía un airoso navío surcando solitario el brillante y terso océano, mientras un millar de estrellas ardía en la estela de su sereno resplendor, como embarcaciones auxiliares que escoltasen su rumbo hacia mundos ignorados, y los señalasen al ojo mortal que se demoraba en su curso y amaba su luz.

»Ése era el cenit que tenía arriba; pero ¡qué contraste con el de abajo! La gloriosa e ilimitada luz descendía sobre un recinto de rígidos parterres, mirtos recortados y naranjos plantados en cubas, estanques rectangulares, emparrados sostenidos con rejas y naturaleza torturada de mil formas, e indignada y repulsiva bajo esas torturas de todo género.

»Isidora contempló todo esto, y lloró. Las lágrimas se habían convertido ahora en su lenguaje, cuando estaba sola: era un lenguaje que no se atrevía a expresar ante su familia. De pronto, vio en uno de los paseos bañados por la luna la silueta de alguien que se acercaba. Avanzó y pronunció su nombre: el nombre que ella recordaba y amaba... ¡el nombre de Immalee!

»—¡Ah! —exclamó ella, inclinándose sobre el alféizar—, ¿hay alguien, entonces, que me conoce por ese nombre?

»—Sólo con ese nombre puedo dirigirme a ti —contestó la voz del desconocido—; todavía no tengo el honor de conocer el que tus amigos cristianos te han puesto.

»—Me llaman Isidora, pero tienes que seguir llamándome Immalee. Pero ¿cómo es —añadió con voz temblorosa, sobreponiéndose su temor por la seguridad de él al súbito e inocente gozo de verle—, cómo es que estás aquí; aquí, donde no se ve un solo ser humano, salvo a los moradores de la casa? ¿Cómo has cruzado el muro del jardín? ¿Cómo has venido de la India? ¡Oh, márchate, por tu propio bien! Me encuentro entre gentes en las que no puedo confiar, ni a las que puedo amar. Mi madre es severa, mi hermano es violento. ¡Oh!, ¿cómo has conseguido entrar en el jardín? ¿Cómo es —añadió con voz quebrada— que te arriesgas tanto para ver a alguien a quien has olvidado tanto tiempo?

»—Inmaculada neófita, hermosa cristiana —contestó el desconocido con diabólica sonrisa—, sabes que, para mí, los cerrojos y las rejas y los muros son como los acantilados y las rocas de tu isla india: puedo entrar y salir por ellos cuando me

plazca, sin licencia de los mastines de tu hermano, ni de aceros toledanos o mosquetes, y en completo desafío a la eficaz vigilancia de las dueñas de tu madre, armadas de lentes y flanqueadas con doble munición de rosarios de cuentas más gruesas que...

»—¡Chisst!, ¡chisst!; no profieras tan irreverentes palabras; me han enseñado a respetar esos objetos sagrados. Pero ¿eres tú? ¿Te vi, efectivamente, anoche, o fue uno de esos pensamientos que me visitan en sueños y me envuelven con visiones de esa isla hermosa y bienaventurada donde por primera vez...? ¡Oh, ojalá no te hubiera visto jamás!

»—¡Hermosa cristiana!, concíliate con tu horrible destino. Me viste anoche: me he cruzado en tu camino dos veces, cuando ibas resplandeciente entre las damas más brillantes y graciosas de Madrid. Fue a mí a quien viste; capté la atención de tus ojos, enmudecí tu frágil figura como un relámpago, caíste desvanecida y sin fuerza bajo mi ardiente mirada. Fue a mí a quien viste: ¡a mí, el turbador de tu angelical existencia en aquella isla paradisíaca, el perseguidor de tu forma y tus pasos, aun en medio de los complicados y fingidos rostros en los que te han ocultado las artificiosas formas de vida que has abrazado!

»—¡Que he abrazado! ¡Ah, no!, me cogieron, me trajeron aquí a la fuerza... y me han hecho cristiana. Me dijeron que todo era por mi salvación, por mi felicidad aquí y en el más allá; y confío en que así sea, pues he sido tan desgraciada desde entonces, que debería ser feliz en alguna parte.

»—Feliz —repitió el desconocido con su burlona sonrisa—, ¿y no eres feliz ahora? La fragilidad de tu cuerpo exquisito no se halla ya expuesta a la furia de los elementos, el fino y femenino lujo de tu gusto es solicitado y mimado por las mil invenciones del arte, tu lecho es de plumas, tu cámara está cubierta de tapices. Salga o se oculte la luna, seis cirios arden en tu aposento toda la noche. Tanto si el cielo está despejado o nuboso, tanto si la tierra está cubierta de flores o desfigurada por las tempestades, el arte del pintor te ha rodeado de “un nuevo cielo y de una nueva tierra”; puedes calentarte junto a soles que jamás se ponen, mientras el cielo se entenebrece para otros ojos, y recrearte en medio de paisajes y flores, mientras la mitad de tus semejantes perecen en la nieve y la tormenta —era tan desbordante la acritud de este ser, que no podía hablar de la bondad de la naturaleza o de los lujos del arte sin entretejer algo así como una sátira o un desprecio a ambas—. Tienes, también, seres intelectuales con quienes conversar, en vez del trino de los piquituertos y el parloteo de los monos.

»—No he encontrado la conversación mucho más inteligente o interesante —murmuró Isidora; pero el desconocido no pareció oírla.

»—Estás rodeada de cuanto puede halagar los sentidos, embriagar la imaginación o ensanchar el corazón. Todos estos regalos tienen que hacerte olvidar la voluptuosa pero inculta libertad de tu vida anterior.

»—¿No preferirían los pájaros enjaulados de mi madre —dijo Isidora—, que

picotean eternamente sus doradas rejas y escarban sin cesar en las claras semillas y el agua limpia que les ponen, descansar en el tronco musgoso de una encina vieja y beber en cualquier arroyo, y estar en libertad, a riesgo de tener una comida más flaca y un agua más turbia, no preferirían cualquier cosa, a romperse el pico contra esos dorados alambres?

»—Entonces, ¿no te parece tu nueva existencia en esta tierra cristiana tan apta para saciarte de delicias como pensaste una vez? ¡Qué vergüenza, Immalee... qué vergüenza de ingratitud y capricho! ¿Recuerdas cuando, desde tu isla india, divisaste el culto cristiano, y te sentiste extasiada ante esa visión?

»—Recuerdo todo lo que me sucedió en esa isla. Mi vida, antes, era toda expectación; ahora es retrospección. *La vida del que es feliz es toda esperanza, la del desgraciado, es toda recuerdo.* Sí, recuerdo haber visto esa religión tan hermosa y pura; y cuando me trajeron a tierra cristiana, creí que los encontraría a todos cristianos.

»—¿Qué son entonces, Immalee?

»—Sólo católicos.

»—¿Te das cuenta del peligro que corres al decir esas palabras? ¿Sabes que, en este país, la más pequeña duda de que catolicismo y cristianismo no sean lo mismo te podría entregar a las llamas por hereje incorregible? Tu madre, a la que has conocido hace poco como madre, te ataría las manos cuando la litera cubierta viniese por su víctima; y tu padre, aunque no te ha visto aún, compraría con su último ducado la leña que te reduciría a cenizas; y todas tus amistades, vestidas de gala, entonarían aleluyas cuando sonaran tus agónicos alaridos de tortura. ¿Sabes que el cristianismo de estos países es diametralmente opuesto al de ese mundo que viste, y que aún puedes ver consignado en las páginas de la Biblia, si es que te permiten leerla?

»Isidora lloró, y confesó que no había encontrado el cristianismo como creyó al principio que sería; pero con su primitiva y excéntrica ingenuidad, se acusó a sí misma tras esta confesión, y añadió:

»—Soy muy ignorante en este nuevo mundo; tengo mucho que aprender. Mis sentidos me engañan con frecuencia, y mis hábitos y percepciones son tan distintos de lo que deberían ser (me refiero respecto a los de quienes me rodean), que no debería hablar ni pensar sino como me han enseñado. Quizá, después de algunos años de instrucción y sufrimiento, pueda averiguar que la felicidad no existe en este nuevo mundo, y que el cristianismo no está tan lejos del catolicismo como ahora me parece.

»—¿Y no te sientes feliz en este nuevo mundo de inteligencia y de lujo? —dijo Melmoth en un tono de involuntaria dulzura.

»—A veces.

»—¿Cuándo?

»—Cuando termina el día tedioso, y mis sueños me transportan a esa isla de encanto. El sueño es para mí como una barca guiada por pilotos visionarios, y me lleva flotando a las playas de la belleza y a la felicidad; y a lo largo de la noche

disfruto de mis sueños con alegría. De nuevo me encuentro entre flores y perfumes, mil voces cantan para mí desde los arroyos y las brisas, el aire cobra vida y se puebla de invisibles cantores, y ando en medio de un aire suspirante, y de viviente y amable inanimación, de capullos que se derraman a mi paso, y arroyos que se acercan temblando a besarme los pies y luego se retiran; después, vuelven otra vez, consumiéndose de cariño por mí, cuando rozan mis labios las sagradas imágenes que ellos me han enseñado a adorar aquí.

»—¿No te ha visitado ninguna otra imagen en sueños, Immalee?

»—No necesito decírtelo —dijo Isidora, con esa extraña mezcla de firmeza natural y parcial oscurecimiento de intelecto, consecuencia de su carácter original y espontáneo, y de las extraordinarias circunstancias de su vida anterior—. No necesito decírtelo: ¡sabes que estás conmigo todas las noches!

»—¿Yo?

»—Sí, tú; siempre estás en esa canoa que me transporta a la isla india; me miras, pero tu expresión está tan cambiada que no me atrevo a hablarte; cruzamos los mares en un instante, tú estás eternamente en el timón, aunque nunca saltas a tierra: en el momento en que surge la isla paradisíaca, tú desapareces; y cuando regresamos, el océano es todo negro, y nuestra carrera tan oscura y veloz como la tormenta que la barre; y me miras, pero no hablas nunca... ¡Sí, estás conmigo todas las noches!

»—Pero, Immalee, eso no son más que sueños sin sentido. ¡Que yo te llevo en barca, por los mares, desde España a la India!; eso no es más que fingimiento de tu imaginación.

»—¿Es un sueño que te esté viendo ahora? —dijo Isidora—; ¿es un sueño que esté hablando contigo? Dímelo, porque mis sentidos están perplejos, y no me parece menos extraño el que estés aquí en España, que el que esté yo en mi isla natal. ¡Ay!, en la vida que ahora llevo, los sueños se han convertido en realidad, y la realidad no parece sino sueño. ¿Cómo es que estás aquí, si es que efectivamente lo estás?; ¿cómo has corrido tanto camino para venir a verme? ¡Cuántos océanos has debido cruzar, cuántas islas has debido ver, ninguna como aquella en la que te vi por primera vez! Pero ¿es efectivamente a ti a quien estoy viendo? Anoche creí verte; aunque debería confiar más en mis sueños que en mis sentidos. Yo creía que eras sólo un visitante de aquella isla de visiones, y un personaje que las visiones suscitan; ¿pero eres de verdad un ser vivo, alguien a quien se puede esperar ver en esta tierra de frías realidades y cristianos horrores?

»—Hermosa Immalee, o Isidora, o cualquiera que sea el nombre que tus adoradores indios o padrinos cristianos te hayan puesto, te ruego que me escuches mientras te explico ciertos misterios.

»Y Melmoth, mientras hablaba, se tumbó sobre un macizo de jacintos y tulipanes que desplegaban sus espléndidas flores y difundían su olorosa fragancia hacia la ventana de Isidora.

»—¡Oh, vas a destrozar mis flores! —exclamó ella al recordar su anterior

existencia silvestre, cuando las flores eran compañeras de su imaginación y de su corazón puro.

»—Es inclinación mía; ¡te ruego que me perdones! —dijo Melmoth, mientras se recreaba en las flores aplastadas y lanzaba su burlona risa y su mirada ceñuda hacia Isidora—. Tengo por comisión pisotear y aplastar todas las flores del mundo natural y moral: jacintos, corazones y bagatelas por el estilo; lo que se presente. Y ahora, doña Isidora, con un etcétera tan largo como tus padrinos tengan a bien desear, y sin la menor ofensa al heraldo, aquí estoy esta noche. Dónde estaré mañana por la noche, es cosa que depende de tu elección. Lo mismo puedo estar en los mares de la India, donde tus sueños me envían navegando cada noche, pisando el hielo de los polos, o surcando con mi cadáver desnudo (si es que sienten los cadáveres) las olas de ese océano que un día (un día sin sol ni luna, sin principio ni fin) me tocará surcar eternamente, ¡para cosechar desesperación!

»—¡Chisst!, ¡chisst! ¡Oh, no digas esas cosas horribles! ¿Eres tú, de verdad, el mismo que vi en la isla? ¿Eres él, el que yo entretejo desde entonces en mis oraciones, en mis esperanzas, en mi corazón? ¿Eres tú el ser en quien cifro mi esperanza, cuando la vida misma empieza a flaquear? He sufrido mucho desde mi llegada a este país cristiano. Me puse tan mala al principio que te habrías compadecido de mí; los vestidos que me pusieron, el lenguaje que me hicieron hablar, la religión que me hicieron creer, el país al que me trajeron... ¡Oh, tú... tú solo!, tu imagen, el pensar en ti: ¡eso es lo único que me sostiene! Yo amaba; y amar es vivir. En medio de la ruptura de todo lazo natural, en medio de la pérdida de esa existencia deliciosa que parece un sueño y hace del sueño mi segunda existencia, pensaba en ti, soñaba contigo, ¡te amaba!

»—¿Me amabas? Ningún ser me ha amado hasta ahora; todos me han ofrecido sus lágrimas.

»—¿Y no he llorado yo? —dijo Isidora—; cree en estas lágrimas. No son las primeras que he derramado, y me temo que no serán las últimas, ya que te debo las primeras a ti —y lloró mientras hablaba.

»—Bien —dijo el errabundo con amarga sonrisa de autorreproche—, me convenceré de que, al fin, soy «un hombre maravilloso y formal». Bien; si debe ser así, ¡que sea el destino del hombre ser feliz! ¿Y cuándo amanecerá el venturoso día, hermosa Immalee, y *más* hermosa Isidora, pese a tu nombre cristiano (por el que siento una aversión de lo más anticristiana), cuándo amanecerá el esplendoroso día en tus largas pestañas soñadoras, y despertará con los besos, y los rayos, y la luz, y el amor, y todo el aparato con que la estupidez engalana la desventura antes de la unión (ese brillante y envenenado ropaje que tanto se asemeja al que la vieja Deyanira envió a su esposo), cuándo vendrá ese día feliz? —y se echó a reír con esa horrible convulsión que mezcla la expresión de la veleidad con la de la desesperación, y deja al oyente dudando si no habrá más desesperación en la risa, o más risa en la desesperación.

»—No te comprendo —dijo la pura y tímida Isidora—; y no te rías más si no quieres volverme loca de terror; ¡al menos de ese modo tan espantoso!

»—¡Yo no puedo llorar! —dijo Melmoth, fijando en ella sus ojos secos y llameantes, sorprendentemente visibles a la luz de la luna—; hace tiempo que se ha secado la fuente de mis lágrimas, así como la de toda otra bendición humana.

»—Yo puedo llorar por los dos —dijo Isidora—, si hace falta —y le brotaron las lágrimas en abundancia, tanto por el recuerdo como por el dolor; cuando esas dos fuentes se unen, sólo Dios y el que sufre saben cuán amarga y profusamente pueden manar.

»—Resérvalas para nuestra hora nupcial, amada esposa —dijo Melmoth para sí—; ya tendrás entonces ocasión de llorar.

»Había en aquel entonces la costumbre —por grosera y poco delicada que pueda sonar a los oídos modernos—, entre las damas que dudaban de las intenciones de sus enamorados, de solicitarle como prueba de su pureza y honor, que las pidiesen a sus familias, formalizando así su unión solemne bajo la sanción de la Iglesia. Quizá había en esto un espíritu más auténtico de sinceridad y castidad que en todo el ambiguo flirteo que se llevaba a cabo con esa mal comprendida y misteriosa fe en principios jamás definidos, y fidelidad jamás quebrantada. Cuando la dama de la tragedia italiana^[24] pide a su enamorado, casi en su primera entrevista, que si sus intenciones son honestas, la despose inmediatamente, ¿no pronuncia una frase más sencilla, más inteligible, más *cálidamente* pura, que toda la romántica e increíble confianza que otras mujeres se dice que depositan en la fugacidad del impulso; ese sentimiento violento y repentino, ese “castillo en la arena” que nunca tiene sus cimientos en las inmovibles profundidades del corazón? Sucumbiendo a este sentimiento, Isidora, con una voz que flaqueaba ante sus propios acentos, murmuró:

»—Si me amas, no me busques más en secreto. Mi madre es buena, aunque rigurosa; mi hermano es amable, aunque apasionado; mi padre... ¡nunca lo he visto! No sé qué decir, pero si es *mi* padre, te querrá. Ven a verme en presencia de ellos, y ya no sentiré, junto con la alegría de verte, dolor y vergüenza. Invoca la sanción de la Iglesia, y luego, quizá...

»—¡Quizá! —replicó Melmoth—; has aprendido el europeo “¡quizá!”: el arte de dejar en suspenso el sentido de una palabra categórica, de fingir descorrer el velo del corazón en el momento en que dejas caer sus pliegues más y más, ¡de ofrecer la desesperación en el momento en que crees que debiéramos sentir esperanza!

»—¡Oh, no!, ¡no! —contestó la inocente criatura—; yo soy *sincera*. Soy Immalee cuando hablo contigo..., aunque para todos los de este país que llaman cristiano sea Isidora. Cuando te amé por primera vez, sólo podía consultar al corazón; ahora tengo que consultar a muchos, algunos de los cuales no tienen un corazón como el mío. Pero si me amas, puedes someterte a ellos como yo; puedes amar a su Dios, su hogar, sus esperanzas y su país. Ni aun *contigo* puedo ser feliz, a menos que adores la cruz que tu mano señaló a mi mirada errabunda, y la religión que de mala gana me

confesaste que es la más hermosa y benévola de la tierra.

»—¿Confesé yo eso? —repitió Melmoth—; *de mala gana* debo haberlo confesado, desde luego. ¡Hermosa Immalee!, soy un converso tuyo —y ahogó una satánica carcajada—, a tu nueva religión, tu belleza, tu nacimiento y nomenclatura españoles, y para todo cuanto tú desees. Me presentaré al punto a tu piadosa madre, a tu iracundo hermano y a todos tus parientes por irritables, orgullosos y ridículos que puedan ser. Me enfrentaré a sus gorgueras almidonadas, a sus crujientes capas y a los guardainfantes con ballenas de las mujeres, desde tu bondadosa madre hasta la más vieja dueña que se pasa el día sentada, con sus lentes y armada con el huso, en su inaccesible y sacrosanto sofá; y a las curvadas patillas, sombreros emplumados y capas al hombro de todos tus parientes masculinos y beberé chocolate, y me inflaré de importancia con ellos; y cuando me envíen a tu enmostachado hombre de leyes, con su raída capa de terciopelo negro al hombro, su larga pluma en la mano, y su alma en tres hojas de ancho pergamino, te dotaré con el más vasto territorio jamás concedido a una desposada.

»—¡Oh, que sea entonces en esa tierra de música y de sol donde nos vimos por primera vez! ¡El lugar donde yo podía andar entre flores vale más que toda la tierra cultivada de Europa! —dijo Isidora.

»—¡No!; será un territorio hartamente familiar a tus barbados hombres de leyes; y hasta tu piadosa madre y tu orgullosa familia concederán mi petición cuando la vean respaldada y explicada. Tal vez puedan ser propietarios pro indiviso *conmigo* allí; pero (¡qué extraño resulta decir esto!) jamás recurrirán contra mi exclusivo derecho de posesión.

»—No comprendo nada —dijo Isidora—; pero siento que estoy rebasando el decoro de una mujer española y cristiana al seguir manteniendo esta entrevista contigo más tiempo. Si piensas como pensabas una vez, si sientes lo que yo sentiré siempre, no hay necesidad de esta discusión, que sólo me confunde y me aterra. ¿Qué tengo yo que ver con ese territorio del que hablas? ¡Que *tú* seas su dueño es lo único que importa a mis ojos!

»—¿Que qué tienes tú que ver con él? —repitió Melmoth—. ¡Ah, no sabes hasta qué punto puedes tener que ver con él y conmigo! En otros casos, la posesión del territorio representa la seguridad para el hombre; pero aquí el hombre es la seguridad para la perpetua posesión del territorio. Mis herederos han de recibirlo por los siglos de los siglos, si se mantienen fieles a mi posesión. ¡Escúchame, hermosa Immalee, o cristiana, o cualquiera que sea el nombre por el que quieras que te llame! La naturaleza, tu primera madrina, te bautizó con el rocío de las rosas indias; tus padrinos cristianos, como cabía esperar, no han escatimado agua, sal y aceite, para borrar la mancha de la naturaleza de tu regenerado cuerpo; y tu último padrino, si quieres someterte al rito, te ungirá con un nuevo crisma. Pero de eso hablaremos después. Déjame que te cuente la riqueza, la población, la magnificencia de esa región con que te vaya dotar. Allí están los gobernantes de la tierra... todos. Y están

los héroes, y los soberanos, y los tiranos. Están sus riquezas, su pompa y su poder. ¡Ah, qué gloriosa acumulación!, y tienen tronos, y coronas, y pedestales, y trofeos de un fuego que arde por los siglos de los siglos, y la luz de su gloria resplandece eternamente. Están todos los que has estudiado en la historia, tus Alejandros y Césares, tus Ptolomeos y faraones. Están los príncipes de Oriente, los Nemrods y los Baltasares, y los Holofernes de sus tiempos. Están los príncipes del norte, los Odines, Atilas (a quien tu Iglesia llama azote de Dios), Alaricos, y todos esos innumerables y de ningún modo merecedores del nombre de bárbaros, quienes, en nombre de diversos títulos y pretensiones, destruyeron y arrasaron la tierra que conquistaron. Hay soberanos del sur, del este y del oeste, mahometanos, califas, sarracenos y moros, con todos sus suntuosos símbolos y ornamentos: el Corán y la cola de caballo; la trompeta, el gong y el atabal (o para acomodarlo a tu oído cristianizado, adorable neófita), “el clamor de los jefes y el tumulto de la batalla”. Están también esos caudillos triplemente coronados de Occidente que ocultan sus cabezas rapadas bajo una diadema, y que por cada cabello que se afeitan exigen la vida de un rey, que fingiendo humillarse pisotean el poder, y cuyo título es Siervo de los siervos, pero cuya pretensión es ser reconocidos como Señor de los señores. ¡No te faltará compañía en esa brillante región, pues brillante ha de ser! ¡Y qué importa que su luz provenga del resplandor del azufre, o de la temblorosa luz de la luna... por la que te veo tan pálida!

»—¿Me ves pálida? —preguntó Isidora, abriendo la boca—; *¡me siento así!* Ignoro lo que quieren decir tus palabras, pero sé que debe de ser horrible. ¡No hables más de esa región de orgullo, maldad y esplendor! Quiero seguirte a los desiertos, a las soledades donde jamás haya pisado otro pie que el tuyo, y donde los míos, con pura fidelidad, pisen las huellas de los tuyos. En la soledad nací; en la soledad puedo morir. ¡Deja que, allí donde viva y en el momento que muera, sea tuya! No importa el lugar; aunque fuese... —y se estremeció involuntariamente al hablar—. Aunque fuese...

»—Aunque fuese..., ¿*dónde?* —preguntó Melmoth; y un salvaje sentimiento de triunfo ante la entrega de esta desventurada, y de horror ante el destino que inconscientemente estaba impetrando, se mezcló en su pregunta.

»—Aunque fuese donde vas a estar —contestó la ferviente Isidora—. ¡Déjame ir, porque allí seré feliz!, como en la isla de las flores y de la luz donde te vi por primera vez. ¡Oh!, ¡no hay flores tan perfumadas y rosadas como las que se abrieron allí entonces! No hay aguas más musicales, ni brisas más fragantes, que las que escuché y aspiré, cuando creía que me repetían el eco de tus pasos o la melodía de tu voz, esa *música humana* que oía por primera vez en mi vida, y que al dejar de oírla...

»—¡Oirás mucho mejor —la interrumpió Melmoth— las voces de millones de espíritus, de seres cuyos acentos son inmortales, incesantes, sin pausa y sin descanso!

»—¡Oh, será maravilloso! —dijo Isidora juntando las manos—; el único lenguaje que he aprendido en este nuevo mundo que merece hablarse es el de la música. Yo

sabía algunos trinos imperfectos de los pájaros de mi antiguo mundo, pero en este otro mundo he aprendido música; y el sufrimiento que me han enseñado apenas contrarresta ese nuevo y delicioso lenguaje.

»—Pues piensa —replicó Melmoth—, si es tu gusto por la música efectivamente tan exquisito, ¡cómo se recreará y se ensanchará al oír esas voces acompañadas y coreadas por el tronar de diez mil olas de fuego estrellándose contra las rocas que la eterna desesperación ha convertido en diamante! ¡Hablan de la música de las esferas! ¡Piensa en la música de esos orbes vivientes girando eternamente sobre sus ejes, y cantando mientras brillan, igual que tus hermanos los cristianos cuando tuvieron el honor de iluminar el jardín de Nerón, en Roma, durante una noche de orgía!

»—¡Me haces temblar!

»—¡Temblar!; extraño efecto del fuego. ¿Por qué esa afectación? ¡Te he prometido, cuando llegues a tu nuevo territorio, todo cuanto es poderoso y magnífico, todo cuanto es espléndido y voluptuoso, al soberano y al sibarita, al monarca borracho y al esclavo saciado, el lecho de rosas y el dosel de fuego!

»—¿Y es ése el hogar al que me invitas?

»—Ése es, ése. ¡Ven, y sé mía!; miríadas de voces te llaman: ¡escúchalas y obedécelas! Sus voces truenan en los ecos de la mía: sus fuegos resplandecen en mis ojos, y arden en mi corazón. ¡Escúchame, Isidora, amada mía, escúchame! ¡Yo te requiero seriamente, y para siempre! ¡Ah, qué triviales son los lazos que unen a los amantes mortales, compara os con os que nos unirán a ti y a mí para toda la eternidad! No temas que falte una concurrida y espléndida compañía. Te he enumerado soberanos, pontífices y héroes; y si te dignas recordar las triviales diversiones de su *séjour* actual, será suficiente para hacer revivir sus asociaciones. Tú amas la música; ya no dudar, tendrás a la mayoría de los autores que han compuesto música, desde los primeros ensayos de Tubal Caín hasta Lully, que se mató en uno de sus propios oratorios u óperas, no lo sé exactamente. Tendrán un singular acompañamiento: ¡el eterno rugir de un mar de fuego constituye un bajo profundo para el coro de millones de cantores sufriendo tortura!

»—¿Qué significado tiene esa horrible descripción? —dijo la temblorosa Isidora—; tus palabras son como enigmas. ¿Te burlas para atormentarme, o te ríes de mí?

»—¡Reírme! —repitió su feroz visitante—; exquisita idea: *vive la bagatelle*! ¡Riamos eternamente! Bastante haremos con conservar la serenidad. Allí estarán todos los que se han atrevido a reírse en la tierra: los cantores, los bailarines, los joviales, los voluptuosos, los brillantes, los amados..., todos los que han osado equivocar su destino, al menos en lo que se refiere a creer que disfrutar no era un crimen, o que una sonrisa no era una infracción de su deber como sufrientes. Todos estos deben expiar sus errores en circunstancias que probablemente obligarán al más inveterado discípulo de Demócrito, el más *incansable reidor* a admitir que *allí* al menos “la risa es locura”.

»—No te comprendo —dijo Isidora, escuchándole con ese desfallecimiento de

corazón que se produce por un doble y doloroso sentimiento de ignorancia y terror.

»—¿No me comprendes? —repitió Melmoth con una sarcástica frialdad de expresión que contrastaba de manera terrible con la ardiente inteligencia de sus ojos, que parecían los fuegos de un volcán irrumpiendo entre masas de nieve acumulada hasta el mismo cráter—; ¡no me comprendes! ¿No dices que eres amante de la música?

»—Lo soy.

»—¿Y de la danza, mi bella y graciosa doncella?

»—Lo *era*.

»—¿Qué significa el distinto énfasis que le das a esas respuestas?

»—Me gusta la música; la amaré siempre: es el lenguaje del recuerdo. Un simple acorde me transporta a la bendita ensoñación, a la encantada existencia de mi... de mi isla. De la danza no puedo decir tanto. He *aprendido* a bailar... pero la música la *siento*. Jamás olvidaré el instante en que la oí por primera vez, e imaginé que era el lenguaje con el que los cristianos se comunicaban. Desde entonces, les he oído hablar un lenguaje muy distinto.

»—Sin duda, su lenguaje no es siempre melodioso; sobre todo cuando se interpelan desde puntos de vista opuestos en materia de religión. A decir verdad, no puedo imaginar nada más lejano de la armonía que la polémica entre un dominico y un franciscano sobre la eficacia de la respectiva cogulla de la orden, a la hora de asegurar la salvación del que por ventura muere con ella puesta. Pero ¿no tienes otra razón para amar la música, y para *haber amado* la danza? Vamos, deja que sea yo «tu más exquisita razón».

»Parecía como si este ser infeliz se viese empujado por su inefable destino a burlarse de la aflicción que causaba, en la misma proporción de su amargura. Su sarcástica ligereza era directa y tremendamente proporcional a su desesperación. Quizá es éste también el caso en otras circunstancias y personajes menos atroces. Un júbilo que no es alegría es frecuentemente máscara que oculta el semblante contraído y convulso de la agonía; y la risa, que jamás ha sido expresión de arrobamiento, es en cambio el único lenguaje inteligible de la locura y la desdicha. El éxtasis sólo sonríe; la desesperación ríe a carcajadas. Parecía, también, como si ninguna agudeza de irónico insulto, ninguna amenaza de siniestra oscuridad, tuviese poder para sublevar los sentimientos, o para alarmar los temores de la fervorosa criatura a la que iban dirigidas y dio las “más exquisitas razones”, al serle requeridas en un tono de despiadada ironía, con una voz cuya delicada y tierna melodía parecía contener aún la modulación en la que se formaron sus primeros sonidos: la del canto de los pájaros, mezclado con el murmullo de las aguas.

»—Amo la música porque, cuando la oigo, pienso en ti. He dejado de amar la danza, aunque al principio me embriagaba, porque al bailar a veces me olvidaba de ti. Cuando escucho la música, tu imagen flota en cada nota; te oigo en cada sonido. Los más inarticulados rumores que arranco de mi guitarra (pues soy muy ignorante) son

como un hechizo de melodía que evoca una forma indescriptible: no a ti, *sino la idea que yo tengo de ti*. En tu presencia, aunque me parece necesaria para mi vida, no he sentido jamás ese gozo exquisito que he experimentado con tu imagen, cuando la música la saca de los rincones de mi corazón. La música me parece como la voz de la religión pidiéndome que recuerde y adore al Dios de mi corazón. La danza me parece una apostasía momentánea, casi una profanación.

»—Ésa es, efectivamente, una razón dulce y sutil —contestó Melmoth—, y que, por supuesto, tiene un fallo: el de no ser suficientemente halagadora para el oyente. Y así, en determinado momento, mi imagen flota en las ricas y trémulas olas de la melodía como un dios de los desbordantes océanos de la música, triunfal en sus crestas y gallardo incluso en sus valles; y al instante siguiente, aparece como el demonio danzante de vuestras óperas, haciéndote muecas entre el brillante movimiento de vuestros fandangos, y arrojando la seca espuma de sus labios negros y convulsos en la copa donde brindáis en vuestros banquetes. Bien: danza, música, ¡que se vayan al cuerno juntas! Parece que mi imagen es igualmente perniciosa en las dos; en la una te tortura con el recuerdo, en la otra con el remordimiento. Pero supongamos que esa imagen se aparta de ti para siempre, y que es posible romper el lazo que nos une, y cuya visión ha penetrado en el alma de los dos.

»—Tú puedes suponerlo —dijo Isidora con orgullo de doncella, y con un tierno pesar en la voz—; y si tú puedes, ten por seguro que yo trataré de suponerlo también; no me costará mucho el esfuerzo... ¡sólo la vida!

»Al mirar Melmoth a esta bendita y hermosa criatura —tan refinada antes en medio de la naturaleza, y tan natural ahora en medio del refinamiento—, en posesión aún de toda la suave exuberancia de su primera naturaleza angelical, en medio de la artificiosa atmósfera donde sus fragancias no eran aspiradas, y sus brillantes matices estaban condenados a marchitarse sin ser justipreciados, donde su pura y sublime devoción de corazón estaba condenada a estrellarse como la ola contra la roca, agotar sus murmullos, y expirar; al darse cuenta de esto, y contemplarla, se maldijo a sí mismo; luego, con el egoísmo de la desgracia desesperada, comprendió que la maldición, compartida, podía ser más llevadera.

»—¡Isidora! —susurró con el más suave de los tonos que pudo adoptar, acercándose a la ventana en la que se hallaba su pálida y hermosa víctima—. ¡Isidora!, ¿quieres ser mía entonces?

»—¿Qué debo decir? —dijo Isidora—; si el amor exige respuesta, ya he dicho bastante; ¡si es sólo la vanidad, he dicho demasiado!

»—¡Vanidad!, hermosa criatura; no sabes lo que dices; el propio ángel acusador podría tachar ese artículo del catálogo de mis pecados. Es uno de los agravios imposibles y prohibidos para mí; ése es un sentimiento mundano y, por tanto, del que no puedo participar ni gozar. Lo cierto es que comparto en este momento algo de orgullo humano.

»—Orgullo, ¿de qué? Desde que te conozco, yo no he sentido orgullo, sino esa

suprema devoción, esa auto negación que hace a la víctima más orgullosa de su guirnalda que al sacrifican te de su oficio.

»—Pero yo siento otro orgullo —contestó Melmoth, y en tono altivo dijo—: Un orgullo como el de la tormenta que visitaba las ciudades antiguas, sobre cuya destrucción puede que hayas leído algo, que mientras arrasa, quema y destroza pinturas, piedras preciosas, música y júbilo, cogiéndolo todo con sus garras aniquiladoras, exclama: ¡Perece para todo el mundo, quizá más allá del período de su existencia, pero vive para mí en las tinieblas y la corrupción! ¡Conserva toda la exquisita modulación de tus formas!, ¡todo el indestructible esplendor de tus colores!; ¡pero consérvalos para mí solo!, ¡para mí: el único, sin pulso, sin ojos, sin corazón, que abraza a una esposa infecunda, que incuba en un tenebroso e improductivo nido de eterna esterilidad!; ¡para mí: monte cuya lava de fuego interno ha sofocado, endurecido y sepultado para siempre todo lo que era alegría de la tierra, felicidad de la vida y esperanza del futuro!

»Mientras hablaba, su expresión se fue volviendo a la vez tan convulsa y burlesca, tan reveladora de maldad y ligereza, tan punzante para el corazón, secando cada fibra que tocaba y retorció, que Isidora, con toda su inocente y desamparada devoción, no pudo evitar un estremecimiento ante este terrible ser, al tiempo que con temblorosa solicitud, preguntó:

»—¿Entonces serás mío? ¿O qué es lo que debo entender de tus terribles palabras? ¡Ay!, jamás ha estado *mi* corazón tan envuelto en misterios, jamás ha irrumpido la luz de su verdad en medio de truenos y llamas, con los que tú has enunciado la ley de mi destino.

»—¿Serás mía entonces, Isidora?

»—Habla con mis padres. Despósame con los ritos, y ante la Iglesia de la que soy miembro indigno, y seré tuya para siempre.

»—¡*Para siempre!* —repitió Melmoth—; bien dicho, mía. Entonces, ¿quieres ser mía *para siempre?*, ¿tú quieres, Isidora?

»—¡Sí! ¡Sí!... Eso he dicho. Pero el sol está a punto de salir, siento el creciente perfume del azahar y la frescura de la brisa matinal. Vete; he estado demasiado tiempo aquí; los criados pueden salir y descubrirte; vete, te lo ruego.

»—Me voy; pero una palabra más; porque para mí, la salida del sol, y la aparición de tus criados, y todo cuanto hay arriba en el cielo, y abajo en la tierra, carece igualmente de importancia. Deja que el sol permanezca bajo el horizonte y espere por mí. ¡*Tú eres mía!*

»—Sí, soy tuya; pero debes pedirme a mi familia.

»—¡Ah, claro!; ¡pedir es algo que va muy bien con mis hábitos!

»—Y...

»—Bien, ¿y qué?; ¿vacilas?

»—Vacilo —dijo la ingenua y tímida Isidora—, porque...

»—¿Sí?

»—Porque —añadió, rompiendo a llorar—, porque aquellos con quienes vas a hablar no se dirigen a Dios con las mismas palabras que yo. Ellos te hablarán de riquezas y de bienes; te preguntarán sobre la región donde me has dicho que tienes tus ricas e inmensas posesiones; y si me preguntan a mí por ellas, ¿qué les puedo contestar?

»A estas palabras, Melmoth se acercó cuanto pudo al alféizar y pronunció cierta palabra, que al principio Isidora no pareció oír, o entender; y temblando, repitió la pregunta. En un tono aún más bajo, le volvió a contestar. Incrédula, y esperando que la respuesta la hubiera confundido, repitió la pregunta otra vez. Una palabra seca, impronunciable, tronó en sus oídos... y profirió un grito y cerró la ventana. Pero ¡ay!, la ventana ocultó sólo la figura del desconocido, no su imagen.

Capítulo XXI

*He saw the eternal fire that keeps,
In the unfathomable deeps,
Its power for ever; and made a sign
To the morning prince divine;
Who came across the sulphurous flood,
Obedient to the master-call,
And in angel-beauty stood,
High on his star-lit pedestal*^[25].

»En esta parte del manuscrito que leí en el sótano de Adonijah *el Judío* —dijo Moncada, prosiguiendo su relato— había varias páginas destruidas, y se había borrado totalmente el contenido de otras muchas; y ni siquiera Adonijah pudo suplir esta laguna. Por las páginas que a continuación eran legibles, parecía que Isidora siguió permitiendo imprudentemente a su misterioso visitante que frecuentara el jardín por las noches; y conversaba con él desde la ventana, aunque no logró convencerle para que se presentase a su familia, consciente, quizá, de que su petición no sería demasiado favorablemente recibida. Esto al menos parecían sugerir las líneas que a continuación pude descifrar.

»Isidora había renovado, en estas entrevistas nocturnas, su antigua existencia de ensueño. El día no era sino un largo pensar en la hora en que esperaba verlo. Durante el día permanecía callada, meditabunda, absorta, viviendo de pensamientos: al oscurecer, su ánimo despertaba perceptible aunque suavemente, como el que tiene un gozo secreto e incommunicable; y su mente se transfiguraba como la flor que despliega sus pétalos, y difunde su perfume sólo al llegar la noche.

»La época del año favorecía esta fatal ilusión. Era en ese rigor del verano en que solamente respiramos hacia el anochecer, y la embalsamada y brillante noche es nuestro día. El día propiamente transcurría en un sopor lánguido y febril. Isidora sólo existía de noche... y sólo junto a la ventana iluminada por la luna respiraba libremente; y jamás la luna bañó con su luz una forma más hermosa, ni iluminó un rostro más angelical, ni brilló en unos ojos que reflejaran destellos más puros y en armonía. La luz mutua y fraterna era como una correspondencia de espíritus que discurría entre destellos alternos y, al pasar del resplandor del planeta al brillo de unos ojos mortales, sentía que residir en uno y otros era estar en el cielo [...].

»Se demoraba en la ventana, hasta que imaginaba que el recortado y artificialmente torcido emparrado del jardín era el frondoso y ondulante follaje de los árboles de su isla paradisíaca; que las flores tenían el mismo perfume que las rosas silvestres y espontáneas que un día derramaron sus pétalos a sus pies desnudos, que los pájaros cantaban para ella como cantaron una vez, cuando el himno de vísperas de su corazón puro se elevaba con sus notas finales, y formaba la más sagrada y aceptable antífona que quizá haya halagado la brisa vespertina que la transportaba

hacia el cielo.

»Esta ilusión terminaba pronto. La rígida y severa monotonía del parterre, donde incluso el producto de la naturaleza se mantenía en su sitio como por deber imponía el convencimiento de su antinatural regularidad a sus ojos y a su alma; y entonces se volvía hacia el cielo en busca de alivio. ¿Y quién no, aun en la primera y dulce angustia de la pasión? En esos momentos es cuando contamos al cielo esa historia que no confiaríamos a unos oídos mortales; y en la hora penosa en que deberíamos acudir a todo aquello cuyo amor es sólo mortal, invocamos de nuevo a ese cielo al que hemos confiado nuestro secreto para que nos envíe un resplandeciente mensajero de consuelo en esos mil rayos que derraman eternamente sobre la tierra, como con burla, sus brillantes, y fríos e insensibles orbes. Pedimos; pero ¿es escuchada u oída nuestra súplica? Lloramos; pero ¿no sentimos que esas lágrimas son como lluvia que cae en el mar? *Mare infuctuosum*. No importa. La revelación nos asegura que vendrá un período en el que se nos concederán todas las peticiones propias de nuestro estado, en el que “se enjugarán las lágrimas de todos los ojos”. Confiemos, pues, en la revelación; en cualquier cosa, menos en nuestros propios corazones. Pero Isidora no había aprendido aún esta teología de los cielos, cuyo texto es: “Entremos mejor en la casa de duelo”. Para ella, la noche aún era día, y su sol era la “luna que avanza con su esplendor”. Cuando la contemplaba, los recuerdos de la isla se le agolpaban en el corazón como un torrente; y no tardaba en aparecer una figura para evocarlos y realizarlos.

»Esta figura se le aparecía todas las noches invariable e ininterrumpidamente; y conociendo ella la rigidez y severas normas de la casa, le causaba cierta sorpresa la facilidad con que Melmoth parecía sortearlas al visitar el jardín; sin embargo, era talla influencia de su primera existencia soñadora y romántica, que su repetida presencia en circunstancias tan extraordinarias no la movía a preguntar sobre los medios de que se valía para salvar dificultades que eran insuperables para los demás.

»Dos circunstancias extraordinarias concurrían efectivamente en estos encuentros. A pesar de verse de nuevo en España, tras un intervalo de tres años desde que abandonaran las costas de una isla del mar de la India, ninguno de los dos había preguntado nunca qué contingencias habían hecho posible que se encontrasen de forma tan inesperada y singular. Por parte de Isidora, esta falta de curiosidad era fácilmente explicable. Su vida anterior había sido de carácter tan fabuloso y fantástico que lo improbable se había vuelto para ella familiar, y lo familiar improbable. Los prodigios eran su elemento natural; y se sentía, quizá, menos sorprendida de ver a Melmoth en España que la primera vez que le vio caminando por la arena de la isla solitaria. En Melmoth, el motivo era distinto, aunque el efecto era el mismo. Su destino le prohibía la curiosidad o la sorpresa. El mundo no podía ofrecer una maravilla mayor que su misma existencia; y la facilidad con que pasaba él de una región a otra, mezclándose con las gentes, aunque diferente a todas ellas, como un espectador hastiado y sin interés que va de butaca en butaca de un inmenso

teatro, donde no conoce a ninguno de los espectadores, le habría impedido experimentar ningún asombro, aunque se hubiese encontrado con Isidora en la cima de los Andes.

»Durante un mes, había permitido ella tácitamente estas visitas nocturnas al pie de su ventana (distancia que evidentemente habría podido desafiar a los mismísimos celos españoles a considerarla materia de sospecha, ya que el antepecho se hallaba casi a catorce pies del suelo del jardín donde estaba Melmoth}; durante ese mes, Isidora había recorrido rápida aunque imperceptiblemente esos estadios del sentimiento que todos los que aman han experimentado por igual, ya se vea favorecido u obstaculizado el flujo de la pasión. Al principio, estaba ansiosa por hablar y escuchar, por oír y ser oída. Tenía que contar todas las maravillas de su nueva existencia; y quizá sentía esa indefinida y generosa esperanza de hacerse valer a los ojos de aquel a quien amaba; esperanza que nos induce en nuestra primera entrevista a exhibir toda la elocuencia, todos los poderes, todos los atractivos que poseemos, no con el orgullo del competidor, sino con la humillación de la víctima. La ciudad conquistada exhibe todas sus riquezas con la esperanza de propiciarse al conquistador. Le adorna con todos sus despojos, y siente más orgullo al verle ataviado con ellos que cuando los vestía ella misma triunfalmente. Ésa es la primera hora brillante del entusiasmo, del temblor, aunque llena de esperanza y de feliz ansiedad. Entonces pensamos que nunca podremos mostrar suficiente talento, imaginación y todo lo que pueda interesar, todo lo que pueda deslumbrar. Nos enorgullecemos del homenaje que recibimos de la sociedad, con la esperanza de sacrificar ese homenaje a nuestro ser amado; sentimos un puro y casi espiritualizado placer en nuestras propias alabanzas, al imaginar que nos hacen más dignos de merecer las *suyas*, de quien hemos recibido la *gracia* de querer merecerlas; nos preciamos de estar en condiciones de devolverle la gloria a aquel de quien la recibimos, y para quien la guardamos en depósito, sólo para restituírsela con ese rico y acumulado interés del corazón, del que pagaríamos la máxima cotización, si el pago exigiese el último latido de sus fibras... la última gota de su sangre. Ningún santo que haya presenciado un milagro realizado por él mismo con santa y autonegadora abstracción de su *yoidad* ha sentido quizá sentimiento más puro de perfecta devoción que la mujer que, en sus primeras horas de amor, ofrece, a los pies de su adorado, la brillante corona de la música, la pintura y la elocuencia... y espera tan sólo, con mudo suspiro, que la rosa del amor no pase inadvertida en la guirnalda.

»¡Oh, cuán delicioso es para ese ser (y tal era Isidora) tocar el arpa ante las multitudes, y escuchar, cuando han cesado los estrepitosos y vulgares bravos, el suspiro de *él* para quien su alma —no sus dedos— ha tocado, y oír el simple suspiro, sólo esto, en medio de los aplausos de los miles de oyentes! ¡Y qué delicioso susurro el de ella, para sí: “He oído su suspiro, pero él ha oído el aplauso”!

»Y cuando se desliza en la danza; rozando con fácil y acostumbrada gracia las manos de los muchos participantes, siente que no hay más que una cuyo tacto puede

reconocer; y, esperando esta vibración vital, se mueve como una estatua, fría y grácil, hasta que el roce de Pigmalión la vuelve mujer, y el mármol se funde convirtiéndose en carne bajo las manos del irresistible modelador y sus movimientos delatan, en ese instante, los inusitados y semiinconscientes impulsos de esa hermosa imagen a la que el amor ha dado vida, y que disfruta con el vívido y recién experimentado goce de esa animación que la pasión de su amante ha infundido en su ser. Y cuando se exhibe el espléndido trabajo, y despliega la ricamente trabajada tapicería, con los brazos extendidos, y la contemplan los caballeros, y la envidian las damas, y todos los ojos la examinan, y todas las lenguas la alaban, exactamente en relación inversa al talento del que la examina con atención y del que la aplaude con gusto..., entonces, lanza en torno suyo una mirada muda y silenciosa que busca esos ojos cuya luz sola, para la embriagada mirada de ella, contiene todo juicio, todo gusto, todo sentimiento... ¡O ese labio cuya misma censura puede ser más cara que el aplauso del mundo entero! ¡Escuchar con mansa y sumisa tranquilidad la censura y la observación, la alabanza y el comentario, pero volver al fin la suplicante mirada hacia el único que puede comprender, y cuya rápida mirada de respuesta es la única que puede recompensarla! Ésta... ésta había sido la esperanza de Isidora. Incluso en la isla donde él la vio por primera vez en la infancia de su intelecto, había tenido ella conciencia de poderes superiores, que entonces fueron motivo de solaz, no de orgullo, para sí misma. Su propia estima aumentó con su afecto por él. Su pasión se convirtió en su orgullo, y los recursos ampliados de su mente (porque el cristianismo, aun en su forma más corrupta, desarrolla el entendimiento) le hicieron creer al principio que el hecho de ser admirada como ella lo era por su amabilidad, sus aptitudes y su riqueza, obligaría a este ser, el más orgulloso y excéntrico de todos, a postrarse ante ella, o al menos a reconocerle el poder de esos conocimientos que tan dolorosamente había llegado a dominar, desde su involuntaria introducción en la sociedad europea.

»Ésta había sido su esperanza durante el primer período de sus visitas; pero por muy inocente y halagadora que fuese para su objeto, se vio decepcionada. Para Melmoth, no había “nada nuevo bajo el sol”. El talento para él era una carga. Sabía más de lo que el hombre o la mujer podían decirle. Las cualidades eran una fruslería: el parloteo fastidiaba a sus oídos, y lo rechazaba. La belleza era una flor que sólo miraba para despreciarla, y sólo tocaba para marchitarla. Apreciaba la fortuna y la distinción como se merecían, pero no con el plácido desdén del filósofo, o el místico desasimiento del santo, sino con esa “terrible perspectiva de juicio y ardor de fuego” hacia la que creía que sus poseedores eran irreversiblemente devotos, y cuyo castigo esperaba él con satisfacción, quizá con un sentimiento muy semejante al de aquellos verdugos que, por mandato de Mitrídates, vertieron en la garganta del embajador romano el mineral derretido de sus doradas cadenas.

»Con tales sentimientos, y otros que no son de contar, Melmoth experimentaba un alivio indecible respecto al fuego eterno que ya ardía en él, con la perfecta e inmaculada frescura de lo que podría llamarse inexplorada floresta del corazón de

Immalee; porque seguía siendo Immalee para él. Ella era el oasis de su desierto: la fuente de la que bebía y en la que olvidaba su paso por las arenas ardientes... y las arenas *abrasadoras* a las que su caminar debía conducirlo. Se sentaba a la sombra de una mata de calabaza, y olvidaba al gusano que roía su raíz; quizá el gusano inmortal que carcomía y horadaba y ulceraba su propio corazón le hacía olvidar las corrosiones del que él mismo había inoculado en el de ella.

»Antes de la segunda semana de su entrevista, Isidora había rebajado sus pretensiones. Había renunciado a la esperanza de interesar o deslumbrar; esa esperanza que es hermana gemela del amor en el corazón de la mujer más pura. Concentraba ahora todas sus esperanzas, y todo su corazón, no ya en la ambición de ser *amada*, sino en el deseo único de *amar*. Ya no hablaba de sus facultades desarrolladas, de la adquisición de nuevas capacidades, ni de la expansión y cultivo de su gusto. Dejó de hablar: ahora sólo aspiraba a escuchar; su deseo se había reducido a un sereno atender tan sólo, que parecía transferir el oficio de oír a los ojos, o más bien a identificar ambos sentidos. Le veía mucho antes de que apareciese, y le oía aunque no hablase y permanecían el uno en presencia del otro, durante las escasas horas de la noche veraniega de España, y los ojos de Isidora estaban alternativamente fijos en la luna radiante y en su misterioso enamorado mientras él, sin pronunciar palabra, seguía recostado contra los pilares del balcón o contra el tronco de un mirto gigantesco que proyectaba su sombra, incluso de noche, sobre su ominosa expresión, sin decirse una sola palabra, hasta que una agitación de la mano de Isidora, cuando comenzaba a despuntar el día, daba la tácita señal de despedida.

»Ésta es la clara gradación del sentimiento profundo. Ya no es necesario el lenguaje para aquellos cuyos corazones palpitantes conversan de manera audible; cuyos ojos, aun a la luz de la luna, son más inteligibles para las fugaces y entornadas miradas que la explícita conversación cara a cara a la luz del día; para quienes, en la exquisita inversión del sentimiento y el hábito mundanos, la oscuridad es luz, y el silencio es elocuencia.

»En sus últimas entrevistas, Isidora hablaba a veces; pero sólo para recordar a su enamorado, en un tono suave y modesto, una promesa que al parecer le había hecho él una vez de presentarse a sus padres, y pedirles la mano. Algo murmuraba, también, sobre su pérdida de salud, su agotamiento de ánimo, su corazón herido, la larga espera, la esperanza aplazada y lo misterioso de sus entrevistas. Y mientras hablaba, lloraba; pero ocultaba sus lágrimas ante él.

»¡Así es, oh Dios! Estamos condenados (y justamente condenados, cuando ponemos el corazón en algo que está por debajo de nosotros) a ver ese corazón rechazado como la paloma que vuela y vuela sobre un océano sin litorales, y no encuentra un sitio donde posarse y descansar, ni una hoja verde que traer de regreso en su pico. ¡Ojalá pueda abrirse el arca de la misericordia a tales almas, y acogerlas en ese tempestuoso mundo de diluvio y de ira, con el que son incapaces de contender, y donde no pueden encontrar descanso!

»Isidora había llegado ahora al último estadio de esa dolorosa peregrinación a lo largo de la cual había sido conducida por un guía severo y renuente.

»Al principio, con inocente y perdonable astucia de mujer, había tratado de interesarle exhibiendo sus nuevos conocimientos, ignorando que no eran nuevos para él. La armonía de la sociedad civilizada, de la que se sentía a la vez cansada y orgullosa, resultaba discordante a los oídos de Melmoth. Había examinado todas las cuerdas que componían este curioso pero mal construido instrumento, y las había encontrado falsas.

»Luego se conformó con mirarle. Su presencia era la atmósfera de su existencia; sólo así respiraba. Se decía a sí misma, cuando se acercaba la noche: “¡Le veré!”, y la carga de la vida se volvía más ligera a su corazón al pronunciar interiormente estas palabras. La rigidez, la tristeza, la monotonía de su existencia, se desvanecían como nubes ante el sol, o más bien como esas nubes que adquieren tan grandiosos y espléndidos colores que parecen pintadas por el dedo de la misma felicidad. El brillante matiz se transmitía a cada objeto de su ojo y de su corazón. Su madre no parecía ya tan fría y tenebrosamente fanática, y hasta su hermano parecía amable. No había árbol en el jardín cuyo follaje no estuviese iluminado como por la luz del sol poniente; y la brisa le hablaba con una voz cuya melodía emanaba del corazón de ella misma.

»Cuando finalmente le veía, cuando se decía a sí misma: “Ahí está”, era como si toda la felicidad de la tierra estuviese contenida en esa simple percepción; al menos, le parecía a ella, estaba toda la suya. Ya no sentía el deseo de atraerle o de someterle; absorbida por la presencia de él, se olvidaba de sí misma; inmersa en la conciencia de su propia felicidad, perdía el deseo, o más bien el orgullo de CONCEDÉRSELO. Llevada por la apasionada embriaguez de su corazón, arrojaba la perla de la existencia en la bebida con que brindaba por su amado, y la miraba diluirse sin un suspiro. Pero ahora estaba empezando a darse cuenta de que, por esta intensidad del sentimiento, esta profunda devoción, tenía derecho al menos a una honesta concesión por parte de su amante; y que la misteriosa demora en la que consumía su existencia podía; hacer que esa concesión llegara quizá demasiado tarde. Así que le manifestó, esto mismo a él; pero a estas quejas (que no afectaron en absoluto a otro lenguaje que el de las miradas), él contestó sólo con un profundo aunque desasosegado silencio, o con alguna liviandad cuya violencia y ocurrencia resultaban aún más lacerantes.

»A veces parecía incluso ofender al corazón sobre el que había triunfado, y fingir que dudaba de su conquista con el aire del que se recrea en su certidumbre, y se ríe del cautivo preguntando: “¿De veras estás encadenado?”.

»—No me amas, ¿verdad? —decía—. No es posible que *me* ames. El amor, en tu feliz país cristiano, debe ser resultado del gusto cultivado, de la armonía de hábitos, de la coincidencia feliz de anhelos, pensamientos, esperanzas, y sentimientos, que en el sublime lenguaje del poeta judío (quiero decir, profeta), “dice y certifica a cada uno; y aunque no hay voz ni palabras, se oye entre ellos un lenguaje”. Tú no puedes

amar a un ser de apariencia repulsiva, hábitos excéntricos, sentimientos rudos e inescrutables, e inaccesibles en el decidido propósito de su temible y osada existencia. No —añadió con un melancólico y decidido tono de voz—, no puedes amarme en las circunstancias de tu nueva existencia. Hubo una vez... pero eso pertenece al pasado. Ahora eres hija bautizada de la Iglesia católica, miembro de una comunidad civilizada, parte de una familia que no ha visto nunca al desconocido. ¿Qué hay, entonces, entre tú y yo, Isidora, o como diría tu fray José (si es que sabe griego), τι εμοι και σοι?

»—Yo te amaba —contestó la joven española, hablando con la misma pura, firme y tierna voz con que le hablara cuando era la única diosa de su encantada y florida isla—, yo te amaba antes de que fuese cristiana. Ellos han cambiado mi credo..., pero no han podido cambiar mi corazón. Te amo todavía... ¡Y seré tuya para siempre! En la playa de la isla desolada, en la ventana enrejada de mi cristiana prisión, pronuncio siempre las mismas palabras. ¿Qué más puede hacer una mujer, o un hombre, con toda la jactanciosa superioridad de su carácter y sentimiento (como he aprendido desde que me he convertido en cristiana, o europea)? No haces sino ofenderme, cada vez que parece dudar de ese sentimiento, que sólo puedes generalizar porque no lo experimentas o no lo puedes comprender. Dime entonces, *¿qué es el amor?* Desafío a toda tu elocuencia, a toda tu sofistería, a que conteste a esta pregunta con la misma sinceridad que yo. Si quieres saber qué es el amor, no preguntes a la lengua del hombre, sino al corazón de la mujer.

»—¿Qué es el amor! —dijo Melmoth—; ¿es ésa la pregunta?

»—Ya que dudas que te quiero —dijo Isidora—, dime qué es el amor.

»—Me impones una tarea —dijo Melmoth sonriendo, pero sin burlarse— tan apropiada a mis sentimientos y hábitos de pensamiento, que llevarla a cabo será sin duda una empresa inimitable. Amar, hermosa Isidora, es vivir en un mundo que es creación del propio corazón, cuyas formas y colores son tan brillantes como engañosas e irreal es. Para los que aman no hay día ni noche, invierno ni verano, sociedad ni soledad. No hay más que dos etapas en su deliciosa pero quimérica existencia, ambas marcadas en el calendario del corazón: *presencia* y *ausencia*. Éstos son los sustitutos de toda la distinción entre naturaleza y sociedad. El mundo para ellos contiene tan sólo a un individuo, y ese individuo es para ellos el mundo tanto como su solo morador. La atmósfera de su presencia es el único aire en que pueden respirar, y la luz de sus ojos el único sol de su creación, en cuyos rayos se calientan y viven.

»—Entonces, yo amo —dijo Isidora para sus adentros.

»—Amar —prosiguió Melmoth— es vivir una existencia de perpetuas contradicciones; sentir que la ausencia es insoportable y, sin embargo, estar condenados a experimentar la presencia del amado casi de igual manera; tener diez mil pensamientos mientras él está ausente, cuya confesión creemos que hará deliciosa nuestra próxima entrevista, y, sin embargo, cuando llega la hora del encuentro,

sentimos privados, por una timidez a la vez opresiva e inexplicable, del poder de expresar uno solo; ser elocuentes en su ausencia, y mudos en su presencia; esperar la hora de su regreso como el amanecer de una nueva vida y sentir en suspenso, cuando llega, todas esas fuerzas que según habíamos imaginado restablecerían su energía; *ser la estatua que se enfrenta al sol, pero sin que éste produzca música en ella*; estar pendiente de la luz de sus miradas, como lo está el viajero del desierto de la salida del sol; y cuando irrumpe en nuestro mundo viril, hundimos lánguidamente bajo su abrumadora e intolerable gloria, y casi desear que fuese de noche otra vez; ¡eso es el amor!

»—Entonces, creo que amo —dijo Isidora casi audiblemente.

»—Sentir —añadió Melmoth con creciente energía— que nuestra existencia se halla tan absorbida en la suya, que perdemos toda noción menos la de su presencia, toda simpatía menos la de sus goces, todo sentido del sufrimiento menos cuando sufre él; *ser sólo porque él es*, y no tener otra razón para la vida que la de dedicarla a él, mientras aumenta nuestra humillación en proporción a nuestro afecto; y cuanto más te inclinas ante tu ídolo, menos parece que vale tu postración como expresión de tu sentimiento, hasta que eres sólo *él* no ya tú misma. Sentir que, ante el sacrificio de ti misma, todos los demás son inferiores, y por tanto, todos los demás sacrificios deben fundirse en él. Que la que ama no recuerde ya su existencia individual, su existencia natural; que considere padres, país, naturaleza, sociedad, y hasta la misma religión (tiemblas, Immalee... Isidora, quiero decir) sólo como granos de incienso arrojados al altar del corazón, para que ardan y exhalen allí sus perfumes sacrificados...

»—Entonces yo amo —dijo Isidora; y lloró y tembló ante esta terrible confesión —, pues he olvidado los lazos que me dijeron que eran naturales, y el país del que me informaron que soy nativa. Renunciaré, si es preciso, a mis padres, al país, a los hábitos que he adquirido, a los pensamientos que he aprendido, a la religión que he... ¡Oh, no! ¡Dios mío! ¡Mi Salvador! —exclamó, huyendo de la ventana y abrazándose al crucifijo—. ¡No!, ¡jamás renunciaré a ti!, ¡nunca renunciaré a ti! ¡No me abandones en la hora de la muerte! ¡No me dejes en el momento del juicio! ¡No me olvides en estos momentos!

»Por los cirios que ardían en el aposento de Isidora, Melmoth pudo verla postrada ante la sagrada imagen. Pudo ver la devoción del corazón que había hecho palpar casi visiblemente en el blanco y agitado pecho, las manos entrelazadas que parecían implorar ayuda contra ese corazón rebelde cuyos latidos luchaba inútilmente por reprimir; luego, de pie, pedir perdón al cielo por su infructuosa oposición. Pudo ver, también, la frenética pero honda devoción con que se abrazaba al crucifijo... y sintió un estremecimiento. Jamás había mirado de frente este símbolo: apartó los ojos inmediatamente; sin embargo, los volvió hacia ella y la contempló larga, atentamente, arrodillada ante la cruz. Parecía haber dejado en suspenso el instinto diabólico que gobernaba su existencia por el puro placer de verla. Su figura postrada, sus ricos

vestidos que flotaban a su alrededor como tapicerías en torno a un santuario inviolado, sus rizos luminosos derramados sobre sus hombros desnudos, sus manos blancas y pequeñas apretadas en la agonía de la oración, la pureza de expresión, que parecía identificar al agente con su autoridad y hacían creer que no se trataba de una suplicante, sino del espíritu encarnado de la súplica, y sentir que labios como aquéllos jamás habían tenido comunión alguna con nadie del cielo para abajo. Todo esto contempló Melmoth y consciente de que en esto no podía participar él jamás, volvió la cabeza con sombría y amarga ironía..., y la luna que iluminó sus ojos ardientes no reveló lágrima alguna en ellos.

»De haber mirado un momento más, habría podido descubrir un cambio en la expresión de Isidora demasiado halagador para su orgullo, si no para su corazón. Podía haber observado todo ese profundo y peligroso ensimismamiento del alma, cuando está decidida a penetrar en los misterios del amor o de la religión, y escoger “a quién servir”; esa pausa al borde del abismo en el que van a precipitarse todas sus energías, sus pasiones y sus poderes... esa pausa durante la cual la balanza (y nosotros con ella) oscila entre Dios y el hombre.

»Un momento después se levantó Isidora de su postración ante la cruz. Había más serenidad, más elevación en su actitud. Había, también, ese aire de decisión que una franca llamada al Buscador de corazones jamás deja de comunicar incluso al más débil de los que Él ha creado.

»Volviendo a su sitio al pie de la ventana, Melmoth la siguió observando un rato con una mezcla de compasión y asombro; sentimientos que se apresuró a rechazar, preguntando ansioso:

»—¿Qué pruebas estás dispuesta a dar de ese amor que te he descrito, el único que merece ese nombre?

»—¡Todas —contestó con firmeza— las que la más devota de las hijas del hombre puede dar: mi corazón y mi mano, mi decisión de ser tuya en medio del misterio y la aflicción, y de seguirte en el exilio y la soledad (si ha de ser así), por todo el mundo!

»Mientras hablaba, brilló una luz en sus ojos, un destello en su semblante, una expansiva y radiante sublimidad en toda su figura, que le confirió el aspecto de una rara y gloriosa visión, conjunción personificada de la pasión y la pureza, como si estas eternas rivales hubiesen acordado conciliar sus derechos, unirse en los límites de sus respectivos dominios, y hubiesen seleccionado la figura de Isidora como templo en el que poder consagrar su alianza y consumir su unión, y jamás hubiesen convivido tan deliciosamente estas opuestas divinidades. Olvidaron sus antiguos feudos, y acordaron convivir allí para siempre.

»Había una grandeza, también, en su forma delicada, que parecía anunciar ese orgullo de la pureza, esa confianza en la debilidad externa y energía interior que conquista sin armas, en esa victoria sobre el vencedor que le hace ruborizarse, y le impulsa a inclinarse ante el estandarte de la fortaleza asediada en el momento de

rendirse. Estaba de pie como una mujer devota, aunque no humillada por su devoción, conjugando la ternura con la magnanimidad, dispuesta a sacrificarlo todo a su amante, salvo aquello que menoscabara el mérito del sacrificio a los ojos de él, dispuesta a ser la víctima, pero sabiendo que era merecedora de ser la sacerdotisa.

»Melmoth la observó largamente. Un sentimiento generoso —sentimiento humano— latió en sus venas y vibró en su corazón. La vio en toda su belleza: con su entrega, su pura y perfecta inocencia, su afecto por quien, debido al tremendo poder de su existencia antinatural, no podía albergar ningún sentimiento por ser mortal ninguno. Desvió la mirada, pero no lloró; o si lo hizo, rechazó las lágrimas como lo haría un demonio, con sus zarpas ardientes, cuando ve llegar una nueva víctima para la tortura y, *arrepintiéndose de su arrepentimiento*, rechaza la *mancha* de la compunción y se apresta a su tarea con renovada diligencia.

»—Y bien, Isidora: ¿no vas a darme alguna prueba de tu amor? ¿Es eso lo que debo entender?

»—Pide —respondió la inocente y magnánima Isidora— cualquier prueba que una mujer pueda dar: más, no está en el poder humano; ¡menos, haría que la prueba careciese de valor!

»Fue tal la impresión que estas palabras produjeron en Melmoth, cuyo corazón, no obstante estar sumergido en crímenes indecibles, jamás se había manchado con la sensualidad, que saltó del lugar donde estaba, la contempló un instante, y exclamó a continuación:

»—¡Bien!, ¡me has dado pruebas indiscutibles de tu amor! Ahora me corresponde a mí darte una prueba de ese amor que te he descrito, de ese amor que sólo tú podías inspirar, de ese amor que en circunstancias más felices, podría... Pero no importa; no me corresponde a mí analizar el sentimiento, sino dar una prueba de él —alargó el brazo hacia la ventana, donde estaba ella—. Entonces, ¿accederías a unir tu destino al mío? ¿Estarías dispuesta a ser mía en medio del misterio y la desdicha? ¿Estarías dispuesta a seguirme de la tierra al mar y del mar a la tierra, como un ser inquieto, sin hogar, desdichado, con el estigma en tu frente y la maldición en tu nombre? ¿Querrías de veras ser mía, sólo *mía*, Immalee?

»—Sí querría... ¡sí quiero!

»—Entonces —contestó Melmoth— recibe en este mismo lugar la prueba de mi eterna gratitud. ¡En este lugar, renuncio a verte más! ¡Anulo tu compromiso! ¡Huyo de ti para siempre!

»Y dicho esto, desapareció.

Capítulo XXII

I'll not wed Paris, Romeo is my husband.

SHAKESPEARE

«Estaba Isidora tan acostumbrada a las violentas exclamaciones y (para ella) enigmáticas alusiones de su misterioso amante, que no sintió ninguna alarma especial ante sus extrañas palabras y repentina marcha. Nada había que fuese más amenazador ni formidable que lo que había presenciado a menudo; y recordaba que, tras estos paroxismos, solía reaparecer con un humor relativamente tranquilo. Así que encontró consuelo en esta reflexión... y quizá en esa misteriosa convicción impresa en el corazón de los que aman profundamente, de que la pasión debe ir unida siempre al sufrimiento; y parecía escuchar con una especie de melancólica sumisión a la fatalidad del amor que su destino era sufrir, de unos labios que iban a revelarse proféticos. La desaparición, por tanto, de Melmoth, le sorprendió menos que la orden de su madre, pocas horas después, que le fue transmitida con estas palabras:

»—Señora doña Isidora, vuestra señora madre desea que os presentéis ante ella en la cámara de tapices, dado que ha recibido cierta información por intermedio de un mensajero, y considera conveniente que la conozcáis vos también.

»Isidora estaba preparada, en cierto modo, para la extraordinaria información, dada la agitación que reinaba en esta casa grave y tranquila. Había oído ruidos de pasos y resonar de voces, pero

“No sabía qué eran”,

y no se le ocurrió qué podían significar. Imaginó que su madre podía querer comunicarle algo sobre alguna complicada cuestión de conciencia que fray José no le habría aclarado satisfactoriamente, de donde pasaría al punto a comentar la visible vanidad con que una damisela acompañante se arreglaba el pelo, y los sospechosos rasgueos de guitarra bajo la ventana de otra, y luego se saldría por la tangente, preguntando cómo se cebaban los capones y por qué no habían sido debidamente preparados los huevos y la uva moscatel para la cena de fray José. Luego protestaría porque el reloj de la familia no marchaba sincrónicamente con las campanas de la iglesia vecina donde ella cumplía sus devociones, y por último protestaría de todo, desde el cebado de las aves de corral y la preparación de la olla podrida, hasta las crecientes controversias entre molinistas^[26] y jansenistas^[27], que ya habían entrado en España, o la mortal disputa entre dominicos y franciscanos sobre cuál era el hábito más eficaz para la salvación al envolver con él el cuerpo del pecador moribundo. Así que, entre su cocina y su oratorio, sus rezos a los santos y sus reprimendas a los criados, su devoción y su enojo, doña Clara se mantenía a sí misma y a la

servidumbre en perpetuo estado de amable excitación y afanoso menester.

»Algo así se esperaba Isidora en esta llamada, de modo que se quedó sorprendida al ver a doña Clara sentada junto a su pupitre, con un gran manuscrito de clara letra, y una carta extendida ante ella, y oírle seguidamente decir así:

»—Hija, te he mandado llamar porque creo que podrías compartir conmigo el placer que estas líneas traen para las dos; y como es ése mi deseo, quiero que te sientes y escuches mientras te las leen.

»Tras lo cual, se sentó doña Clara en una monstruosa butaca de alto respaldo, de la que verdaderamente dio la sensación de que pasaba a formar parte, tan de madera parecía su figura, tan inmóvil se quedó su semblante, y tan apagados sus ojos.

»Isidora hizo una reverencia, y se sentó en uno de los cojines, de los que la estancia estaba atestada, mientras una dueña, provista de lentes y entronizada en otro cojín a la derecha de doña Clara, leyó, con diversas pausas y alguna dificultad, la siguiente carta que doña Clara acababa de recibir de su esposo, el cual había llegado a tierra, no en *Osuna*^[28], sino en un auténtico puerto de mar español, y ahora estaba en camino para reunirse con su familia.

»"Doña Clara:

»"Hace un año, más o menos, que recibí tu carta informándome de la recuperación de nuestra hija a la que creíamos perdida juntamente con su nodriza en su viaje a la India, muy niña aún; te habría contestado, de no habérmelo impedido intereses de negocios.

»"Quiero que sepas que me alegro no tanto de haber recobrado una hija como que haya ganado el cielo un alma y un vasallo, por así decir, *e faucibus Draconis, e profundis Barathri*, expresiones que fray José explicará a tu modesta comprensión.

»"Confío en que, merced al ministerio de ese devoto siervo de Dios y de la Iglesia, sea ella ya una católica cabal en todos los puntos necesarios, absolutos, dudosos o incomprensibles, formales, esenciales, veniales e indispensables, como corresponde a la hija de un cristiano viejo (aunque indigno de tal honor) como yo me tengo. Es más, espero encontrarla, como doncella española que es, equipada y dotada de todas las virtudes concernientes a ese carácter, especialmente las de discreción y reserva. Y del mismo modo que he observado siempre dichas cualidades en ti, espero te hayas esforzado en inculcarlas en ella... transferencia por la cual quien recibe queda enriquecido, y quien da no se empobrece.

»"Finalmente, como las doncellas deben ser recompensadas por su castidad y discreción casándolas con un marido digno, es deber de todo padre cuidadoso y atento proveer tal cosa para su hija, para que no pase ella la edad casadera y quede en casa descontenta y escuálida, y desatendida del otro sexo. Movido por esta preocupación paternal, por tanto, traeré conmigo una persona

que deberá ser su esposo, don Gregorio Montilla, de cuyas prendas no tengo ahora tiempo de hablarte, pero a quien espero que recibirá ella como corresponde a una hija respetuosa, y tú como obediente esposa de

Francisco de Aliaga”.

»—Ya has oído la carta de tu padre, hija —dijo doña Clara, disponiéndose a hablar—, y sin duda guardas silencio en espera de oír de mí una relación de los deberes concernientes al estado en el que pronto entrarás, y que, tenlo presente, son tres, a saber: obediencia, discreción y economía. El primero de todos, según entiendo, se divide en trece capítulos...

»—¡Dios bendito! —dijo la dueña en voz baja—, ¡qué pálida se está poniendo mi señora Isidora!

»—Primero de todo —prosiguió doña Clara, aclarándose la garganta y ajustándose los lentes con una mano y mostrando tres elocuentes dedos de la otra sobre un voluminoso libro acerca de la vida de san Francisco Javier, colocado en el anaquel que tenía ante ella—, de los trece capítulos en que se divide el primero, los once primeros, a mi modo de ver, son los más provechosos; los otros dos dejaré que te los enseñe tu marido. El primero, pues... —aquí la interrumpió un ligero ruido que, no obstante, no le llamó la atención, hasta que la sobresaltó el grito de la dueña que exclamó:

»—¡La Virgen me proteja! ¡Mi señora Isidora se ha desmayado!

»Doña Clara se bajó los lentes y miró la figura de su hija, que se había caído del cojín y yacía en el suelo exánime; y tras una breve pausa, repitió:

»—Se ha desmayado. Levantadla. Pedid ayuda; y aplicadle agua fría o sacadla al aire libre. Me temo que he perdido la señal en la vida de este bendito santo —murmuró doña Clara una vez sola—; es lo que pasa por culpa de la estúpida cuestión del amor y el matrimonio. ¡Gracias a todos los santos, yo jamás he amado en mi vida!; en cuanto al matrimonio, depende de la voluntad de Dios y de nuestros padres.

»La desventurada Isidora fue levantada del suelo, transportada al aire libre, cuya brisa tuvo el mismo efecto sobre su todavía elemental existencia que, según se dice, tiene el agua sobre el *hombre pez*, del que tanto hablaban las tradiciones populares de Barcelona, y aún hablan hoy.

»Se recobró; y enviando una excusa a doña Clara por su repentina indisposición, suplicó a quienes la atendían que la dejaran, ya que deseaba estar sola. ¡Sola!: ésa es una palabra que quienes aman relacionan con una única idea: la de estar en sociedad con quien lo es todo para ellas. Deseaba, en esta (para ella) terrible urgencia, pedir consejo a aquel cuya imagen estaba eternamente presente en su corazón, y cuya voz oía con los oídos del pensamiento con toda claridad aun en su ausencia.

»La crisis, efectivamente, era apropiada para poner a prueba un corazón de mujer; y el de Isidora, con su capacidad de sentimiento, se resistía a manifestar falta de

juicio y de experiencia; sus hábitos naturales de resolución y autodomínio, y los adquiridos de timidez y cortedad casi hasta el abatimiento, la convertían en víctima de emociones cuyos embates parecieron al principio amenazar su razón.

»Su anterior existencia independiente e instintiva revivió en su corazón durante unos momentos, y le sugirió decisiones radicales y desesperadas, tal como se sabe que las más tímidas mujeres, sometidas a la presión de una tremenda exigencia, conciben y hasta ejecutan. Luego, la rigidez de sus nuevos hábitos, la severidad de su vida artificiosa, y el solemne poder de su recién aprendida aunque hondamente sentida religión, la hicieron renunciar a todo pensamiento de resistencia u oposición, como si se tratase de ofensas al cielo.

»Sus antiguos sentimientos, sus nuevos deberes, chocaron en terrible conflicto contra su corazón; y temblando en el istmo en que se encontraba, sentía cómo éste, expuesto a los embates de corrientes opuestas, se estrechaba por momentos bajo sus pies.

»Éste fue un día espantoso para ella. Tenía tiempo suficiente para reflexionar; pero sentía la íntima convicción de que no serviría de nada, de que las circunstancias en que se encontraba, y no sus pensamientos, eran las que debían decidir por ella... y que en su situación, el poder mental no podía competir con el físico.

»No hay, quizá, ejercicio más doloroso para la mente que el de recorrer el ámbito entero del pensamiento con paso impaciente y cansado, y llegar siempre a la misma conclusión; ponerse en marcha a continuación con doblada velocidad y menguada fuerza, y regresar otra vez al mismísimo punto; enviar todas nuestras facultades en descubierta, y vedas volver de vacío, contemplar los restos del naufragio navegando a la deriva, y hundirse ante la mirada que lo había aclamado con alegría y confianza en el momento de zarpar.

»Durante todo el día meditó cómo sería posible librarse de su situación, al tiempo que arraigaba en su corazón el sentimiento de que esa liberación era imposible; y esta sensación de tener todas las energías del alma inútilmente enfrentadas a la estupidez y la mediocridad, reforzada por las circunstancias, produce a la vez melancolía e irritación. Nos sentimos, como prisioneros de las circunstancias, trabados por hilos a los que el poder de la magia ha dotado de una dureza diamantina.

»Para aquellos cuya mente les inclina más a analizar que a compartir los diversos sentimientos humanos, habría sido interesante observar la desasosegada angustia de Isidora, en contraste con la fría y serena satisfacción de su madre, que dedicó todo el día a componer, con la colaboración de fray José, lo que Juvenal calificaría de *verbosa et grandis epistola*, en respuesta a la de su esposo, e imaginar cómo dos seres humanos, de órganos semejantemente contruidos como es evidente, y al parecer destinados a comprenderse el uno al otro, podían extraer de la misma fuente aguas potables y amargas.

»Ante el pretexto de su persistente indisposición, se la dispensó de comparecer ante su madre el resto del día. Llegó la noche... La noche que, ocultando los objetos

y modales artificiosos que la rodeaban, le restituía en cierto modo la conciencia de su anterior existencia, y le daba una sensación de independencia que nunca experimentaba durante el día. La ausencia de Melmoth aumentaba su inquietud. Empezó a pensar que su marcha podía ser efectivamente definitiva, y se sintió desfallecer ante tal posibilidad.

»Puede que al simple lector de novelas le parezca increíble que una mujer de la energía y entrega de Isidora sintiese ansiedad o terror ante una situación tan corriente para una heroína. No tendría más que mantenerse firme frente a la insistencia y autoridad de su familia, y anunciar su desesperada decisión de compartir su destino con un amante misterioso y desconocido. Todo esto suena muy plausible e interesante. Novelas se han escrito y leído, cuyo interés reside en el noble e imposible desafío de la heroína a todos los poderes humanos y sobrenaturales. Pero ni los escritores ni los lectores parecen haber tenido en cuenta las mil causas insignificantes y externas que intervienen en el hacer humano con una fuerza, si no más poderosa, sí mucho más efectiva que el gran motivo interior que hace de ella tan gran figura en la novela, y tan rara e insignificante en la vida corriente.

»Isidora habría dado la vida por aquel al que amaba. Habría confesado su pasión en la hoguera o en el cadalso, y habría triunfado pereciendo como su víctima. La mente puede hacer acopio de fuerzas para un gran impulso, pero se extenua en la constante y reiterada necesidad de los conflictos domésticos: victorias en las que tiene que perder, y derrotas en las que ella podría ganar el elogio de la perseverancia, mientras siente que ese triunfo es una pérdida. El último esfuerzo singular y terrible del campeón judío, en el que perecieron juntos él y sus enemigos, debió de ser un lujo comparado con su ciego y penoso trabajo en el molino.

»Isidora tenía ante sí la lucha perpetua y dolorosa entre la fuerza encadenada y la debilidad acosadora que, si hay que decir la verdad, sería capaz de despojar a la mitad de las heroínas de ficción del poder o deseo de luchar contra las dificultades que las asedian. Su mansión era una cárcel; no tenía el poder (y de tenerlo, jamás lo habría ejercido), ni aun por un instante, de cruzar las puertas de la casa sin que se lo permitiesen o se diesen cuenta. Así que su huida estaba totalmente descartada; pero de habersele abierto todas las puertas de la casa, se habría sentido como un pájaro en su primer vuelo tras salir de la jaula, y no habría encontrado ramaje donde se hubiese atrevido a posarse. Tal era su perspectiva, si hubiese podido huir..., pero en casa era peor.

»El severo y frío tono de autoridad en que estaba escrita la carta de su padre le daba muy pocas esperanzas de encontrar en él a un amigo. Luego, la débil y no obstante dominante mediocridad de su madre, el temperamento egoísta y arrogante de Fernán, la poderosa influencia e incesante asesoramiento de fray José, cuya afabilidad no podía competir con su amor por la autoridad, la diaria persecución doméstica —ese vinagre que corroe cualquier roca—, el estar obligada a escuchar día tras día la misma agotadora repetición de exhortaciones, reproches y amenazas, o buscar refugio

en su alcoba, dejar correr las horas muertas en soledad y llanto, esta contienda mantenida por una mujer fuerte en sus propósitos pero débil en su fuerza, contra tantos empeñados en hacer sus voluntades y sacar provecho; esta lucha perpetua con males tan triviales en los detalles, pero tan pesados en su suma total para los que tienen que pagarlos día a día y hora a hora... era demasiado para la resolución de Isidora, que lloraba con desesperanzado abatimiento, sintiendo que su valor flaqueaba ya antes del enfrentamiento, e ignorando qué concesiones podrían arrancarle de su decreciente capacidad de resistencia.

»—¡Oh! —exclamó en el límite de su angustia—. ¡Ojalá estuviese él aquí para dirigirme, para aconsejarme! ¡Ojalá estuviese aquí aunque no fuese ya como mi amante, sino como mi consejero!

»Dicen que hay siempre un cierto poder a mano para satisfacer los deseos que el individuo formula en su propio perjuicio; y así debió de ser en el presente caso, pues apenas hubo pronunciado ella estas palabras, cuando la sombra de Melmoth apareció por el paseo del jardín, y un momento después estaba al pie de la ventana. Al verle ella acercarse profirió un grito, mezcla de alegría y de temor, que le hizo a él sisear, e indicarle silencio con la mano; y luego susurró:

»—¡Lo sé todo!

»Isidora se quedó callada. No tenía otra cosa que comunicarle que su reciente zozobra, pero al parecer, él lo sabía ya. Así que esperó que le dijese algunas palabras de consejo o de consuelo.

»—¡Lo sé todo! —continuó Melmoth—. Tu padre ha desembarcado en España, trae consigo al que va a ser tu esposo. Será inútil que te resistas al propósito decidido por toda tu familia, obstinada en la misma medida que es débil; y dentro de catorce días te convertirás en la esposa de Montilla.

»—Antes seré la esposa del sepulcro —dijo Isidora con total y temible serenidad.

»A estas palabras, Melmoth se acercó y la miró más detenidamente. Cualquier ser dotado de intensa y terrible resolución, de sentimiento o acción extremos armonizaba con las poderosas aunque desordenadas cuerdas de su alma. Le pidió que repitiese esas palabras, y ella lo hizo con labios temblorosos pero con voz firme. Se acercó él un poco más para verla mientras hablaba. Era una visión hermosa y terrible, allí de pie: con el rostro marmóreo, las facciones inmóviles, los ojos, en los que ardía la luz fija y lívida de la desesperación, como lámparas en una cripta sepulcral, los labios entreabiertos como si la que hablaba no tuviese conciencia de las palabras que salían de ellos, o más bien como si las pronunciase por un impulso involuntario e incontrolable; así estaba, como una estatua, junto a la ventana; la luna daba a su blanco vestido la apariencia de piedra, y su excitada y decidida mente le prestaba la misma rigidez a sus facciones. El propio Melmoth se sintió impresionado, ya que no podía sentirse aterrado. Se retiró; y regresando luego, preguntó:

»—¿Es ésa tu voluntad, Isidora?, ¿y te reafirmas en tu decisión de...?

»—¡De morir! —contestó Isidora con el mismo acento inalterable, pareciendo al

hablar muy capaz de lo que decía; y la unión en una misma forma, ligera y tierna, de esas eternas rivales, la energía y la fragilidad, la belleza y la muerte, hizo que cada latido humano del cuerpo de Melmoth golpeará con una fuerza desconocida para él.

»—¿Puedes, entonces —dijo con la cabeza desviada y un tono que parecía avergonzarse de su propia dulzura—, puedes entonces morir por aquel por quien no vivirás?

»—He dicho que prefiero morir antes que ser la esposa de Montilla —respondió Isidora—. No sé nada sobre la muerte, ni tampoco sé mucho sobre la vida; pero prefiero morir, antes que ser la esposa perjura del hombre al que no puedo amar.

»—¿Y por qué no le puedes amar? —dijo Melmoth, jugando con el corazón que tenía en sus manos como juega un niño malicioso con un pájaro cuyas patas tiene atadas de un hilo.

»—Porque sólo puedo amar a uno. Tú fuiste el primer ser humano que conocí, el que me enseñó mi lenguaje, y el que me enseñó a sentir. Tu imagen está siempre ante mí, presente o ausente, dormida o despierta. He visto formas más puras, he oído voces más dulces, podía haber encontrado corazones más dóciles; pero la primera imagen indeleble está escrita en el mío, y sus caracteres no se borrarán jamás hasta que este corazón sea un terrón del valle. Te he amado, no por tu donaire o por tu cálido lenguaje, ni por todo cuanto se dice que es amable a los ojos de una mujer; te he amado porque eres el *primero* y único vínculo entre el mundo humano y mi corazón, el ser que me dio a conocer ese portentoso instrumento que había en mí, ignorado e intacto, y cuyas cuerdas, al vibrar, se negaron a obedecer cualquier pulsación que no viniese del primero que lo movió, porque tu imagen se mezcla en mi imaginación con todas las glorias de la naturaleza; porque tu voz, cuando la oí por primera vez, fue un sonido que armonizó con los rumores del océano y la música de las estrellas. Y aún me recuerda su acento la inimaginable beatitud de esos escenarios donde la escuché por primera vez, y la oigo como un desterrado oye la música de su país natal en una tierra muy lejana; porque la naturaleza y la pasión, el recuerdo y la esperanza, se unen a tu imagen por igual; y en medio de la luz de mi anterior existencia, y la oscuridad de la actual, sólo hay una forma que retiene su realidad y su poder a través de la luz y la sombra. Soy como el que ha recorrido muchos climas, y considera que no hay más que un sol como luz de todos, ya sea esplendoroso u oscuro. He amado una vez... ¡Y para siempre! —luego, temblando ante las palabras que había pronunciado, añadió, con esa dulce mezcla de orgullo y pureza virginal que redime, al tiempo que suplica, a la prenda del corazón—: Los sentimientos que te he confiado pueden ser profanados, pero nunca enajenados.

»—¿Y son esos tus sentimientos *reales*? —dijo Melmoth, tras una larga pausa, y moviendo su cuerpo como alguien agitado por profundos e inquietos pensamientos.

»—¡Reales! —repitió Isidora con cierto rubor pasajero en sus mejillas—, ¡reales! ¿Puedo decir yo algo que no sea real? ¿Puedo olvidar tan pronto mi existencia?

»Melmoth la miró otra vez, mientras hablaba.

»—Si es ésa tu decisión, si son éstos efectivamente tus sentimientos...

»—¡Lo son!, ¡lo son! —exclamó Isidora, saltándole las lágrimas entre sus delgados dedos que, tras extenderlos hacia él, se había llevado a sus ojos ardorosos.

»—¡Entonces escucha la alternativa que te espera! —dijo Melmoth lentamente, pronunciando las palabras con dificultad y, al parecer, con cierto sentimiento por su víctima—: La unión con un hombre que no puede amar; ¡o la perpetua hostilidad, la agotadora, extenuante y casi aniquiladora persecución de tu familia! ¡Piensa en los días que!...

»—¡Oh, no quiero pensar! —exclamó Isidora retorciéndose sus blancas y delicadas manos—; ¡dime... dime qué puedo hacer para escapar de ellos!

»—Bueno, a decir verdad —dijo Melmoth arrugando el ceño con el más pensativo surco, mientras era imposible descubrir si su expresión predominante era de ironía o de profundo y sincero sentimiento—, no sé qué recurso puedes utilizar, a no ser que te desposes conmigo.

»—¡Desposarme contigo! —exclamó Isidora, apartándose de la ventana—. ¡Desposarme contigo! —y se llevó las manos a su pálida frente. Y en ese momento, cuando la esperanza de su corazón, de cuyo hilo se hallaba suspendida su vida, estaba a su alcance, tuvo miedo de tocarla—. ¡Desposarme contigo!, pero ¿cómo es posible?

»—Todo es posible para quienes aman —dijo Melmoth con una sonrisa sardónica que las sombras de la noche ocultaron.

»—¿Y tú, quieres desposarte conmigo, de acuerdo con los ritos de la Iglesia de la que soy miembro?

»—¡Sí! ¡O de los que sean!

»—¡Oh, no hables con esa violencia!, ¡no digas si con esa voz tan horrible! ¿Quieres casarte como es debido con una doncella cristiana? ¿Quieres amarme como debe amarse a una esposa cristiana? Mi primera existencia fue como un sueño... pero ahora estoy despierta. Si uno mi destino al tuyo, si abandono a mi familia, mi país, mi...

»—Si lo haces, ¿cómo vas a salir perdiendo?; tu familia te atormenta y te encierra, tu país gritaría viéndote en la hoguera, ya que tienes algunos sentimientos que son heréticos, Isidora. En cuanto a lo demás...

»—¡Dios! —dijo la pobre víctima juntando las manos y mirando hacia el cielo—, ¡dios, ayúdame en este trance!

»—Si tengo que esperar aquí sólo como testigo de tus devociones —dijo Melmoth con agria aspereza—, no estaré mucho tiempo.

»—¡No puedes dejarme luchar sola con el miedo y la perplejidad! ¿Cómo puedo huir, a pesar de...?

»—Por el mismo medio que yo poseo para entrar en este lugar y marcharme sin que me vean; por ese mismo medio podrás escapar. Si tienes decisión, el esfuerzo te costará poco; si amas... nada. Habla: Vendré aquí mañana por la noche, a esta hora, para conducirte a la libertad y...

»La salvación, tenía que haber añadido, pero le fallo la voz.

»—*Mañana por la noche* —dijo Isidora, tras una larga pausa y en un tono casi inarticulado.

»Cerró la ventana mientras hablaba, y Melmoth se marchó lentamente.

Capítulo XXIII

*If he to thee no answer give,
I'll give to thee a sign;
A secret known to nought that live,
Save but to me and mine.*

* * *

Gone to be married.

SHAKESPEARE

»Todo el día siguiente estuvo ocupada doña Clara —para quien escribir cartas era empresa excepcional, penosa y grave— leyendo y corrigiendo su respuesta a la carta de su esposo; revisión en la que encontró muchas cosas que corregir, intercalar, alterar, modificar, tachar y remodelar, hasta que dicha epístola acabó pareciéndose a la labor en la que ahora estaba ocupada, a saber: el *sobrehilado* de una pieza de tapicería bordada por su abuela, que representaba el encuentro del rey Salomón y la reina de Saba. La nueva labor, en vez de restaurar, suponía un espantoso descalabro de la antigua; pero doña Clara seguía, como cierto paisano suyo en el guiñol de maese Pedro, eliminando (con su aguja), en un completo aluvión de puntadas del derecho, del revés, repasos y contrarrepasos, hasta que no quedó en la tapicería figura que se reconociese a sí misma. La borrosa cara de Salomón estaba adornada con florida barba de seda escarlata (fray José le había aconsejado al principio que se la quitase, ya que ponía a Salomón casi a la altura de Judas) que le daba el aspecto de una ostra cocida. El guardainfante de la reina de Saba se extendía en un enorme arco, de cuya encogida y pálida propietaria podía haberse dicho verdaderamente: “*Minima est pars sui*”: El perro, que en el tapiz original se hallaba junto a las botas y espuelas del monarca oriental (ataviado con ropajes españoles), a fuerza de bodoques de raso negro y amarillo se había convertido en tigre, transformación que sus salientes colmillos hacían tan auténtica como el corazón pudiera desear. Y el papagayo encaramado en el hombro de la reina, con la ayuda de una cola verde y oro que el ignorante tomaría por el manto de su majestad, se había convertido en un pasable pavo real.

»Como pequeño rasgo de su original epístola, la expresión de doña Clara se hacía de penosa lectura, como el complicado sobrehilado de las originales y trabajosas labores de su abuela. En ambas cosas, no obstante, doña Clara (que desdeñaba los titubeos) pasaba por el mismo terreno con ojo confuso y paciente mano, y con asiduidad incansable e inexorable. La carta, tal como estaba, era característica de quien la había escrito. Facilitamos al lector algunos de sus pasajes, y fiamos en su gratitud por no insistir en ofrecerla entera. El original, del que se nos han facilitado algunos extractos, dice así [...].

»“Tu hija toma la religión como la leche materna; y bien puede hacerlo, teniendo en cuenta que el tronco de nuestra familia está plantado en el auténtico suelo de la

Iglesia católica, y que cada rama suya debe florecer o perecer. Como neófita (por utilizar la expresión de fray José), es un retoño tan prometedor como sería deseable ver florecer en el seno de la Santa Iglesia; y como pagana, es tan dócil, sumisa y de tan candorosa suavidad, que en cuanto a comportamiento de su persona, y discreta y virtuosa ordenación de su mente, no hay madre cristiana a la que yo pueda envidiar. Es más, a veces me compadezco de ellas, cuando veo los vanos continentes, ligereza y atolondrada avidez por casarse de las mejor educadas doncellas de nuestro país. Ésta nuestra hija no tiene nada de eso en su actitud exterior, ni tampoco en su ánimo interior. Habla poco, *así que no puede pensar mucho*, y no sueña con los frívolos artificios del amor, por lo que está bien capacitada para el matrimonio que se le propone.

[...]

»"Una cosa, caro esposo de mi alma, quisiera poner en tu conocimiento, y que guardes como la niña de tus ojos: nuestra hija tiene trastornado el juicio; pero nunca, por discreción, debes mencionar esto a don Montilla, aunque fuese descendiente directo del Campeador o de Gonzalo de Córdoba. Su trastorno no contravendrá por ningún concepto el precepto del matrimonio, ni será impedimento para él; pues debes saber que le viene a las veces; y en tales ocasiones, ni el más celoso ojo podría descubrirlo, a menos que de antemano se le hubiese puesto sobre aviso. Tiene extrañas fantasías que le dan vueltas en el cerebro, tales como que los herejes y los paganos no serán condenados eternamente (¡Que Dios y los santos nos protejan!)...., cosas que deben ser claramente locura, pero que su marido católico, si alguna vez llega a tener conocimiento de ellas, encontrará la forma de conjurar, con la ayuda de la Iglesia, y de la autoridad conyugal. Para que conozcas mejor la verdad de lo que dolorosamente certifico, los santos y fray José (que no permitirá que mienta yo, pues él, en cierto modo, sostiene mi pluma) pueden confirmar que, cuatro días antes de que saliésemos de Madrid, cuando subía yo la escalinata para entrar en la iglesia, fui a darle limosna a una mujer envuelta en una capa que llevaba en brazos a una criatura desnuda para mover a la caridad, y tu hija me tiró de la manga y me susurró: 'Señora, ella no puede ser madre de esa criatura, pues va abrigada y su hijo va desnudo. Si fuese su madre, cubriría a su hijo, y no iría ella tan confortablemente abrigada'. Tan cierto era, que más tarde averigüé que la desdichada mujer había alquilado al niño a una madre más desventurada aún, y mi limosna había pagado el precio de su alquiler por un día. Aunque eso no quita un ápice al trastorno de nuestra hija, tanto más cuanto que revela su ignorancia sobre la moda y usos de los mendigos del país, y en cierto modo manifiesta sus dudas sobre el mérito de la limosna, cosa que, como tú sabes, nadie sino los herejes o los locos pueden negar. A diario da pruebas de su falta de juicio; pero dado que no quiero abrumarte con tanta tinta (fray José pretende que la llame *atramentum*), añadiré pocos pormenores que inquieten tus serenas facultades, arrojadas quizá en letárgico olvido por lo anodino de mi somnífera epistolación".

»—Reverendo padre —dijo doña Clara, alzando la vista hacia fray José, quien había dictado la última línea—: Don Francisco se dará cuenta de que esta última línea no es mía; sin duda habrá oído eso en uno de vuestros sermones. Dejad que añada la extraordinaria prueba de la demencia de mi hija en el baile.

»—¡Añadid o disminuid, componed o confundid cuanto queráis, en nombre de Dios! —dijo fray José, disgustado por los frecuentes tachones y raspaduras que desfiguraban las líneas de su dictado—, pues aunque en estilo reconozco algo mi superioridad, en tachaduras no hay gallina en el mejor estercolero de España que pueda competir con vos. ¡Así que seguid, en nombre de todos los santos! Y cuando plazca al cielo enviar un intérprete a vuestro esposo, podremos esperar noticias de él con el próximo ángel anunciador, pues seguramente una carta tal no se ha escrito jamás en la tierra.

»Con este aliento y aplauso, siguió doña Clara contando otros diversos pormenores y extravíos de su hija que a una mente tan encorsetada, lisiada y atrofiada por las ataduras que la mano y la costumbre habían apretado en torno a ella desde su primera hora consciente, podían muy bien parecer aberraciones demenciales. Entre otras pruebas, refirió que la primera vez que Isidora entró en una iglesia cristiana y católica fue esa noche de penitencia de la Semana de Pasión en que, apagándose las luces, se canta el *miserere* en profunda oscuridad, se maceran los penitentes, y se oyen gemidos por todas partes en vez de oraciones, como si se hubiere renovado el culto a Moloch, aunque sin sus fuegos. Sobrecogida de horror ante los gemidos que oía y la oscuridad que la rodeaba, Isidora preguntó qué era lo que estaban haciendo:

»—Están adorando a Dios —se le respondió.

»Durante la expiación de la cuaresma, fue introducida en una brillante reunión, donde a un alegre fandango siguieron las suaves notas de la seguidilla, mientras el repiqueteo de las castañuelas y el rasgueo de guitarras marcaban alternadamente el ligero y extático paso de la juventud, y la plateada y cálida voz de la belleza. Conmovida de gozo ante lo que veía y oía —la sonrisa que iluminó y embelleció su semblante reflejó el placer que le producía lo que presenciaba, como las ondulaciones de un arroyo besado por los rayos de la luna—, preguntó ansiosamente:

»—Y éstos, ¿no están adorando a Dios?

»—¡Ni hablar, hija! —contestó doña Clara, que había oído casualmente la pregunta—; eso no es más que diversión vana y pecaminosa, invención del diablo para embaucar a los hijos de la locura, odiosa a los ojos del cielo y de los santos, y abominada y rechazada por los fieles.

»—Entonces hay dos dioses —dijo Isidora suspirando—: El dios de las sonrisas y la felicidad, y el dios de los gemidos y la sangre. ¡Cómo me gustaría servir al primero!

»—¡Has de saber que tienes que servir al segundo, y no me seas más idólatra y profana! —contestó doña Clara, al tiempo que la alejaba a toda prisa de la reunión, consternada ante el escándalo que sus palabras podían haber producido.

»Éste y otros muchos incidentes fueron penosamente redactados en la larga epístola de doña Clara, la cual, después de ser plegada y sellada por fray José (quien juró por el hábito que llevaba que prefería estudiar veinte páginas de la Biblia políglota antes que leer la carta una vez más), fue debidamente expedida a don Francisco.

»Los hábitos y movimientos de don Francisco eran, como los de su nación, tan cautos y dilatorios, y su aversión a escribir cartas —salvo las que se referían a cuestiones de negocios— tan conocida, que doña Clara se sintió auténticamente alarmada al recibir, la noche del mismo día en que ella despachó su epístola, otra carta de su esposo.

»Puede adivinarse que su contenido era de lo más extraordinario, por el hecho de que el resultado fue que doña Clara y fray José permanecieron en vela casi toda la noche en consulta, llenos de ansiedad y temor. Tan intensa fue su conferencia que, según consta, no la interrumpieron ni los rezos de la dama ni el pensamiento del monje en su cena. Los hábitos artificiosos, las acostumbradas indulgencias, la ficticia existencia de ambos, todo se fundió en el real y auténtico miedo que les invadió el espíritu y afirmó su poder sobre ambos en dolorosa y rigurosa proporción al largo y osado rechazo de su influjo. Sus mentes sucumbieron juntas, mientras una solicitaba y la otra daba vano y débil consejo e infructuoso consuelo. Leyeron una y otra vez la extraordinaria carta, y en cada lectura, sus entendimientos se volvían más oscuros, sus consejos más perplejos y sus expresiones más lúgubres. De vez en cuando, desviaban los ojos hacia el papel, extendido sobre el escritorio de ébano de doña Clara; y sobresaltándose luego, se preguntaban con la mirada, y a veces con las palabras:

»—¿No se ha oído un ruido extraño en la casa?

»La carta, además de otras cosas que ninguna importancia tienen para el lector, contenía el singular pasaje siguiente:

[...]

»... “En mi trayecto desde el lugar donde desembarqué a este otro desde el que ahora escribo, ha querido la suerte que topase con unos desconocidos, de quienes he oído cosas referentes a mí (no era ésa su intención, sino que mi temor lo interpretó así), en torno al punto más sensible en que se puede punzar y herir el alma de un padre cristiano. Cosas éstas que discutiré contigo más sosegadamente. Están llenas de alusiones temibles, de tal manera que puede que requieran la ayuda de algún sacerdote que las entienda rectamente, y las examine a fondo. No obstante, puedo encarecer a tu discreción que, después de abandonar tan extraña conferencia, cuya información no puedo comunicarte por carta, me retiré a mi cámara abrumado por pensamientos tristes y penosos; y sentándome en mi silla, abrí un libro en el que se contienen leyendas de espíritus de fallecidos, de ningún modo en contradicción con la doctrina de la santa y católica Iglesia, ya que de lo contrario lo habría aplastado con la suela de mi pie en el fuego que ante mí ardía en la chimenea, y escupido sobre sus

cenizas con la saliva de mi boca. Ahora bien, ya fuera por la compañía que el azar había querido depararme (cuya conversación no debe ser conocida jamás sino por ti solamente), o por el libro que había estado leyendo, el cual contenía extractos de Plinio, Artemidoro y otros, e historias que ahora no me es posible contar, pero que se referían a la revivificación de los difuntos, pareciendo en completo acuerdo con las concepciones católicas de nuestros espectros cristianos del purgatorio, con sus correspondientes pertrechos de cadenas y llamas, tal como Plinio dice que *apparebat eidolon senex, macie et senie confectus*, o en fin, por el cansancio de mi solitario viaje, o por alguna otra causa que yo no sé, pero sintiendo mi mente mal dispuesta para seguir un diálogo más profundo con los libros o con mis propios pensamientos, y, aunque acuciado por el sueño, sin ganas de retirarme a descansar —disposición de ánimo que yo y otros muchos hemos experimentado con frecuencia—, saqué mis cartas del escritorio, donde las tenía debidamente guardadas, y leí la descripción que me enviaste de nuestra hija, con la primera noticia de cuando fue descubierta en esa maldita isla de paganismo... Y te aseguro que la descripción de nuestra hija ha quedado impresa con tales caracteres en el pecho contra el que no ha sido abrazada jamás, que desafiaría el arte de todos los pintores de España a que lo hiciese con más realismo. Así que, pensando en esos ojos de azul intenso, y en esos rizos naturales que no obedecen a esa nueva dueña que es la habilidad, y en esa silueta grácil y ondulada, y que pronto la estrecharía entre mis brazos, y en que pediría la bendición de un padre cristiano con acento cristiano, me quedé dormido en mi silla; y fundiéndose mis sueños con mis pensamientos vigiles, soñé que esa criatura tan pura, afectuosa y angelical estaba sentada a mi lado y me pedía mi bendición. Al acceder yo a ello, di una cabezada en mi silla y me desperté. Me desperté, digo: pues lo que siguió era tan palpable a la visión humana como los muebles del aposento o cualquier otro objeto tangible. Había una mujer sentada frente a mí, vestida a la usanza española, aunque su velo descendía hasta los pies. Estaba sentada, y parecía esperar a que yo hablase primero. ‘Damisela —dije— ¿qué buscas, o por qué estás aquí?’. La figura no se levantó el velo, ni movió mano ni boca. Yo tenía el cerebro lleno de las cosas que había leído y oído; y después de hacer el signo de la cruz y de pronunciar ciertas oraciones, me acerqué a la figura y dije: «Damisela, ¿qué es lo que quieres?». ‘Un padre’, dijo la forma alzando su velo y revelando idénticas facciones a las de mi hija Isidora, tal como tú me las describes en tus numerosas cartas. Fácilmente podrás adivinar mi estupor, que casi podría calificar de miedo, ante la visión y las palabras de esta hermosa pero extraña y solemne figura y no disminuyó mi turbación y perplejidad, sino que aumentó aún más cuando la figura, poniéndose de pie y señalando la puerta, la atravesó al punto con misteriosa gracia e increíble presteza, pronunciando *in transitu* estas palabras: ‘¡Salvadme! ¡Salvadme!, ¡no os demoréis un instante, o estaré perdida!’ y te juro, esposa, que durante el tiempo que esta figura estuvo sentada o desaparecía, no oí el susurro de sus ropas, ni el roce de sus pies, ni el sonido de su respiración... Sólo hubo, en el momento de desaparecer, un rumor como

de viento que cruzase la cámara; y una niebla pareció envolver cada objeto que había a mi alrededor, la cual se disipó, y tuve conciencia de un ahogo, como si acabaran de quitarme un peso del pecho. Después de eso permanecí sentado una hora, reflexionando sobre lo que había visto, sin saber si calificarlo de sueño vigilo de vigilia onírica. Soy hombre mortal, sensible al miedo y expuesto al error; pero también soy cristiano católico, y siempre he rechazado enérgicamente tus historias de espectros y visiones, salvo las que están sancionadas por la autoridad de la Santa Iglesia, y consignadas en las vidas de sus santos y sus mártires. Dado que no encontraba fin ni fruto a estas pesadas reflexiones, me metí en la cama, donde permanecí inquieto y desvelado hasta poco antes de despuntar el día, en que caí en profundo sueño, hasta que me despertó un ruido como de la brisa al agitar las cortinas. Me levanté de un salto, y descorriéndolas, miré a mi alrededor. Entraba un rayo de luz a través de los postigos de la ventana, aunque no bastaba para permitirme distinguir los objetos de la habitación, de no ser por la lámpara que ardía sobre la chimenea, y cuya luz, aunque débil, era suficientemente clara. Por ella descubrí, junto a la puerta, una visión que mi terror hacía más intensa; comprobé que era idéntica a la que había visto antes; tras agitar el brazo con gesto melancólico y decir con voz lastimera: ‘Demasiado tarde’, desapareció. Debo confesarte que, sobrecogido de horror ante esta segunda visión, caí sobre mi almohada casi privado del uso de mis facultades; recuerdo que el reloj dio las tres”.

»Al llegar doña Clara y el sacerdote (en su décima lectura de la carta) a estas palabras, el reloj, abajo en el salón, dio las tres.

»—¡Extraña coincidencia! —dijo fray José.

»—¿No os parece que es algo más, padre? —dijo doña Clara, poniéndose intensamente pálida.

»—No sé —dijo el sacerdote—; muchos han contado historias creíbles sobre avisos permitidos por nuestros santos guardianes, transmitidos incluso por mediación de cosas inanimadas. Pero ¿con qué objeto se nos advierte, cuando no sabemos qué mal hay que evitar?

»—¡Chisst! ¡Chisst! —dijo doña Clara—, ¿no habéis oído ningún ruido?

»—No —dijo fray José, escuchando, no sin cierta turbación—: Ninguno —añadió con voz más tranquila y firme, tras una pausa—; y el ruido que oí hace un par de horas fue muy breve y no se ha repetido.

»—¡Qué luz más parpadeante dan esas velas! —dijo doña Clara, mirándolas con ojos vidriosos y fijos de temor.

»—Las ventanas están cerradas —respondió el sacerdote.

»—Así han estado desde que nos sentamos aquí —replicó doña Clara—; ¡pero mirad qué corriente de aire las sacude ahora! ¡Santo Dios!, ¡agita las llamas como si fuera a apagarlas!

»El sacerdote, alzando los ojos hacia las velas, observó que era verdad lo que decía, y al mismo tiempo notó que el tapiz colgado cerca de la puerta se agitaba

notablemente.

»—Hay alguna puerta abierta en alguna otra parte —dijo, levantándose.

»—No iréis a dejarme, ¿verdad, padre? —dijo doña Clara, que estaba paralizada de terror en su silla y no se sentía capaz de seguirle más que con los ojos.

»El padre José no respondió. Ahora estaba en el pasillo, donde algo que había observado acaparaba toda su atención: la puerta del aposento de Isidora estaba abierta, y las luces ardían en su interior. Entró lentamente al principio, miró en torno suyo, pero su moradora no estaba allí. Echó una mirada a la cama, pero ninguna forma humana la había deshecho esa noche: estaba intacta y ordenada. A continuación fue la ventana la que atrajo la atención de sus ojos, que ahora inspeccionaban cada objeto con la rapidez del temor. Se acercó a ella; estaba abierta de par en par: era la que daba al jardín. Horrorizado ante este descubrimiento, el buen padre no pudo reprimir un grito que taladró los oídos de doña Clara, la cual, temblando y casi sin fuerzas para sostenerse, trató inútilmente de seguirle, cayéndose en el pasillo. El sacerdote la levantó y trató de ayudarla a volver a su aposento. La desventurada madre, cuando llegó finalmente a su silla, no se desmayó ni lloró, sino que con labios blancos y mudos, y mano paralizada, trató de señalar hacia el aposento de su hija, como si deseara ser conducida allí.

»—Demasiado tarde —dijo el sacerdote, utilizando inconscientemente las ominosas palabras de la carta de don Francisco.

Capítulo XXIV

*Responde meum argumentum –nomen est nomen
–ergo, quod tibi est nomen –responde argumentum.*

BEAUMONT Y FLETCHER
Wit at several Weapons.

»Ésa era la noche concertada para la unión de Isidora y Melmoth. Ella se había retirado temprano a su cámara, y se había sentado junto a la ventana, a esperarle, con varias horas de antelación a su probable llegada. Podría suponerse que, en este terrible trance de su destino, la agitarían mil emociones, que un alma sensible como la suya se sentiría casi despedazada por esta lucha..., pero no era así. Cuando una mente fuerte por naturaleza, pero debilitada por las circunstancias que la atan, se ve obligada a hacer un gran esfuerzo para liberarse, no se entretiene en calcular la resistencia de sus ataduras, o la anchura de su salto: permanece sentada con las cadenas amontonadas a su alrededor, pensando sólo en el salto que ha de ser su liberación o...

»Durante las muchas horas que Isidora esperó la llegada de este esposo misterioso, no sintió otra cosa que la tremenda sensación de esa proximidad, y del acontecimiento que iba a seguir. Así que se estuvo sentada junto a la ventana, pálida pero decidida, y confiando en la extraordinaria promesa de Melmoth de que, fuera cual fuese el medio por el que él la visitara, ese mismo medio le facilitaría a ella su huida, a pesar de su bien custodiada mansión, y de sus vigilantes moradores.

»Era cerca de la una (hora en que fray José, que deliberaba con su madre sobre esa melancólica carta, oyó el ruido a que se ha aludido en el capítulo anterior), cuando apareció Melmoth en el jardín y, sin pronunciar palabra, lanzó una escala de cuerda, que en pocos y apagados susurros, indicó a ella que atara, y la ayudó a bajar. Echaron a correr por el jardín... E Isidora, en medio de la novedad de sus sentimientos y situación, no pudo por menos de mostrar su sorpresa ante la facilidad con que cruzaron la bien asegurada verja.

»Estaban ahora en campo abierto: era una región mucho más desconocida y salvaje para Isidora que los floridos senderos de aquella isla desierta donde no tenía enemigo ninguno. Ahora, en cada brisa oía una voz amenazadora, y en los ecos de sus leves pasos escuchaba el rumor de pasos que la perseguían.

»La noche era muy oscura..., distinta de las noches estivales de este clima delicioso. Una ráfaga, a veces fría, a veces sofocante de calor, indicaba cierto extraordinario cambio en la atmósfera. Hay algo pavoroso en esa especie de sensación invernal en una noche de verano. El frío, la oscuridad, seguidos de intenso calor, y un pálido, meteórico relámpago, parecían conjugar los males conjuntos de las diversas estaciones, y trazar su triste analogía con la vida..., cuyo tormentoso verano deja a la juventud escaso tiempo para gozar, y cuyo estremecedor invierno deja a la

vejez sin esperanza ninguna.

»A Isidora, cuya sensibilidad era aún tan intensamente física que percibía el estado de los elementos como si fuesen oráculos de la naturaleza que podía interpretar nada más verlos, le pareció este aspecto oscuro y turbador un presagio pavoroso. Más de una vez se detuvo, se estremeció y dirigió a Melmoth una mirada de vacilación y terror, que la oscuridad de la noche, naturalmente, impidió que él observara. Quizá había otra causa... pero mientras corrían, las fuerzas y el valor de Isidora empezaban a desfallecer. Notaba que era llevada a una especie de velocidad sobrenatural... le faltaba el aliento, tropezaban sus pies, y se sentía como sumida en un sueño.

»—¡Deténte! —exclamó, jadeando sin poder más—, ¡deténte!, ¿adónde voy? ¿Adónde me llevas?

»—A tus desposorios —contestó Melmoth en un tono bajo y casi inarticulado; pero si se debía a la emoción, o a la velocidad a la que parecían volar, es cosa que Isidora no pudo averiguar.

»Poco después, se vio obligada a reconocer que no podía seguir, y se apoyó en el brazo de él, jadeante y muerta de cansancio.

»—¡Déjame descansar —dijo lúgubrementemente—, en nombre de Dios!

»Melmoth no contestó. Se detuvo, no obstante, y la sostuvo con aire de ansiedad, si no de ternura.

»Durante este intervalo, ella miró en torno suyo, y trató de distinguir los objetos más cercanos; pero la intensa oscuridad de la noche hacía este esfuerzo casi imposible, y lo que pudo descubrir no contribuyó a disipar su alarma. Parecía que iban por un sendero estrecho y abrupto cercano a un río poco profundo, según *pudo* ella colegir por el áspero y ronco rumor de sus aguas bregando con las piedras para abrirse paso. Dicho sendero estaba flanqueado al otro lado por algunos árboles cuyo desmedrado desarrollo y retorcidas ramas, extendidas en la dirección del viento que ahora comenzaba a gemir lastimoso entre ellos, parecían desterrar toda imagen de verano de los sentidos y casi de la memoria. Cuanto había alrededor era igualmente lúgubre y extraño para Isidora, que jamás, desde que llegara a la quinta, se había aventurado a rebasar los límites del jardín, y que aunque así hubiese sido, no habría encontrado probablemente detalle alguno que le indicase dónde estaba.

»—Es una noche espantosa —dijo ella medio para sí.

»Luego repitió las mismas palabras más audiblemente, quizá con la esperanza de obtener en respuesta alguna palabra de consuelo. Melmoth callaba... y el ánimo de ella, vencido por el cansancio y la emoción, se quebró en llanto.

»—¿Ya te arrepientes del paso que has dado? —dijo él, dándole un extraño énfasis a la palabra ya.

»—¡No, amor mío, no! —replicó Isidora, enjugándose dulcemente las lágrimas—; es imposible que me arrepienta jamás. Pero esta soledad, esta oscuridad, esta precipitación, este silencio, tienen algo que casi me produce terror. Me siento como si

recorriera alguna región desconocida. ¿Son efectivamente vientos del cielo los que soplan a mi alrededor? ¿Son producto de la naturaleza esos árboles que asienten con sus copas como espectros? ¡Qué profundo y lúgubre es el susurro de este viento! ¡Me produce escalofríos, a pesar de lo sofocante que es la noche!... ¡Y esos árboles proyectan sus sombras sobre mi alma! ¡Oh!, ¿es ésta una noche de bodas? —exclamó, mientras Melmoth, turbado al parecer por estas palabras, trataba de hacerla correr—. ¿Es ésta una noche de bodas? Sin padre y sin hermano que me apoyen. ¡Y sin madre junto a mí! ¡Sin un beso familiar que me salude! ¡Sin amistades que se congratulen! —y sintiendo aumentar sus temores, exclamó frenéticamente—: ¿Dónde está el sacerdote que ha de bendecir nuestra unión? ¿Dónde está la iglesia bajo cuyo techo debemos unimos?

»Al oír esto, Melmoth, sujetando el brazo de ella bajo el suyo, trató de hacerla caminar suavemente.

»—Hay un monasterio en ruinas —dijo—, aquí cerca... Puede que lo vieras desde tu ventana.

»—¡No! No lo he visto jamás. ¿Por qué está en ruinas?

»—No lo sé, se cuentan historias absurdas. Se dice que el superior, o prior, o... el no-sé-qué, leyó ciertos libros cuyo contenido no estaba enteramente sancionado por las reglas de la orden; libros de magia dijeron que eran. Hubo muchos rumores sobre eso, recuerdo; y algunos referentes a la Inquisición; pero el final del asunto fue que el prior desapareció, unos dijeron que en las prisiones de la Inquisición, y otros que bajo una custodia mucho más segura (aunque no concibo cuál podría ser); y los hermanos fueron trasladados a otras comunidades, y se abandonó el edificio. Hubo algunas ofertas por parte de las comunidades de otras órdenes religiosas, pero las malas aunque vagas y absurdas habladurías que habían corrido sobre él las disuadieron de su pretensión de habitarlo..., y poco a poco el edificio se fue desmoronando. Aún conserva todo lo que puede hacerlo santo a los ojos de los fieles. Hay crucifijos y lápidas y alguna que otra cruz erigida donde ha habido algún homicidio; pues, por una extraña coincidencia de gusto, un bandido ha fijado allí ahora su guarida, y el comercio de oro por almas, que antes llevaban a cabo tan provechosamente sus moradores, se ha trocado en el comercio actual de almas por oro.

»A estas palabras, Melmoth notó que el débil brazo que se apoyaba en el suyo se había retirado; y se dio cuenta de que su víctima, entre estremecimientos y esfuerzos, se había apartado de él.

»—Pero ahí —añadió—, en medio incluso de esas ruinas, habita un santo ermitaño, que ha fijado su residencia cerca del lugar: él nos unirá en su capilla, según los ritos de tu Iglesia. Él pronunciará su bendición sobre nosotros, y uno de los dos, al menos, quedará bendecido.

»—¡Espera! —dijo Isidora, deteniéndose y quedándose a la distancia que le fue posible apartarse de él; su frágil figura irradiaba esa dignidad majestuosa con que la naturaleza la había investido en otro tiempo como pura y única soberana de su isla

paradisíaca—. ¡Espera! —repitió—; no te acerques a mí un solo paso; no me dirijas una palabra más, hasta que me digas cuándo y cómo voy a unirme contigo; ¡cómo voy a convertirme en tu esposa! He soportado muchas dudas y terrores, sospechas y persecuciones, pero...

»—¡Escúchame, Isidora! —dijo Melmoth, aterrado ante esta repentina determinación.

»—Escúchame tú a mí —dijo la tímida pero heroica joven, saltando con la elasticidad de sus antiguos movimientos sobre un risco que se alzaba por encima del sendero, y encaramándose a un fresno que había brotado de sus grietas—. ¡Escúchame tú a mí! ¡Antes arrancarás este árbol de su lecho de piedra que a mí de su tronco! ¡Antes arrojaré este cuerpo mío al cauce rocoso del río que gime a mis pies, que descender a tus brazos, si no me juras que me tendrás con honra y seguridad! ¡Por ti he renunciado a todo lo que mis recién aprendidos deberes me enseñaron que es sagrado!, ¡a todo lo que desde hacía tiempo me susurraba el corazón que debía amar! Juzga, por lo que he sacrificado, lo que *puedo* sacrificar... y no dudes que preferiría ser diez mil veces mi propia víctima, antes que la tuya.

»—¡Por todo lo que consideras sagrado! —exclamó Melmoth, humillándose hasta arrodillarse ante ella—: ¡Mis intenciones son tan puras como tu propia alma!, ¡la ermita no está a más de cien pasos de aquí! Vamos, y no frustres, por una fanática e infundada aprensión, toda la magnanimidad y ternura que hasta ahora has mostrado, y el haberte elevado ante mis ojos no sólo por encima de tu sexo, sino por encima de toda tu especie.

De no haber sido lo que eres, y lo que ninguna otra más que tú podría ser, jamás habrías sido la prometida esposa de Melmoth. ¿Con quién sino contigo uniría él su tenebroso e inescrutable destino? Isidora —añadió en tono más potente y enérgico, al notar que dudaba aún, y se agarraba al árbol—, Isidora, ¡qué mezquino, qué indigno de ti es eso! Estás en mi poder; absolutamente, irremisiblemente en mi poder. Ningún ser humano puede *verme*, ningún ser humano puede *ayudarte*. Estás tan desamparada en mis garras como un niño. Este río tenebroso no contará las historias de los hechos que manchen sus aguas, ¡y el viento que aúlla a tu alrededor jamás llevará tus gemidos a oídos mortales! Estás en mi poder; sin embargo, no pretendo valerme de él. Te ofrezco mi mano para conducirte a un edificio sagrado, donde nos uniremos de acuerdo con la costumbre de tu país... así que, ¿cómo persistes en esta caprichosa e infructuosa rebeldía?

»Mientras él hablaba, Isidora miró en torno suyo con desamparo: cada objeto era una confirmación de sus argumentos; se estremeció, y cedió. Pero mientras caminaban en silencio, no pudo evitar romperlo para dar expresión a las mil tribulaciones que oprimían su corazón.

»—Pero tú hablas —dijo en un tono contenido y suplicante—, tú hablas de la religión en unos términos que me hacen temblar; hablas de ella como de una moda de un país, como de una forma, de un accidente, de un hábito. ¿Qué fe profesas tú? ¿Qué

iglesias frecuentes? ¿Qué ritos sagrados practicas?

»—Yo venero todos los credos por igual, tengo todos los ritos religiosos... sobre todo en determinado sentido —dijo Melmoth, mientras su primitiva, violenta y burlona ligereza luchaba inútilmente con un involuntario sentimiento de horror.

»—Entonces, ¿crees efectivamente en las cosas sagradas? —preguntó Isidora—. ¿De verdad? —repitió ansiosa.

»—*Creo en un Dios* —contestó Melmoth con una voz que le heló la sangre—; tú has oído hablar de los que creen y tiemblan; ¡pues de éstos es el que te habla!

»Los conocimientos que Isidora tenía del libro del que él acababa de citar estas palabras eran demasiado limitados para permitirle comprender la alusión. Dada la educación religiosa que había recibido, conocía mejor el breviario que la Biblia; y aunque siguió preguntando con tímido y ansioso tono, no sintió un terror adicional ante unas palabras que no comprendía.

»—Pero —prosiguió— el cristianismo es algo más que una creencia en Dios. ¿Crees también en todo lo que la Iglesia católica declara que es esencial para la salvación? ¿Crees que?, y aquí añadió un nombre demasiado sagrado, acompañado de términos demasiado tremendos, para consignarlo en páginas tan triviales como éstas^[29].

»—Lo creo todo... lo sé todo —contestó Melmoth con una voz de agria y renuente confesión—. Por infiel y cínico que pueda parecerte, no hay mártir en la Iglesia cristiana, entre los que ardieron en otros tiempos en la hoguera por su Dios, que ostente o exhiba una prueba más resplandeciente de su fe que la que yo ostentaré un día... y para siempre. Sólo hay una pequeña diferencia entre nuestros testimonios, en lo que respecta a la duración. Por la fe que abrazaron, ardieron unos momentos... no muchos por cierto. Algunos murieron asfixiados antes de que las llamas prendieran en sus cuerpos; pero yo estoy condenado a sostener el testimonio de la verdad del evangelio en medio de llamas que arderán por los siglos de los siglos. ¡Así que, mira a qué glorioso destino se une el tuyo, esposa! Como cristiana, te alegrarás de ver a tu esposo en la hoguera, y probar su devoción en medio de los haces de leña. ¡Cómo debe de ennoblecer, pensar que durará por toda la eternidad!

»Melmoth dirigió estas palabras a unos oídos que ya no escuchaban. Isidora se había desmayado: cogida aún con mano fría al brazo de él, cayó al suelo desamparada y sin sentido. Melmoth, al verla, mostró más sentimiento del que habría podido suponerse en él. La liberó de los pliegues de su manto, roció sus frías mejillas con agua del río, y llevó su cuerpo a donde pudiese recibir un soplo de aire. Isidora se recobró; pues su desmayo se debía más a la fatiga que al temor; y, con su recuperación, pareció cesar la breve ternura de su amante. En el momento en que fue capaz de hablar, Melmoth la instó a que continuara; y mientras ella intentaba obedecerle, él le aseguró que había recobrado sus fuerzas, y que el lugar adonde iban estaba sólo a unos pasos. Isidora se esforzó en continuar. El camino ahora ascendía por una empinada cuesta. Dejaron atrás el murmullo del río y los suspiros de los

árboles; el viento, también, había amainado, pero la noche seguía siendo intensamente oscura, y la ausencia de todo ruido le pareció a Isidora que aumentaba la desolación del paisaje. Deseó poder oír algo, aparte de su agitada y penosa respiración, y de los audibles latidos de su corazón. Al bajar la cuesta por la otra ladera, volvió a oír débilmente el murmullo de las aguas; y ahora, en la quietud de la noche, tenía una cadencia tan melancólica que habría deseado acallarlo.

»Así, para los desventurados, el mismo cumplimiento de sus morbosos deseos se convierte siempre en fuente de desengaño, y el cambio que ellos esperaban se hace deseable sólo en tanto les da motivo para anhelar otro cambio. Por la mañana dicen: “¡Pluguiera a Dios que fuese de noche!” y llega la noche, y exclaman: “¡Pluguiera a Dios que fuese de día!”. Pero Isidora no tuvo tiempo de analizar sus sentimientos; una nueva preocupación la asaltó; y como fácilmente podía adivinar por la creciente velocidad de Melmoth, y su constante volver la cabeza hacia atrás con impaciencia, también debió de asaltarle a él. Y el ruido que durante algún tiempo habían estado ambos esperando oír (sin comunicarse el uno al otro sus sentimientos), comenzó a hacerse más distinto por momentos. Era un rumor de pasos humanos, evidentemente en pos de ellos, cuya creciente velocidad, y violencia en el modo de pisar, daban la irresistible idea de una acalorada y ansiosa persecución. Melmoth se detuvo súbitamente, e Isidora se cogió temblando a su brazo. Ninguno de los dos pronunció una sola palabra; pero los ojos de Isidora, siguiendo instintivamente el gesto leve y temeroso del brazo de él, vio que señalaba una figura tan oscura, que al principio le pareció una rama moviéndose en la bruma de la noche, luego se perdió en la oscuridad al descender la colina, y reapareció en forma humana; al menos en la medida en que la negrura de la noche permitía discernir su silueta. Siguió avanzando; sus pisadas eran cada vez más audibles y su forma más distinta. Entonces se apartó Melmoth súbitamente de Isidora, quien, temblando de terror, pero incapaz de articular una palabra para rogarle que no la dejase, se quedó sola, temblándole el cuerpo todo casi hasta la disolución, y sintiendo los pies como si los tuviese clavados en el suelo. No supo lo que ocurrió. Hubo un breve y confuso forcejeo entre las dos figuras... Yen ese espantoso intervalo, le pareció oír la voz de un viejo criado, muy afecto a ella, que la llamaba, al principio con acentos de reconvención y súplica, después con gritos ahogados y entrecortados de: “¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Auxilio!”. Luego oyó un ruido, como si se precipitase un cuerpo pesado en las aguas que murmuraban abajo. Cayó pesadamente, gimió la ola, y la oscura colina gimió una respuesta, como intercambian los homicidas sus apagados y nocturnos susurros sobre sus sangrientas fechorías..., y todo volvió a quedar en silencio. Isidora apretó sus fríos y crispados dedos sobre sus ojos, hasta que una voz susurrante, la voz de Melmoth, dijo:

»—Vamos deprisa, amor mío.

»—¿Adónde? —dijo Isidora sin tener idea del sentido de las palabras que pronunciaba.

»—Al monasterio en ruinas, amor mío; a la ermita donde el hombre santo, el

hombre de tu fe, debe unimos.

»—¿Dónde están los pasos que nos seguían? —dijo Isidora, recobrando de pronto la memoria.

»—Ya no nos seguirán más.

»—Pero yo vi una figura.

»—Ya no la volverás a ver.

»—He oído caer algo al agua; algo pesado... como un cadáver.

»—Era una piedra que ha caído desde lo alto del monte; ha dado contra las aguas, las ha rizado, las ha hecho espejear un instante, pero se la han tragado ya; y les ha gustado tanto el bocado que no parecen dispuestas a renunciar a él.

»Siguió andando ella, sumida en profundo horror, hasta que Melmoth señaló hacia una confusa e indefinida masa de lo que, en la negrura de la noche, tenía forma de roca, de arboleda, o de macizo y oscuro edificio, según el ojo o la imaginación; y susurró:

»—Ahí están las ruinas, y cerca de ellas se encuentra la ermita. Un esfuerzo más, un poco de ánimo y valor, y estaremos allí.

»Apremiada por estas palabras, y más aún por un indefinible deseo de poner fin a este sombrío viaje, a estas misteriosas aprensiones, aun a riesgo de descubrir al final algo peor que lo soportado hasta ahora, Isidora recurrió a todas las fuerzas que le quedaban y, sostenida por Melmoth, comenzó a subir el empinado terreno, en lo alto del cual se elevó en otro tiempo el monasterio. Había habido un sendero, pero ahora estaba obstruido por las piedras y deformado por las raíces intrincadas y retorcidas de los árboles abandonados que en otro tiempo fueron su protección y su gracia.

»Al acercarse, pese a la oscuridad de la noche, vieron recortarse la silueta de las ruinas, distinta y característica, y el corazón de Isidora empezó a latir con menos violencia al comprobar, por los restos de la torre y su aguja, el inmenso ventanal del este y las cruces visibles aún sobre cada pináculo y tímpano ruinosos —que eran como el triunfo de la religión en medio de la ruina y la aflicción—, que había sido un edificio destinado a fines sagrados. Un estrecho sendero, que parecía rodear el edificio, les condujo a una fachada que dominaba un extenso cementerio, a un extremo del cual Melmoth le señaló una sombra confusa diciendo que era la ermita, y que se iba a acercar para llamar al ermitaño, que era también sacerdote, para que les casase.

»—¿No puedo acompañarte? —dijo Isidora, mirando las sepulturas a su alrededor que iban a ser sus compañeras de soledad.

»—Va contra sus votos —dijo Melmoth— admitir una mujer a su presencia, salvo cuando le obliga el cumplimiento de sus deberes.

»Dicho esto se alejó corriendo; e Isidora, sentándose a descansar sobre una tumba, se envolvió con el velo, como si sus pliegues pudieran disipar sus pensamientos. Unos momentos después, al faltarle la respiración se lo quitó; pero al no descubrir sus ojos otra cosa que lápidas y cruces y toda esa vegetación sepulcral

que tanto gusta de sacar fuera sus raíces y extender su desagradable verdor entre las grietas de las lápidas, los cerró otra vez, y se estremeció ante su soledad. De pronto, le llegó un débil ruido, como el murmullo de una brisa; alzó los ojos, pero el viento había cesado y la noche estaba completamente tranquila. Se repitió el mismo susurro, como el paso de una brisa leve, y volvió los ojos en la dirección de la que parecía venir; y, a cierta distancia de ella, distinguió como una figura humana que se movía lentamente junto a la valla del cementerio. Aunque no parecía acercarse (se movía más bien en un pequeño círculo, en el límite de lo que ella tenía a la vista), le dio la impresión de que era Melmoth; así que se levantó, en espera de que viniese a su encuentro. Pero en ese instante, la figura, volviéndose y medio deteniéndose, pareció extender su brazo hacia ella, y agitarlo una o dos veces; aunque no supo si el gesto era de advertencia o de rechazo. Seguidamente, reanudó su vacilante y sigilosa marcha; y un momento después, las ruinas la ocultaron de su vista. No tuvo Isidora tiempo de distraerse con esta singular aparición, porque Melmoth se encontraba ahora a su lado, instándola a que le siguiera. Dijo que había una capilla adosada a las ruinas, aunque no tan deteriorada como éstas, donde aún se podían celebrar ceremonias religiosas, y donde el sacerdote había prometido reunirse con ellos unos momentos después.

»—Va ahí, delante de nosotros —dijo Isidora, refiriéndose a la figura que había visto—; creo que lo he visto.

»—¿A quién? —dijo Melmoth sobresaltado, deteniéndose hasta tanto no le contestase su pregunta.

»—He visto una figura —dijo Isidora temblando—; me ha parecido ver una figura que se dirigía hacia las ruinas.

»—Te has equivocado —dijo Melmoth; pero un momento después añadió—: Deberíamos estar allí antes que él.

»Y echó a correr con Isidora. Aflojando de pronto el paso, preguntó con voz ahogada e indistinta si había oído una música previa a las visitas que él le había hecho, o algún sonido en el aire.

»—Nunca —fue la respuesta.

»—¿Estás segura?

»—Completamente.

»En ese momento subieron los peldaños rotos y desiguales que conducían a la entrada de la capilla, pasaron bajo su pórtico oscuro y cubierto de hiedra, entraron luego en el recinto que, aun en la oscuridad, parecía a los ojos de Isidora ruinoso y desierto.

»—Todavía no ha llegado —dijo Melmoth con voz alterada—, espera aquí un momento.

»E Isidora, acobardada por un terror superior a su resistencia e incluso a su capacidad de suplicar, le vio alejarse sin un gesto para detenerle. Le pareció que dicho gesto habría sido vano. Una vez sola, echó una mirada a su alrededor, y una

débil y vaga claridad de luna asomó en ese momento en el cielo, entre pesadas nubes, iluminando los objetos que la rodeaban. Había una ventana, pero sus cristales emplomados, rotos y descoloridos ocupaban un raro y angosto vano entre estriadas columnas de piedra. La hiedra y el musgo tapaban los fragmentos de vidrio, y se adherían en torno a los pilares de columnas adosadas. Al pie del ventanal vio los restos de un altar y un crucifijo, pero parecían la obra tosca de las primeras manos que ejecutaron tales trabajos. Había también una pila de mármol que parecía destinada a contener agua bendita, pero estaba vacía; y un banco de piedra, e Isidora se dejó caer en él extenuada, aunque sin esperanzas de descansar. Una o dos veces miró hacia el ventanal, a través del cual entraba la luz de la luna, con esa instintiva sensación de su anterior existencia que la hacía compañera de los elementos, y de la hermosa y gloriosa familia del cielo, bajo cuya ardiente luz imaginó una vez que la luna era su padre y las estrellas sus hermanas. Miró hacia el ventanal otra vez, como alguien que ama la luz de la naturaleza, y aspiró de sus rayos salud y verdad, hasta que una figura, al cruzar lenta aunque visiblemente ante los pilares, le reveló el rostro de aquel viejo criado cuyo semblante recordaba tan bien. Éste pareció mirarla con una expresión primero de profunda meditación, y luego de compasión; después, la figura se alejó del ruinoso ventanal, y resonó un grito débil y quejumbroso en los oídos de Isidora al desaparecer.

»En ese momento, la luna que tan desmayadamente había iluminado la capilla se ocultó tras una nube, y todo volvió a quedar envuelto en tan profundas tinieblas que Isidora no se dio cuenta de la presencia de Melmoth hasta que su mano apretó la de ella, y su voz le susurró:

»—Aquí está, dispuesto a casarnos.

»Los prolongados terrores de estas nupcias no le habían dejado aliento alguno para articular una sola palabra, y se inclinó sobre el brazo que sintió junto a ella, no en un gesto de confianza, sino en busca de apoyo. El lugar, la hora, los objetos, todo estaba sumido en tinieblas. Oyó un susurro apagado como si se acercas e otra persona; trató de captar unas palabras, pero no supo qué decían; trató de hablar, también, pero no supo qué decir. Todo eran brumas y tinieblas en su interior; no se enteró de lo que se había murmurado, no notó que la mano de Melmoth apretaba las suyas... Pero sí notó que la mano que los unía, y juntaba las manos de ellos cubriéndolas por encima, *era fría como la de la muerte.*

Capítulo XXV

Τηλε μειργονσι ψυχαι, ειδοωλα χαμοντων

HOMERO

»Debemos retroceder ahora un corto espacio de tiempo en nuestro relato, hasta la noche en que quiso la suerte, como él mismo la calificaba, que don Francisco de Aliaga, padre de Isidora, topara con aquellos cuya conversación había producido tan honda impresión en él.

»Regresaba a casa pensando en su fortuna: la certeza de haber alcanzado la plena seguridad frente a los males que asedian la vida, y de poder hacer frente a todas las causas externas de infelicidad. Se sentía como el hombre que “disfrutaba de sus posesiones”, y experimentaba también una grave y placentera satisfacción ante la idea de reunirse con su familia, la cual le miraba con profundo respeto como al autor de sus fortunas; de recorrer su propia casa entre inclinaciones de cabeza de la servidumbre y de los parientes obsequiosos, con el mismo paso lento de autoridad con que recorría el comercio, entre ricos mercaderes, y veía a los más opulentos inclinarse cuando se acercaba y, una vez había pasado, señalar al hombre de cuyo grave saludo se sentían orgullosos, y susurrar: “Ahí va el rico Aliaga”. Así pensaba y sentía, como los hombres más afortunados: con un honesto orgullo por sus éxitos mundanos, una exagerada expectativa de homenaje por parte de la sociedad (que a menudo ven frustrada por el desprecio), y una última confianza en el respeto y la devoción de su familia, a la que han enriquecido, la cual les compensa ampliamente de los desaires a que pueden estar expuestos allí donde su riqueza es desconocida, y su recién adquirida importancia inapreciada... o, si lo es, no en su justo precio. Pensando y sintiendo de este modo, retornaba don Francisco a su casa.

»En una venta miserable donde se vio obligado a detenerse, encontró tan mal acomodo, y el calor de la época era tan insoportable en las bajas y estrechas habitaciones sin ventanas, que prefirió cenar al aire libre, en un banco de piedra junto a la puerta. No podemos decir que se imaginara allí agasajado con truchas y pan candeal como don Quijote, y mucho menos que fuese servido por damas; al contrario: estaba don Francisco ingiriendo una flaca comida acompañada de un vino lamentable, totalmente consciente de la mediocridad de una y otro, cuando vio venir a uno a caballo, el cual se detuvo y pareció como dispuesto a parar en la venta (el intervalo de esta pausa no fue lo bastante largo como para permitirle a don Francisco fijarse en la figura ni ver la cara del caballero, y reconocerle en caso de topar con él más tarde; tampoco había nada especial en su aspecto que llamase o atrajese la atención). Hizo una seña al ventero, se acercó éste con lento y desgano paso, y pareció contestar a todas las preguntas con enérgicas negativas; finalmente, cuando el viajero reemprendió su viaje, regresó a su puesto, santiguándose con todas las muestras del terror y la deprecación.

»Había algo más, en esta actitud, de lo que habría podido atribuirse al habitual mal humor del ventero español. Picado por la curiosidad, le preguntó don Francisco si había pedido el desconocido pasar la noche en la venta, dado que el tiempo amenazaba tormenta.

»—No sé qué quería —contestó el hombre—; pero una cosa sí sé, y es que no soportaría que pasase una sola hora bajo mi techo, ni por toda la recaudación de Toledo. Me tiene sin cuidado si amenaza tormenta; ¡los que pueden provocarlas son los que con más justicia deben apechar con ellas!

»Don Francisco le preguntó cuál era la causa de tan extraordinarias expresiones de aversión y terror, pero el ventero movió negativamente la cabeza y guardó silencio con el cauteloso recelo, por así decir, del que se encuentra dentro del círculo de un hechicero y teme cruzar la raya, no vaya a convertirse en presa de los espíritus que acechan al otro lado dispuestos a aprovecharse de tales transgresiones.

»Por último, a repetidas instancias de don Francisco, dijo:

»—Vuestra señoría debe de ser forastero en esta parte de España, ya que no ha oído hablar de Melmoth el Errabundo.

»—Jamás he oído ese nombre —dijo don Francisco—; así que os ruego, hermano, que me digáis cuanto sepáis de esa persona, cuyo carácter, si puedo juzgar por el modo con que habláis de él, debe de ser extraordinario.

»—*Señor* —respondió el hombre—, si tuviese yo que contar todo lo que se dice de esa persona, no podría cerrar los ojos esta noche; y si lo hiciese, sería para soñar cosas tan horribles, que antes preferiría permanecer despierto toda mi vida. Pero, si no me equivoco, hay en casa alguien que podría satisfacer vuestra curiosidad: se trata de un caballero que está preparando para la estampa una colección de hechos relativos a tal personaje, y que ha estado durante algún tiempo solicitando en vano licencia para imprimirlos, siendo discreta decisión del Gobierno no considerarlos apropiados para ser leídos por ojos católicos, ni para circular en una cristiana comunidad.

»Mientras el ventero hablaba, y hablaba con una seriedad que hizo al menos que el oyente sintiese la convicción que él trataba de transmitir, la persona a la que se refería se había acercado a don Francisco. Al parecer, había oído casualmente la conversación, y no parecía oponerse a que prosiguiera. Era un hombre de grave y sosegado aspecto, y tan lejos de toda apariencia de impostura o de ostentación teatral y superchería, que don Francisco, serio, suspicaz y cauto como buen español, y más aún como mercader español, no pudo por menos de otorgarle su confianza, aunque se abstuvo de manifestarlo lo más mínimo.

»—*Señor* —dijo el desconocido—, lo que mi hospedero os ha dicho no es sino la pura verdad. La persona que habéis visto pasar a caballo es uno de esos seres tras los cuales la curiosidad humana husmea en vano, y cuya vida está destinada a quedar registrada en desorbitadas leyendas que almacenan polvo en los anaqueles de los curiosos, no siendo creídas y sí menospreciadas aun por quienes gastan sumas

cuantiosas en coleccionarlas, los cuales menosprecian el contenido de los volúmenes del que depende su valor. Éste no es, sin embargo, creo yo, sino un ejemplo de persona que, aún viva, y aparentemente en ejercicio de todas las funciones de agente humano, se ha convertido ya en asunto de memorias escritas y tema de historia tradicional. Hay varias circunstancias relativas a este extraordinario personaje que están ya en manos de curiosos y coleccionistas entusiastas; yo mismo he tenido conocimiento de una o dos que no se hallan entre las menos extraordinarias. El maravilloso período de vida que, según se dice, le ha sido concedido, y la facilidad con que se ha observado que se desplaza de una región a otra (conociendo a todos y no siendo conocido de nadie), son la principal causa de que sean tan numerosas y similares las aventuras en las que anda implicado.

»Terminó de hablar el desconocido, y la tarde empezó a oscurecer, al tiempo que caían unas cuantas gotas gordas y pesadas.

»—Esta noche va a haber tormenta —dijo el desconocido, mirando hacia el campo con cierta preocupación—; será mejor que entremos; y si vais a estar desocupado, *señor*, desearía pasar en vuestra compañía algunas horas de esta desagradable noche, y referiros algún que otro detalle sobre el Errabundo, de los que he podido tener conocimiento cierto.

»Don Francisco accedió a esta proposición tanto por curiosidad como por la impaciencia de la soledad, que nunca es tan insoportable como en una venta, y más durante tiempo de tormenta. Don Montilla le había dejado también para ir a visitar a su padre —quien se encontraba en estado de postración—, acordando que se reunirían de nuevo en las proximidades de Madrid. Así que pidió a sus criados que le condujesen a su aposento, y hacia allí invitó cortésmente a su recién conocido.

»Imaginadles ahora sentados en el aposento superior de una venta española cuyo aspecto, aunque lúgubre e incómodo, era sin embargo pintoresco, y nada inapropiado como escenario donde se iba a relatar y escuchar una historia insensata y prodigiosa. No había lujo artístico que regalara los sentidos o distrajera la atención, permitiendo que el oyente rompiese el encanto que le sujetaba al mundo del horror y restableciese todas las consoladoras realidades y comodidades de la vida ordinaria, como el que sale de un sueño de tortura y se encuentra despierto y tumbado en la cama. Las paredes estaban desnudas, el techo cruzado por vigas, y el único mueble que había era una mesa, junto a la cual se sentaron don Francisco y su compañero, el uno en una silla de alto respaldo, y el otro en un escabel tan bajo que daba la impresión de estar sentado a los pies de su oyente. Sobre la mesa había una lámpara, cuya luz hacía parpadear el viento que suspiraba a través de las muchas grietas de la quejumbrosa puerta, iluminando alternativamente los labios que se estremecían al leer, y las mejillas cada vez más pálidas del oyente, el cual se inclinaba para captar las palabras a las que el temor confería un tono más cavernoso y patético al término de cada página. La creciente voz de la tormentosa noche parecía armonizar de extraña y lúgubre manera con los sentimientos del oyente. Llegó la tormenta, no con repentina

violencia, sino con hosca y largamente contenida ira, retrocediendo a veces, por así decir, hacia el borde del horizonte, y regresando luego, y haciendo retumbar sus truenos pavorosos sobre el mismísimo tejado y mientras el desconocido proseguía su relato, cada pausa que la emoción o el cansancio ocasionaban era ocupada por el estrépito de la copiosa lluvia que caía torrencial, los gemidos del viento y, de vez en cuando, por algún débil, distante, pero prolongado retumbar del trueno.

»—Parece —dijo el desconocido— como si protestasen los espíritus de que sean revelados sus secretos.

Capítulo XXVI

[...] —And the twain were playing dice.
[...] The game is done, I've won, I've won,
Quoth she, and whistled thrice.
COLERIDGE, *Rhyme of the Ancient Mariner*.

HISTORIA DE LA FAMILIA DE GUZMÁN

»Parte de lo que vaya leeros —dijo el desconocido—, lo he presenciado yo. El resto se asienta sobre una base todo lo firme que la evidencia humana puede establecer:

»En la ciudad de Sevilla, donde viví muchos años, conocí a un rico mercader de muy avanzada edad que era conocido por el nombre de Guzmán el rico. Era de oscuro nacimiento, y quienes rendían homenaje a su riqueza lo bastante como para pedirle prestado con frecuencia, no honraban jamás su nombre haciéndolo preceder del prefijo don, ni añadiendo su apellido, que, como es natural, ignoraba la mayoría; y entre ellos, se decía, el propio mercader. Era muy respetado, sin embargo; y cuando veían salir a Guzmán, con la misma regularidad que el toque de vísperas, de la estrecha puerta de su casa, cerrarla con cuidado, inspeccionarla dos o tres veces con ojos ansiosos, enterrar la llave en su pecho, y dirigirse lentamente a la iglesia, tentándose la llave por encima de la ropa durante todo el trayecto, las más orgullosas cabezas de Sevilla se descubrían a su paso, y los niños que jugaban en la calle suspendían sus diversiones hasta que hubiese pasado él.

»Guzmán no tenía esposa ni hijos... ni parientes ni amigos. Toda su servidumbre estaba constituida por una vieja criada que le atendía, y sus gastos personales se calculaban al nivel de la más estrecha frugalidad; era, pues, tema de ansiosa conjetura para muchos cuál sería el destino de su enorme fortuna cuando muriese. Esta ansiedad dio lugar a indagaciones sobre la posibilidad de que Guzmán tuviera parientes, aunque remotos y oscuros; y la diligencia en la investigación, cuando se ve estimulada a la vez por la avaricia y la curiosidad, es insaciable. Así que se descubrió finalmente que Guzmán había tenido en tiempos una hermana, mucho más joven que él, la cual, a edad muy temprana, se había casado con un músico alemán protestante, marchándose de España poco después. Se recordaba, o se rumoreaba, que ella había hecho grandes esfuerzos por ablandar el corazón y abrir la mano de su hermano, que ya entonces era muy rico, y convencerle para que se reconciliase con su unión, permitiendo así que ella y su marido permanecieran en España. Guzmán fue inflexible. Opulento, y orgulloso de su opulencia, habría sido capaz de digerir el poco sustancioso bocado de su unión con un pobre, a quien él podía haber hecho rico; pero se negó a tragar siquiera la noticia de que su hermana se había casado con un

protestante. Inés —pues tal era el nombre de la hermana— y su marido se fueron a Alemania, confiando en parte en las habilidades musicales de él, que eran altamente apreciadas en ese país, en parte en las vagas esperanzas de los emigrantes, de que con el cambio de lugar vendría el cambio de circunstancias... y en parte, también, pensando que la desventura se sobrelleva en cualquier lugar menos en presencia de quien la inflige. Tal fue la historia contada por un viejo que afirmaba recordar los hechos, y creída por un joven cuya imaginación suplía todos los defectos de la memoria, representándosela, de una belleza subyugan te, con sus hijos cogidos a su alrededor, embarcando con un marido hereje hacia un país lejano y despidiéndose con tristeza de la tierra y la religión de sus padres.

»Ahora, mientras se hablaba de estas cosas en Sevilla, Guzmán cayó enfermo y fue desahuciado por los físicos, a los que consintió en llamar de muy mala gana.

»En el proceso de su enfermedad, tanto si la naturaleza visitó de nuevo a un corazón al cual parecía haber abandonado hacía tanto tiempo, o si concibió él que la mano de un pariente podía ser más grato apoyo para su cabeza moribunda que la de una criada rapaz y servil, o si el fuego de sus pasiones se debilitó ante la esperada proximidad de la muerte como palidece la llama artificial de la vela cuando surge la mañana, así pensó Guzmán, enfermo, en su hermana y su familia, y expidió —lo que le supuso un gasto considerable— un mensajero a la región de Alemania donde ella residía para invitarla a que regresase y se reconciliase con él; y rezó devotamente por que se le permitiese vivir hasta poder expirar en los brazos de ella y de sus hijos. Además, corría un rumor en ese tiempo al que los oídos prestaban más interés que a cualquier otra cosa referente a la vida o la muerte de Guzmán, y era que había anulado su primer testamento y había mandado llamar a un notario, con el que, pese a su evidente debilidad, estuvo encerrado varias horas, dictando en un tono que, aunque claro para el notario, no sonaba distintamente a los oídos que, tensos hasta extremos angustiosos, estaban pegados a la puerta doblemente cerrada de su cámara.

»Todos los amigos habían intentado disuadir a Guzmán de hacer este esfuerzo, el cual, aseguraron, sólo contribuiría a precipitar su desenlace. Pero para sorpresa y sin duda alegría de todos ellos, desde el momento en que hubo hecho su testamento, la salud de Guzmán comenzó a mejorar, y en menos de una semana empezó a pasear por su cámara, a calcular cuánto tiempo tardaría en llegar un mensajero a Alemania, y cuánto tendría que esperar para recibir noticias de su familia.

»Transcurrieron algunos meses, y los sacerdotes aprovecharon este intervalo para presionar a Guzmán. Pero tras realizar todos los esfuerzos de ingeniosidad, y de acosarle intensa aunque infructuosamente por el lado de la conciencia, del deber y de la religión, empezaron a comprender su interés, y cambiaron de táctica. Pero al ver que el decidido objetivo del alma de Guzmán no cambiaba, y que estaba dispuesto a llamar a su hermana y a su familia a España, se contentaron con pedirle que no se comunicase con la herética familia, salvo a través de ellos, y que no viese a su hermana ni a sus hijos, a menos que estuviesen ellos presentes en la entrevista.

»Guzmán accedió fácilmente a esta condición, ya que no sentía clara inclinación a ver a su hermana, cuya presencia podía despertarle sentimientos apagados y deberes olvidados. Además, era hombre de hábitos arraigados; y la presencia del ser más interesante de la tierra, que amenazase la más leve alteración o suspensión de esos hábitos, podría haberle resultado insoportable.

»Así nos endurecen a todos la vejez y los hábitos, y nos damos cuenta al final de que los lazos más queridos de la naturaleza o de la pasión pueden sacrificarse a esas pequeñas indulgencias que la presencia o influencia de un extraño puede alterar. De este modo, Guzmán oscilaba entre su conciencia y sus sentimientos. Y decidió, pese a todos los sacerdotes de Sevilla, invitar a su hermana y su familia a venir a España, y dejarles toda su inmensa fortuna (y a este efecto escribió y escribió repetida y explícitamente). Pero, por otra parte, prometió y juró a sus consejeros espirituales que jamás vería a uno solo de los miembros de la familia, y que, aunque su hermana heredase su fortuna, ella nunca, nunca vería su rostro. Quedaron satisfechos los sacerdotes, o aparentaron quedar, con esta declaración y Guzmán, habiéndoselos propiciado con generosos ofrecimientos de capillas a diversos santos, a cada uno de los cuales se atribuyó su recuperación en exclusividad, se sentó a calcular el probable gasto que le supondría el regreso de su hermana a España, y la necesidad de proveer para su familia, a la que, por así decir, desarraigaba de su lecho natal, y por lo cual se sentía obligado, con toda honradez, a hacerles prosperar en el suelo al que los trasplantaba.

»Ese mismo año regresaron a España su hermana, su marido y sus cuatro hijos. Ella se llamaba Inés y su marido Walberg. Éste era un hombre trabajador, y un músico excelente. Su talento le había facilitado la plaza de *maestro de capilla* del duque de Sajonia; y sus hijos se educaban (de acuerdo con sus medios) para ocupar su puesto cuando él lo dejase vacante por fallecimiento o accidente, o para entrar como maestros de música en las cortes de los príncipes alemanes. Él y su esposa habían vivido en la mayor frugalidad, y esperaban aumentar para sus hijos, con el ejercicio de sus aptitudes, los medios de esa subsistencia que diariamente luchaban por proveer.

»El hijo mayor, que se llamaba Everhard, había heredado el talento musical de su padre. Las hijas, Julia e Inés, habían estudiado música también, y eran muy hábiles en el bordado. El más pequeño, Mauricio, era alternativamente la delicia y el tormento de la familia.

»Durante bastantes años habían luchado con dificultades demasiado insignificantes para entrar en ellas, aunque demasiado rigurosas para no ser dolorosamente sentidas por aquellos cuyo destino es enfrentarse con ellas a diario y a todas horas... Hasta que la súbita noticia, traída por un mensajero de España, de que su acaudalado pariente Guzmán les invitaba a regresar, y les declaraba herederos de toda su inmensa riqueza, les llegó como llega la primera claridad de ese verano que dura medio año al escuálido y encogido habitante de las chozas de Laponia.

Olvidaron toda preocupación, aplazaron toda inquietud, pagaron todas sus pequeñas deudas e hicieron los preparativos para partir inmediatamente para España.

»Y llegaron a España, y siguieron hasta la ciudad de Sevilla, donde, a su llegada, salió a recibirles un grave eclesiástico que les puso al corriente de la decisión de Guzmán de no ver jamás a su hermana ni a su familia, pues le ofendían, aunque confirmándoles al mismo tiempo su intención de mantenerles y proporcionarles todas las comodidades, hasta que la muerte les hiciese entrar en posesión de su fortuna. La familia se sintió algo turbada ante tal notificación, y la madre lloró al saber que le impedían ver a su hermano, por quien sentía aún el afecto del recuerdo. Entretanto el sacerdote, tratando de suavizar lo ingrato de su misión, dejó entender que en caso de que cambiasen sus heréticas convicciones era muy probable que se abriese un canal de comunicación entre ellos y su pariente. El silencio con que fue recibida esta alusión resultó más elocuente que un discurso entero, y el sacerdote se marchó.

»Ésta fue la primera nube que empañó su expectativa de felicidad desde que el mensajero llegara a Alemania, y siguieron lúgubrementemente a su sombra durante el resto de la tarde. Walberg, con la confianza de la esperada fortuna, no sólo había persuadido a sus hijos de que se viniesen a España, sino que había escrito a sus padres, que eran muy ancianos y míseramente pobres, para que viniesen a Sevilla a reunirse con ellos; y con la venta de la casa y el mobiliario, había podido mandarles el dinero del elevado coste de tan largo viaje. Ahora les esperaban de un momento a otro, y los niños, que tenían un débil pero agradecido recuerdo de la bendición que recibieron en sus pequeñas cabezas de aquellos labios temblorosos y aquellas manos secas, esperaban con alegría la llegada de la anciana pareja. Inés había dicho muchas veces a su marido:

»—¿No habría sido mejor dejar a tus padres en Alemania y enviarles el dinero de su mantenimiento, en vez de someterlos al cansancio de un viaje tan largo a esa edad tan avanzada?

»A lo que él había contestado siempre:

»—Prefiero que mueran bajo mi techo a que vivan bajo el techo de extraños.

»Esa noche empezó él, quizá, a comprender la prudencia de su mujer; ella le miraba, y con delicada discreción, precisamente por ese motivo, evitaba recordárselo.

»El tiempo era oscuro y desapacible; no parecía una noche de España. Su frío pareció comunicarse a la familia. Inés, sentada, trabajaba en silencio; los hijos, reunidos delante de la ventana, intercambiaban en susurros sus esperanzas y conjeturas sobre la llegada de los ancianos viajeros, y Walberg, que se paseaba inquieto por la habitación, suspiraba de cuando en cuando al oírles.

»El día siguiente amaneció soleado y sin nubes. El sacerdote vino a visitarles otra vez, y, tras lamentar que la decisión de Guzmán fuese inflexible, les informó que se le había ordenado pagarles una asignación anual para su mantenimiento, que él calificó, y así les pareció a ellos, de enorme, y destinar otra a la educación de los hijos, que parecía estar calculada a la escala de una generosidad principesca. Puso en manos de

ellos los documentos convenientemente redactados y testificados a este propósito, y luego se retiró, después de reiterar la seguridad de que serían los indudables herederos de la fortuna de Guzmán a su muerte, y que, como este período transcurriría en la abundancia, no tenían por qué inquietarse. Apenas se hubo marchado el sacerdote, llegaron los ancianos padres de Walberg, débiles de alegría y de cansancio, pero no agotados, y toda la familia se sentó ante una comida que les pareció un lujo, con esa placentera expectación de futura felicidad que a menudo es más exquisita que su efectiva fornicación.

»—Yo les vi —dijo el desconocido, interrumpiéndose—; les vi la tarde de ese día en que se reunieron todos, y un pintor que quisiese plasmar la imagen de la felicidad doméstica en un grupo de figuras vivas, no habría necesitado ir más allá de la mansión de Walberg. Él y su esposa estaban sentados a la cabecera de la mesa, sonriendo a los hijos, y viendo cómo éstos les devolvían la sonrisa, sin ninguna preocupación ni pequeña dificultad que les atormentase en el momento presente, o turbio presagio de desdicha futura; sin *un temor por el mañana*, ni un doloroso recuerdo del pasado. Sus hijos constituían, efectivamente, un grupo en el que el ojo del pintor o del padre, la mirada del gusto o del afecto, podían haberse demorado con igual complacencia. Everhard, el mayor, que a la sazón tenía dieciséis años, poseía una belleza excepcional para su sexo, una constitución delicada y radiante y una modulación tierna y trémula en la voz que inspiraban ese interés con el que miramos a la juventud, por encima de la lucha de la debilidad presente con la promesa de la fuerza futura, e infundía en el corazón de los padres esa amorosa ansiedad con que observamos el progreso de una agradable pero nublada mañana de primavera, gozaba en los suaves y perfumados esplendores de su amanecer, pero temiendo que las nubes los cubran antes del mediodía. Las hijas, Inés y Julia, tenían todo el encanto de su clima más frío: los exuberantes rizos de sus dorados cabellos, los grandes, azules y brillantes ojos, la nivea blancura del pecho, los brazos delgados, la piel sonrosada, y la tersa suavidad de sus mejillas, las hacían parecer, cuando atendían a sus padres con graciosa y cariñosa solicitud, dos jóvenes *Hebes* sirviendo bebida, a cuyo mero contacto se convertía en néctar.

»El espíritu de estos jóvenes se había sentido abatido muy pronto a causa de las dificultades que sus padres habían atravesado; y ya en la niñez habían adoptado el paso tímido, el habla baja, la mirada ansiosa e inquisitiva que la constante sensación de penuria doméstica enseña amargamente a los niños, y que es el más agudo dolor que un padre puede contemplar. Pero ahora no había nada que cohibiese sus jóvenes corazones: la *sonrisa*, esa desconocida, acudía a alegrar el hogar encantador de sus labios, y la timidez de sus primitivos hábitos se limitaba a prestar una graciosa sombra a la radiante exuberancia de la juvenil dicha. Frente a este cuadro justamente, cuyos matices eran tan brillantes, y cuyas sombras tan tiernas, se hallaban sentadas las figuras de los ancianos abuelos. El contraste era grande; no había relación ni gradación alguna: viéndoles, se pasaba de las primeras y más puras flores de la

primavera a la seca y marchita aridez del invierno.

»Estas viejísimas personas, no obstante, tenían algo en sus semblantes que agradaba a la vista, y Teniers o Wouverman habrían apreciado sus figuras y su vestimenta mucho más que las de sus jóvenes y encantadores nietos. Estaban rígida y originalmente vestidos con sus prendas alemanas: el viejo con su jubón y su gorro, y la vieja con su gorguera, su peto y su cofia semejante a un casquete, con largas bandas colgantes, de la que se escapaban algunos cabellos blancos, muy largos, que le caían sobre sus arrugadas mejillas. Pero el semblante de ambos resplandecía de gozo como la fría sonrisa de una puesta de sol en un paisaje invernal. No oían con claridad las amables insistencias de sus hijos para que compartiesen más ampliamente la mesa más abundante que habían tenido nunca delante en sus frugales vidas, aunque asentían con la cabeza, con ese agradecimiento que es a la vez hiriente y grato a los corazones de los hijos afectuosos. Sonreían también ante la belleza de Everhard, ante las travesuras de Mauricio, tan atolondrado en la hora de la aflicción como en la de la prosperidad; y en fin, sonreían por cuanto se decía, aunque no oían ni la mitad, y por cuanto veían, aunque podían gozar de muy poco..., y esa *sonrisa de la vejez*, esa plácida sumisión a los placeres de los jóvenes, mezclada a las evidentes expectativas de una felicidad más pura y perfecta, daba una expresión casi celestial a sus semblantes, que de otro modo habrían reflejado tan sólo el marchito aspecto de la debilidad y la consunción.

»Ocurrieron ciertos incidentes durante esta fiesta familiar bastante característicos de sus participantes. Walberg (que era persona muy sobria) insistió repetidamente a su padre para que bebiese más vino del que estaba acostumbrado; el viejo rehusó suavemente. El hijo insistió con más calor, y el anciano, deseando complacer a su hijo, no a sí mismo, accedió.

»Los niños, también, acariciaron a su abuela con ese turbulento afecto de su edad. La madre los reprendió.

»—No; déjales —dijo la amable anciana.

»—Te están molestando, madre —dijo la mujer de Walberg.

»—No podrán hacerlo por mucho tiempo —dijo la abuela con expresiva sonrisa.

»—Padre —dijo Walberg—, ¿no ves a Everhard muy crecido?

»—La última vez que lo vi —dijo el abuelo—, tuve que agacharme para darle un beso; ahora creo que tendrá que agacharse él para besarme a mí.

»A estas palabras, Everhard corrió como una flecha a los temblorosos brazos que estaban abiertos para acogerle, y sus rojos y tersos labios se apretaron contra la nevada barba de su abuelo.

»—Bésale, hijo mío —dijo el padre complacido—. Quiera Dios que tus besos no sean para labios menos puros.

»—¡Nunca lo serán, padre mío! —dijo el susceptible joven, ruborizándose ante sus propias emociones—. Nunca besaré otros labios que aquellos que me bendigan como los de mi abuelo.

»—¿Y deseas —dijo el anciano en broma— que la bendición salga *siempre* de labios tan ásperos y blanquecinos como los míos?

»Everhard, de pie detrás de la silla del anciano, se ruborizó ante esta pregunta; y Walberg, que había oído dar la hora en que acostumbraba siempre, en la prosperidad como en la adversidad, convocar a su familia a la oración, hizo una seña, que sus hijos entendieron muy bien, y que fue comunicada en susurros a los ancianos abuelos.

»—Gracias a Dios —dijo la abuela al niño que la avisó; y al tiempo que hablaba, se puso de rodillas. Sus nietos la ayudaron.

»—Gracias a Dios —repitió el anciano, doblando sus anquilosadas rodillas, y quitándose el gorro—; gracias a Dios, por «esta sombra de una gran roca en una tierra tan cansada» —y se arrodilló, mientras Walberg, después de leer un capítulo o dos de una Biblia alemana que tenía en sus manos, improvisó una plegaria, suplicando a Dios que llenase sus corazones de gratitud por las bendiciones temporales de que disfrutaban, y permitiese “que pasasen las cosas temporales, de manera que no pudiesen finalmente perder las eternas”. Al concluir la oración, se levantó la familia, se saludaron unos a otros con ese afecto que no tiene su raíz en la tierra, y de cuyos brotes, aunque diminutos e incoloros a los ojos del hombre en este desdichado suelo, surgirá sin embargo el glorioso fruto del jardín de Dios. Fue una escena encantadora ver a los jóvenes ayudar a los mayores a levantarse de sus arrodilladas posturas, y más aún oírles el saludo de despedida que intercambiaron todos al retirarse. La mujer de Walberg atendió diligente las comodidades de los padres de su esposo, y Walberg se rindió a ella con esa orgullosa gratitud que siente más alegría en el beneficio que concedemos a quienes amamos, que en el que se nos otorga. Amaba a sus padres, pero estaba orgulloso del amor que su esposa sentía por ellos, porque eran los suyos. A los repetidos requerimientos de ella a los hijos para que ayudasen o atendiesen a los ancianos abuelos, contestó él:

»—No, queridos hijos; vuestra madre lo hará mejor; vuestra madre siempre lo hace mejor.

»Y mientras él hablaba, los hijos, de acuerdo con la costumbre hoy olvidada, se arrodillaron para pedirle su bendición. Su mano, trémula de afecto, se posó primero sobre los ensortijados rizos del adorable Everhard, cuya cabeza sobresalía orgullosamente por encima de sus hermanas y de Mauricio, quien, con la irreprochable y perdonable ligereza de su juguetona niñez, reía mientras estaba de rodillas.

»—¡Dios te bendiga! —dijo Walberg—, ¡dios os bendiga a todos, y os haga tan buenos como vuestra madre, y tan felices como... como es vuestro padre esta noche! —y mientras hablaba, el feliz padre se volvió y lloró.

Capítulo XXVII

—*Qaeque ipsa miserrima vidi,
Et quorum pars magna fui.*

VIRGILIO

»La esposa de Walberg, que era de carácter naturalmente sosegado y tranquilo, y a quien la adversidad había enseñado una ávida y celosa *prévoyance*, no se sentía tan eufórica ante la actual prosperidad de la familia como los miembros jóvenes, o incluso los mayores. Su espíritu estaba lleno de pensamientos que no quería comunicar a su esposo, y a veces ni confesárselos a sí misma; en cambio, hablaba más abiertamente con el sacerdote que les visitaba frecuentemente con renovadas muestras de la generosidad de Guzmán. Le dijo que, aunque agradecía la amabilidad de su hermano por el apoyo presente y la esperanza de la futura riqueza, deseaba que se les permitiese a sus hijos adquirir los medios de vivir por sí mismos con independencia, y que el dinero destinado por la liberalidad de Guzmán a su educación ornamental se aplicase al objeto de asegurarles la capacidad de defenderse por sí mismos y ayudar a sus padres. Aludió levemente a la eventualidad de que se operase un cambio en los sentimientos favorables de su hermano respecto a ella, e insistió en la circunstancia de que sus hijos eran extraños en el país, ignorantes de su lengua, y contrarios a su religión; suave, pero firmemente, le expuso las vicisitudes a que una familia hereje de extranjeros podía estar expuesta en un país católico, y suplicó al sacerdote que emplease su mediación e influencia cerca de su hermano para que se les permitiese a los niños, merced a su generosidad, adquirir los medios de lograr una subsistencia independiente, como si... y aquí se calló. El bueno y amistoso sacerdote (pues en verdad era ambas cosas) la escuchó con atención; y después de satisfacer su conciencia, amonestándola a que renunciase a sus heréticas opiniones como medio de obtener la reconciliación con Dios y con su hermano, y de recibir una serena pero firme negativa, siguió dándole su mejor consejo SECULAR, que era cumplir con los deseos de su hermano en todo, educar a sus hijos de la manera indicada, y con los medios que él tan liberalmente proveía. Añadió *en confiance* que Guzmán, aunque durante su larga vida no había sido jamás sospechoso de otra pasión que la de acumular dinero, ahora parecía poseído de un espíritu mucho más difícil de expulsar, y era que estaba decidido a que los herederos de su fortuna estuviesen, en lo que se refería a todo lo que contribuía a embellecer una sociedad culta, al mismo nivel que los descendientes de la primera nobleza de España. Por último, le aconsejó sumisión a los deseos de su hermano en todos los puntos; y la esposa de Walberg asintió con lágrimas en los ojos que trató de ocultar al sacerdote, y cuyas huellas borró por entero antes de volver a ver a su esposo.

»Entretanto, el plan de Guzmán se llevó a cabo rápidamente. Se dispuso para Walberg una casa elegante; sus hijos fueron espléndidamente vestidos y

suntuosamente alojados; y, aunque la educación era de muy bajo nivel en España, y aún lo es, se les enseñó cuanto se suponía que les capacitaba como compañeros de los descendientes de hidalgos. Cualquier intento, o incluso comentario, de que se les preparase para ocupaciones ordinarias de la vida estaba rigurosamente prohibido por orden de Guzmán. El padre se alegraba de esto; la madre lo lamentaba, pero se guardaba el pesar para sí misma, y se consolaba pensando que la educación ornamental que sus hijos recibían podía en última instancia convertirse en algo de provecho. Pues la esposa de Walberg era una mujer a la que la experiencia del infortunio había enseñado a mirar el futuro con ojos ansiosos; y esos ojos, con presagiosa precisión, raramente habían dejado de descubrir un atisbo de desdicha en el más esplendoroso rayo de sol que jamás temblara en su azarosa existencia.

»Las órdenes de Guzmán fueron obedecidas: la familia vivía en el lujo. Los jóvenes se sumergieron en su nueva vida placentera con una avidez proporcional a su juvenil sensibilidad al placer, y al gusto por el refinamiento y las ocupaciones elegantes que su anterior oscuridad había reprimido, aunque no había podido extinguir. El orgulloso y feliz padre se recreaba en la belleza personal y provechoso talento de sus hijos. La madre, preocupada, suspiraba a veces, pero cuidaba de que su suspiro jamás llegase a oídos de su esposo. Los ancianos abuelos, cuyos achaques habían aumentado bastante a causa de su viaje a España, y posiblemente más aún por esa fuerte emoción que es hábito para la juventud pero convulsión para la vejez, permanecían sentados en sus amplias butacas, cómodamente ociosos, dormitando y dejando correr la vida en inefables aunque conscientes momentos de satisfacción, y tranquila aunque venerable apatía. Dormían mucho; pero cuando despertaban, sonreían a sus nietos, y el uno al otro.

»La esposa de Walberg, durante este intervalo que a todos salvo a ella parecía de una felicidad imposible, sugería a veces una benévola precaución, una vacilante y ansiosa advertencia, una eventualidad de desengaño futuro; pero estos avisos eran inmediatamente rechazados por los sonrosados, risueños y besucones labios de sus hijos, hasta que la madre, finalmente, acababa sonriéndose de sus propias aprensiones. A veces, sin embargo, salía con ellos en dirección a la casa del tío. Paseaba con los niños de un extremo a otro de la calle, ante su puerta; y a veces se levantaba el velo, como si sus ojos pudiesen traspasar unos muros tan duros como el corazón del avaro, o unas ventanas tan cerradas como sus cofres; luego, miraba de soslayo los costosos vestidos de los niños, mientras sus ojos volaban hacia el futuro, suspiraba, y regresaba lentamente a casa. Pero este estado de incertidumbre iba a terminar muy pronto.

»El sacerdote, confesor de Guzmán, les visitaba a menudo; primero, en calidad de limosnero o instrumento de su generosidad, que era concedida amplia y puntualmente a través de sus manos; y en segundo lugar, en calidad de consumado jugador de ajedrez, en cuyo juego no había encontrado, ni siquiera en España, un adversario como Walberg. También sentía interés por la familia y su suerte, a la que, si bien su

ortodoxia rechazaba, su corazón no podía por menos de aceptar; y así, el buen sacerdote abordaba el asunto jugando con el padre, y rezando por la conversión de su familia a su regreso a casa de Guzmán. Y fue en el momento en que estaba absorto en la primera ocupación cuando le llegó un mensaje ordenándole que regresase al instante: el sacerdote dejó su reina *en prise*, y salió apresuradamente al recibimiento para hablar con el mensajero. La familia de Walberg, con indecible inquietud, medio se levantó para seguirle. Se detuvieron en la puerta, y luego se retiraron con una mezcla de ansiedad por enterarse, y vergüenza ante la actitud en que podían haberles descubierto. Al retirarse, no obstante, no pudieron evitar oír estas palabras:

»—Está en las últimas; me envía por vos; no debéis perder un instante.

»Y tras hablar el mensajero, éste y el sacerdote se marcharon.

»Regresó la familia a su aposento, y durante unas horas permanecieron todos sentados en profundo silencio, roto sólo por el tictac del reloj, que se oía clara y únicamente, y que parecía demasiado sonoro para sus sensibilizados oídos, en medio de la absoluta quietud, o por el eco de los presurosos pasos de Walberg, cuando saltaba de su silla y cruzaba el aposento. Al verle, se volvían como esperando a un mensajero; luego, miraban la silenciosa figura de Walberg, y se dejaban caer en sus asientos otra vez. Así, la familia permaneció en vela toda esa interminable noche de muda e indecible emoción. Las velas se consumieron totalmente y al final se apagaron, pero nadie lo notó; la pálida claridad de la madrugada irrumpió débilmente en la estancia, aunque nadie se dio cuenta de que amanecía.

»—¡Dios mío, cuánto tarda! —exclamó Walberg involuntariamente; y estas palabras, aunque pronunciadas para sus adentros, hicieron que todos se sobresaltasen; porque eran los primeros sonidos de voz humana que oían desde hacía muchas horas.

»En este momento se oyó una llamada en la puerta; sonaron unos pasos lentos a lo largo del pasillo que conducía a la habitación, se abrió la puerta y apareció el sacerdote. Entró en la estancia sin hablar, y sin que nadie dijese nada tampoco. Y el contraste entre la intensa emoción y el silencio prolongado, ese conflicto de la palabra que estrangula el pensamiento al expresarlo y el pensamiento que en vano pide ayuda a la palabra, de la agonía y el mutismo, formaron una terrible asociación. Pero fue sólo momentánea; el sacerdote, de pie, pronunció esta sentencia:

»—¡Todo ha terminado!

»Walberg se llevó las manos a la frente, y en extática agonía, exclamó:

»—¡Gracias a Dios!

»Y cogiendo violentamente el primer objeto que encontró más cerca, y como si imaginase que era uno de sus hijos, lo estrechó y abrazó contra su pecho. Su esposa lloró un momento ante el pensamiento de la muerte de su hermano, pero se dispuso, por sus hijos, a escuchar todo lo que el sacerdote tuviera que decir. Éste no pudo añadir sino que Guzmán había muerto, que había puesto los sellos a cada arca, cajón y cofre de la casa, que no había escapado a la diligencia de los oficiales un sólo gabinete, y que el testamento se leería al día siguiente.

»Al día siguiente, la familia seguía sumida en esa intensa expectación que impide todo pensamiento. Los criados prepararon la comida usual, pero ésta quedó intacta. Los miembros de la familia se insistieron unos a otros para que comiesen; pero como la insistencia no iba reforzada con el ejemplo del invitador, los platos fueron retirados tal como habían venido. Hacia mediodía, se les anunció la visita de una grave persona, con indumentaria de notario, quien notificó a Walberg que debía asistir a la apertura del testamento de Guzmán. Cuando Walberg se disponía a obedecer la orden, uno de los hijos le tendió solícitamente el sombrero y otro la capa, cosas ambas que él olvidaba con las tribulaciones de su preocupación; y estas muestras de atención y de estar en todo de sus hijos contrastaron con su propio aturdimiento, que le venció totalmente; y se dejó caer en una silla para serenarse.

»—Será mejor que no vayas, amor mío —dijo su esposa suavemente.

»—Creo que... *debo* seguir tu consejo —dijo Walberg, dejándose caer de nuevo en el asiento, del que medio se había levantado.

»El notario, con una formal inclinación, se dispuso a retirarse.

»—¡Iré! —dijo Walberg, soltando un juramento en alemán, cuyo gutural sonido hizo que el notario diese un respingo—. ¡Iré!

»Y diciendo esto, se derrumbó al suelo vencido por el cansancio, la falta de alimento, y presa de una emoción que sólo un padre podía sentir. Se retiró el notario, y transcurrieron unas horas más de torturante conjetura que, por parte de la madre, se manifestaba tan sólo en sus manos entrelazadas y sus apagados suspiros; por parte del padre, en su profundo silencio, su semblante desviado y sus manos que parecían buscar las de sus hijos para luego retraerse; y por parte de los niños, en los fluctuantes augurios de esperanza y desencanto. La anciana pareja permanecía sentada, inmóvil en medio de su familia; ignoraba qué ocurría, pero sabían que si era bueno, deberían compartirlo con ellos. Sus facultades se habían vuelto últimamente muy obtusas para la percepción de la proximidad de la desgracia.

»La mañana estaba muy avanzada: era mediodía. Los criados, de los que la generosidad del difunto había dotado a la casa en gran número, anunciaron que la comida estaba dispuesta; Inés, que conservaba más presencia de ánimo que el resto, sugirió amablemente a su esposo la necesidad de no mostrar sus emociones ante la servidumbre. Obedeció él a su insinuación maquinalmente, y se dirigió al comedor, olvidando por primera vez ofrecer el brazo a su delicado padre. La familia le siguió; pero, cuando se sentaron a la mesa, no parecieron saber con qué objeto se habían reunido allí. Walberg, consumido por esa *sed de la ansiedad*, que parece no aplacarse con nada, pidió vino repetidamente; y su esposa, cuyos esfuerzos por tomar algo resultaban vanos en presencia de los inmóviles y mirones sirvientes, les ordenó que se retirasen con una seña, aunque tampoco pudo comer en ausencia de ellos. La anciana pareja comió como siempre; y de vez en cuando alzaba la vista con una expresión de vaga y vacía admiración, una especie de indolente renuencia a admitir el temor o la creencia en la proximidad de una desdicha. Hacia el final de su triste

comida, Walberg recibió el recado de que saliese un momento. Regresó pocos minutos después, sin mostrar signos de cambio en su semblante. Se sentó; y sólo su esposa percibió la sombra de una sonrisa forzada que afloraba entre las temblorosas arrugas de su rostro, al servirse un gran vaso de vino, y llevárselo a los labios, mientras decía en voz alta:

»—¡A la salud de los herederos de Guzmán! —pero en vez de beber, arrojó el vaso al suelo; y ocultando el rostro en el mantel que cubría la mesa, sobre la que se había derrumbado, exclamó—: ¡Ni un ducado, ni un ducado... se lo ha dejado todo a la Iglesia! ¡Ni un ducado!

[...]

»Por la tarde llegó el sacerdote, y encontró a la familia mucho más tranquila. La certeza del infortunio les había infundido una especie de valor. La incertidumbre es el único mal contra el que no se puede establecer una defensa..., y, como jóvenes marineros en un mar inexplorado, casi se sentían dispuestos a acoger bien la tormenta, como alivio del insoportable malestar de la ansiedad. El sincero pesar, y alentador comportamiento del sacerdote, fueron un cordial para sus oídos y corazones. Manifestó su convicción de que nada sino los más ruines medios a que sin duda habían recurrido los interesados y fanáticos monjes podían haber arrancado semejante testamento al moribundo; que estaba dispuesto a testificar, ante cualquier tribunal de España, la intención del testador (hasta pocas horas antes de su muerte) de legar toda su fortuna a su familia, intención que repetidamente le había manifestado a él y a otros, en cuyo sentido había visto un testamento anterior, fechado no hacía mucho. Finalmente, aconsejó encarecidamente a Walberg que presentase el caso al arbitrio legal, para lo que le prometió sus gestiones personales, su influencia con los abogados más hábiles de Sevilla, y todo lo que fuese... menos dinero.

»Esa noche se acostó la familia con el ánimo exaltado por la esperanza, y durmió en paz. Sólo un detalle reveló un cambio en sus sentimientos y sus hábitos. Al ir a retirarse, el anciano puso su mano trémula en el hombro de Walberg, y le dijo suavemente:

»—Hijo mío, ¿vamos a rezar antes de retirarnos?

»—Esta noche no, padre —dijo Walberg, que quizá temía que la alusión a su herético culto pudiese enajenarle la amistad del sacerdote, o comprendía que la agitación de su corazón era demasiado grande para cumplir el solemne ejercicio con ella—. Esta noche no; soy... ¡demasiado feliz!

»El sacerdote cumplió su palabra: los abogados más hábiles de Sevilla se hicieron cargo de la causa de Walberg. Se descubrieron ingeniosas pruebas de ilícitas influencias de impostura y terror ejercidas sobre el testador, gracias a la diligencia y autoridad espiritual del sacerdote, que fueron hábilmente expuestas y diestramente esgrimidas por los abogados. Walberg recobraba su ánimo de hora en hora. La familia, en el momento de la muerte de Guzmán, estaba en posesión de una considerable suma de dinero, pero no tardó en consumirse, juntamente con otra que la

economía de Inés le había permitido ahorrar, y que ahora había sacado gozosamente a la luz para ayudar a hacer frente a las necesidades de su esposo, y con la confianza de un éxito final. Cuando lo hubieron gastado todo, aún les quedaban otros recursos: se deshicieron de la espaciosa casa, despidieron a los criados, vendieron los muebles más o menos por la cuarta parte de su valor (como es habitual), y en su nueva y humilde morada de las afueras de Sevilla, Inés y sus hijas volvieron tranquilamente a esos trabajos domésticos que tenían costumbre de realizar en su apacible casa de Alemania. En medio de estos trastornos, los abuelos no sufrieron más que un cambio de lugar, del que apenas parecieron tener conciencia. No disminuyó la constante atención de Inés por la comodidad de ambos, sino que aumentó ante la necesidad de ser ella la única administradora; y alegaba sonriente falta de apetito o una indisposición pasajera para quitarse de su propia comida y de la de sus hijos, mientras que preparaba la de ellos con todo lo que podía tentar al embotado paladar de la vejez, o lo que ella recordaba que les gustaba.

»La causa había llegado ahora a la vista, y durante los dos primeros días los abogados de Walberg llevaron las de ganar. Al tercer día, los abogados eclesiásticos presentaron una firme y vigorosa oposición. Walberg regresó a casa desalentado; su esposa se dio cuenta, así que no fingió alegría ninguna, que sólo conseguiría aumentar la irritación de la desdicha, sino que se mantuvo ecuánime en su presencia, tranquila e invariablemente ocupada en las tareas domésticas durante toda la tarde. Al separarse por la noche, por una extraña casualidad, el anciano recordó una vez más a su hijo el olvido de la oración familiar.

»—Esta noche, no, padre —dijo Walberg impaciente—; esta noche, no; ¡soy demasiado desgraciado!

»—¡Así —dijo el anciano alzando sus manos secas y hablando con una energía que no mostraba desde hacía años—, así, oh Dios mío, la prosperidad y la adversidad nos dan igual pretexto para olvidarnos de ti!

»Al salir vacilante de la habitación, Walberg reclinó la cabeza sobre el pecho de su esposa, que estaba sentada junto a él, y derramó unas lágrimas amargas. E Inés susurró para sí: “El sacrificio a Dios es un espíritu contrito; un corazón contrito y humillado, ¡oh Dios!, no desprecies”.

[...]

»El pleito se llevó con un espíritu y una diligencia sin precedentes en los tribunales de España, y el cuarto día se dedicó a una audiencia final y a la resolución del caso. Amaneció el día, y con el amanecer se levantó Walberg, y se paseó durante unas horas ante las puertas del palacio de justicia; y cuando abrieron, entró y se sentó maquinalmente en un asiento de la sala desierta, con la misma expresión de atención profunda y ansioso interés que habría adoptado de haber estado ya presente el tribunal, y a punto de dictar sentencia. Tras unos momentos de ensimismamiento, suspiró, se sobresaltó y pareció despertar de un sueño; abandonó su asiento, y se puso a pasear arriba y abajo por los pasillos desiertos, hasta que el tribunal se dispuso a

ocupar sus escaños.

»Esa mañana, el tribunal se reunió temprano, y la causa fue enérgicamente defendida. Walberg permaneció sentado en su sitio, sin cambiar de postura, hasta que concluyó todo; se había hecho de noche, y no había tomado refrigerio alguno en todo el día ni se había movido; tampoco se había renovado en ningún momento la atmósfera estancada y corrompida de la atestada sala. *Quid multis morer*. La mentalidad más abstrusa puede calcular las posibilidades de un hereje extraño frente a los intereses de los sacerdotes en España.

»La familia había permanecido sentada todo ese día en la habitación más íntima de su humilde casa. Everhard quiso acompañar a su padre al palacio de justicia, pero su madre se lo había impedido. Las hermanas suspendían involuntariamente sus labores de vez en cuando, y la madre les recordaba amablemente la necesidad de proseguirlas. Las reanudaban; pero sus manos, discrepando de sus sentimientos, cometían tales desatinos, que la madre, *δαχρνοεν γελασσασα*, les quitó la labor y les sugirió que se dedicasen a alguna de las tareas activas de la casa y así ocupadas, pasaron la tarde; de vez en cuando, la familia dejaba sus quehaceres y se apiñaba en la ventana para ver si regresaba el padre. La madre renunció a llamarles la atención: cayó en un mutismo, y su silencio contrastaba vivamente con la inquieta impaciencia de sus hijos.

»—¡Ése es mi padre! —exclamaron las voces de los cuatro a un tiempo, al ver cruzar la calle una figura—. No era mi padre —repitieron, al verla alejarse lentamente.

»Oyeron una llamada en la puerta; la propia Inés corrió a abrir. Una figura retrocedió, avanzó y retrocedió otra vez. Luego cruzó por delante de ella como una sombra. Presa de terror, Inés la siguió; y con un horror indecible, vio a su esposo de rodillas entre sus hijos, que trataban en vano de levantarlo, mientras él repetía:

»—¡No; dejadme de rodillas..., dejadme de rodillas; os he arruinado a todos! ¡He perdido el pleito y os he convertido en mendigos a todos!

»—¡Levantad, levantad, queridísimo padre —exclamaron los niños, apiñándose a su alrededor—; nada se ha perdido, y vos estáis salvado!

»—Levanta, amor mío, de esa horrible y antinatural humillación —exclamó Inés, agarrando los brazos de su esposo—. Ayudadme, hijos míos... Padre, madre, ¿no vais a ayudarme?

»Y mientras hablaba, las figuras tambaleantes, desvalidas y casi sin vida de los ancianos abuelos se levantaron de sus sillas y, trastabillando, prestaron sus débiles fuerzas, su *vis impotentiae*, para sostener o socorrer al peso que tiraba inamovible de los brazos de los niños y la madre. Ante esta actitud de todos, más que por sus esfuerzos, Walberg se levantó de la postura que angustiaba a su familia, mientras sus ancianos padres, regresando torpemente a sus sillas, parecieron perder en pocos momentos la clara conciencia de desgracia que por un instante les había infundido una fuerza casi milagrosa. Inés y sus hijos rodearon a Walberg, y le expresaron todo

el consuelo que su desamparado cariño podía inspirarles; pero quizá no hay nada que dispare un dardo más afilado al corazón que el pensamiento de que las manos que se cogen a las nuestras tan tiernamente no pueden ganar para nosotros ni para ellas el valor de otra comida, o de que los labios que besan los nuestros tan cálidamente pueden después pedirnos pan... ¡Y pedirlo en vano!

»Afortunadamente, quizá, para esta desdichada familia, la misma extremidad de su dolor hacía imposible que se abandonaran mucho tiempo a él: la voz de la necesidad se hizo oír con claridad en medio del grito y el clamor de esa hora de agonía. Había que hacer algo con vistas al mañana, y había que hacerlo en seguida.

»—¿Qué dinero tienes? —fue la primera frase articulada que Walberg dirigió a su esposa; y cuando ella le susurró la escasa suma que los gastos de su pérdida causa le había dejado, se estremeció en un breve espasmo de horror. Luego, desasiéndose de los brazos de todos y levantándose, cruzó la habitación como si desease estar solo un momento. Al hacerlo, vio al más pequeño jugando con los largos cordones de la faja del abuelo: divertida forma de molestar en la que se entretenía el revoltoso y por la que el abuelo le reprendía y le sonreía a un tiempo. Walberg pegó al pobre niño con vehemencia; luego, cogiéndolo en brazos, le pidió:

»—¡Sonríe como él!

[...]

»Tenían medios suficientes para subsistir al menos una semana; lo cual fue motivo de consuelo para todos, como lo es para los hombres que abandonan un barco naufragado y navegan sobre una almadía desnuda con una pequeña provisión, esperando ganar la costa antes de que se agote. Toda la noche permanecieron reunidos en grave consejo, luego de cuidar Inés que los padres de su esposo quedaran confortablemente acostados en su habitación. En el transcurso de esta larga y melancólica conferencia, la esperanza renació insensiblemente en los corazones de sus miembros, los cuales meditaron poco a poco un plan para obtener recursos. Walberg debía ofrecer su talento como maestro de música; Inés y sus hijas tendrían que dedicarse a hacer labores de bordado; Everhard, que poseía un exquisito gusto por la música y el dibujo, debía hacer un esfuerzo en ambas actividades; y pedirían al afectuoso sacerdote que les ayudara a todos con su indispensable interés y recomendación. Les sorprendió la mañana en medio de sus largas deliberaciones, hallándoles enfrascados en infatigable discusión del tema.

»—No nos moriremos de hambre —dijeron los niños esperanzados.

»—Estoy seguro de que no —dijo Walberg suspirando.

»Su esposa, que conocía España, no dijo nada.

Capítulo XXVIII

*—This to me
In dreadful secrecy they did impart,
And I with them the third night kept the watch.*

SHAKESPEARE

»En esto oyeron una llamada suave, como suele llamar la benevolencia a la puerta de la desgracia, y Everhard se levantó de un salto para ir a abrir.

»—Espera —dijo Walberg distraído—, ¿dónde están los criados? —se recobró en seguida, sonrió desmayadamente, y movió la mano para indicar a su hijo que fuese.

»Era el buen sacerdote. Entró, y se sentó en silencio: nadie le dirigió la palabra. Podía haberse dicho con justicia, como de manera sublime se dijo en el original: “No hubo ni lenguaje ni palabra, pero se oían voces entre ellos..., y *se sentían también*”. El digno sacerdote se jactaba de su ortodoxia en todas las cuestiones de fe y forma prescritas por la Iglesia católica; además, había adquirido una especie de apatía monástica, de santificado estoicismo, que los sacerdotes consideran a veces como el triunfo de la gracia sobre la naturaleza rebelde, cuando en realidad es el mero resultado de una profesión que niega la naturaleza, sus objetos y sus lazos. Y así, se sentó entre la afligida familia, después de lamentarse del frío del aire matinal, y de tratar inútilmente de secarse la humedad que dijo que se le había metido en los ojos, hasta que por último sucumbió a sus sentimientos; y “alzó su voz y lloró”. Pero no eran lágrimas todo cuanto tenía que ofrecer. Al oír los planes de Walberg y su familia, prometió, con voz balbuceante, su total apoyo para llevarlos a la práctica; y al levantarse para marcharse, comentando que los fieles le habían encomendado una pequeña suma para socorrer a los infortunados, y que no sabía dónde podía emplearla mejor, dejó caer de la manga de su hábito una bolsa repleta de dinero, y se marchó apresuradamente.

»La familia se retiró a descansar cuando ya apuntaba el día, pero se levantó pocas horas después sin haber dormido. Y el resto de ese día, y los tres siguientes, los dedicaron a pedir en cada puerta donde podían esperar aliento o conseguir empleo, asistiendo el sacerdote personalmente en cada solicitud. Pero concurrían muchas circunstancias desfavorables en la mala estrella de la familia Walberg. Eran extranjeros y, a excepción de la madre, que actuaba de intérprete, desconocían la lengua del país. Era éste “un sensible mal” que casi anulaba totalmente sus esfuerzos como profesores. Eran también herejes, y esto solo bastaba para impedirles triunfar en Sevilla. La belleza de las hijas para unas familias, y la del hijo para otras, suponía una grave objeción. En otras, el recuerdo de su pasado esplendor daba un bajo y rencoroso motivo a la celosa inferioridad para ofenderles con un rechazo al que no se podía atribuir ninguna otra razón. Incansables, y sin desmayar, reemprendían su solicitud de empleo día tras día, en cada casa donde consideraban que podían

obtenerlo, y en muchas donde se les negaría; y siempre regresaban para pasar revista a lo que les quedaba, repartir la comida cada vez más escasa, calcular hasta dónde era posible reducir las exigencias de la naturaleza conforme a sus menguados medios, sonreír cuando se hablaban del mañana unos a otros, y llorar cuando pensaban en él a solas. Hay una devastadora monotonía en la miseria diaria: “El día al día transmite el mensaje”. Pero llegó uno al fin en que gastaron la última moneda, devoraron la última comida, agotaron el último recurso, borraron la última esperanza, y hasta el servicial sacerdote les dijo con lágrimas en los ojos que no podía ofrecerles otra cosa que sus oraciones.

»Esa noche, la familia permaneció sentada en profundo y estupefacto silencio durante algunas horas, hasta que la anciana madre de Walberg, que durante meses no había pronunciado más que algún confuso monosílabo y no parecía tener conciencia de lo que pasaba, de pronto, con esa presagiosa energía que anuncia que es el último esfuerzo, ese brillante destello de la vida que se va, un momento antes de su extinción total, exclamó en voz alta, dirigiéndose al parecer a su esposo:

»—Algo anda mal aquí; ¿por qué nos han traído de Alemania? Podían habernos dejado morir allí; creo que nos han traído para burlarse de nosotros. Ayer (su memoria, evidentemente, confundía las épocas de próspera y adversa fortuna de su hijo), ayer me vestían de seda, y hasta me daban de beber vino, y hoy me dan este despreciable mendrugo (y apartó el trozo de pan que le había tocado en el reparto de la miserable comida). Algo anda mal aquí. ¡Quiero volver a Alemania... y voy a volver!

»Y se levantó de su silla ante la mirada de la atónita familia que, horrorizada —como lo habría estado ante la súbita resurrección de un cadáver—, no se atrevió a oponerle una sola palabra o gesto.

»—Quiero volver a Alemania —repitió; y levantándose, dio efectivamente tres o cuatro pasos decididos y firmes, sin que nadie intentara acercarse a ella. Luego sus fuerzas, la física y la mental, parecieron abandonarla; se tambaleó, y su voz se apagó en una serie de murmullos profundos, en los que repetía—: Sé el camino... sé el camino... Si no estuviese tan oscuro... no está muy lejos donde tengo que ir; estoy muy cerca de... ¡casa!— y diciendo esto, cayó a los pies de Walberg.

»La familia corrió junto a ella, y levantó... un cadáver.

»—¡Gracias a Dios! —exclamó su hijo, mirando el cadáver de su madre.

»Y esta inversión del más fuerte sentimiento de la naturaleza, este deseo de que mueran aquellos por quienes, en otra situación, habríamos dado nuestra vida, hace que los que lo han experimentado sientan que no hay peor mal en la vida que la pobreza, ni aspiración más racional que buscar los medios de evitarla. ¡Ay!, si esto es así, ¿con qué objeto se nos ha concedido un corazón palpitante y una mente ardorosa? ¿Debe consumirse toda la energía del intelecto, y todo el entusiasmo del sentimiento, maquinando cómo afrontar o soslayar las menudas pero torturantes zozobras de la necesidad de cada hora? ¿Se ha robado el fuego del cielo para emplearlo en encender

una leña que quite el frío a los ateridos y desmedrados dedos de la pobreza?

»Perdonad esta digresión, señor —dijo el extranjero—; pero *tenía un doloroso sentimiento que me obligaba a hacerlo*.

»Luego prosiguió:

»—La familia se agrupó alrededor del cadáver; y podía haber sido un tema digno del pincel del primero de los pintores de haber presenciado el enterramiento, que tuvo lugar a la noche siguiente. Como la fallecida era hereje, no se permitió que su cuerpo descansase en suelo consagrado; y la familia, deseosa de evitar toda ocasión de ofender o llamar la atención sobre su religión, fueron los únicos que asistieron al funeral. En un pequeño vallado de la parte de atrás de su miserable morada, el hijo cavó la fosa de su madre, e Inés y sus hijas colocaron el cuerpo en ella. Everhard estaba ausente, en busca de empleo, como ellos esperaban, y el más pequeño sostenía una luz, y sonreía mientras presenciaba la escena, como si se tratase de un espectáculo organizado para su diversión. Esa luz, aunque débil, revelaba la fuerte y varia expresión de los rostros que iluminaba; el de Walberg reflejaba una agria y pavorosa alegría de que aquella a la que depositaban para que descansase se hubiese “sustraído al mal por venir”; y en el de Inés había pesar, mezclado con algo de horror, ante esta muda y profana ceremonia. Sus hijas, pálidas de dolor y de miedo, lloraban en silencio; pero reprimieron sus lágrimas, y cambió el curso entero de sus sentimientos, cuando la luz cayó sobre otra figura que apareció súbitamente entre ellos, junto a un ángulo de la fosa: era el padre de Walberg. Impaciente y cansado de estar solo, ignorante por completo del motivo, se había abierto paso, a tientas y vacilante, hasta el lugar. Y ahora, al ver a su hijo echando paletadas de tierra en la fosa, exclamó en un breve y débil esfuerzo de memoria, cayendo al suelo:

»—¡A mí también... entiérrame a mí también!; que sirva el mismo hoyo para los dos.

»Lo levantaron sus hijos y le ayudaron a regresar a la casa, donde la visión de Everhard con una inesperada provisión de alimentos les hizo olvidar los horrores de la reciente escena, y diferir una vez más, hasta el día siguiente, los temores de la necesidad. Ninguna pregunta acerca de la procedencia de estas provisiones pudo arrancar a Everhard otra explicación que la de que era un donativo de caridad. Tenía el aspecto agotado y espantosamente pálido... y absteniéndose de presionarlo con más preguntas, compartieron este maná, este alimento que parecía llovido del cielo, y se retiraron a descansar.

[...]

»Durante este período de calamidad, Inés alentó incansable a sus hijas para que se aplicaran en aquellos conocimientos en los que aún ponía ella las esperanzas de subsistir. Cualesquiera que fuesen las privaciones y desengaños del día, las dos cumplían estrictamente sus deberes musicales y demás; y las debilitadas manos acometían sus labores con la misma asiduidad que cuando la ocupación era sólo una variedad del lujo. Esta dedicación a los ornamentos de la vida cuando falta lo

necesario, estos sonos musicales en una casa donde los murmullos de la ansiedad doméstica se oyen a cada momento, esta subordinación del talento a la necesidad, perdido todo su generoso entusiasmo, y teniendo en cuenta únicamente su posible utilidad, es quizá la más amarga porfía entablada entre los requerimientos opuestos de nuestra existencia artificial y la natural. Pero ahora habían ocurrido cosas que no sólo hacían flaquear la resolución de Inés, sino que afectaban incluso a sus sentimientos más allá de su capacidad de superación. Estaba acostumbrada a oír con placer la vehemente aplicación de sus hijas a sus estudios musicales; la mañana siguiente al entierro de la abuela, al oírlas reanudar los ejercicios, sintió como si esos sonos le traspasaran el corazón. Entró en la habitación donde estaban, y las niñas se volvieron hacia ella con su habitual sonrisa, esperando su aprobación.

»La madre, con la forzada sonrisa de un corazón afligido, dijo que creía que no era momento de practicar más ese día. Las hijas la comprendieron muy bien, y dejaron de tocar; y acostumbradas a ver transformarse cualquier mueble en un medio de aportar provisiones, no pensaron sino que podían vender sus guitarras, con la esperanza de poder enseñar con la de los discípulos. Se equivocaban. Ese día surgieron otros síntomas de la pérdida de resolución, de completo y desesperado abandono. Walberg había mostrado siempre los más vehementes sentimientos de tierno respeto hacia sus padres, sobre todo hacia su padre, cuya edad sobrepasaba en muchos años a la de su madre. Al distribuir la comida ese día, mostró una especie de celos sórdidos y codiciosos que hicieron temblar a Inés. Susurró a ésta:

»—¡Cuánto come mi padre..., qué bien se alimenta, mientras que a los demás apenas nos llega para un bocado!

»—¡Prefiero que nos quedemos sin ese bocado a que le falte a padre uno solo! —dijo Inés muy bajo—; yo apenas he probado nada.

»—¡Padre, padre! —exclamó Walberg, gritándole al oído al viejo decrepito—, ¡estáis comiendo de más, mientras que Inés y los niños no han tomado nada!

»Y le quitó a su padre la comida de la mano, el cual miró con ojos ausentes y renunció al disputado bocado sin un forcejeo. Un momento después, el viejo se levantó de su silla y, con horrible y antinatural fuerza, arrebató un trozo de carne de los labios de su nieto, y se lo tragó, mientras su boca arrugada y sin dientes sonreía con una burla a la vez infantil y maliciosa.

»—¿Peleáis por vuestra cena? —exclamó Everhard, apareciendo entre ellos, soltando una carcajada violenta y salvaje—; bien, aquí tenéis bastante para mañana, y para pasado mañana.

»Y, efectivamente, arrojó sobre la mesa suficientes vituallas para dos días, aunque él tenía el aspecto *más pálido cada vez*. La hambrienta familia devoró las provisiones, y olvidó preguntar la causa de su creciente palidez y evidente languidez de sus fuerzas.

[...]

»Hacía mucho que no tenían criados, y como Everhard desaparecía todos los días

misteriosamente, las hijas tenían que hacer a veces los humildes recados familiares. La belleza de Julia, la mayor, era tan llamativa, que a menudo era su madre la que hacía los recados más modestos por ella, antes que mandarla por las calles sin protección. La tarde siguiente, no obstante, dado que estaba muy ocupada con las tareas domésticas, permitió que fuese Julia a comprar comida para el otro día, dejándole su velo a este propósito y enseñándola a ponérselo a la manera española, con la que estaba ella muy familiarizada, a fin de que se ocultase el rostro.

»Julia, que iba con paso tembloroso a cumplir su breve recado, lo llevaba algo caído; y un caballero que se cruzó con ella reparó al punto en su belleza. Lo humilde de sus vestidos y su ocupación le hizo abrigar esperanzas, y se atrevió a insinuarlas. Julia retrocedió con esa mezcla de terror e indignación de la pureza ofendida; pero sus ojos se quedaron prendidos con inconsciente avidez en el puñado de oro que relumbraba en su mano. Pensó en sus padres hambrientos..., en su propia fuerza desfalleciente y en su abandonado talento. El oro aún centelleaba ante ella; sentía... no sabía qué, y huir de determinados sentimientos es quizá la mejor victoria que podemos conseguir sobre ellos. Pero al llegar a casa, arrojó ansiosamente la escasa compra que había hecho en manos de su madre y, aunque hasta ahora había sido amable, dócil y tratable, anunció en un tono de decisión, que a su sobresaltada madre (cuyos pensamientos estaban puestos siempre en las exigencias del momento) le pareció como de una súbita locura, que prefería morirse de hambre a volver a pisar sola las calles de Sevilla.

»Al irse a dormir, le pareció a Inés oír un débil gemido, procedente de la habitación donde descansaba Everhard. Éste, dado que los padres se habían visto obligados a vender la cama de ellos, les había suplicado que dejaran a Mauricio dormir con él, alegando que el calor de su cuerpo podría sustituir la falta de mantas de su hermano pequeño. Dos veces oyó Inés esos gemidos, pero no se atrevió a despertar a Walberg, quien se hallaba sumido en ese profundo sueño que es a menudo refugio tanto de la miseria insoportable como del goce saturado. Unos momentos después, cuando hubieron cesado los gemidos, y ya estaba medio convencida de que eran sólo el eco de esas olas que parecen batir perpetuamente los oídos del infortunado, se descorrieron las cortinas de su cama, y apareció ante ella la figura de un niño manchado de sangre, el pecho, los brazos, las piernas; y exclamó:

»—¡Es sangre de Everhard... se está desangrando... Me ha manchado todo! ¡Madre, madre, levántate y sálvale la vida a Everhard!

»La figura, la voz, las palabras, le parecieron a Inés figuraciones de alguna de las terribles pesadillas que la visitaban en sueños últimamente, hasta que estas voces de Mauricio, el más pequeño y (en su corazón) su predilecto, la hicieron saltar de la cama y correr tras la pequeña figura ensangrentada que avanzaba a tientas y con los pies desnudos, hasta que llegó a la habitación contigua donde yacía Everhard. Encogida de angustia y de miedo, caminó tan calladamente como Mauricio, para no despertar a Walberg.

»La luz de la luna entraba de lleno por la ventana sin postigos del pequeño cuarto que contenía estrictamente la cama. El mueble era bastante estrecho; y en sus espasmos, Everhard se había quitado la sábana. Así que, al acercarse Inés, vio que yacía en una especie de belleza cadavérica, a la que la luna confería un efecto que habría hecho su figura digna del pincel de un Murillo, un Rosa o uno de esos pintores que, inspirados por el numen del sufrimiento, se complacen en representar las más exquisitas formas humanas en la extremidad de la agonía. Un san Bartolomé desollado, con su piel colgando en torno suyo en graciosa colgadura; un san Lorenzo asado sobre una parrilla y exhibiendo velada, medio descubierta, bajo la luz lunar. Los níveos miembros de Everhard estaban extendidos como esperando el examen de un escultor, e inmóviles como si efectivamente fuesen lo que aparentaban su color y simetría, a saber: los de una estatua de mármol. Tenía los brazos caídos sobre su cabeza, y la sangre manaba en abundancia de las venas abiertas en ambos; su cabello brillante y rizado formaba grumos con la roja sangre que brotaba de los brazos; sus labios estaban azules, y un gemido muy débil brotó de ellos al inclinarse su madre. Esta visión barrió instantáneamente en Inés todos los demás temores y sentimientos, y profirió un grito pidiendo auxilio a su esposo. Walberg, tambaleándose de sueño, entró en la habitación. Lo que vio ante sí fue suficiente. Inés sólo tuvo fuerzas para señalar a su hijo. El desdichado padre salió precipitadamente en busca de ayuda médica, que se vio obligado a solicitar gratuitamente, y en mal español, mientras sus acentos le traicionaban en cada puerta que llamaba, y que se cerraba ante él por extranjero y hereje. Por último, un cirujano-barbero (pues ambas profesiones iban unidas en Sevilla) accedió a atenderle tras muchos bostezos, y acudió debidamente provisto de hilaza y estípticos. El trayecto era corto, y no tardó en encontrarse junto a la cama del joven paciente. Los padres observaron, con indecible consternación, las lánguidas miradas de saludo, la lívida sonrisa de reconocimiento, con que Everhard le miró al acercarse el cirujano a su lecho; y cuando consiguió contener la hemorragia y le hubo vendado los brazos, intercambiaron unos susurros él y el paciente, y éste alzó su desangrada mano hacia los labios, y dijo:

»—Recordad nuestro trato.

»Al retirarse el hombre, le siguió Walberg y le pidió que le explicase qué significaban las palabras que había oído. Walberg era alemán y colérico; el cirujano, español y frío.

»—Mañana os lo diré, señor —dijo, guardando sus instrumentos—; entretanto, estad seguro de mi asistencia gratuita a vuestro hijo, y de que se recuperará. En Sevilla pensamos que sois hereje; pero ese joven bastaría para canonizar a toda la familia y redimir una montaña de pecados.

»Y con estas palabras se marchó. Al día siguiente acudió a asistir a Everhard; y lo mismo hizo varios días más, hasta que se recuperó por completo sin aceptar la más mínima remuneración, hasta que el padre a quien la miseria había vuelto receloso de todo y de nada, se apostó junto a la puerta y escuchó el horrible secreto. No lo reveló

a su esposa; pero desde ese momento se observó que su tristeza se hacía más intensa, y las conversaciones que solía sostener con su familia sobre su infortunio, y los modos de conjurarlo mediante recursos el momento, cesaron total y definitivamente.

»Everhard, ya restablecido, pero todavía pálido como la viuda de Séneca, tuvo por fin en condiciones de sumarse a las reuniones de la familia, y de aconsejar y sugerir algún recurso, con una energía mental que su debilidad física no podía vencer. Un día, al reunirse para deliberar sobre los medios de proveer sustento para el siguiente, echaron en falta por primera vez al padre. A cada palabra que se decía, se volvían hacia él para su aprobación... pero no estaba. Al fin, entró en el aposento, aunque no tomó parte en la deliberación. Se apoyó sombríamente contra la pared, y aunque Everhard y Julia volvían sus miradas suplicantes hacia él a cada frase, él desviaba taciturno la cabeza. Inés, que parecía absorta en su labor, aunque sus temblorosos dedos apenas podían manejar la aguja, hizo una seña a sus hijos para que no le importunasen. Sus voces bajaron de tono inmediatamente, y se juntaron sus cabezas. La mendicidad parecía el único recurso de la desventurada familia... y convinieron en que la tarde era el mejor período para intentarlo. El desdichado padre siguió meciéndose contra el enmaderado hasta que llegó la tarde. Inés remendó las ropas de los niños, tan deterioradas ya que cada intento de arreglarlas provocaba un nuevo desgarrón, y cada hilo que ponía parecía menos delgado que la raída trama sobre la que trabajaba.

»El abuelo, sentado aún en su amplia silla gracias al cuidado de Inés (su hijo se había vuelto muy indiferente respecto a él), la observaba mover los dedos; y exclamó, con la petulancia de la chochez:

«—¡Sí: cúbrelos de bordados, mientras yo voy lleno de harapos... de harapos! — repitió, cogiéndose las frágiles ropas que la humilde familia había podido conservar a duras penas. Inés trató de apaciguarle, y le enseñó la labor ara que viese que eran restos de antiguos vestidos de sus hijos que estaba zurziendo. Pero, con un horror indecible, vio que su esposo, irritado ante estas expresiones seniles, desfogó su frenética y terrible indignación en un lenguaje que ella trató de sofocar apremiando aún más al anciano y procurando fijar su atención en ella y en su labor. Lo logró fácilmente, y todo siguió tranquilo, hasta que llegó el momento de separarse para salir a mendigar. Entonces, un nuevo e indecible sentimiento tembló en el corazón de uno de los jóvenes vagabundos. Julia recordó el incidente de la tarde anterior; pensó en el oro tentador, las palabras halagadoras y el tono del apuesto galán. Vio a su familia pereciendo en la miseria a su alrededor, sintió cómo iban consumiéndose sus propias fuerzas, y al lanzar una ojeada por la escuálida estancia, el oro centelleó más y más vivamente en sus ojos. Una desmayada esperanza, ayudada quizá por un atisbo más desmayado aún de perdonable orgullo, brotó en su corazón. “Quizá pueda amarme — murmuró para sí—; y creo que no soy indigna de su mano —luego, la desesperación volvió a la carga—. Moriré de hambre —pensó— si vuelvo sin nada... ¡Y por qué no puedo yo beneficiar a mi familia con mi muerte! ¡Yo no sobreviviría a la vergüenza;

pero ellos sí, porque nunca lo sabrán!”. Salió y tomó una dirección distinta a la de su familia.

»Llegó la noche, y regresaron los vagabundos uno a uno lentamente... *Julia fue la última*. Sus hermanos habían conseguido una pequeña limosna cada uno, ya que habían aprendido el suficiente español para mendigar. La cara del viejo mostró una sonrisa vacía al ver sacar lo recogido; lo cual, no obstante, apenas bastaba para proporcionarle una comida al más pequeño.

»—¿Y tú, no has traído nada, Julia? —dijeron los padres.

»Julia permanecía apartada, y en silencio. Su padre repitió la pregunta con voz fuerte e irritada. Se sobresaltó ella al oírle y, avanzando precipitadamente, hundió la cabeza en el pecho de su madre.

»—Nada, nada —exclamó con voz entrecortada y sofocada—. Lo he intentado... mi débil y malvado corazón se ha sometido a la idea durante un instante pero no, ni siquiera por salvaros a vosotros de la muerte sería capaz... ¡He regresado a casa dispuesta a morir la primera!

»Sus estremecidos padres la comprendieron; y en medio de la agonía, la bendijeron y lloraron, aunque no de aflicción. Dividieron la comida, de la que Julia se negó firmemente a participar al principio, porque no había contribuido a ella, hasta que su renuencia fue vencida por la afectuosa insistencia de los demás, y accedió.

»Fue durante este reparto de lo que todos creían que iba a ser su última comida, cuando Walberg dio una de esas muestras de súbita y temible violencia de genio, rayano en la locura, que había manifestado últimamente. Pareció observar, con sombrío disgusto, que su esposa había reservado (como siempre) la porción más grande para su padre. Al principio la miró de reojo, gruñendo para sí. Luego alzó la voz, aunque no tanto como para que le oyese el sordo anciano, el cual devoraba indolentemente su sórdida comida. Después, los sufrimientos de sus hijos parecieron inspirarle una especie de violento resentimiento; y levantándose de un salto, gritó:

»—¡Mi hijo vende su sangre a un cirujano para salvamos la vida^[30]! ¡Mi hija tiembla en el mismo borde de la prostitución por procuramos comida! —luego, dirigiéndose a su padre—. ¿Y qué haces tú, viejo chocho? ¡Levántate..., levántate, y pide limosna tú también, o muérete de hambre! —y diciendo esto, alzó su mano contra el desvalido anciano. Ante este horrible espectáculo, Inés profirió un alarido, y los niños, abalanzándose, se interpusieron. El desdichado padre, furioso hasta la locura, empezó a repartir golpes a todos, que ellos soportaron sin un murmullo; luego, una vez disipada la tormenta, se sentó y lloró.

»En ese momento, para asombro y terror de todos, salvo de Walberg, el viejo, que desde la noche del entierro de su esposa no se había movido sino para ir de la silla a la cama, y eso con ayuda, se levantó de repente y, obedeciendo aparentemente a su hijo, se encaminó con paso firme hacia la puerta. Al llegar a ella se detuvo, se volvió a mirarles con un infructuoso esfuerzo de memoria, y salió lentamente; y fue tal el terror que sintieron todos ante este último gesto suyo, como de un cadáver

dirigiéndose al lugar de su enterramiento, que nadie trató de cerrarle el paso, y aun transcurrieron varios minutos antes de que a Everhard le viniera la idea de salir tras él.

»Entretanto, Inés había enviado a los niños a la cama; y sentándose todo lo cerca que pudo atreverse del desventurado padre, trató de dirigirle algunas palabras de consuelo. Su voz, que era exquisitamente dulce y suave, produjo un efecto maquinal en él. Se volvió hacia ella al principio, luego apoyó la cabeza sobre su propio brazo, y derramó en silencio algunas lágrimas; después, ocultando el rostro en el pecho de su esposa, lloró audiblemente. Inés aprovechó el momento para imprimir en su corazón el horror que sentía por la ofensa que había cometido, y le rogó que suplicase piedad a Dios por el crimen que, a sus ojos, era poco menos que un parricidio. Walberg le preguntó a qué se refería; y cuando, temblando, le dijo ella: “¡A tu padre, a tu pobre y anciano padre!”, él sonrió con una expresión de misteriosa y sobrenatural confianza que le heló la sangre; y acercándosele al oído, le susurró suavemente:

»—¡Yo no tengo padre! ¡Mi padre ha muerto..., murió hace mucho tiempo! ¡Lo enterré la noche que cavé la fosa de mi madre! Pobre viejo —añadió con un suspiro—; fue mejor para él... habría vivido sólo para llorar, y perecer de hambre, quizá. Pero te lo voy a contar, Inés, y guárdame el secreto: yo me preguntaba qué era lo que hacía que nuestras provisiones disminuyesen tanto, hasta el punto de que, lo que ayer era suficiente para cuatro, hoy no bastaba para uno. Vigilé, y finalmente descubrí (pero esto debe quedar en secreto) que un viejo duende visitaba a diario esta casa. Venía en forma de viejo harapiento y con una larga barba blanca, y devoraba cuanto había en la mesa, ¡mientras los niños permanecían a su lado hambrientos! Pero le he pegado, le he maldecido, le he expulsado en nombre del Todopoderoso, y se ha ido. ¡Oh, era un duende feroz y devorador! Pero ya no nos molestará más, y habrá bastante comida. Bastante —dijo el infeliz, volviendo involuntariamente a sus habituales asociaciones—, ¡bastante para mañana!

»Inés, sobrecogida de horror antes evidente prueba de demencia, no le interrumpió ni le puso objeción alguna; trató sólo de calmarlo, rezando interiormente por que su propio entendimiento se salvara de un muy probable deterioro. Walberg captó su mirada de desconfianza y, con el vivo recelo de la demencia parcial, dijo:

»—Si no te crees esto, menos te creerás, supongo, la historia de esa espantosa visita que recientemente se me ha hecho familiar.

—¡Oh, amor mío! —dijo Inés, que reconoció en estas palabras la fuente de todo el miedo que últimamente, debido a ciertos detalles singulares que había observado en el comportamiento de su esposo, se había apoderado de su alma, haciendo que, en comparación, el miedo al hambre resultase relativamente trivial—; tengo miedo de comprenderte demasiado bien. He podido soportar la angustia de la necesidad y el hambre, sí, y te he visto a ti soportarla también; pero las horribles palabras que acabas de pronunciar, los horribles pensamientos que se te escapan en sueños... cuando pienso en todas esas cosas, e imagino...

»—No hace falta que imagines —dijo Walberg interrumpiéndola—: Yo te lo contaré todo.

»Y mientras hablaba, su trastornada expresión se cambió en otra de perfecta cordura y serena confianza; se relajaron sus facciones, y sus ojos se volvieron firmes.

»—Todas las noches —dijo—, desde nuestra última desgracia, he andado vagando en busca de limosna, y he suplicado a todo extraño con el que me he cruzado; desde hace poco, vengo encontrándome con el enemigo del hombre, quien...

»—¡Oh, calla, amor mío; deja esos horribles pensamientos; son consecuencia de tu trastornado y desventurado estado mortal!

»—Inés, escúchame. Veo a esa figura tan claramente como te veo a ti, y oigo su voz con la misma nitidez que tú oyes la mía en este momento. La necesidad y la miseria no son naturalmente fecundas en productos de la imaginación: se aferran demasiado a las realidades. Ningún hombre que necesite una comida concibe que tiene un banquete servido ante sí, y que el tentador le invita a sentarse y comer hasta saciarse. No, no, Inés. El malo, o algún agente suyo en forma humana, me acosa todas las noches, y no sé cómo seguir resistiendo a sus asechanzas.

»—¿En qué forma se aparece? —dijo Inés, esperando desviar el cauce de sus lúgubres pensamientos fingiendo seguir su misma dirección.

»—En la de un hombre maduro, serio y grave, y sin nada notable en su aspecto, salvo el brillo de sus ojos ardientes, cuyo fulgor resulta casi insoportable. A veces los clava en mí, y siento como una fascinación en su mirada. Todas las noches me sale al encuentro, y pocos como yo podrían resistirse a sus seducciones. Me ha dicho, y me ha probado, que está en su poder concederme cuanto puede ansiar la codicia humana, a condición de que... ¡no lo puedo decir! ¡Es algo tan horroroso e impío, que aun oírlo es un crimen escasamente menor al de sucumbir a él!

»Inés, incrédula todavía, aunque imaginando que apaciguar su delirio era quizá la mejor manera de superarlo, le preguntó cuál era esa condición. Aunque estaban solos, Walberg se la dijo en voz baja; e Inés, si bien fortalecida por su juicio hasta ahora equilibrado, y su carácter frío y sereno, no pudo por menos de recordar ciertas historias que había oído de niña antes de marcharse de España, sobre un ser al que se le había concedido errar por ella, y tentar a los hombres agobiados por la extrema calamidad con tal ofrecimiento, el cual era rechazado invariablemente, aun en las últimas extremidades de la desesperación y la muerte. Inés no era supersticiosa; pero al sumarse ahora su recuerdo a la descripción de su esposo de lo que le había ocurrido, se estremeció ante la posibilidad de que estuviese expuesto a semejante tentación; y se esforzó en infundirle ánimos con argumentos igualmente apropiados, tanto si tenía trastornada la imaginación como si era verdaderamente víctima de esta espantosa persecución. Le recordó que si, aun en España, donde prevalecían las abominaciones del Anticristo y era completo el triunfo de la madre de la brujería y la seducción espiritual, había sido rechazado con tan absoluta aversión el espantoso

ofrecimiento al que aludía, su rechazo por parte de uno que había abrazado las puras doctrinas del evangelio debía ser expresado con la doble energía del sentimiento y el santo desafío.

»—Tú —dijo la heroica mujer— me enseñaste que las doctrinas de la salvación deben buscarse tan sólo en las Sagradas Escrituras; yo te creí, y me casé contigo en esa creencia. Estamos unidos menos por el cuerpo que por el alma; pues por el cuerpo, probablemente ninguno de los dos durará mucho. Tú me señalaste, no las leyendas de santos fabulosos, sino las vidas de los primitivos apóstoles y los mártires de la verdadera Iglesia. En ellos he leído, no cuentos de “humildad voluntaria” y automaceración (sufrimientos inútiles), sino que el pueblo de Dios fue “expulsado, afligido, atormentado”. ¿Nos atreveremos a quejarnos ante los que tú me has enseñado como ejemplos de sufrimiento? Soportaron el expolio de sus bienes, vagaron con sus pieles de oveja y de cabra, resistieron hasta sangrar, luchando contra el pecado. ¿Y nos lamentamos de la suerte que nos ha tocado, cuando nuestros corazones se han inflamado tantas veces leyendo juntos las Sagradas Escrituras? ¡Ay! ¿De qué sirve el sentimiento hasta que la realidad lo pone a prueba? ¡Cómo nos engañábamos a nosotros mismos creyendo que participábamos en los sentimientos de estos santos hombres, cuando estábamos muy lejos de la prueba que ellos soportaron! ¡Leíamos cómo sufrieron encarcelamientos, torturas y la hoguera! Cerrábamos el libro, y compartíamos una confortable comida, y nos retirábamos a un lecho apacible, triunfantes en el pensamiento, y saturados de todo el bien mundano, convencidos de que si las pruebas hubiesen sido nuestras, podríamos haberlas soportado igual que ellos. Ahora ha llegado *nuestra* hora: ¡una hora difícil y terrible!

»—¡Lo es! —murmuró el tembloroso marido.

»—Pero ¿vamos a retroceder por eso? —replicó su esposa—. Tus antepasados, que fueron los primeros en Alemania que abrazaron la religión reformada, derramaron su sangre y murieron en la hoguera por ella, como me has contado tantas veces; ¿puede haber mayor prueba que ésta?

»—Creo que sí —dijo Walberg, cuyos ojos giraron de manera espantosa—: ¡La de morir de hambre por ella! ¡Oh, Inés! —exclamó, cogiéndole las manos convulsivamente—, me parece que la muerte en la hoguera sería misericordiosa, comparada con las prolongadas torturas del hambre, con esta muerte que experimentamos día a día... ¡Y sin acabar de morir! ¿Qué es lo que tengo en mis manos? —exclamó, apretando inconscientemente la mano que tenía entre las suyas.

»—Es mi mano, amor mío —contestó la temblorosa esposa.

»—¿Tú mano? No... ¡imposible! Tus dedos eran suaves y frescos, pero éstos están secos; ¿es esto una mano humana?

»—Es la mía —dijo la esposa, llorando.

»—Entonces, debes estar muriéndote de hambre —dijo Walberg, despertando de su sueño.

»—Últimamente, todos nos estamos muriendo de eso —respondió Inés, satisfecha

de haber restituido el juicio de su marido, aun a costa de esta horrible confesión—. Todos... aunque yo soy la que menos ha sufrido. Cuando una familia pasa hambre, los hijos piensan en comer; en cambio, la madre piensa sólo en sus hijos. He vivido con lo mínimo que... que he podido; a decir verdad, no tenía apetito.

»—¡Chisst! —dijo Walberg, interrumpiéndola—, ¿qué ruido es ése? ¿No ha sido como un gemido agónico?

»—No; son los niños, que gimen en sueños.

»—¿Por qué gimen?

»—Gimen de hambre, supongo —dijo Inés, rindiéndose involuntariamente a la tremenda convicción de la habitual miseria.

»—Y yo aquí sentado, escuchando esto —dijo Walberg, levantándose de un salto —, oyendo el sueño de los niños turbado por los sueños del hambre, mientras que por pronunciar una palabra podría acumular sobre este piso montañas de oro, sólo a cambio de...

»—¿De qué? —dijo Inés, pegándose a él—; ¿de qué? ¡Oh, piensa a cambio de qué!; ¿qué puede recibir un hombre a cambio de su alma? ¡Oh, déjanos morir de hambre, pudrirnos ante tus ojos, antes que firmar tu perdición con ese horrible!...

»—¡Escúchame, mujer! —dijo Walberg, volviendo hacia ella unos ojos casi tan feroces y fulgurantes como los de Melmoth, y cuyo fuego, efectivamente, parecía tomado de ellos—: ¡Escúchame! ¡Mi alma está perdida! Los que mueren en las agonías del hambre no conocen ningún Dios, ni lo necesitan tampoco; si permanezco aquí, muriéndome de hambre con mis hijos, tan cierto es que blasfemaré contra el Autor de mi ser como que renunciaré a Él bajo las espantosas condiciones que me han sido propuestas. Escúchame, Inés, y no tiembles. ¡Ver a mis hijos morir de hambre será para mí el suicidio inmediato y la irremediable desesperación! En cambio, si acepto este espantoso ofrecimiento, puedo arrepentirme después... ¡puedo escapar! Hay esperanza por ese lado; ¡por el otro no hay ninguna, ninguna!... ¡Ninguna! Tus manos se ciñen a mi alrededor, ¡pero su tacto es frío! ¡Las privaciones te han consumido hasta convertirte en una sombra! ¡Muéstrame el medio de procurar otra comida, y escupiré y rechazaré al tentador! Pero ¿dónde puedo buscarla? ...¡Así que déjame que vaya a buscarle! Tú rezarás por mí, Inés... ¿verdad que sí? ¿Y los niños? ...¡No, no les dejes que recen por mí! En mi desesperación, me he olvidado de rezar, y sus oraciones serían ahora un reproche para mí. ¡Inés! ¡Inés! ¿Qué es esto, le estoy hablando a un cadáver? —efectivamente, eso parecía, ya que la desventurada se había desplomado a sus pies sin sentido—. ¡Gracias a Dios! —exclamó con energía, al verla aparentemente sin vida ante sí—. Gracias a Dios que ha sido una palabra lo que la ha matado; es una muerte más benigna que la del hambre. ¡Habría sido misericordioso estrangularla con estas manos! ¡Ahora les toca a los niños! —exclamó, mientras contendían horribles pensamientos en su vacilante y desequilibrada mente; e imaginó oír en sus oídos el rugido del mar con toda su atronadora fuerza, y vio diez mil olas estrellándose a sus pies, y cada una de ellas era

de sangre—. ¡Ahora les toca a los niños! —y se puso a buscar a tientas algún instrumento de destrucción. Al hacerlo, su mano izquierda se cruzó con la derecha y, cogiéndola, exclamó como si sintiese una espada en la mano—: Esto servirá; forcejearán, suplicarán, pero les diré que su madre ha muerto a mis pies; y entonces, ¿qué podrán decir? Veamos —se dijo el desventurado, sentándose sosegadamente—; si me imploran, ¿qué les contestaré? A Julia, a la que lleva el nombre de su madre, y al pobre Mauricio que sonríe a pesar del hambre, y cuyas sonrisas son peor que maldiciones... ¡Les diré que su madre ha muerto! —exclamó, dirigiéndose con paso vacilante hacia la puerta del aposento de sus hijos—. ¡Que ha muerto sin un golpe! Ésa será la respuesta que recibirán, y su destino.

»Mientras hablaba, tropezó con el cuerpo exánime de su esposa; y la excitación de su mente se elevó otra vez al más alto grado de consciente agonía, y gritó:

»—¡Hombres!, ¡hombres!, ¿qué son vuestros afanes y pasiones?, ¿vuestras esperanzas y temores?, ¿vuestras luchas y triunfos? ¡Miradme!, ¡aprended de un ser humano como vosotros que predica su último y pavoroso sermón sobre el cadáver de su esposa, y se acerca a los cuerpos de sus hijos dormidos que pronto serán cadáveres también!... ¡Y lo van a ser por intermedio de su propia mano! ¡Escuchadme todo el mundo! ¡Renunciad a vuestras artificiosas apetencias y deseos, y dad a quienes dependen de vosotros para sobrevivir un medio de subsistencia! ¡No existe cuidado ni pensamiento alguno, después de esto! Dejad que nuestros hijos me pidan instrucción, perfeccionamiento, distinción; me lo pedirán en vano; me considero inocente. Eso pueden procurárselo ellos por sí mismos, o exigirlo si se alistan; ¡pero nunca seré indiferente a que me pidan pan, como lo han hecho... y aún lo siguen haciendo ahora! ¡Oigo los gemidos de sus sueños hambrientos! ¡Mundo... mundo, sé prudente y deja que tus hijos te maldigan en la cara por lo que sea, menos porque les falta el pan! ¡Oh, ésta es la más amarga de las maldiciones, y la que más se siente cuando menos se profiere! ¡Yo la he sentido muchas veces, pero no la sentiré ya más! —y el desdichado se dirigió vacilando hacia los lechos de sus hijos.

»—¡Padre!, ¡padre! —exclamó Julia—; ¿son tus manos? ¡Oh!, déjame vivir, y haré lo que sea, lo que sea, menos...

»—¡Padre!, ¡padre querido! —exclamó Inés—; ¡perdónanos! ¡Mañana podremos traerte otra comida!

»Mauricio, el pequeño, saltó de la cama y gritó, agarrándose a su padre:

»—¡Oh, padre, perdóname!... pero he soñado que había un lobo en la habitación, y nos mordía en la garganta; y yo gritaba tanto, padre, que creí que nunca vendrías. Y ahora... ¡Oh, Dios!, ¡oh, Dios! —exclamó al sentir que las manos del frenético desdichado atenazaban su garganta—. ¿Eres tú el lobo?

»Afortunadamente, sus manos eran impotentes a causa de la misma convulsión de la agonía que las impulsaba a este desesperado esfuerzo. Las hijas se habían desvanecido de horror, y su desvanecimiento se asemejaba a la muerte. El pequeño tuvo la astucia de hacerse el muerto también, y se quedó tendido y con la respiración

contenida, bajo la feroz aunque perpleja garra que le atenazaba el cuello; luego se aflojó..., a continuación apretó otra vez, y después soltó su presa como al finalizar un espasmo.

»Cuando el desdichado padre creyó que todo había concluido, se retiró de la cámara. Y al hacerlo, tropezó con la cadavérica figura de su esposa. Un gemido anunció que la infeliz no había muerto.

»—¿Qué es esto? —dijo Walberg, tambaleándose en su delirio—; ¿acaso el cadáver me reprocha que les haya matado? ¿O sobrevive en él un aliento para maldecirme por no haber completado mi obra?

»Mientras hablaba, puso un pie sobre el cuerpo de su esposa. En ese momento oyó un sonoro golpe en la puerta.

»—¡Ya vienen! —dijo Walberg, cuyo frenesí le hizo pensar atropelladamente en las escenas de su imaginario asesinato, y en las consecuencias de un proceso judicial—. ¡Bien!, entrad, llamad otra vez, alzad el picaporte, o pasad como queráis; aquí estoy sentado en medio de los cuerpos de mi esposa y mis hijos; los he matado, lo confieso; venís a someterme a tortura, lo sé..., pero no importa; jamás me infligirán vuestros tormentos más agonía que la de verles perecer de hambre ante mis ojos. Entrad, entrad..., ¡la acción ya se ha consumado! Tengo el cadáver de mi esposa a mis pies, y la sangre de mis hijos en las manos..., ¿qué más puedo temer?

»Y mientras el desdichado hablaba de este modo, se derrumbó en la silla, y se dedicó a limpiarse las manchas de sangre que imaginaba que ensuciaban sus dedos. Por último, las llamadas a la puerta se hicieron más sonoras; levantaron el picaporte y entraron tres figuras en el aposento donde se hallaba Walberg. Avanzaron lentamente: dos de ellas, debido a la edad y al cansancio, y una tercera, presa de una fuerte emoción. Walberg no les oyó; tenía los ojos fijos, y las manos fuertemente entrelazadas; no movió un solo músculo cuando se le acercaron.

»—¿No nos conocéis? —dijo el primero, alzando una linterna que llevaba en la mano.

»Su luz se derramó sobre un grupo digno del pincel de Rembrandt. La habitación estaba en completa oscuridad, salvo las zonas donde se proyectaba la fuerte y viva luz. Ésta iluminó la rígida y obstinada desesperación de Walberg, que parecía petrificado en su silla. Reveló también la figura del servicial sacerdote que había sido el director espiritual de Guzmán, y cuyo semblante, pálido y macilento por los años y las austeridades, parecía luchar con la sonrisa que temblaba entre sus arrugas. Detrás de él estaba el padre de Walberg, con aspecto de completa apatía, salvo cuando, tras un momentáneo esfuerzo de memoria, movía negativamente su blanca cabeza, como preguntándose qué hacía él allí... y por qué no podía hablar. Sosteniéndole, venía la joven figura de Everhard, sobre cuyas mejillas y ojos irradiaban un brillo y fulgor demasiado resplandecientes para ser duraderos, a los que inmediatamente se pegó a su achacoso abuelo como si necesitase el apoyo que parecía prestar. Walberg fue el primero en romper el silencio:

»—Ya sé quiénes sois —dijo con voz hueca—; habéis venido a detenerme..., habéis oído mi confesión... ¿A qué esperáis? Sacadme a rastras. Yo mismo me levantaré y os seguiré si pudiese, pero siento como si hubiera echado raíces en esta silla; tendréis que tirar de mí.

»Mientras hablaba, su esposa, que había permanecido tendida a sus pies, se levantó lenta pero firmemente; y, de todo lo que vio y oyó, pareció comprender sólo el significado de las palabras de su esposo, lo rodeó fuertemente con sus brazos, como para impedirle que huyese de ella, y miró al grupo con una expresión de impotente y horrible desafío.

»—¿Otro testigo —exclamó Walberg— se levanta de la muerte contra mí? Así, pues, ha llegado el momento y trató de levantarse.

»—Deteneos, padre —dijo Everhard, adelantándose rápidamente y reteniéndole en su silla—; quedaos donde estáis; hay buenas noticias, y este buen sacerdote ha venido a traerlas: escuchadle, padre; yo no puedo hablar.

»—¡Tú!, ¡tú! Everhard —contestó el padre con una expresión de lúgubre reproche—. ¡Tú también vas a declarar contra mí! ¡Yo jamás he levantado la mano contra ti! Aquellos a quienes he matado, callan, ¿y tú quieres ser mi acusador?

»Se agruparon todos a su alrededor, en parte aterrados y en parte deseosos de consolarle; pero ansiosos todos por revelarles la nueva que embargaba sus corazones, aunque temerosos de que dicha nueva resultase una carga demasiado pesada para la frágil embarcación que oscilaba y cabeceaba ante ellos, como si la siguiente brisa fuese a ser para ella como un temporal. Por último, habló el sacerdote, quien, por las necesidades de su profesión, desconocía los sentimientos familiares y las alegrías y angustias que se hallan inseparablemente unidas a las fibras de los corazones conyugales y paternos. Ignoraba por completo lo que Walberg podía sentir como esposo o como padre, ya que jamás había sido ninguna de las dos cosas; pero sabía que las buenas noticias eran buenas noticias, fueran cuales fuesen los oídos que las recibieran y los labios que las pronunciaran.

»—Tenemos el testamento —exclamó de pronto—, el verdadero testamento de Guzmán. El otro no era —y pidió perdón a Dios y a los santos por decirlo— más que una falsificación. Hemos encontrado el testamento, y vos y vuestra familia sois los herederos de toda su fortuna. Venía a comunicároslo, pese a lo tarde que es, y tras haber obtenido con mucha dificultad permiso del superior, cuando me he encontrado por el camino a este anciano, al que conducía vuestro hijo... ¿Cómo es que sale tan tarde? —a estas palabras, observó que Walberg se estremecía presa de un breve aunque violento espasmo—. ¡Ha sido encontrado el testamento! —repitió el sacerdote, viendo el poco efecto que sus palabras parecían hacer en Walberg, y levantó la voz al máximo.

»—Han encontrado el testamento de mi tío —repitió Everhard.

»—¡Encontrado..., encontrado..., encontrado! —repitió el abuelo como un eco, sin saber lo que decía, pero repitiendo vagamente las últimas palabras que había oído,

y mirando luego a su alrededor como buscando explicación.

»—Han encontrado el testamento, amor mío —exclamó Inés, que parecía haber recobrado súbita y totalmente la conciencia ante la noticia—. ¿Es que no lo oyes, amor mío? Somos ricos... ¡somos felices! Dinos algo, amor mío, y no pongas esa mirada de ausencia... ¡dinos algo!

»Siguió un largo silencio. Por último:

»—¿Quiénes son éstos? —dijo Walberg con voz hueca, señalando las figuras que tenía ante sí, a las que miraba con expresión fija y horrible, como si contemplase una banda de espectros.

»—Tu hijo, amor mío; y tu padre... y el bondadoso sacerdote. ¿Por qué nos miras con tanto recelo?

»—¿Y por qué han venido? —dijo Walberg.

»Una y otra vez le comunicaron la noticia, en unos tonos que, trémulos a causa de diversas emociones, apenas podían expresar su significado. Finalmente, pareció tener débil conciencia de lo que le decían y, mirando en torno suyo, exhaló un hondo y pesado suspiro. Dejaron de hablar y le miraron en silencio.

»—¡Riqueza!, ¡riqueza!; llega demasiado tarde. ¡Mirad eso... mirad eso! —y señaló la habitación donde estaban los niños.

»Inés, con un horrible presentimiento en el corazón, entró precipitadamente, y vio a sus hijas tendidas aparentemente sin vida. El grito que profirió, al caer sobre sus cuerpos, hizo que el sacerdote y su hijo acudieran en su ayuda, y Walberg y el viejo se quedaron solos, mirándose el uno al otro con expresiones de completa insensibilidad: la apatía de la vejez y el estupor de la desesperación formaron un singular contraste con la frenética y loca agonía de los que aún conservaban sus sentimientos. Pasó mucho rato antes de que las hijas se recobrasen de su mortal desmayo, y mucho más, antes de que el padre se convenciese de que los brazos que le estrechaban y las lágrimas que caían sobre sus mejillas eran de sus hijos vivos.

»Toda esa noche, su esposa y familia lucharon con su desesperación. Finalmente, pareció volverle de pronto la memoria. Derramó algunas lágrimas; luego, con una minuciosidad de recuerdo a la vez singular y afectuosa, se echó a los pies del anciano, quien; mudo y agotado, seguía en su silla, y exclamó: “¡Padre, perdóname!”, y ocultó su rostro entre las rodillas de su padre.

»[...]

»La felicidad es un poderoso reconstituyente: a los pocos días, el ánimo de todos pareció recobrar el equilibrio. Lloraban a veces, pero sus lágrimas ya no eran de dolor; parecían esas lluvias matinales de una primavera hermosa que anuncian el aumento del calor y la belleza del día. Los achaques del padre de Walberg hicieron que éste decidiese no marcharse de España hasta su fallecimiento, que tuvo lugar pocos meses después. Murió en paz, bendiciendo y bendecido. Su hijo fue el único que le prestó auxilio espiritual, y un doloroso y transitorio momento de lucidez le permitió comprender y expresar su alegría y confianza en los sagrados textos que le

fueron leídos. La riqueza de la familia les había proporcionado cierta importancia, y, por mediación del bondadoso sacerdote, se les permitió enterrar el cuerpo en suelo consagrado. La familia partió entonces para Alemania, donde reside en próspera felicidad; pero aun hoy se estremece Walberg del horror, cada vez que se acuerda de las espantosas tentaciones del desconocido, a quien encontraba en sus vagabundeos nocturnos en la hora de la adversidad; y los horrores de esta vista parecen agobiar su memoria más aún que las imágenes de su familia pereciendo de necesidad.

»—Hay otros relatos relacionados con este misterioso ser —prosiguió el desconocido, que yo poseo y he recogido con gran dificultad, ya que el desventurado que se expone a sus tentaciones considera su desgracia como un crimen, y oculta, con el más ansioso sigilo, toda circunstancia de esta horrible visita. Nos reuniremos otra vez, señor, y os los contaré; y veréis cómo no son menos extraordinarios del que acabo de referiros. Pero ahora es demasiado tarde, y necesitaréis descansar después de la fatiga de vuestro viaje.

»Y dicho esto, el desconocido se retiró.

»Don Francisco permaneció sentado en su silla, meditando sobre la singular historia que había escuchado, hasta que lo avanzado de la hora, unido al cansancio y a la atención sostenida con que había seguido el relato del desconocido, le sumieron insensiblemente en un profundo sueño. Pocos minutos después le despertó un leve ruido en la habitación; y al alzar los ojos, vio sentada frente a él a otra persona, a la que no recordaba haber visto antes, pero que evidentemente era la misma a quien se le había negado aposento en esta casa la noche anterior. Sin embargo, parecía sentirse totalmente a gusto; y ante la mirada sorprendida e inquisitiva de don Francisco, replicó que era un viajero al que, por equivocación, habían introducido en este aposento; y que hallando a su ocupante dormido, y viendo que su entrada no le había turbado el descanso, se había tomado la libertad de quedarse, aunque se retiraría si su presencia era considerada una intrusión.

»Mientras hablaba, don Francisco tuvo tiempo de observarle. Había algo especial en su expresión, aunque no le resultaba fácil determinar el qué; y su ademán, aunque no era cortés ni conciliador, tenía una seguridad que parecía más resultado de la independencia de pensamiento que de los hábitos adquiridos en sociedad.

»Don Francisco le invitó grave y lentamente a quedarse, no sin una sensación de pavor a la que no lograba encontrar explicación; y el desconocido le devolvió el cumplido de un modo que no disipó esa impresión. Siguió un largo silencio. El desconocido (que no dio a conocer su nombre) fue el primero en romperlo, excusándose por haber oído casualmente, desde un aposento contiguo, la extraordinaria historia o relato que acababan de contarle a don Francisco, y que le había interesado profundamente; lo que paliaba (añadió, inclinando la cabeza con un gesto de ceñuda y renuente urbanidad) la indiscreción al escuchar una conversación no destinada a él.

»A todo lo cual no pudo replicar don Francisco con otra cosa que con

inclinaciones de cabeza igualmente rígidas (su cuerpo casi formaba ángulo agudo con sus piernas, según estaba sentado), e inquietas y recelosas miradas de curiosidad, dirigidas a su extraño visitante quien, sin embargo, permanecía inmutablemente sentado, y parecía decidido, después de todas sus excusas, a seguir allí ante don Francisco.

»Otra larga pausa fue rota por el visitante.

»—Estabais escuchando, creo —dijo—, una historia disparatada y terrible sobre un ser a quien se le ha encomendado una misión incalificable: tentar a los espíritus desventurados, en su última extremidad mortal, para que cambien sus esperanzas de futura felicidad por una breve remisión de sus sufrimientos temporales.

»—No he oído nada de eso —dijo don Francisco, cuya memoria, que era muy poco brillante, no había retenido gran cosa debido a la longitud del relato que acababa de escuchar, y al sueño en que había caído a continuación.

»—¿Nada? —dijo el visitante con una brusquedad y aspereza en el tono que hizo que su interlocutor se sobresaltase—, ¿nada? Me pareció que se mencionaba también a un ser desventurado, a quien Walberg confesó que debía sus más rigurosas pruebas... y cuyas visitas hacían que hasta las del hambre, comparadas con ellas, fuesen como polvo en la balanza.

»—Sí, sí —contestó don Francisco, sobresaltado, al venirle súbitamente a la memoria—; recuerdo que se mencionaba al diablo, o a su agente, o algo así.

»—*Señor* —dijo el desconocido interrumpiéndole, con una expresión de fiera y violenta burla que aturulló a Aliaga—; *señor*; os ruego que no confundáis a personajes que, aunque tienen el honor de estar estrechamente relacionados, son sin embargo totalmente distintos, como es el caso del diablo y agente, o sus agentes. Vos mismo, *señor*, que naturalmente como ortodoxo inveterado católico detestáis al enemigo de la humanidad, habéis actuado muchas veces como su agente; sin embargo, os ofenderíais un poco si os confundiesen con él —don Francisco se santiguó varias veces seguidas, y negó fervientemente haber actuado jamás como agente del enemigo del hombre—. ¿Os atrevéis a negarlo? —dijo su singular visitante sin elevar la voz, tal como insolencia de la pregunta parecía requerir, sino bajándola hasta hacerla susurro, al tiempo que acercaba su asiento al de su atónito compañero —; ¿os atrevéis a negar eso? ¿No habéis pecado jamás? ¿No habéis tenido un solo pensamiento impuro? ¿No os habéis permitido un fugaz sentimiento de odio, malicia, o de venganza? ¿No os habéis olvidado jamás de hacer el bien que debíais, ni habéis pensado hacer el mal que no debíais? ¿No os habéis aprovechado jamás de un mercader, ni os habéis saciado en los despojos de vuestro famélico deudor? ¿No habéis maldecido jamás de corazón, durante vuestras devociones diarias, los descarrios de vuestros hermanos heréticos, ni habéis esperado, mientras sumergíais vuestros dedos en agua bendita, que por cada gota que tocaba vuestros poros se mojaran los de ellos con gotas de fuego y azufre? ¿No os habéis alegrado nunca, al contemplar al populacho hambriento, ignorante y degradado de vuestro país, de la

desdichada y temporal superioridad que vuestra opulencia os ha concedido, ni habéis pensado que las ruedas de vuestro coche rodarían con más suavidad si el camino estuviese pavimentado con las cabezas de vuestros compatriotas? Os preciáis de ser católico ortodoxo, cristiano viejo, ¿no es cierto?; ¿y osáis decir que no habéis sido agente de Satanás? Pues yo os digo que cada vez que cedéis a una pasión brutal, a un sórdido deseo, a una impura imaginación, cada vez que pronunciáis una palabra que oprime el corazón o amarga el espíritu de vuestros semejantes, cada vez que habéis hecho pasar con dolor esa hora a cuyo transcurso podíais haber prestado alas, cada vez que habéis visto caer, sin impedirlo, una lágrima que vuestra mano podía haber enjugado, o la habéis forzado a brotar de unos ojos que podían haberos sonreído luminosos de haberlo permitido vos; cada vez que habéis hecho esto, habéis sido diez veces más agente del enemigo hombre que todos los desdichados a quienes el terror, los nervios debilitados o la visionaria credulidad han obligado a la confesión de un pacto increíble con el hacedor del mal, confesión que les ha conducido a unas llamas mucho más consistentes que las que la imaginación de sus perseguidores les destinaba una eternidad de sufrimiento. ¡Enemigo de la humanidad! —prosiguió el desconocido—. ¡Ay, cuán absurdo es ese título adjudicado al gran caudillo de los ángeles, al astro matutino de su esfera! Qué enemigo más mortal tiene el hombre que él mismo. Si se pregunta a sí mismo a quién debería otorgar en rigor ese título, que se golpee el pecho; su corazón le contestará: ¡concédelo aquí!

»La emoción con que había hablado el desconocido despertó por completo, y sacudió incluso, al indolente y encostrado espíritu del oyente. Su conciencia, como un caballo de coche estatal, sólo se aparejaba en solemnes y pomposas ocasiones, y en ellas andaba al paso, por una calzada suave y bien dispuesta, bajo suntuosos jaeces de ceremonia; ahora parecía el mismo animal, montado súbitamente por un fiero y vigoroso jinete, y hostigado por la fusta y la espuela, a lo largo de un camino nuevo y desigual. Y dado que era de por sí lento y desgano, sentía la fuerza del peso que le oprimía, y el bocado que le irritaba. Contestó con una apresurada y temblorosa negación de todo compromiso, directo o indirecto, con el poder del mal; pero añadió que reconocía haber sido demasiadas veces víctima de sus seducciones, y confiaba en alcanzar el perdón de sus descarríos por parte del poder de la Santa Madre Iglesia y la intercesión de los santos.

»El desconocido (aunque sonrió torvamente ante tal declaración) pareció aceptar la concesión; se excusó, a su vez, por el calor con que se había expresado, y rogó a don Francisco que lo interpretase como muestra de su interés en sus preocupaciones espirituales. Esta explicación, aunque pareció comenzar favorablemente, no fue seguida, sin embargo, por ningún intento de reanudar la conversación. Las partes parecieron mantenerse alejadas una de otra, hasta que el desconocido volvió a aludir al hecho de haber oído casualmente la singular conversación y subsiguiente relato en el aposento de Aliaga.

»—*Señor* —añadió con una voz cuya solemnidad impresionó profundamente a su

interlocutor—, estoy al corriente de las circunstancias relativas a la extraordinaria persona que fue atento vigilante de las miserias de Walberg y tentador nocturno de sus pensamientos sólo conocidos por él y por mí. A decir verdad, puedo añadir, sin pecar de vanidad ni presunción, que estoy tan al corriente como él mismo de cada suceso de su extraordinaria existencia; y que vuestra curiosidad, si se sintiese interesada en ello, no podría ser más amplia y fielmente satisfecha que por mí.

—Os lo agradezco, *señor* —respondió don Francisco, cuya sangre pareció helársele en las venas ante la voz y expresión del desconocido, no sabía bien por qué —; os lo agradezco, pero mi curiosidad ha quedado completamente satisfecha con el relato que ya he oído. La noche casi ha concluido, y tengo que proseguir mi viaje por la mañana; deseo, por tanto, diferir las circunstancias que me brindáis, hasta que volvamos a vemos.

»Mientras hablaba, se levantó de su silla, esperando que su gesto indicara al intruso que su presencia no era ya deseada. A pesar de esta insinuación, éste siguió clavado en su asiento. Por último, saliendo como de un trance, exclamó

»—¿Cuándo volveremos a vemos?

»Don Francisco, que no se sentía especialmente deseoso de renovar esta familiaridad, dijo al azar que se dirigía a las proximidades de Madrid, donde residía su familia, a la que no había visto desde hacía muchos años; que las etapas de su viaje eran irregulares, ya que se veía obligado a esperar noticias de un amigo y futuro pariente (refiriéndose a Montilla como futuro yerno; y mientras hablaba, el desconocido esbozó una extraña sonrisa), y también a ciertos correspondientes comerciales, cuyas cartas eran de la mayor importancia. Finalmente, añadió con voz turbada (pues el temor que le inspiraba la presencia de desconocido le envolvía como una atmósfera fría y parecía helarle hasta las palabras, en cuanto le salían de la boca), no podía —comprensiblemente— decirle cuándo tendría el honor de verle otra vez.

»—Vos no podéis —dijo el desconocido, levantándose y echándose la capa sobre el hombro, al tiempo que sus terribles ojos se volvían y miraban de soslayo al pálido interlocutor—; vos no podéis, pero yo sí. ¡Don Francisco d Aliaga, nos veremos mañana por la noche!

»Se había detenido, mientras decía esto, junto a la puerta, clavando e Aliaga unos ojos cuyo fulgor pareció más intenso en medio de la oscuridad de austero aposento. Aliaga se había levantado también; y miraba a su extraño visitante con confusos y turbados ojos, cuando éste, regresando súbitamente de la puerta, se acercó y le dijo en un susurro apagado y misterioso:

»—¿Os gustaría ver el destino de aquellos cuya curiosidad o presunción viola los secretos de ese misterioso ser, y se atreven a tocar los pliegues del velo en que su destino ha sido envuelto por toda la eternidad? ¡Si lo deseáis, mira ahí! —y diciendo esto, señaló hacia la puerta, la cual, como muy bien recordaba don Francisco, correspondía al aposento de la persona que había conocido la tarde anterior en la venta y le había relatado la historia de la familia d Guzmán (o más bien de sus

parientes), y al que se había retirado.

»Obedeciendo maquinalmente al gesto del brazo, y a la mirada terrible de desconocido, más que al impulso de su propia voluntad, Aliaga le siguió. Entraron en el aposento; era estrecho, y estaba vacío y oscuro. El desconocido sostuvo en alto una vela, cuya débil luz se derramó sobre un lecho miserable donde yacía lo que había sido la forma de un hombre vivo hacía escasas horas.

»—¡Mirad ahí! —dijo el desconocido. Y Aliaga contempló con horror la figura del ser que había estado conversando con él durante las primeras horas de esa misma noche: ¡era un cadáver!

»—¡Avanzad... mirad... observad! —dijo el desconocido arrancando la sábana que había sido única cobertura del durmiente, ahora sumido en su largo sueño definitivo—. No hay señal ninguna de violencia, ni contorsión de gesto, ni convulsión de miembro: ninguna mano humana se ha posado sobre él. Pretendía la posesión de un secreto desesperado... y lo ha conseguido; pero ha pagado por él el terrible precio que los mortales sólo pueden pagar una vez. ¡Así perecen aquellos cuya presunción excede a su poder!

»Aliaga, mientras contemplaba el cuerpo y oía las palabras del desconocido, sintió deseos de llamar a los moradores de la casa, y acusar de homicidio al desconocido; pero la natural cobardía de un espíritu mercantil, unida a otros sentimientos que no podía analizar ni se atrevía a reconocer, le contuvieron... y siguió mirando alternativamente al cadáver y al cadavérico desconocido. Éste, tras señalar elocuente mente el cuerpo muerto, como aludiendo al peligro que entrañaba una imprudente curiosidad o una vana revelación, repitió la advertencia:

»—¡Nos volveremos a ver mañana por la noche! —y se fue.

»Vencido por el cansancio y las emociones, Aliaga se sentó junto al cadáver, y permaneció en esa especie de estado de trance hasta que los criados de la venta entraron en el aposento. Se quedaron horrorizados al descubrir el cadáver en la cama, y poco menos que espantados ante el estado casi mortal en que hallaron a Aliaga. Su conocida fortuna y distinción le procuraron atenciones que de otro modo se le habrían negado a causa del temor y los celos. Extendieron una sábana sobre el cadáver, y Aliaga fue trasladado a otro aposento, donde fue atendido diligentemente por los criados.

»Entretanto, llegó el alcaide; y habiéndose enterado de que la persona que había fallecido repentinamente en la venta era desconocida, y que se trataba sólo de un escritor y hombre de ninguna importancia pública ni privada, y que la persona encontrada junto a su lecho en pasivo estupor era un rico mercader, tiró con cierta premura de la pluma, la sacó del tintero portátil colgado de su ojal, y garabateó el informe de esta sabia encuesta: “Que un huésped ha muerto en la casa no se puede negar; pero nadie podría tener a don Francisco de Aliaga por sospechoso de homicidio”.

»Al montar don Francisco sobre su mula, al día siguiente, en razón de este justo

veredicto, una persona, que al parecer no pertenecía a la casa, fue particularmente solícita en ajustarle los estribos, etc.; y mientras el obsequioso alcaide saludaba con frecuentes y profundas inclinaciones de cabeza al rico mercader (de cuya liberalidad había recibido amplia muestra, a juzgar por el color favorable que había dado a la sólida prueba circunstancial contra él, dicha persona susurró con una voz que sólo llegó a oídos de don Francisco:

»—¡Nos veremos esta noche!

»Don Francisco, al oír estas palabras, retuvo a su mula. Miró en torno suyo..., pero el desconocido había desaparecido. Don Francisco cabalgó con una sensación de pocos conocida, y quienes la han experimentado son quizá los que menos desean hablar de ella.

Capítulo XXIX

*Χαλεπον δε το φιλησαι
Χαλεπον το μη φιλησαι
Χαλεπωτερον δε παντων
αποτνυχανειν φιλθντα.*

ANACREONTE

»Don Francisco cabalgó casi todo ese día. Hacía buen tiempo, y los grandes parasoles que sus criados sostenían de vez en cuando por encima de él, mientras cabalgaba, hicieron el viaje soportable. Debido a su larga ausencia de España, le resultaba desconocido el itinerario, por lo que se vio obligado a fiar en un guía; y siendo la fidelidad del guía español tan proverbial y digna de confianza como la púnica, hacia el atardecer se encontró don Francisco exactamente donde la princesa Micomicón, de la novela de su compatriota, descubrió a don Quijote: “En medio de un laberinto de rocas”. Inmediatamente despachó a sus criados en diversas direcciones para que averiguasen qué camino debían seguir. El guía galopaba detrás todo lo deprisa que su cansada mula podía; y don Francisco, mirando en torno suyo, tras larga tardanza de sus criados, se encontró completamente solo. Ni el tiempo ni el paraje invitaban a levantar el ánimo. La tarde era bastante brumosa, muy distinta del breve y brillante crepúsculo que precede a las noches de los favorecidos climas del sur. De vez en cuando caían espesos chaparrones... no de manera incesante, sino como descargas de nubes pasajeras que se sucedían unas a otras a cortos intervalos. Dichas nubes se iban haciendo más negras y profundas por momentos, y colgaban en fantásticos festones sobre las rocosas montañas formando un tétrico paisaje a los ojos del viajero. Cuando las nubes vagaban por encima de ellas, parecían elevarse y desaparecer, y cambiar sus formas y posiciones como los cerros de Úbeda^[31], tan confusos de forma y color como las atmosféricas ilusiones que, en esa lúgubre y engañosa luz, les daban unas veces el aspecto de montañas primigenias y otras de flotantes nubes algodonosas.

»Don Francisco, al principio, dejó caer las riendas sobre el cuello de su mula, y profirió varias jaculatorias a la Virgen. Viendo que no servían de nada, que los cerros aún parecían vagar ante sus ojos desorientados, y que la mula, por otro lado, permanecía inmovible, decidió invocar a diversos santos cuyos nombres devolvió el eco de los montes con la más completa puntualidad, aunque ninguno de ellos parecía estar disponible para atender sus peticiones. Viendo el caso desesperado, don Francisco hincó espuelas en su mula, y galopó cuesta arriba por un desfiladero rocoso, donde las pezuñas del animal sacaban chispas a cada paso, y el eco de las graníticas rocas hacía temblar al jinete, temeroso de que le persiguiesen los bandidos. La mula, hostigada de este modo, siguió galopando furiosamente, hasta que el caballero, cansado ya, y algo incómodo por la carrera, tiró más fuertemente de las

riendas; entonces oyó el galope de otro jinete muy cerca de él. La mula se detuvo de repente. Dicen que los animales poseen una especie de instinto para descubrir y reconocer la proximidad de seres que no son de este mundo. Sea como fuere, el caso es que la mula de don Francisco se quedó como si le hubiesen clavado las patas al suelo, hasta que el cada vez más próximo desconocido la puso al galope, pero el perseguidor, cuya carrera parecía más veloz que la de cualquier mundano jinete, la alcanzó al poco, y unos momentos después cabalgaba una extraña figura junto a don Francisco.

»No vestía ropas de montar, sino que iba embozado de pies a cabeza con una larga capa, cuyos pliegues eran tan amplios que casi ocultaban los flancos de su animal. Tan pronto como estuvo a la altura de Aliaga, se apartó el embozo y, volviéndose hacia él, reveló el importuno rostro de su misterioso visitante de la víspera.

»—Nos volvemos a encontrar, *señor* —dijo el desconocido con su singular sonrisa— y afortunadamente para vos, creo. Vuestro guía se ha largado con el dinero que le adelantasteis por sus servicios, y vuestros criados desconocen los caminos que, en esta parte del país, son especialmente intrincados. Si queréis aceptarme como vuestro guía, tendréis motivo para alegraros de nuestro encuentro.

»Don Francisco, comprendiendo que no tenía opción, asintió en silencio, y siguió cabalgando, no sin renuencia, junto a su extraño compañero. El silencio fue roto por fin, al señalar el desconocido, a no mucha distancia, el pueblo en el que Aliaga se proponía pasar la noche, y descubrir al mismo tiempo a los criados, que regresaban junto a su señor tras haber hecho el mismo descubrimiento. Estas circunstancias contribuyeron a que Aliaga recobrara su ánimo, y prosiguiera con cierta confianza; y hasta empezó a escuchar con interés la conversación del desconocido; sobre todo, cuando observó que, aunque el pueblo estaba cerca, las revueltas del camino retrasarían su llegada varias horas. El desconocido pareció decidido a sacar el máximo provecho del interés que así había despertado. Desplegó los recursos de su rica y copiosamente dotada inteligencia; y, mediante una hábil combinación de exhibición de conocimientos generales y alusiones concretas a los países orientales donde Aliaga había residido, su comercio, sus costumbres y usanzas, y un perfecto dominio de los más pequeños detalles de la actividad mercantil, se atrajo a tal punto a su compañero, que el viaje, empezado con terror, terminó de manera encantadora; y Aliaga oyó, con una especie de placer (no exento, empero, de espantosas reminiscencias), expresar al desconocido su intención de pernoctar en la misma posada que él.

»Durante la cena, el desconocido redobló sus esfuerzos, y confirmó su éxito. Era, en efecto, un hombre que podía agradar cuando y a quien quería. Su poderoso intelecto, amplios conocimientos y exacta memoria le capacitaban para hacer deliciosa una hora de su compañía a todo aquel a quien podía interesar su genio o entretener su información. Poseía un enorme caudal de anécdotas históricas; y, por la

fidelidad de sus descripciones, parecía siempre haber estado presente en las escenas que describía. Esta noche en que los atractivos de su conversación no podían carecer de encanto, y nada los ensombrecía, tuvo buen cuidado en reprimir esos arrebatos de pasión, esas fieras explosiones de misantropía y maldición, y esa amarga y vehemente ironía con que, en otros momentos, parecía deleitarse interrumpiéndose a sí mismo y confundiendo a su oyente.

»La tarde transcurrió, pues, agradablemente; y hasta que no retiraron el servicio de la cena y colocaron la lámpara sobre la mesa junto a la que se había sentado solo el desconocido, no se alzó la horrible escena de la noche anterior como una visión ante los ojos de Aliaga. Le pareció ver el cadáver tendido en un rincón de la habitación, agitando su mano muerta, como para prevenirle que se alejase de la compañía del desconocido. Se disipó la visión, alzó los ojos... Estaban solos. Y con el mayor esfuerzo de su mezcla de cortesía y temor, se dispuso a escuchar la historia a la que el desconocido, en medio de su multivaria conversación, había aludido frecuentemente, y que había manifestado deseos de relatar.

»Dichas alusiones despertaban desagradables reminiscencias en el oyente..., pero vio que era inevitable y se armó como pudo de valor para escuchar.

»—No me entrometería en vuestra vida, señor —dijo el desconocido con un aire de grave interés que Aliaga no le había visto adoptar hasta ahora—, ni os importunaría con un relato en el que podéis sentir escaso interés, si no fuese consciente de que puede suponer la más tremenda, saludable y eficaz advertencia para vos.

»—¡Para mí! —exclamó don Francisco, escandalizándose con todo el horror de un católico ortodoxo ante estas palabras—. ¡Para mí! —repitió, profiriendo una docena de invocaciones a los santos y santiguándose el doble número de veces—. ¡Para mí! —continuó, descargando toda una andanada de fulminaciones contra todos aquellos que, atrapados en las redes de Satanás, trataban de arrastrar con ellos a los demás, en forma de herejía, brujería, o lo que fuese. Era de observar, no obstante, que ponía más énfasis en la herejía, el mal moderno, según el rigor de su mitología, que en otras causas, las cuales, pese a ser desconocidas en España, no eran menos merecedoras de la curiosidad filosófica; y profirió estas protestas (sin duda muy sinceras) con tan hostil y acusador acento, que de haber estado presente Satanás (como medio imaginaba él), casi habría estado justificado que hubiese tomado represalias. En medio de la afectada importancia que la pasión, natural o fingida, confiere siempre al hombre mediocre, sintió que se cohibía ante la salvaje risa del desconocido.

»—¡Para vos, para vos! —exclamó, tras una carcajada que más parecía la convulsión de un demonio que el júbilo, aunque frenético, de un ser humano—; para vos... ¡oh, hay metales más atractivos! El propio Satanás, aunque depravado, tiene mejor paladar que el de ponerse a roer, con sus dientes de hierro, un reseco mendrugo de ortodoxia como vos. ¡No!..., el interés que debe de tener por vos se relaciona con

otra persona, por la que deberíais sentir, si cabe, más afecto que por vos mismo. Ahora, estimable Aliaga, una vez disipados vuestros temores, sentaos y escuchad mi relato. Estáis lo bastante familiarizado, merced a los sentimientos comerciales, y a la general información a que vuestros hábitos os obligan, con la historia y costumbres de los herejes que habitan en ese país llamado Inglaterra.

»Don Francisco, como mercader, reconoció que eran comerciantes honestos y especuladores enormemente liberales en materia de negocios; pero (tras santiguarse varias veces) manifestó su completo desprecio por ellos en cuanto enemigos de la Santa Madre Iglesia, y suplicó al desconocido que creyese que renunciaría al más ventajoso contrato que jamás hubiera hecho con ellos en la línea comercial, antes que se le considerase sospechoso de...

»—Yo no os considero sospechoso de nada —dijo el desconocido, interrumpiéndole, con esa sonrisa que expresaba cosas más tenebrosas y amargas que el más fiero ceño que haya fruncido nunca la frente de un hombre—. No me interrumpáis más y escuchad, si tenéis en estima la seguridad de un ser más valioso que toda vuestra raza junta. Conocéis bastante bien la historia de Inglaterra, y sus costumbres y hábitos; los últimos acontecimientos de su historia están en boca de toda Europa.

»Aliaga guardó silencio, y el desconocido prosiguió:

HISTORIA DE LOS AMANTES

»—En una región de ese herético país existe una porción de tierra llamada Shropshire (“he hecho transacciones con mercaderes de Shrewsbury —dijo Aliaga para sí—, proporcionan género, y pagan las facturas con notable puntualidad”); allí se alzaba el castillo de Mortimer, residencia de una familia que se preciaba de ser descendiente de la época de Norman el Conquistador, y de no haber hipotecado jamás un acre, ni haber cortado un árbol, ni haber arriado la bandera de sus torres ante la proximidad del enemigo, durante quinientos años. El castillo de Mortimer había aguantado las guerras de Stephen y Matilde, había desafiado incluso a los poderes que, alternativamente (una vez por semana al menos), ordenaban su capitulación durante las luchas entre las casas de York y Lancaster, y hasta desoyó las órdenes de Ricardo y de Richmond, cuando sus sucesivas arremetidas sacudieron sus murallas, al avanzar los ejércitos de los respectivos caudillos hasta el campo de Bosworth. De hecho, la familia Mortimer se había vuelto, por su poder, su vasta influencia, su inmensa riqueza, y su independencia de espíritu, formidable para cualquier bando, y superior a todos.

»En los tiempos de la Reforma, sir Roger Mortimer, descendiente de esa poderosa familia, tomó partido vigorosamente por la causa de los reformistas; y cuando la nobleza y el pueblo de la vecindad enviaron en Navidad su habitual tributo de carne y

cerveza a sus arrendadores, sir Roger, asistido por su capellán, fue de casa en casa distribuyendo Biblias en inglés, en la edición impresa por Tyndale en Holanda. Pero su lealtad al rey prevaleció a tal punto que hizo circular con ellas la rara impresión, reproducción de su propio ejemplar, de una stampa del rey (Enrique VIII) distribuyendo ejemplares de la Biblia con ambas manos, que el pueblo, según representaba el grabado, pugnaba por coger, y parecía devorar como la palabra de vida, casi antes de tenerlas al alcance.

»Durante el corto reinado de Eduardo, la familia fue protegida y estimada; y el piadoso sir Edmund, hijo y sucesor de sir Roger, tenía abierta la Biblia en la ventana del corredor, a fin de que al pasar sus criados en sus quehaceres, como él mismo decía, “pudiesen leerla si querían”. Durante el de María, estuvieron oprimidos, confinados y amenazados. Dos de sus criados fueron quemados en Shrewsbury; y se dice que nada sino una considerable suma, adelantada para sufragar los gastos de las fiestas que se celebraron en la corte a la llegada de Felipe de España, salvó al piadoso sir Edmund del mismo destino.

»Sir Edmund, fuera cual fuese la causa a la que debió su salvación, no la disfrutó mucho tiempo. Había visto conducir a la hoguera a sus fieles y ancianos sirvientes por defender las ideas que él les había enseñado; les había asistido personalmente en ese trance espantoso, y había visto caer en las llamas las Biblias que él había tratado de poner en sus manos, y prenderse en torno a ellos... se había retirado con paso vacilante de la escena; pero la multitud, en el triunfo de la barbarie, se había congregado alrededor y le había retenido, de modo que no sólo presencié todo el espectáculo sin querer, sino que sintió el mismísimo calor de las llamas que consumieron los cuerpos de las víctimas. Sir Edmund regresó al castillo de Mortimer, y murió.

»Su sucesor, durante el reinado de Isabel, defendió enérgicamente los derechos de los reformistas, y a veces se quejó a éstos de privilegio. Dichas quejas se dijo que le costaron caras: el tribunal de abastos le impuso 3000 libras, cifra astronómica para aquellos tiempos, por la esperada visita de la reina y su corte; visita que nunca se realizó. No obstante, pagó el dinero; y se dijo que sir Criando de Mortimer allegó parte de dicha cantidad vendiendo sus halcones, los mejores de Inglaterra, al conde de Leicester, el *entonces* favorito de la reina. En cualquier caso, había una tradición en la familia según la cual cuando, en su último paseo a caballo por sus posesiones, sir Criando vio echar a volar (al romperse sus pihuelas) a su ave favorita de la mano del halconero, exclamó: “Dejadlo; él sabe el camino que conduce a la casa de mi señor de Leicester”.

»Durante el reinado de Jacobo, la familia Mortimer participó de forma más decidida. La influencia de los puritanos (a quienes Jacobo odiaba con un odio que superaba incluso el de un polemista, y recordaba con perdonable resentimiento filial como los inveterados enemigos de su desventurada madre) aumentaba a la sazón a cada hora. Sir Arthur Mortimer se hallaba junto al rey Jacobo durante la primera

representación de Bartholomew Fair, escrita por Ben Jonson, cuando el prólogo pronunció estas palabras^[32]:

*«Bienvenida sea vuestra Majestad a Fair;
Tal lugar, tales hombres, tal lenguaje y mercancía
Debéis esperar... y con ello, el celoso alboroto
De la facción de vuestra tierra,
que se escandaliza de naderías».*

»—Milord —dijo el rey (pues sir Arthur era uno de los lores del consejo privado) —, ¿qué pensáis de eso?

»—Con permiso de vuestra majestad —respondió sir Arthur—, estos puritanos, cuando cabalgaba yo camino de Londres, le cortaron la cola a mi caballo, diciendo que las cintas que la ataban recordaban demasiado el orgullo del animal que monta la furcia escarlata. ¡Quiera Dios que sus tonsuras no pasen jamás de las colas de los caballos a las cabezas de los reyes!

»Y mientras hablaba, posó casualmente su mano, con afectuosa y presagiosa solicitud, sobre la cabeza del príncipe Carlos (después Carlos I), que estaba sentado junto a su hermano Enrique, príncipe de Gales, de quien sir Arthur Mortimer había tenido el alto honor de ser padrino, como apoderado de un príncipe soberano.

»No tardaron en llegar los espantosos y turbulentos tiempos que sir Arthur había augurado, aunque no vivió para presenciarlos. Su hijo, sir Roger Mortimer, hombre que destacaba tanto en orgullo como en principios, e inmovible en ambos, arminiano^[33] de fe y aristócrata en política, celoso amigo del extraviado Laud, y compañero del alma del infortunado Strafford, estuvo entre los primeros que instaron al rey Carlos a adoptar aquellas medidas arbitrarias e imprudentes de tan funesto resultado.

»Cuando estalló la guerra entre el rey y el Parlamento, sir Roger se unió a la causa real con el corazón y la mano, allegó en vano una enorme suma para evitar la venta de las joyas de la corona de Holanda, y dirigió quinientos mesnaderos, armados a sus propias expensas, en las batallas de Edge-hill y Marstonmoor.

»Su esposa había muerto; pero su hermana, Ann Mortimer, mujer de belleza, espíritu y dignidad excepcionales, y tan adicta como su hermano a la causa de la corte, de la que fue un día su más brillante ornamento, presidía su casa; y por su talento, valor y diligencia, prestó un considerable servicio a la causa.

»Llegó el tiempo, no obstante, en que el valor y la dignidad y la lealtad y la belleza vieron fracasados sus esfuerzos; y de los quinientos bravos que sir Roger había mandado en el campo, en apoyo de su soberano, regresó con treinta heridos y mutilados veteranos al castillo de Mortimer, el catastrófico día en que el rey Carlos fue persuadido para que se pudiese en manos de los desafectos y mercenarios

escoceses, quienes le vendieron por la cantidad que adeudaban al Parlamento.

»Pronto comenzó el reinado de la rebelión, y sir Roger, legitimista destacado, sintió el más severo rigor de su poder: embargos y desafueros propios de la malevolencia, y préstamos obligados para el sostenimiento de una causa que despreciaba, agotaron las bien repletas arcas y abatieron los ánimos del anciano legitimista. Las zozobras domésticas vinieron a sumarse a sus otras calamidades. Tenía tres hijos: el mayor había caído luchando por la causa del rey en la batalla de Newbury, dejando una hija pequeña, entonces presunta heredera de la inmensa riqueza. Su segundo hijo había abrazado la causa puritana y, yendo de error en error, se había casado con la hija de un independiente, cuyo credo adoptó; y, según la costumbre de aquel tiempo, luchó todos los días a la cabeza del regimiento, y predicó y exhortó a la tropa todas las noches, en estricta conformidad con ese versículo de los salmos que le servía alternativamente de texto y de arenga: “Llevad la alabanza de Dios en vuestra boca, y una espada de dos filos en vuestra mano”. Este doble ejercicio de la espada y la palabra, sin embargo, fue demasiado para las fuerzas del santo-militante; y después de haber dirigido vigorosamente, durante la campaña irlandesa de Cromwell, el ataque al castillo de Cloghan^[34], antiguo sitio de los O’Moore, príncipes de Leix, donde fue escaldado a través de su colete de ante por una descarga de agua hirviendo desde una garita, y de arengar luego imprudentemente durante una hora y cuarenta minutos a sus soldados en el pelado páramo que rodeaba el castillo, y bajo una lluvia torrencial, murió de pleuresía a los tres días, dejando, como su hermano, una hija pequeña que había quedado en Inglaterra, y que fue educada por su madre. Se dijo en la familia que este hombre había escrito las primeras líneas del poema de Milton “sobre los nuevos forzadores de la conciencia durante el Long Parliament”. Es cierto, al menos, que cuando los fanáticos que rodeaban su lecho de muerte elevaron sus voces para entonar un himno, tronó él con su último aliento:

*Porque habéis derribado a vuestro señor prelado,
y con duros votos renunciáis a su liturgia,
para atrapar la enviudada... pluralidad;
de aquellos cuyo pecado no envidiasteis,
sino aborrecisteis, etc.»^[35]*

»Sir Roger experimentó, aunque por diferentes motivos, casi el mismo grado de emoción en la muerte de sus dos hijos. Se sintió fortalecido en la del mayor, por el consuelo que le aportaba la causa por la que había caído; en cuanto a aquella por la que había perecido el apóstata, como su padre le llamaba siempre, fue un preventivo idéntico que le impidió sentir un dolor amargo o profundo por su fallecimiento.

»Cuando el hijo mayor cayó en defensa de la causa real, y sus amigos se

congregaron a su alrededor en oficiosa condolencia, el viejo legitimista replicó, con un espíritu digno de los más orgullosos días del heroísmo clásico: “No es por mi hijo muerto por quien debo llorar, sino por mi hijo vivo”. Sin embargo, en ese momento le corrían las lágrimas por otro motivo.

»Su única hija, durante su ausencia, y pese a la vigilancia de Mrs. Ann, había sido persuadida por unos criados puritanos de una familia vecina para que oyese a un predicador independiente llamado Sandal, sargento del regimiento del coronel Pride, que predicaba en un granero del pueblo, en los intermedios de sus ejercicios militares. Este hombre era orador nato y entusiasta vehemente; y con la licencia del día, que él se permitió entre el juego de palabras y el texto sagrado, complaciéndose en la unión de ambos, este sargento-predicador se había bautizado a sí mismo con el nombre de “No-eres-digno-de-desatar-los-cordones-de-sus-zapatos, *Sandal*”.

»Éste era el texto sobre el que predicaba; y su elocuencia hizo tal efecto en la hija de sir Roger Mortimer que, olvidando la dignidad de su nacimiento y el legitimismo de su familia, unió su destino al de este hombre de humilde cuna; y, creyéndose súbitamente inspirada por tan dichosa unión, predicó también a dos mujeres cuáqueras unas dos semanas después de su matrimonio, y escribió una carta (con muy mala ortografía) a su padre, en la que le anunciaba su intención de “sufrir aflicción con el pueblo de Dios”, y denunciaba la eterna condenación de él si se negaba a abrazar el credo de su esposo; el cual credo cambió a la semana siguiente, al oír un sermón del celebrado Hugh Peters; y un mes después, al escuchar a un predicador itinerante de los *ranter*s o antinomianos^[36], que se hallaba rodeado de una tropa de licenciosos, borrachos y semidesnudos discípulos, los cuales, vociferando “somos la verdad desnuda”, acallaron a un “hombre de la quinta monarquía” que predicaba desde un tonel, al otro o del camino. Sandal fue presentado a este predicador y, hombre de pasiones violentas y de principios variables, abrazó al punto las ideas del último que había oído (arrastrando a su esposa consigo en cada abismo de dificultad polémica o política en que se precipitaba), hasta que casualmente oyó a otro predicador (éste cameroniano^[37]), cuyo constante tema, bien de triunfo o bien de consuelo, era los inútiles esfuerzos realizados, durante el reinado anterior, por el sistema episcopaliano para hacer doblar la cerviz a los escoceses; y a falta de texto repetía siempre las palabras de Archibald Armstrong, bufón de Carlos I, quien, a la primera manifestación de renuencia de los escoceses a admitir la jurisdicción episcopal, dijo al arzobispo Laud: “Mi señor, ¿quién es el loco ahora?”, impertinencia por la que se le quitó la caperuza de la cabeza, y se prohibió presencia en la corte. Así vacilaba Sandal, entre credo y credo, entre predicador y predicador, hasta que murió, dejando un hijo a su viuda. Sir Roger anunció entonces a su hija viuda su decidido propósito de no verla nunca más, aunque le prometió proteger a su hijo si lo confiaba a su cuidado. La viuda era demasiado pobre para negarse a aceptar el ofrecimiento de su abandonado padre.

»Y de este modo se reunieron en el castillo de Mortimer, en su infancia, tres

nietos nacidos bajo tan diversos auspicios y destinos. Margaret Mortimer, joven hermosa, inteligente y alegre, era la heredera de todo el orgullo, los principios aristocráticos y posiblemente de la fortuna de la familia; Elinor Mortimer, la hija del apóstata, que fue recibida más que admitida en la casa, había sido educada con toda la rigidez de su familia independiente; en cuanto John Sandal, el hijo de la familia repudiada, sir Roger lo admitió en el castillo sólo a condición de que entrara al servicio de la familia real, desterrada y perseguida en aquel entonces; con tal motivo, renovó su correspondencia con algunos legitimistas emigrados a Holanda, a fin de situar a su *protegé*, al que describía, con un lenguaje tomado de los predicadores puritanos, como “un tizón salvado del incendio”.

»Estando así las cosas en el castillo, llegó la noticia de los inesperados esfuerzos del Monje^[38] en favor de la desterrada familia. El resultado fue tan rápido como favorable. La Restauración tuvo lugar pocos días después, y la familia Mortimer fue tenida en tal estima y consideración que se expidió desde Londres un mensajero, encintado desde el talle hasta los hombros, para comunicarle la noticia. Llegó cuando sir Roger, a quien el partido imperante había obligado a despedir a su capellán acusándolo de malvado, leía personalmente las oraciones a su familia. Anunciaron el retorno y restauración de Carlos II. El anciano legitimista se levantó de su arrodillada postura, agitó su gorro (que se había quitado respetuosamente de su blanca cabeza) y, cambiando repentinamente su tono de súplica por el de triunfo, exclamó:

»—¡Señor, ahora puedes llevarte en paz a tu siervo, según tu palabra, pues mis ojos han visto la salvación!

»Dicho esto, se dejó caer en el cojín que Mrs. Ann había colocado bajo sus rodillas. Sus nietos se incorporaron y acudieron en su ayuda... Fue demasiado tarde: su espíritu había partido con esa última exclamación.

Capítulo XXX

*She sat, and thought
Of what a sailor suffers.*

COWPER.

»La noticia que ocasionó la muerte a sir Roger, de la que puede decirse que le trasladó de este mundo al otro como una bendita *eutanasia* (especie de paso de acceso fácil y altísimo, de estrecha entrada, a un aposento espacioso y diáfano, sin notar el oscuro y abrupto umbral que hay en medio), fue señal y promesa, para esta antigua familia, de la restitución de sus descoloridos honores y menoscabadas posesiones. Concesiones, devolución de incautaciones, restitución de bienes muebles y ofrecimientos de pensiones, provisiones y remuneraciones, y todo lo que la gratitud real, en la efervescencia del entusiasmo, podía otorgar, llovió sobre la familia Mortimer tan deprisa, o más, de lo que cayeron sobre ella las incautaciones, confiscaciones y embargos durante el reinado del usurpador. De hecho, las palabras del rey Carlos a los Mortimer fueron como las de los monarcas orientales a sus favoritos:

»—Pedid lo que queráis y os lo concederé, aunque sea la mitad de mi reino.

»Los Mortimer pidieron sólo lo que era suyo; y siendo más razonables, en sus esperanzas y peticiones, que la mayoría de los peticionarios de esa época, consiguieron lo que solicitaban.

»Así, Mrs. Margaret Mortimer (como se llamaba a las mujeres solteras en la época de este relato), fue reconocida otra vez como la rica y noble heredera del castillo. Le enviaron numerosas invitaciones para que acudiese a la corte, las cuales, aunque recomendadas por las cartas de diversas damas de la corte que eran amigas, tradicionalmente al menos, de su familia, y reforzadas por otra de puño y letra de Catalina de Braganza^[39], en la que reconocía las obligaciones del rey para con la casa de los Mortimer, fueron firmemente rechazadas por la digna heredera de sus honores y su espíritu.

»—De estas torres —le dijo a Mrs. Ann— partió mi abuelo al mando de sus vasallos y colonos en ayuda de su rey; a estas torres trajo a los que quedaron, cuando la causa real parecía perdida para siempre. Aquí vivió y murió por su soberano... y aquí viviré y moriré yo también. Pienso que prestaré un servicio más eficaz a su majestad residiendo en mis posesiones y protegiendo a mis colonos, incluso remendando con mi aguja —añadió con una sonrisa— los desgarrones infligidos a las banderas de nuestra casa por las balas del puritano, que si las hiciese ondear en mi carroza por Hyde Park, o me disfrazara con ellas toda la noche en el St. James^[40], aunque estuviera segura de que iba a tropezarme con la duquesa de Cleveland por un lado, y con Louise de Querouaille^[41] por otro... Es un lugar mucho más apropiado para ellas que para mí.

»Y tras esto, Mrs. Margaret prosiguió su labor de tapicería. Mrs. Ann la miró con ojos que equivalían a libros enteros; y la lágrima que tembló en ellos hizo más legibles sus líneas.

»Tras la decidida negativa de Mrs. Margaret Mortimer a ir a Londres, la familia volvió a adoptar los antiguos hábitos de sus antecesores, de majestuosa regularidad y decorosa grandeza, de modo que se convirtió en una magnífica y bien ordenada casa, de la que era cabeza y presidenta una hermosa doncella. Pero esta regularidad carecía de severidad; y la monotonía, de apatía: el espíritu de estas mujeres de alto destino estaba demasiado acostumbrado a elevados cursos de pensamiento y a imágenes de nobles proezas para sumirse en la vacuidad o deprimirse en la soledad.

»—Aún las veo —dijo el desconocido— tal como las vi una vez, sentadas en un inmenso aposento irregular, con revestimiento de roble rica y originalmente tallado, y tan negro como el ébano: Mrs. Ann Mortimer, en un hueco que terminaba en una antigua ventana cuyos cristales superiores estaban suntuosamente blasonados con las armas de los Mortimer y algunas legendarias proezas de los primeros héroes de la familia. Sobre sus rodillas descansaba un libro, que ella estimaba mucho^[42]; en él tenía clavados atentamente los ojos: la luz que entraba por la ventana cuadriculaba las páginas de oscuras letras con matices de tan vivos y fantásticos colores que parecían las hojas de algún misal espléndidamente iluminado, con toda su pompa de oro, azul y bermellón.

»A poca distancia estaban sentadas sus dos sobrinas, atareadas en sus labores, y descansando de vez en cuando su atención en la conversación, para la que tenían gran cantidad de temas. Hablaban del pobre al que habían visitado y socorrido, de las recompensas que habían distribuido entre los laboriosos y disciplinados, y de los libros que estaban estudiando, de los que se proveían en los bien repletos anaqueles de la biblioteca, donde había copiosos y nobles volúmenes.

»Sir Roger había sido hombre de letras igual que de armas. Había oído decir a menudo que, después de una bien provista armería para tiempos de guerra, había que contar con una bien surtida biblioteca para los tiempos de paz, y aun en medio de las penalidades y privaciones, se las arreglaba cada año para añadir algún volumen a los que ya tenía.

»Sus nietas, bien instruidas por él en las lenguas francesa y latina, habían leído a Mezeray, a Thuanus y a Sully. Tenían a Froissart en inglés, en la traducción en letra gótica de Pynson, impresa en 1525. En poesía, exclusivamente de clásicos, contaban principalmente con Waller, Donne y esa constelación de escritores que ilustraban el drama a finales del reinado de Isabel y comienzos del de Jacobo: Marlowe, Massinger, Shirley, Ford, *cum multis aliis*. Las traducciones de Fairfax que las habían familiarizado con los poetas continentales; y sir Roger había consentido en admitir, entre su moderna colección, los poemas latinos (los únicos entonces publicados) de Milton, por mor de aquel *In Quintum Novembris*; porque sir Roger tenía a los católicos, después de los fanáticos, en la más completa abominación.

»—Entonces se habrá condenado para toda la eternidad —dijo Aliaga—, lo cual es ya una satisfacción.

»—De manera que su retiro no carecía de elegancia ni dejaba de estar acompañado de esas delicias a la vez confortantes y enaltecidas que derivan de una juiciosa mezcla de útil ocupación y gusto literario.

»Mrs. Ann Mortimer hacía vivos comentarios de cuanto leían o conversaban. Su conversación, rica en anécdotas y precisa hasta la minuciosidad, se elevaba a veces hasta los tonos más altos de la elocuencia, cuando relataba las “hazañas de antaño”, alcanzando a menudo la sublimidad de la inspiración, mientras las reminiscencias de la religión apaciguaban y solemnizaban el espíritu con que hablaba, igual que el tiempo consagra los tintes que suaviza de las pinturas delicadas, y hace los colores que ha oscurecido más preciosos a los ojos del sentimiento y del gusto de lo que fueron en el esplendor de su temprana belleza... Su conversación era para sus sobrinas nietas a la vez historia y poesía.

»Los acontecimientos de la historia inglesa entonces no consignados gozaban de una especie de conservación tradicional, si no tan fidedigna, más vívida que los archivos de los modernos historiadores, en la memoria de quienes habían sido agentes y víctimas (términos que probablemente son sinónimos) de esos períodos memorables.

»Había una diversión entonces, desterrada por la moderna disipación actual, pero citada por el gran poeta de esa nación, a quien vuestra ortodoxia e innegable credo destinan justamente a la condenación eterna:

Sentados en las tediosas noches de invierno junto al Fuego,

[...]

y cuenta historias

De azarosos tiempos ya lejanos;

Y envían a sus llorosos oyentes a la cama,

[...]

Citábamos mil veces!

[...]

»¡Cuán fielmente guarda su carga la memoria cuando se convierte así en depositaria del dolor!..., ¡y cuán superiores son los trazos del que pinta copiando de la vida, y del corazón, y de los sentidos, a los de los que mojan la pluma en el tintero y clavan sus ojos en un montón de pergaminos, para extraer de ellos sus verdades o sus sentimientos! Mrs. Ann Mortimer tenía mucho que contar, y lo contaba bien. Si se trataba de historia, podía relatar los acontecimientos de las guerras civiles..., los cuales, evidentemente, se asemejaban a los de todas las guerras civiles, aunque recibían una excepcional fuerza de carácter y un brillante colorido de la mano que los trazaba. Hablaba de la vez que cabalgaba detrás de su hermano, sir Roger, para reunirse con el rey en Shrewsbury; y casi repitió como un eco el grito que se profirió en las calles de esa ciudad legitimista, cuando la universidad de Oxford entregó su

placa para que fuese fundida en moneda, en pro de las exigencias de la causa real. Contaba también, con gran humor, la anécdota de la reina Enriqueta al escapar con cierta dificultad de un incendio, la cual, cuando ya su vida corría peligro entre las llamas que la envolvían, retrocedió entre ellas... ¡para salvar a su perrito faldero!

»Pero de todas estas anécdotas históricas, Mrs. Ann prefería las referentes a su propia familia. Se demoraba en la virtud y el valor de su hermano sir Roger con una unción cuyo bálsamo alcanzaba a sus oyentes; y hasta Elinor, pese a sus principios puritanos, lloraba al escucharlas y Mrs. Ann hablaba de la vez que el rey se albergó una noche en el castillo, bajo la sola protección de su madre y ella, a quienes confió el rey su honor y su desventura (ya que había llegado bajo disfraz) (sir Roger estaba ausente, participando en las batallas de Yorkshire), y contaba que su anciana madre, lady Mortimer, que entonces tenía setenta y cuatro años, tras extender su más rico manto de terciopelo forrado de piel como colcha para el lecho del perseguido soberano, corrió a la armería y, presentando a los pocos criados que la habían seguido con cuantas armas pudieron encontrar, les exhortó a defender a sangre y fuego, por amor a la señora, y por sus esperanzas de salvación eterna, a su real huésped; y contaba que un grupo de fanáticos, después de robar de una iglesia toda la plata e incendiar la vicaría contigua, embriagados por su éxito, habían sitiado el castillo, gritando que se les entregase al *hombre*, que había que descuartizarle ante el Señor en Gilgal..., y que lady Mortimer llamó a un joven oficial francés del cuerpo del príncipe Ruperto, quien, con sus hombres, se había alojado en el castillo por unos días; y que este joven, de diecisiete años tan sólo, había resistido dos desesperados ataques de los asaltantes, y las dos veces se había retirado cubierto con su propia sangre y la de sus enemigos, a quienes había tratado inútilmente de rechazar; y que lady Mortimer, viendo que todo estaba perdido, aconsejó al real fugitivo que escapase, facilitándole para tal efecto el mejor caballo que quedaba en los establos de sir Roger, mientras ella regresaba a la gran sala, cuyas ventanas saltaban destrozadas ahora por la balas de cañón que silbaban y pasaban por encima de su cabeza, y cuyas puertas sucumbían ante las barras de hierro y otros instrumentos que un herrero puritano, a la vez capellán y coronel de la facción, les había facilitado y enseñado a utilizar; y contaba cómo lady Mortimer cayó de rodillas ante el joven francés, y le exhortó a que resistiese hasta que el rey Carlos estuviese a salvo y libre y lejos de allí; y cómo el joven francés hizo todo cuanto un hombre podía hacer; y, finalmente, cuando el castillo, tras una hora de tenaz resistencia, cedió al asalto de los fanáticos, se tambaleó cubierto de sangre a los pies del gran sillón que esta anciana dama ocupaba inmóvil (paralizada por el terror y el agotamiento), y dejando caer la espada *por primera vez*, exclamó: *J'ai fait mon devoir!*, y expiró a sus pies; y cómo su madre siguió sentada en la misma actitud rígida, mientras los fanáticos saqueaban el castillo, se bebían los vinos de la bodega, clavaban sus bayonetas en los cuadros de familia a los que llamaban los ídolos de los palacios, disparaban contra el enmaderado, y convertían a la mitad de las criadas según sus propios métodos, y al ver que su

búsqueda del rey había sido infructuosa, y por el mero deseo de destrozar, estaban a punto de efectuar una descarga de artillería en el salón, cosa que lo habría hecho saltar en pedazos, mientras lady Mortimer seguía en su inmóvil silla... cuando, dándose cuenta de que la pieza de artillería apuntaba casualmente hacia la mismísima puerta por la que el rey Carlos había salido del salón, pareció recobrar de repente la memoria y, levantándose de un salto y colocándose ante la boca del cañón, exclamó: “¡Hacia ahí no! ¡No dispararéis hacia ahí!”; y dicho esto, cayó muerta al suelo. Cuando Mrs. Ann contaba estas y otras espeluznantes historias sobre la magnanimidad, lealtad y sufrimientos de sus ilustres mayores, en una voz que, alternativamente, se henchía de energía y temblaba de emoción, y señalaba, mientras las contaba, cada lugar donde habían sucedido..., sus jóvenes oyentes sentían un profundo estremecimiento en el corazón, un orgulloso aunque suave júbilo hasta ahora no experimentado por el lector de una historia escrita, aunque sus páginas sean tan auténticas como las más refrendadas por el cronista real de Madrid.

»Tampoco estaba Mrs. Ann Mortimer menos preparada para compartir con interés sus estudios más ligeros. Cuando se trataba de la poesía de Waller, podía enumerar los encantos de su Sacharissa —lady Dorothea Sidney, hija dd conde de Leicester—, a quien conocía bien, compararlos con los de su Amoret, lady Sophia Murray^[43]. Y al comparar las prendas de estas dos heroínas, hacía una descripción tan fiel de sus opuestos estilos de belleza, entraba tan minuciosamente en los detalles de sus vestidos y continentes, e insinuaba tan patéticamente, con un misterioso suspiro, que había *una* en aquel entonces en la corte, a la que Lucius, el valeroso, el ilustrado y el culto lord Falkland, había comentado que era muy superior a ambas, que sus oyentes sospecharon que se trataba de ella misma, y que había sido una de las más brillantes estrellas de esa galaxia cuyas apagadas glorias parpadeaban aún en su memoria... y que Mrs. Ann, en medio de su devoción y patriotismo, guardaba todavía un tierno recuerdo de las galanterías de esa corte donde había pasado su juventud, y, sobre la que la belleza, el magnífico gusto y la *gaieté* nacional de la malograda Enriqueta habían derramado una luz tan deslumbrante como efímera. Margaret y Elinor la escuchaban con igual interés, pero con muy diferentes sentimientos. Margaret, hermosa, alegre, arrogante y generosa, y parecida a su abuelo y a la hermana de éste tanto en el carácter como en el físico, podía haber seguido escuchando eternamente narraciones que, al tiempo que confirmaban sus principios, conferían una especie de santidad a los sentimientos que regían su corazón, y hacían de su entusiasmo una especie de virtud a sus ojos. Aristócrata en política, no concebía que la virtud pública pudiera elevarse más allá de un ferviente afecto por la casa de los Estuardo; en cuanto a su religión, jamás le había causado tribulación alguna: rigurosamente unida a la Iglesia anglicana, como lo fueron sus antecesores desde su instauración, tal adhesión incluía no sólo todas las gracias de la religión, sino todas las virtudes de la moral; y no concebía que pudiese haber majestuosidad en el soberano, lealtad en el súbdito, valor en el hombre o virtud en la mujer, a menos que se hallasen en el seno de la

Iglesia anglicana. Estas cualidades, junto con otras que les son inherentes, las había imaginado siempre en coexistencia con la inquebrantable adhesión a la monarquía y al episcopado, y válidas sólo en los personajes heroicos de su estirpe cuyas vidas, e incluso sus muertes, proporcionaban un delicioso placer a la joven descendiente cuando las escuchaba... mientras que todas las cualidades opuestas, y cuanto el hombre puede odiar, o la mujer despreciar, se le habían representado como inscritos instintivamente en los partidarios de los republicanos y del presbiterianismo. Así, pues, sus sentimientos y sus principios, su poder de razonamiento y los hábitos de su vida, todo seguía un mismo cauce; y no sólo era incapaz de conceder un posible desvío de dicho cauce, sino que ni siquiera podía imaginar que hubiese otro para quienes creían en Dios, o reconocían algún tipo de poder humano. Dudaba tanto que pudiese venir bien alguno de ese Nazareth que ella execraba, como dudaría un antiguo geógrafo si alguien le hubiese enseñado América en un mapa clásico. Así era Margaret.

»Elinor, por otra parte, se crió en medio de un clamor de perpetua disputa; porque la casa de la familia de su madre, donde pasó sus primeros años, era, según palabras del profano de aquellos tiempos, un almacén de escrúpulos en el que personajes piadosos de todas las filiaciones pronunciaban sus contradictorias conferencias; con lo que su espíritu despertó muy pronto a las diferencias de opinión y a la oposición de principios. Acostumbrada a oír estas diferencias y oposiciones, expresadas frecuentemente con la más irrefrenable violencia, jamás se había permitido como Margaret la espléndida aristocracia de la imaginación, que lo sacrificaba todo a ella, y hacía pagar tributo a la prosperidad y a la adversidad, por igual, al orgullo de su triunfo. Desde que fue admitida en la casa de su abuelo, el espíritu de Elinor se había vuelto más humilde y paciente, más dócil y abnegado. Obligada a oír desacreditar las opiniones por las que ella sentía afecto, y difamar a las personas que ella respetaba, permanecía sentada en reflexivo silencio; y equilibrando los dos extremos que estaba obligada a presenciar, llegó a la recta conclusión de que ambas partes debían de ser buenas, aunque estaban oscurecidas o deterioradas por la pasión y el interés, y de que sin duda había grandes y nobles cualidades en ambos partidos, donde tanta fuerza intelectual y energía física se había exhibido por ambos lados. No podía creer que estos claros y poderosos espíritus fuesen a permanecer eternamente opuestos en sus futuros destinos. Le gustaba considerarlos como hijos que habían “regañado por el camino”, equivocando la dirección hacia la casa del padre, pero que se alegrarían juntos a la luz de su presencia, y se reirían de las diferencias que les habían separado durante el trayecto.

»A pesar de la influencia de su temprana educación, Elinor había aprendido a apreciar las ventajas de su vida en el castillo de su abuelo. Le gustaba la literatura y la poesía. Poseía imaginación y entusiasmo, cualidades que encontraban la más hermosa satisfacción en medio del escenario pintoresco e histórico que rodeaba al castillo, las soberbias historias que se contaban entre sus muros, cuya confirmación parecía gritar

cada piedra, y el heroico y caballeresco carácter de sus habitantes, con quienes parecían conversar los retratos de sus nobles antepasados, abandonando sus marcos suntuosos, cuando se contaban los relatos en presencia de ellos. Ésta era una atmósfera muy distinta de aquella en la que había pasado su niñez. Los sombríos y estrechos aposentos, exentos de todo ornamento, e incapaces de despertar otras asociaciones que las de un tenebroso futuro, los hábitos toscos, los rostros austeros, el lenguaje conminatorio y la furia polémica de sus moradores o invitados, imprimieron en ella un sentimiento que se reprochaba a sí misma, pero no suprimía; y aunque se mantenía rígidamente calvinista en su credo, y escuchaba siempre que podía los sermones de los pastores no conformistas, había adoptado en sus ocupaciones los gustos literarios, y en sus modales la grave cortesía que la convertían en descendiente de los Mortimer.

»La belleza de Elinor, aunque de estilo totalmente distinto de la de su prima, era sin embargo de la más grande y delicada índole. La de Margaret era exuberante, pródiga y triunfal: a cada instante exhibía una gracia consciente, cada mirada exigía homenaje, y lo obtenía tan pronto como lo exigía. La de Elinor era pálida, contemplativa, conmovedora; tenía el cabello negro como el azabache, y los mil rizos con que, según la moda de la época, se lo trenzaba, parecían enroscados por la mano de la naturaleza: colgaban tan suaves y sombreados que parecían un velo ocultando el semblante de una monja, hasta que se los retiraba, y resplandecían entre ellos unos ojos de oscura y deslumbrante luz, como estrellas en medio de las sombras profundas del crepúsculo. Llevaba el rico vestido que prescribía el gusto y los hábitos de Mrs. Ann, la cual jamás había descuidado, ni siquiera en las horas de extrema adversidad, lo que podría llamarse el rigor de su aristocrática indumentaria, y habría considerado poco menos que una profanación de la solemnidad haber acudido a sus oraciones, aunque se hubiesen celebrado (como le gustaba a ella decir) en el salón del castillo, menos ataviada de rasos y terciopelos, los cuales, como las antiguas armaduras, podrían haberse tenido en pie sin la ayuda de su humano habitante. Había una cadencia dócil y suave en las moduladas armonías de forma y movimientos de Elinor, una graciosa melancolía en su sonrisa, una trémula dulzura en su voz, una súplica en su mirada, de suerte que el corazón que se negaba a responder era incapaz de contener un hálito de vida en su interior. Ninguna cabeza de Rembrandt, en medio de sus contrastados lujos de luces y sombras, ninguna forma de Guido, revoloteando en exquisita y elocuente ondulación entre la tierra y el cielo, podrían haber competido con el matiz y naturaleza del semblante y la forma de Elinor. Sólo había una pincelada que añadir a la pintura de su belleza, y ésa no la daba la gracia física ni el encanto exterior. La recibía de un sentimiento tan puro como intenso, tan inconsciente como profundo. El fuego secreto que ardía en sus ojos con ese esplendor radiante, a la vez que confería palidez a sus jóvenes mejillas, que consumía su corazón al tiempo que la hacía imaginar que estrechaba en sus brazos a un joven querubín, como la desventurada reina de Virgilio..., ese fuego era un misterio incluso

para ella misma: sabía que sentía, pero no sabía qué era lo que sentía.

»Al principio de ser admitida en el castillo, y ser tratada con suficiente *hauteur* por su abuelo y la hermana de éste, que no podían olvidar la humilde condición y fanáticos principios de la familia de su padre, recordaba que, en medio de la apabullante grandeza y austera reserva de su recepción, su primo, John Sandal, fue el único que le habló con ternura o volvió hacia ella unos ojos que transmitían consuelo. Elinor le recordaba como el hermoso y dulce joven que había iluminado todas sus empresas, y había compartido todos sus esparcimientos.

»A temprana edad, John Sandal había abrazado la carrera de la mar, y desde entonces no había vuelto a visitar el castillo. Con la Restauración, los recordados servicios de la familia Mortimer, y la nombrada fama del valor y habilidad del joven, habían granjeado a éste un puesto distinguido en la armada. La importancia de John Sandal aumentó ahora a los ojos de su familia, de la que al principio fue tan sólo un huésped tolerado; y hasta Mrs. Ann Mortimer comenzó a manifestar cierto deseo de tener noticias de su valiente sobrino John. Cuando hablaba así, la luz de los ojos de Elinor se posaba en su tía con un fulgor tan rico como el sol del verano en un paisaje de atardecer; pero sentía, al mismo tiempo, una opresión, una indefinible suspensión del pensamiento, de la palabra, casi del aliento, que sólo aliviaban las lágrimas que ella dejaba correr libremente, una vez que se retiraba de la presencia de su tía. No tardó este sentimiento en convertirse en otro de más profundo y agitado interés. Estalló la guerra con los holandeses, y el nombre del capitán John Sandal, a pesar de su juventud, pareció destacar entre los de los oficiales designados para ese memorable servicio.

»Mrs. Ann, acostumbrada a oír los nombres de su familia unidos a las emocionantes noticias de las más heroicas proezas, sentía el júbilo de espíritu que experimentara en otro tiempo, junto con más felices asociaciones, y más venturosos augurios. Aunque de edad avanzada y muy menguadas fuerzas, se observó que durante las informaciones de la guerra, y mientras escuchaba relatos sobre el valor de su pariente y su rápido encumbramiento, su paso se hacía firme y elástico, su alta figura alcanzaba la estatura de su juventud, y un ligero rubor asomaba a veces a sus mejillas, con un matiz tan rico y encendido como cuando le murmuraron los primeros suspiros de amor sobre sus jóvenes rosas. La magnánima Margaret, que compartía el entusiasmo que fundía todo sentimiento personal en la gloria de su familia y de su país, oía hablar de los peligros a que se exponía su primo (al que apenas recordaba) con una arrogante confianza de que los afrontaría tal como ella misma habría hecho, de haber sido, como él, el último descendiente varón de la familia de los Mortimer. Elinor temblaba y lloraba... y cuando estaba sola, rezaba fervorosamente.

»Se pudo observar, sin embargo, que el respetuoso interés con que hasta ahora había escuchado las leyendas de la familia, tan elocuentemente relatadas por Mrs. Ann, se había convertido ahora en una inquieta e insaciable ansiedad por escuchar las historias de los héroes marinos que habían enaltecido la historia de la familia.

Felizmente, encontró en Mrs. Ann una narradora que tenía poca necesidad de hurgar en su memoria, y menos aún de recurrir a su inventiva, para trenzar espléndidas historias de aquellos cuyo hogar eran las profundidades, y cuyo campo de batalla era la inmensidad del océano. En medio de la galería tapizada de retratos familiares, señalaba el parecido de muchos intrépidos aventureros a quienes las noticias sobre las riquezas y aventuras del recién descubierto mundo habían incitado a forjar especulaciones a veces disparatadas y desastrosas, a veces prósperas hasta más allá de los dorados sueños de la codicia.

»—¡Qué arriesgado!, ¡qué peligroso! —murmuraba Elinor, estremeciéndose.

»Pero cuando Mrs. Ann contó la historia de su tío el especulador literario, el culto erudito, el valiente y esforzado de la familia, que había acompañado a sir Walter Raleigh en su catastrófica expedición y había muerto años más tarde de aflicción por la desastrosa muerte de éste, Elinor, con un estremecimiento de horror, se cogió al brazo de su tía, enfáticamente extendido hacia el retrato, y le suplicó que lo dejase. El decoro de la familia era tan grande que no pudo tomarse esta libertad sin pretextar una indisposición; así lo hizo puntual aunque débilmente, y Elinor se retiró a su aposento.

»Desde febrero de 1665, a partir de la primera referencia a las empresas de De Ruyter, hasta el animado período en que se asignó al duque de York el mando de la flota real, todo fue ansiosa y expectante excitación, y elocuentes digresiones sobre las antiguas hazañas y vehementes esperanzas de nuevos honores, por parte de la heredera de los Mortimer y de Mrs. Ann, y de profunda y muda emoción por la de Elinor.

»Llegó la hora, y se despachó un correo de Londres al castillo de Mortimer con noticias, en las que el rey Carlos, con esa espléndida cortesía que casi le redimía de sus vicios, se declaraba personalmente interesado, tanto más cuanto que a ello se añadían los honores de la leal familia, cuyos servicios apreciaba tan altamente. La victoria había sido completa, y el capitán John Sandal, según la frase que la afición del rey a las costumbres y lengua francesas comenzaba a hacer popular, “se había cubierto de gloria”. En medio de lo más intrincado de la lucha, en una embarcación sin cubierta, había llevado un mensaje de lord Sandwich al duque de York bajo una lluvia de balas, cuando los oficiales más viejos se habían negado rotundamente a llevar a cabo tan peligrosa misión; y cuando, a su regreso, el barco de Opdam, el almirante holandés, saltó en pedazos, John Sandal se lanzó al mar, en medio del cráter de la explosión, para salvar a los náufragos medio ahogados y medio quemados que se agarraban a los fragmentos abrasados o se hundían en las hirvientes olas. Más tarde, cuando cumplía otra pavorosa misión, se había interpuesto entre el duque de York y la bala de cañón que hirió al conde de Falmouth, lord Muskerri y a Boyle, y cuando cayeron todos allí mismo, quitó con mano firme los sesos y cuajarones de sangre de que el duque de York estaba cubierto de pies a cabeza. Al acabar de leer esto Mrs. Ann Mortimer, con muchas pausas, debido a su vista debilitada por los años

y emborronada por las lágrimas... y terminar, en fin, la larga y laboriosa lectura, exclamó:

»—¡Es un héroe!

»Elinor susurró para sí, temblando: «¡Es un cristiano!».

»Dado que los detalles de tal suceso marcaban una especie de época en una familia tan retirada, imaginativa y heroica como la de los Mortimer, el contenido de la carta firmada por la propia mano del rey fue leído una y otra vez. Se convirtió en tema de conversación durante sus comidas, y motivo de estudio y comentario cuando estaban solas. Margaret insistía mucho en la valentía de la acción, y medio imaginaba ver la tremenda explosión del barco de Opdam. Elinor se repetía: “¡Se lanzó en medio de las olas hirvientes para salvarles la vida a los hombres que había vencido!”. Y transcurrieron meses, antes de que la brillante visión de la gloria, y de la agradecida realeza, palidciera en la imaginación de ellas; y cuando esto ocurrió, como en el caso de Micyllus, dejó miel en las pestañas de la soñadora.

»A partir de la llegada de estas nuevas, se operó un cambio en los hábitos y costumbres de Elinor tan sorprendente que se convirtió en objeto de atención para todos salvo para ella misma. Su salud, su sueño y su imaginación fueron presa de indefinibles fantasías. Las queridas escenas del pasado, las encantadoras visiones de su dorada niñez, parecían contrastar terrible e insensatamente en su imaginación con imágenes de matanzas y de sangre, de cubiertas de barco sembradas de cadáveres, y de un joven y terrible conquistador saltando a zancadas por encima, en medio de lluvias de balas y nubes de fuego. Sus mismos sentimientos vacilaban entre estas impresiones tan opuestas. Su razón no soportaba la súbita transición del sonriente y amable compañero de su niñez al héroe del agitado mar, de naciones y navíos incendiados, de ropas ensangrentadas, del fragor de la batalla y los gritos.

»Permanecía sentada y, hasta donde su vagabunda fantasía se lo permitía, intentaba conciliar las imágenes de esos recordados ojos, cuyo fulgor se posaba en ella como el azul oscuro de un cielo de verano nadando en una luz mojada de rocío, con el destello que despedían los ojos febriles del conquistador, cuyo brillo era tan mortal como su espada. Le veía, tal como estuvo una vez sentado junto a ella, sonriendo como la primera mañana de primavera... y ella le sonreía a su vez. El cuerpo delgado, los suaves y elásticos movimientos, el beso de la niñez que rozaba como el terciopelo y olía como el bálsamo, se transformaban súbitamente, en sus sueños (porque todos sus pensamientos eran sueños), en la espantosa figura de un ser empapado en sangre y salpicado de sesos y cuajarones. Y Elinor, medio gritando, exclamaba: “¿Es ése al que yo amaba?”. Así, su mente, vacilando entre tan opuestos contrastes, comenzó a sentir que se soltaban sus amarras. Iba a la deriva de roca en roca, y cada una de ellas abría una nueva vía de agua.

»Elinor renunció a sus habituales reuniones con la familia; se quedaba sentada todo el día y gran parte de la noche en su propio aposento. Se hallaba éste en una torre solitaria que sobresalía tanto de las murallas del castillo que tenía ventanas en

tres lados. Allí se sentaba Elinor para recibir el viento, soplara de donde soprase, e imaginaba oír en sus gemidos los gritos de los marineros ahogándose. Ni la música de su laúd, ni la que Margaret pulsaba con dedo más fuerte y brillante, lograban sacarla de este melancólico abandono.

»—¡Chisst! —decía a las dueñas que la asistían—. ¡Chisst! ¡Dejadme escuchar el viento! Hace flamear muchos estandartes de victoria... y suspira sobre muchas cabezas caídas.

»Se asombraba de que alguien pudiese ser a la vez tan amable y tan feroz, temía que los hábitos de su vida hubiesen convertido *al ángel de su páramo* en un bravo pero brutal hombre de mar, ajeno a los sentimientos que habían vuelto al hermoso muchacho tan indulgente con los errores de ella, tan propiciatorio entre ella y sus orgullosos parientes, tan servicial en todas sus distracciones, tan necesario para su misma existencia. Los acentos de esta vida de ensueño armonizaban pavorosamente, para Elinor, con el sonido del viento al chocar contra la torre del castillo, o al barrer los bosques, que gemían y se inclinaban bajo sus terribles visitas. Y esta vida recluida, este intenso sentimiento, este profundo y arraigado secreto de su callada pasión, guardaban quizá una espantosa e indescriptible relación con esa aberración de la mente, esa postración a la vez del corazón y el entendimiento, a la que vemos manifestar, según los agentes que son pulsados, “el gusto de la vida por la vida, o de la muerte por la muerte”. Elinor tenía toda la intensidad de la pasión, combinada con toda la devoción de la religión; pero no sabía qué rumbo tomar, ni qué temporal seguir. Temblaba y retrocedía dudosa de su pilotaje, y dejaba el timón a merced de los vientos y las olas. Poca clemencia encuentran los que se abandonan a las tempestades del mundo de la mente: más les valdría hundirse de una vez en el tumulto de las tenebrosas aguas, durante su violento e invernal furor; así, llegarían pronto al cielo donde estarían a salvo.

»Tal era el estado de Elinor, cuando la llegada de la que durante mucho tiempo había sido una extraña en la vecindad del castillo, causó honda sensación en sus habitantes.

»La viuda Sandal, madre del joven marino, que hasta ahora había vivido en el anonimato en interés de la pequeña fortuna que sir Roger le legara (con la estricta condición de no visitar jamás el castillo), llegó súbitamente a Shrewsbury, que apenas distaba una milla de allí, y manifestó su intención de fijar allí su residencia.

»El afecto de su hijo había derramado sobre ella, con la profusión del marino y el cariño del hijo, todas las recompensas por sus servicios... menos su gloria; y en relativa opulencia, y honrada y señalada como la madre del joven héroe que tanto había subido en el favor real, la sufrida viuda tomó su morada, otra vez, cerca del hogar de sus antepasados.

»En esta época, cada paso que daba el miembro de una familia era objeto de ansiosa y solemne consulta por parte de los que se consideraban cabeza de ellos, y hubo una especie de capítulo en el castillo de Mortimer con motivo de este singular

movimiento de la viuda de Sandal. El corazón de Elinor latió con violencia durante el debate; se sometió, no obstante, a la decisión final de que la severa sentencia de sir Roger no debía extenderse más allá de su muerte, y que una descendiente de la casa de los Mortimer no debía vivir jamás abandonada casi bajo la sombra de sus murallas.

»Así que se le rindió solemne visita, la cual fue gratamente acogida: hubo mucha cortesía estirada por parte de Mrs. Ann para con su sobrina (a la que llamó prima, según la antigua moda inglesa), y un debido grado de retrospectiva humildad y decoroso pesar por parte de la viuda. Se despidieron ablandadas, si no complacidas, la una con la otra, y la comunicación así abierta fue persistentemente mantenida por Elinor, cuyas semanales visitas de cumplido se convirtieron muy pronto en diarias visitas de interés y de hábito. El objeto de los pensamientos de ambas era tema de conversación de una sola; y como suele suceder, la que no decía nada era la que más sentía. Los detalles de las hazañas de él, la descripción de su persona, la afectuosa enumeración de las promesas de su niñez, y las gracias y dones de su juventud, eran aspectos peligrosos para la que escuchaba, a la que la sola mención de su nombre le producía una embriaguez de corazón de la que difícilmente se recobraba en horas.

»No se observó que disminuyese la frecuencia de estas visitas cuando corrió el vago rumor, que la viuda pareció creer, más bien con esperanza que por probabilidad de que el capitán estaba a punto de visitar la vecindad del castillo. Una tarde de otoño, Elinor, que no había podido ir en todo el día a ver; su tía, se puso en camino acompañada sólo por su doncella y su criado. Había un sendero retirado a través del parque que daba acceso a una pequeña puerta en el límite cercano a donde vivía la viuda. Elinor, al llegar, se encontró con que su tía había salido, y le informaron que había ido a pasar la tarde con una amiga de Shrewsbury. Elinor dudó un momento; luego, recordando que esta amiga era una grave y circunspecta viuda de uno de los caballeros de Cromwell, muy respetada, sin embargo, y conocida también de ellas, decidió ir allí. Y al entrar en el salón, que era espacioso, aunque oscuramente iluminado por un anticuado ventanal, se sorprendió al verlo concurrido por un número poco corriente de personas, algunas de las cuales estaban sentadas, aunque la mayoría se agrupaba en el amplio rincón del ventanal; y entre ellas, Elinor vio una figura que destacaba más por su estatura que por su actitud o pretensión: era la de un joven alto y delgado, de unos dieciocho años, con un hermoso niño en brazos, al que acariciaba con una ternura que parecía asociada más con el retrospectivo afecto del hermano que con la anticipada esperanza de la paternidad. La madre del niño, orgullosa de la atención que le dedicaban a su hijo, daba, sin embargo, las usuales excusas incrédulas de que la criatura molestaba.

»—¡Molestarme! —dijo el joven, en un tono que hizo pensar a Elinor que era la primera vez que oía música—. ¡Oh, no!; si supierais cuánto me gustar los niños..., cuánto tiempo hacía que no había apretado uno contra mi pecho y cuánto tiempo pasará hasta que vuelva a tener otro en brazos...

»Y desviando la cabeza, la inclinó sobre el bebé. La estancia estaba muy oscura debido a las crecientes sombras del atardecer, aumentadas por el efecto del oscuro enmaderado de las paredes; pero en ese momento, la última claridad de la tarde otoñal, con todo su rico y difuso esplendor, entraba por el ventanal, derramando sobre cada objeto una luz dorada y purpúrea. El rincón de aposento en el que Elinor se había sentado permanecía en la más oscura sombra. Entonces vio distintamente la figura que su corazón pareció reconocer antes que sus sentidos. El pelo abundante, del más rico color castaño (su plumosa cima teñida por la luz parecía el halo de una cabeza gloriosa), colgaba según la moda de la época, en tirabuzones sobre el pecho, y medio ocultaba la cara del niño, que parecía anidado en él.

»Su uniforme era de oficial de marina: espléndidamente adornado de encajes, y con la soberbia insignia de una orden extranjera, galardón de alguna intrépida proeza; y mientras el niño jugaba con estas cosas, y miraba luego hacia arriba como para descansar sus deslumbrados ojos en la sonrisa de su joven protector, Elinor pensó que nunca había contemplado la semejanza y el contraste tan conmovedoramente unidos: era como un cuadro de delicados matices, donde los colores están tan suavizados y combinados unos con otros, que el ojo no percibe transición alguna al pasar de una brillante tonalidad a otra, tan exquisita e imperceptible es la gradación; era como una delicada pieza musical, en la que el arte del modulador impide que nos demos cuenta de que pasa de una clave a otra, y tan suaves son los tonos intermedios de la armonía interpretada, que el oído no sabe dónde vaga, pero donde sea, siente que su camino es placentero. El fresco encanto del niño, casi asimilado a la belleza del joven acariciador, y contrastado sin embargo con el alto y heroico aire de su figura, y los adornos de su uniforme (que era deslumbrante), símbolos todos de hechos de peligro y de muerte, pareció a la imaginación de Elinor el ángel de la paz descansando en el pecho del valor, y susurrando que sus trabajos estaban hechos ya. La voz de la viuda la despertó de su arrobamiento.

»—¡Sobrina, aquí está tu primo John Sandal!

»Elinor se sobresaltó, y recibió el saludo de su pariente, tan repentinamente presentado, con una emoción que, si la privó de las gracias corteses que debían haber embellecido su acogida al distinguido desconocido, le dio al menos otras más conmovedoras de timidez.

»Se besaron según las formas que la época admitía, y hasta sancionaba (formas explotadas desde entonces); y cuando Elinor sintió la presión de unos labios tan rojos como los suyos, tembló al pensar que esos mismos labios habían dado la orden de ataque a seres sedientos de sangre, y que el brazo que la rodeaba tan tiernamente había apuntado armas mortales, con irresistible y terrible puntería, contra pechos que palpitaban con todas las fibras de los afectos humanos. Amaba a su joven pariente, pero tembló en los brazos del héroe.

»John Sandal se sentó junto a ella, y a los pocos momentos la melodía de su voz, la amable facilidad de su actitud, los ojos que sonreían cuando los labios permanecían

cerrados, y los labios cuya sonrisa era más elocuente en silencio que el lenguaje de los más resplandecientes ojos, le hicieron sentirse gradualmente feliz... Trató de conversar, pero se detuvo a escuchar; trató de alzar los ojos, pero se sintió desfallecer, como los adoradores del sol, bajo el resplandor que la miraba... *y evitó mirar a los ojos que podían ver*. Había una suave, alada, pero muy seductora luz en aquellos ojos azul intenso que descendían sobre ella, como la luna que flota sobre un hermoso paisaje. Y había una fresca y elocuente ternura en los acentos de su voz, que ella había esperado oír sonar como el trueno que desarmaban y dulcificaban las palabras casi hasta el regalo. Elinor, sentada, absorbía el veneno por cada conducto de sus sentidos: por el oído, y los ojos, y el tacto, pues su pariente, con una perdonable, y para ella imperceptible libertad, le había tomado la mano mientras le hablaba. Y habló mucho, pero no de guerra ni de sangre, escenarios donde él había destacado tanto, ni de hechos cuya simple alusión habría despertado interés y dignidad; sino de su regreso a la familia, del placer que sentía de volver a ver a su madre y de las esperanzas que abrigaba de no ser una visita indeseada en el castillo. Preguntó por Margaret con afectuosa seriedad, y por Mrs. Ann con respetuosa circunspección; y al mencionar los nombres de sus parientas, hablaba como alguien cuyo corazón llegaba antes que sus pasos y era capaz de hacer de cualquier lugar donde descansara un hogar para sí y para los demás. Elinor podía haber seguido escuchándole eternamente. Los nombres de los parientes que ella amaba y veneraba sonaban en su oído como una música, pero lo avanzado de la noche le advirtió de la necesidad de regresar al castillo, donde se observaban los horarios escrupulosamente; y cuando John Sandal se ofreció a acompañarla, no encontró ya motivo para demorarse más.

»Había parecido que estaba oscura la habitación mientras permanecieron sentados, pero la luz del crepúsculo era aún rica y purpúrea en el cielo cuando salieron camino del castillo.

»Elinor tomó el sendero del parque y, absorta en sus nuevos sentimientos, fue insensible por primera vez a la belleza del bosque, a la vez sombría y resplandeciente, suavizada por los matices de un colorido otoñal, y gloriosa con la luz del atardecer... hasta que atrajeron su atención las exclamaciones de su compañero, quien parecía extasiado ante lo que contemplaba. Esta sensibilidad ante la naturaleza, este nuevo y reciente sentimiento para percibir la belleza, en alguien a quien ella creía endurecido por las escenas de lucha y terror, a quien su imaginación había pintado como *más apto para cruzar los Alpes, que para complacerse en la Campania*... la conmovieron hondamente. Trató de contestar, pero no pudo...; recordó cómo su viva sensibilidad le permitía expresar más certeramente la admiración que los demás manifestaban, y se maravilló de su propio silencio, ya que ignoraba su causa.

»Ya cerca del castillo, el paisaje se hizo sublime hasta más allá de la imaginación del pintor cuyos ojos hayan soñado en una puesta de sol en climas extraños. El inmenso edificio se hallaba envuelto en sombras; todos sus variados y fuertemente destacados perfiles de torres y pináculos, atalayas y almenas, se fundían en una densa

y sombría masa. Aún se veían las distantes colinas, con sus cimas cónicas, claramente recortadas en el oscuro azul del cielo, y sus picos retenían un matiz purpúreo tan brillante y hermoso que parecía como si la luz deseara demorarse allí, y al marcharse, hubiese dejado ese tinte como promesa de un glorioso amanecer. Los bosques que rodeaban el castillo se alzaban negros y con una apariencia tan sólida como la propia mole del edificio. A veces, temblaba como un resplandor de oro por encima del frondoso follaje de sus cimas; por último, a través de un claro que se abría entre los negros y corpulentos troncos de los árboles, penetró una última oleada de rica y esplendorosa luz, convirtió cada hoja de hierba en una fugaz esmeralda, se detuvo un momento ante su hermosa obra, y desapareció. El efecto fue tan instantáneo, brillante y evanescente, que Elinor apenas tuvo tiempo de proferir una exclamación, al extender el brazo hacia donde la luz había caído tan viva y fugazmente. Alzó los ojos hacia su compañero, con esa conciencia plena de perfecta simpatía que hace que las palabras parezcan torpes, comparadas con el oro puro de la mirada. Su compañero lo había visto también. No dejó escapar exclamación alguna, ni señaló con el dedo: sonrió, y su semblante fue como el de un ángel. Pareció reflejar y responder al último adiós del día, como si dos amigos se despidiesen sonriéndose mutuamente. No fueron sólo sus labios los que sonrieron: los ojos, las mejillas, cada rasgo participó de esa esplendorosa luz que irradió de su semblante, y todo contribuyó a la combinación de esa armonía para la mirada, que con tanta frecuencia es deliciosamente perceptible, como la combinación de las más exquisitas voces con la más perfecta modulación lo es para el oído. La sonrisa, y el escenario donde fue *expresada* quedaron grabados en el corazón de Elinor hasta la última hora de su existencia mortal. Anunciaba a la vez un espíritu que, como la antigua estatua, respondía a cada rayo de luz que incidía en ella con una voz de melodía, y combinaba el triunfo de las glorias de la naturaleza con las profundas y tiernas dicha del corazón. No hablaron más durante el resto del trayecto, pero hubo más elocuencia en su silencio que en muchos discursos.

»[...]

»Casi se había hecho de noche antes de que llegaran al castillo. Mrs. Ann recibió a su distinguido pariente con altiva cordialidad, y un afecto mezclado de orgullo. Margaret dio la bienvenida más bien al héroe que al pariente; John, tras las ceremonias de salutación, se volvió a descansar en la sonrisa de Elinor. Habían llegado precisamente en el momento en que el capellán iba leer las oraciones de la tarde: práctica tan estrictamente arraigada en el castillo que ni aun la llegada de un extraño interfirió en su observación. Elinor estuvo atenta a este momento con especial solicitud; sus convicciones religiosas eran profundas, y, en medio de toda la vívida exhibición, por parte del joven héroe de sus más dulces afectos, y las más puras sensibilidades por las que nuestra desdichada existencia puede encarecerse o embellecerse, temía ella todavía que tuviese que andar mucho la religión — compañera de pensamientos hondos y hábitos solemnes—, antes de encontrar cobijo en el corazón de un marino. La última duda se disipó de su mente al ver la intensa

pero muda devoción con que John tomó parte en el rito de la familia. Hay algo muy noble en la visión de la devoción masculina. Ver esa forma eminente, que jamás ha inclinado la cabeza ante hombre alguno, humillarse hasta el suelo ante Dios, contemplar las rodillas, cuyas articulaciones son como el diamante bajo la influencia de la fuerza mortal o de la amenaza, tan flexibles como las de un niño en presencia del Todopoderoso, ver las manos entrelazadas y levantadas, escuchar el fervoroso aliento, sentir el sonido del alma mortal al arrastrarse por el suelo junto al arrodillado guerrero..., éstas son cosas que conmueven a un tiempo los sentidos y el corazón, y sugieren la espantosa y patética imagen de toda la energía física postrada ante el poder de la Divinidad. Elinor lo contempló incluso hasta el punto de olvidarse de sus propias devociones; y cuando sus blancas manos, que parecían no haber empuñado jamás arma alguna de destrucción, se entrelazaron con devoción, y una de ellas se alzó ocasionalmente para apartar los ondulados rizos que ocultaban su rostro, Elinor creyó que contemplaba a la vez la fuerza angélica y la angélica pureza.

»Al concluir el servicio, Mrs. Ann, tras repetir su solemne bienvenida a su sobrino, no pudo por menos de expresar su satisfacción por la devoción que había mostrado; pero mezcló, en esas palabras, una especie de incredulidad acerca de que los hombres acostumbrados a la lucha y al peligro pudiesen albergar sentimientos religiosos. John Sandal inclinó la cabeza ante las palabras elogiosas de Mrs. Ann, y descansando una mano sobre su espadín, y apartando con la otra los espesos rizos de su abundante cabello, se puso firme ante ella con la actitud del héroe y el cuerpo del adolescente. Un rubor se extendió por su joven semblante, al decir en un tono a la vez trémulo y vehemente:

»—Querida tía, acusáis de olvidar la protección del Todopoderoso a los que más la necesitan. “Los que descienden a la mar en naves, los que navegan por las inmensas aguas”, son los que más derecho tienen a sentir, en su hora de peligro, que “el viento y la tormenta llenan su palabra”. Un hombre de mar sin creencia ni esperanza en Dios es peor que un hombre de mar sin cartas ni piloto.

»Mientras hablaba, con esa trémula elocuencia que hace sentir la convicción casi antes de oírla, Mrs. Ann le tendió su seca pero todavía nívea mano para que la besase.

Margaret le presentó la suya también, como una heroína a un caballero feudal; y Elinor se volvió y lloró embargada por una deliciosa congoja.

»[...]

»Cuando estamos decididos a descubrir la perfección en una persona, tenemos siempre el convencimiento de que lo vamos a conseguir. Pero Elinor necesitaba poca ayuda del lápiz de la imaginación para colorear el objeto que se había impreso con trazo imborrable en su corazón. El carácter y la naturaleza de su pariente se revelaban poco a poco, o más bien iban aflorando merced a causas externas y accidentales; pues una timidez casi femenina le impedía siempre hablar mucho, y cuando lo hacía, el último tema que tocaba era el de sí mismo. Se abría como una flor: los suaves y sedosos pétalos se desplegaban imperceptiblemente ante los ojos, y los colores se

iban haciendo más intensos cada día, y más rico su perfume, hasta que Elinor se sintió deslumbrada por su esplendor y embriagada por su fragancia.

»Este deseo de descubrir excelencias en la persona que amamos, y de identificar la estima y la pasión en la unión de la belleza moral y la gracia física, es una prueba de que el amor es de muy ennoblecedora índole; de que, si bien la corriente se puede enturbiar por múltiples causas, el manantial al menos es puro; y de que el corazón capaz de sentirlo intensamente posee una energía que puede un día ser recompensada por un objeto más brillante y un fuego más sagrado que los que la tierra haya podido producir (y la naturaleza encender) jamás.

»[...]

»Desde la llegada de su hijo, la viuda Sandal revelaba un notable grado de ansiedad, y una especie de inquieta precaución frente a algún invisible mal. Ahora frecuentaba asiduamente el castillo. No podía ser ciega al creciente afecto de John y Elinor, y su único pensamiento era cómo evitar su unión, la cual podía afectar al interés del primero, y a la propia importancia de sí misma.

»Había logrado enterarse por medios indirectos del testamento de Sir Roger; y empeñó toda la fuerza de una mente que poseía más habilidad que fuerza, y de un temperamento que tenía más pasión que energía, en realizar las esperanzas que el documento sugería. El testamento de Sir Roger era extraño por demás. Privado de su hija Sandal, y del hijo más joven, padre de Elinor, por los lazos que ambos habían contraído, parecía que su deseo más vehemente era unir a sus descendientes, e invertir la fortuna y la posición de la casa de los Mortimer en la última de sus representantes. Por tanto, había legado sus inmensas posesiones a su nieta Margaret, en caso de que se casara con su pariente John Sandal; pero si John se casaba con Elinor, éste sólo percibiría la fortuna que le correspondía a ella, de 5000 libras. Pero si se daba el caso de que Sandal no llegara a casarse con ninguna de sus primas, la parte más grande de las propiedades iría a parar a un pariente lejano que llevaba el apellido de Mortimer.

»Mrs. Ann Mortimer, previendo el efecto que esta oposición entre el interés y el afecto podía producir en la familia, había guardado en secreto el contenido del testamento..., aunque Mrs. Sandall había descubierto por medio de los criados del castillo, y su mente lucubraba febrilmente en torno a este descubrimiento. Era una mujer demasiado familiarizada con la necesidad y las privaciones para temer otros males que la continuación de éstas, y demasiado ambiciosa de las recordadas distinciones de su temprana vida, para no recurrir a lo que fuese con tal de recuperarlas. Sentía unos celos personales y femeninos de la altiva Mrs. Ann y de la noble y hermosa Margaret que eran irreconciliables; y rondaba por las murallas del castillo como el espectro que gime pidiendo que se le admita de nuevo en el lugar del que ha sido arrojado, y pena y no cesa hasta ver cumplida su reincorporación.

»Si unimos a todos estos sentimientos la inquietud de la ambición material por su hijo, que podía encumbrarse a una noble herencia o hundirse en una relativa

mediocridad según su elección, podemos inferir fácilmente el resultado; y la viuda Sandal, una vez decidida a seguir hasta el fin, sintió pocos escrúpulos en cuanto a los medios. La necesidad y la envidia le habían despertado un insaciable apetito por recobrar los esplendores de su antigua posición; y la falsa religión le había enseñado cada sombra y penumbra de la hipocresía, cada bajeza del artificio, cada sesgo de la insinuación. En su variada vida había conocido el bien, y había elegido el mal; y ahora estaba decidida a interponer un obstáculo insalvable en esa unión.

»[...]

»Mrs. Ann se preciaba aún de tener bien guardado el testamento secreto de sir Roger. Veía el intenso y expuesto sentimiento que John y Elinor parecían sentir el uno por el otro; y, con un ánimo debido en parte a su magnanimidad, y en parte a la novelería (porque Mrs. Ann había sido muy aficionada a los romances caballerescos de su época), había esperado con satisfacción que la felicidad de esta unión se viese muy poco turbada por la pérdida del señorío, las tierras, los inmensos beneficios y los antiguos títulos de la familia de los Mortimer.

»Aunque estimaba muchísimo tales distinciones, caras a toda noble mentalidad, más aún estimaba la unión de dos corazones fervientes y espíritus gemelos que, pasando por encima de las doradas manzanas que hallaban sembradas a su paso, avanzaban con inquebrantable ardor hacia el premio de la felicidad.

»Se fijó el día de la boda de John y Elinor: se confeccionaron los trajes nupciales, fueron invitados los numerosos y nobles amigos, se decoró el salón del castillo, sonaron las campanas de la iglesia parroquial con alegres y musicales repiques, y los criados, vestidos con casaca azul, aderezaron solícitos y adornaron los recipientes de bebida destinados a ser vaciados y llenados frecuentemente por los numerosos invitados sedientos. La propia Mrs. Ann sacó con sus manos, de un gran cofre de ébano, un vestido de raso y terciopelo que había llevado en la corte de Jacobo I, durante la boda de la princesa Isabel con el príncipe palatino, con el que se casó, y al que, para utilizar la frase de un escritor contemporáneo, “embridó tan bien, y le sentó a ella tan maravillosamente”; de manera que Mrs. Ann, mientras se vestía, creyó tener ante sí la espléndida visión de la real esposa flotando otra vez ante sus debilitados ojos en oscuro aunque esplendoroso fausto. La heredera iba también espléndidamente ataviada, aunque se observó que sus frescas mejillas estaban más pálidas incluso que las de la novia, y la sonrisa que lució toda la mañana reflejaba una falta de alegría, y parecía más el esfuerzo de una determinación que la expresión de la felicidad. La viuda Sandal delataba una considerable agitación, y abandonó el castillo a hora temprana. El novio aún no había aparecido, y la concurrencia, tras esperar en vano durante algún tiempo, se dirigió a la iglesia, donde suponían que les estaría esperando impaciente.

»La cabalgata fue magnífica y numerosa: la dignidad e importancia de la familia de los Mortimer había atraído a todos los que aspiraban a la distinción de ser presentados; y era tal el esplendor feudal que asistía a las nupcias de una familia

linajuda que los parientes, aunque lejanos en sangre o en residencia, acudían desde sesenta millas a la redonda; y así, “esa memorable mañana estaba presente una hueste de amigos suntuosamente ataviados y asistidos”.

»La mayoría de la concurrencia, incluidas las mujeres, iba montada a caballo, cosa que, al tiempo que hacía parecer mayor el número de los que desfilaban, acrecentaba la tumultuosa magnificencia de la comitiva. Iban algunos vehículos pesados, mal llamados coches, de aspecto indeciblemente incómodo, pero suntuosamente dorados y pintados, cuyos cupidos de las portezuelas habían sido restaurados para esta ocasión. Dos nobles subieron a la novia a su palafrén; Margaret cabalgaba junto a ella galantemente acompañada, y Mrs. Ann, que vio otra vez cómo nobles caballeros competían por su ajada mano y ajustaban las riendas de seda de su caballo, sintió revivir las ya descoloridas glorias de su familia, y encabezó el pomposo cortejo con tanta dignidad de porte, y tanto esplendor de belleza marchita, a la vez distinguida e irresistible, como si aún participase en la brillante marcha nupcial de la princesa palatina. Llegaron a la iglesia; la novia, los parientes, la espléndida compañía, el ministro..., todos menos el novio estaban allí. Hubo un largo y penoso silencio. Varios caballeros de la comitiva partieron rápidamente a caballo en todas las direcciones en que consideraron probable encontrarle; el pastor se quedó junto al altar, hasta que, cansado de estar de pie, se retiró. La multitud de los pueblos vecinos, junto con los numerosos asistentes, llenaba el patio de la iglesia. Sus aclamaciones eran incesantes; el calor y el alboroto se hicieron insoportables, y Elinor pidió que se le permitiese retirarse unos momentos a la sacristía.

»Había una ventana que daba a la carretera, y Mrs. Ann ayudó a la novia a acercarse a ella con paso vacilante, tratando de aflojarse la toca y el velo de costoso encaje. Al asomarse Elinor a la ventana, oyó el tronar de pezuñas de un caballo a todo galope por el camino. Miró maquinalmente: el jinete era John Sandal; éste lanzó una mirada de horror hacia la pálida novia; y clavando profundamente sus espuelas, desapareció en un instante.

»[...]

Un año después de este suceso, se vio pasear, o más bien vagar, dos figuras en la vecindad de una pequeña aldea de una remota región de Yorkshire. El paraje era pintoresco y atrayente; pero estas figuras paseaban en medio del escenario como seres que, si aún tenían ojos para la naturaleza, habían perdido el corazón para ella. La pálida y delgada forma, joven y, no obstante, marchita, cuyos oscuros ojos emiten luz en un rostro frío y blanco como el de una estatua, y cuyos encantos juveniles parecen haber sido arrebatados, como los del lirio que florece demasiado pronto en primavera y es destruido por la escarcha de la traicionera estación cuyos susurros lo habían invitado primero a germinar: es Elinor Mortimer; y la figura que camina junto a ella, tan tiesa y rectangular que parece como si su movimiento fuese regulado por un mecanismo, cuyos ojos penetrantes, dirigidos tan derechamente hacia delante que no ven, ni los árboles de la derecha ni el páramo de la izquierda, ni el cielo de arriba

ni la tierra de abajo, ni otra cosa sino una confusa visión de mística teología ante ellos, cabalmente reflejada en su fría luz contemplativa, es la puritana hermana soltera de su madre, con quien ha ido a fijar su residencia. Su vestido está ordenado con tanta precisión como si un matemático hubiera calculado los ángulos de cada pliegue; cada alfiler sabe cuál es su sitio, y cumple con su deber, las trenzas enroscadas en sus oídos no permiten a un solo cabello flotar sobre su estrecha frente, y su amplia capucha, ajustada a la manera de las piadosas hermanas que salieron a caballo al encuentro de Prynne a su regreso de la picota confiere una sombra aún más impenetrable a su rígido semblante; un lacayo de desdichado aspecto va detrás de ella cargado con una enorme Biblia, tal como recordaba ella haber visto a lady Lambert y lady Desborough dirigirse a sus oraciones, asistidas por sus pajes, mientras ella seguía orgullosamente su marcha, distinguida como la hermana de ese hombre piadoso y poderoso del evangelio llamado Sandal. Desde el día de sus frustradas nupcias, Elinor, con ese sentimiento ofendido de orgullo virginal que ni aun la angustia de su corazón destrozado podía extinguir, había experimentado una indecible ansiedad por abandonar el escenario de su afrenta y desventura. En vano se opusieron su tía y Margaret, quienes, horrorizadas ante el suceso de esas desastrosas nupcias, y completamente ignorantes de la causa, le habían suplicado, con toda la energía del afecto, que fijase su residencia en el castillo, dentro de cuyas murallas prometieron no consentir jamás que volviese a poner los pies el que la había abandonado. Elinor respondió a las apasionadas insistencias tan sólo con anhelantes y afectuosas presiones de su frías manos, y con lágrimas que temblaban en sus pestañas, sin fuerza para caer.

»—¡Te quedarás con nosotras! —dijo la amable y noble Margaret—; ¡no irás a dejarnos!

»Y apretó las manos de su prima con ese afecto cordial que es una bienvenida tanto para el corazón como para el hogar de la anfitriona.

»—Queridísima prima —dijo Elinor, contestando por primera vez a esta afectuosa súplica con débil y desmayada sonrisa—, tengo tantos enemigos entre estos muros que no puedo enfrentarme a ellos sin poner en peligro mi vida.

»—¡Enemigos! —repitió Margaret.

»—Sí, querida prima: no hay lugar que él haya visitado, ni paisaje que haya contemplado, ni eco que haya repetido el sonido de su voz, que no lance sus dardos contra mi corazón; y quienes desean que yo viva no deberían ver con agrado que siga encerrada aquí.

»Ante la vehemente congoja con que pronunció estas palabras, Margaret no pudo replicar de otra manera que con sus lágrimas; y Elinor emprendió el viaje a casa de la hermana de su madre, una rígida puritana que residía en Yorkshire.

»Cuando se dio al coche orden de ponerse en marcha, Mrs. Ann, ayudada por sus criadas, salió al puente levadizo a despedir a su sobrina con solemne y afectuosa cortesía. Margaret lloró desconsoladamente, Y de manera audible, asomada a una

ventana, y agitó la mano a Elinor. Su tía no derramó una sola lágrima hasta que no estuvo lejos de la presencia de las criadas; pero cuando todo hubo terminado, “entró en su cámara, y allí lloró”.

»Cuando el coche se hallaba ya a unas millas del castillo, salió detrás un criado montado en un veloz caballo, a todo galope, para llevarle a Elinor su laúd, que se dejaba olvidado. Se lo tendió; y tras contemplado unos momentos con una expresión en la que el recuerdo luchó con el dolor, ordenó que al punto le rompiesen las cuerdas, y prosiguió el viaje.

»El retiro en el que se recluyó Elinor no le trajo la tranquilidad que ella esperaba. Así es como el cambio de lugar nos defrauda siempre con la atormentadora esperanza de consuelo, mientras seguimos agitándonos en el lecho febril de la vida.

»Iba con la débil esperanza de sentir despertar sus sentimientos religiosos... de unirse, en medio de la soledad y el desierto donde lo había conocido por primera vez, con el esposo divino, que jamás la dejaría como la había dejado el mortal. Pero no lo encontró allí; ya no oyó la voz de Dios en el jardín, quizá porque su sensibilidad religiosa había disminuido, o porque aquellos de quienes había recibido ella la impresión no tenían el poder de renovarla, o porque el corazón, agotado en su persecución de un objeto mortal, no ve repuestas sus fuerzas tan pronto para volverse hacia la imagen de celestial beneficencia, y cambiar en un instante lo visible por lo invisible, lo sentido y presente por lo futuro y desconocido.

»Elinor regresó a casa de la familia de su madre con la esperanza de renovar sus antiguas imágenes, pero encontró sólo las palabras que habían transmitido esas ideas, y en vano buscó a su alrededor las impresiones que una vez habían sugerido. Cuando llegamos, así, a comprender que *todo* —incluso los más solemnes asuntos— ha sido ilusión y que el mundo futuro parece abandonarnos juntamente con el presente, y que nuestro corazón, con todas sus traiciones, no nos ha engañado más que lo hicieron las falsas impresiones que hemos recibido de nuestros instructores religiosos, somos como la deidad del cuadro del gran artista italiano, que tiende una mano hacia el sol y otra hacia la luna, pero no toca ninguno de los dos astros. Elinor había imaginado o esperado que las palabras de su tía le harían revivir sus habituales asociaciones; pero se vio decepcionada. Es cierto que no ahorra esfuerzo alguno; cuando Elinor deseaba leer algo, le facilitaba solícitamente la *Confesión* de Westminster o el *Histriomatrix* de Prynne; o, si quería páginas más ligeras —algo de las “*Belles lettres*” del puritanismo—, le dejaba la *Guerra Santa* de John Bunyan o la vida de Badman. Si cerraba el libro desesperada ante la insensibilidad de su corazón, se la invitaba a alguna piadosa conferencia, donde los ministros no conformistas, que habían sido extinguidos, según la expresión de moda, el día de san Bartolomé^[44], se reunían para dar el precioso mensaje en sazón a la dispersa grey del Señor. Elinor se arrodillaba y lloraba también en esas reuniones; pero, mientras que su cuerpo estaba prosternado ante la deidad, sus lágrimas fluían por aquel al que no se atrevía a nombrar. Cuando, embargada por una incontrolable agonía, buscaba, como José,

dónde llorar libremente sin que la viesen, corría al angosto jardín que rodeaba la casa de su tía y allí se desahogaba, era seguida por la callada y apacible figura, a razón de una pulgada por minuto, que iba a ofrecerle la recién publicada y difícilmente conseguida obra de Marshal sobre la santificación.

»Elinor, demasiado acostumbrada a esa fatal excitación del corazón que convierte las demás emociones en algo tan borroso y tenue como el aire del cielo para quien ha inhalado la poderosa embriaguez de los más fuertes perfumes, se preguntaba cómo este ser tan ensimismado, frío y extramundano podía soportar la inmóvil existencia de ella. Elinor se levantaba a la misma hora, rezaba a la misma hora, recibía a la misma hora las piadosas amistades que la visitaban, cuya existencia era tan monótona y apática como la suya propia; ya la misma hora cenaba, y a la misma hora volvía a rezar y se retiraba..., aunque rezaba sin unción, comía sin apetito y se retiraba a descansar sin el menor deseo de dormir. Su vida era puro mecanismo; pero la máquina estaba tan bien montada que parecía tener cierta callada conciencia y sombría satisfacción en sus movimientos.

»Elinor luchaba en vano por renovar esta vida de fría mediocridad; lo deseaba como el que, en el desierto de Mrica, moribundo de sed, desearía por un momento ser habitante de Laponia y beber en las nieves eternas, aunque en ese instante se preguntase cómo podían vivir tales hombres en la NIEVE. Veía a un ser de inteligencia muy inferior a ella, de sentimientos que apenas merecían ese nombre, *tranquilo*, y se sorprendía de ser desdichada. ¡Ay!, no sabía que los que carecen de corazón y de imaginación son los únicos que tienen derecho a las satisfacciones de la vida, y los que las disfrutan. Una fría e indolente mediocridad en sus ocupaciones o en sus distracciones es cuanto necesitan; el placer para ellos no tiene otro significado que la supresión del sufrimiento actual, y el dolor no implica otra idea que la de la inmediata imposición del sufrimiento corporal, o de la calamidad externa: la fuente de dolor o de placer no se encuentra jamás en el *corazón*, mientras que quienes poseen sentimientos más profundos apenas los buscan en otra parte. Tanto peor para ellos; limitarse a cubrir las necesidades, ya quedarse satisfecho cuando tal provisión se ha cumplido, es quizá condición de la vida humana; más allá de eso, todo es sueño de locura, o agonía de desengaño. Mucho mejor es el día lóbrego y tenebroso del invierno, cuya oscuridad, si bien no mengua nunca, tampoco aumenta (y en el que alzamos unos ojos indiferentes en los que no hay temor de futuros y aumentados terrores), que la gloriosa fiereza del día de verano, cuyo sol se pone entre púrpura y oro mientras, jadeando bajo sus últimos rayos, vemos congregarse las nubes en las crecientes sombras de oriente, y observamos la marcha de los ejércitos del cielo, cuyos truenos van a turbar nuestro descanso, y cuyos relámpagos pueden reducirnos a cenizas.

»[...]

»Elinor luchaba denodadamente con su destino: la fuerza de su intelecto se había desarrollado considerablemente durante su estancia en el castillo de Mortimer, y

también allí se habían desplegado las energías de su corazón. ¡Qué terrible es el conflicto de un entendimiento superior y un corazón ardiente con la total mediocridad de las personas y las circunstancias con los que generalmente se ve obligado a convivir! Los arietes embisten contra sacos de lana, los rayos se precipitan sobre el hielo donde chisporrotean y se extinguen. Cuanta más fuerza desarrollamos, más nos paraliza la debilidad de nuestros enemigos... ¡Y nuestra misma energía se convierte en nuestro peor enemigo, al luchar en vano contra la fortaleza inexpugnable de la total vacuidad! En vano asaltamos a un adversario que ni conoce nuestro lenguaje ni emplea nuestras armas. Elinor abandonó; sin embargo, siguió luchando con sus propios sentimientos; y quizá el conflicto que ahora mantenía era el más difícil de todos. Había recibido sus primeras impresiones bajo el techo de su tía puritana, y, verdaderas o no, habían sido tan vívidas que estaba deseosa de revivirlas. Cuando se priva al corazón de su primogénito, no hay nada que no intente adoptar. Elinor recordaba una escena muy conmovedora ocurrida en su niñez, bajo el techo donde ahora vivía.

»Un viejo pastor no conformista, una especie de san Juan por la santidad de su vida y la sencillez de sus costumbres, fue detenido por las autoridades mientras dirigía unas palabras de consuelo a unos cuantos miembros de la grey que se había reunido en casa de su tía.

»El anciano había suplicado al poder civil que le dejase un momento; y los oficiales, en un inusitado esfuerzo de tolerancia o de humanidad, accedieron. Volviéndose hacia su asamblea, que, en el tumulto de la detención, había seguido de rodillas y sólo había dejado la súplica de sus rezos con su pastor para suplicar por él, les citó ese hermoso pasaje del profeta Malaquías en que parece dar tan delicioso aliento a la comunidad espiritual de los cristianos: “Entonces quienes temen al Señor habláronse unos a otros, y el Señor puso atención y oyó”, etc. Mientras hablaba, unas manos rudas se lo llevaron, y murió poco después en prisión.

»En la joven imaginación de Elinor, dicha escena se hallaba impresa de modo indeleble. En medio de la magnificencia del castillo de Mortimer, jamás se le había borrado ni oscurecido, y ahora trataba de encariñarse con las palabras y la escena que tan hondamente conmovió su corazón infantil.

»Decidida en su propósito, no ahorró esfuerzo para excitar esta reminiscencia de religión: era su último recurso. Como la mujer de Phineas, luchaba por conservar la herencia del alma, aunque le llamaba *Ichabod*..., y comprendía que la gloria se había perdido. Elinor fue a su estrecho aposento, se sentó en la misma silla que ocupara el venerable anciano cuando le sacaron de allí, y su partida le pareció como la ascensión de un profeta. *Entonces*, se habría cogido ella a los pliegues de su manto, y se habría elevado con él, aunque su vuelo le hubiese llevado a la cárcel y a la muerte. Repitiendo sus últimas palabras, trató de producir el mismo efecto que una vez produjeron en su corazón, y lloró con indecible agonía al ver que esas palabras no tenían ya ningún significado para ella. Cuando la vida y la pasión nos han rechazado

de ese modo, los pasos que estamos obligados a desandar del camino ya hecho son diez mil veces más torturantes y penosos que los que hemos dado para recorrerlo. La esperanza sostenía entonces nuestras manos a cada paso que avanzábamos. El remordimiento y el desencanto nos azotan después la espalda, y cada paso está teñido de lágrimas o de sangre; y bueno será para el peregrino que esa sangre provenga del corazón, porque entonces... su peregrinar acabará antes.

»[...]

»A veces Elinor, que no había olvidado ni el lenguaje ni los hábitos de su primera existencia, hablaba de un modo que alentaba las esperanzas de su puritana tía de que, según expresión de la época, “la raíz de la materia estuviese en ella”; y cuando la vieja dama confiando en su retorno a la ortodoxia, discutía larga y documentalmente sobre la elección y perseverancia de los santos, la oyente la sobresaltaba con la irrupción de unos sentimientos que a su tía le parecían más bien desvaríos de endemoniado que lenguaje de un ser humano; especialmente en alguien que desde su juventud conocía las Escrituras. Decía:

»—Querida tía, no soy insensible a lo que decís; desde niña (y gracias os doy por vuestros desvelos) he conocido las Sagradas Escrituras. Y *he* sentido el poder de la religión. Después, he experimentado todos los goces de una existencia intelectual. Rodeada de esplendor, he conversado con espíritus abiertos... he visto todo cuanto la vida puede enseñarme, he vivido con el humilde y con el rico, con los piadosos en su pobreza y con los mundanos en su grandeza, he bebido hondamente de la copa que ambos modos de existencia han acercado a mis labios, y os juro ahora que *un instante de corazón*, un sueño como el que una vez soñé (y del que creí que no volvería a despertar jamás), vale por toda la vida que el mundano desperdicia en este mundo y el embaucador reserva para el venidero.

»—¡Infeliz desventurada! ¡Te has descarriado para siempre! —exclamó la aterrada calvinista alzando las manos.

»—¡Callad, callad! —dijo Elinor con esa dignidad que sólo confiere el dolor—; si es verdad que he dedicado a un amor terrenal lo que sólo a Dios se debe, ¿no es cierto mi castigo en un estado futuro? ¿No ha comenzado ya aquí? ¿No pueden ahorrarse todos los reproches, cuando sufrimos más de lo que la enemistad humana puede desearnos?, cuando nuestra misma existencia es para nosotros un reproche más amargo que lo que la maldad puede expresar —mientras hablaba, se enjugó una fría lágrima de su consumida mejilla y añadió—: ¡Mi desventura es más honda que mi gemido!

»Otras veces parecía escuchar los discursos de los predicadores puritanos (pues todos los que frecuentaban la casa eran predicadores) con aparente atención; luego, alejándose de ellos sin otra convicción que la de la desesperación, exclamaba con impaciencia:

—¡Todos los hombres son embusteros!

»Así ocurre con quienes quieren efectuar una transición repentina de un mundo al

otro: es imposible; entre el desierto y la tierra de promisión se interponen eternamente las frías aguas, y podemos esperar tanto pisar sin dolor el umbral que media entre la vida y la muerte, como cruzar el intervalo que separa dos modos de existencia tan distintos como los de la pasión y la religión sin las indecibles luchas del alma, sin gemidos que no pueden expresarse.

»No tardó en venir a sumarse a estas luchas algo más. Las cartas en esa época circulaban muy despacio, y se escribían tan sólo en ocasiones importantes. En un corto período de tiempo, Elinor recibió dos, por intermedio de un correo del castillo de Mortimer, escritas por su prima Margaret. La primera anunciaba la llegada de John Sandal al castillo; la segunda, el fallecimiento de Mrs. Ann; las postdatas de las dos contenían ciertas misteriosas alusiones a la interrupción de la boda, en las que se insinuaba que la causa la conocían sólo la que escribía, Sandal y la madre de éste, y súplicas de que regresase al castillo y participase del amor *fraternal* con que Margaret y John Sandal la acogerían. Se le cayeron las cartas de las manos al leerlas...; no había dejado nunca de pensar en John Sandal, pero tampoco había dejado de desear no pensar..., y su nombre, ahora, le causó un dolor que no era capaz de expresar ni reprimir, y profirió un grito involuntario que pareció como si se rompiese la última cuerda del exquisito y demasiado templado instrumento del corazón humano.

»Se quedó pensando sobre la noticia de la muerte de Mrs. Ann, con ese sentimiento que experimenta el joven aventurero cuando ve zarpar una noble nave en viaje de descubierta, y desea, mientras permanece en el puerto, hallarse ya en la costa de su destino, y haber saboreado el descanso y participado de sus tesoros.

»La muerte de Mrs. Ann no había desmerecido respecto de la magnanimidad y heroicos sentimientos que habían marcado cada hora de su existencia mortal: había tomado partido por la rechazada Elinor, y había jurado en la capilla del castillo de Mortimer, mientras Margaret permanecía de rodillas junto a ella, no admitir jamás entre sus muros al que abandonó a la prometida.

»Una oscura tarde otoñal, se hallaba Mrs. Ann absorta leyendo, con su vista gastada pero sus sentimientos íntegros, algunas cartas manuscritas de lady Russell, descansando los ojos de vez en cuando en el texto de los *Hechos y fiestas de la Iglesia anglicana*, de Nelson, cuando le anunciaron que un caballero (los criados sabían muy bien el encanto que ese calificativo producía en los oídos de la vieja legitimista) había cruzado el puente levadizo, había entrado en el salón, y venía al aposento donde ella se encontraba.

»—Dejadle pasar —fue la respuesta; y levantándose de su silla (tan alta y amplia que al hacerlo para recibir al desconocido con cortesana acogida, su cuerpo pareció un espectro surgiendo de su antiguo túmulo), se quedó de pie frente a la entrada... y por esa puerta apareció John Sandal.

»Mrs. Ann dio un paso; pero sus ojos, brillantes y agudos, le reconocieron inmediatamente.

»—¡Fuera!, ¡fuera! —exclamó la solemne anciana, haciendo con su seca mano

gesto de que se fuese—. ¡Fuera!, ¡no profanéis este suelo con un paso más!

»—Escuchadme un momento, señora; permitidme que os hable, aunque sea de rodillas. Rindo homenaje a vuestro rango y parentesco; ¡pero no lo interpretéis como un reconocimiento de culpa por mi parte!

»Ante este gesto, el rostro de Mrs. Ann sufrió una ligera contracción, un breve espasmo de benevolencia.

»—Levantaos, señor —dijo—, y decid lo que tengáis que decir; pero decidlo desde la puerta, cuyo umbral sois indigno de cruzar.

»John Sandal se levantó, y señaló instintivamente, al hacerlo, el retrato de sir Roger Mortimer, a quien se parecía de manera sorprendente. Mrs. Anrl comprendió la apelación; avanzó unos pasos por el piso de roble, se detuvo de pronto, y señalando el retrato con una dignidad que ningún pincel sería capaz de plasmar, pareció considerar su gesto una respuesta igualmente válida y elocuente. Decía: ¡Aquel cuya semejanza señalas, y de quien pides protección, no ha deshonrado jamás estos muros con un acto de bajeza y de cruel traición! ¡Traidor! ¡Mira su retrato! Su expresión tenía algo de sublime; un instante después, un violento espasmo contrajo su rostro. Intentó hablar, pero sus labios no la obedecieron ya; parecieron decir algo, pero ni ella misma lo pudo oír. Permaneció de pie frente a John Sandal con esa rígida e inmóvil actitud que dice: “¡No arriesgues otro paso... no ofendas los retratos de tus antepasados... no injuries a su representante viva con tu intrusión!”. Y dicho esto (pues su actitud hablaba), un espasmo más violento aún contrajo su semblante. Trató de moverse; la misma rígida contracción se extendió a sus miembros; y alzando su brazo conminatorio, como desafiando a la vez la proximidad de la muerte y la del rechazado pariente, se desplomó a sus pies.

»[...]

»No sobrevivió mucho a la entrevista, ni recobró el uso de la palabra. Su poderoso intelecto, sin embargo, siguió incólume; y hasta el final expresó, gesticulando de manera inteligible, su decisión de no querer oír explicación alguna de la conducta de Sandal. Así que dicha explicación fue dirigida a Margaret, quien, aunque se sintió consternada y afectada ante la primera revelación, después pareció aceptarla totalmente.

»[...]

»Poco después de recibir estas cartas, Elinor tomó una repentina pero quizá no extraña resolución: decidió ir inmediatamente al castillo de Mortimer. No era la monotonía de su vida marchita, el *αδιωτοσ βιος* en que vivía en casa de su puritana tía; no era el deseo de gozar del majestuoso y espléndido ceremonial del castillo de Mortimer, que tanto contrastaba con la economía y el monástico rigor de la casa de Yorkshire; ni siquiera era el deseo de ese cambio de lugar que siempre nos halaga con el cambio de circunstancias, como si no llevásemos nuestro propio corazón a donde vamos, y no estuviésemos seguros de que la úlcera innata y corrosiva ha de ser nuestra compañera desde el Polo al Ecuador. No era esto; sino el susurro apenas oído,

aunque sí creído (exactamente en la medida en que era inaudible e increíble), que le murmuraba desde el fondo de su crédulo corazón: “Ve... y quizá...”.

»Emprendió Elinor su viaje, y tras llevarlo a término con menos dificultades de lo que se puede imaginar, considerando el estado de los caminos y los medios de viajar en el año 1667 más o menos, llegó a las proximidades del castillo de Mortimer. Era un escenario de recuerdos para ella; su corazón latió audiblemente al detenerse el coche ante una puerta gótica, desde la que arrancaba un camino entre dos filas de altos olmos. Descendió, y a la petición del criado que la seguía de que le permitiese mostrarle el camino, ya que el sendero estaba invadido de raíces y oscuro por el crepúsculo, respondió sólo con lágrimas. Le indicó con la mano que se fuese, y emprendió la marcha a pie y sola. Recordó, desde el fondo de su alma, cómo cruzó una vez, a solas con John Sandal, esta misma arboleda; cómo su sonrisa había derramado sobre el paisaje una luz más rica que la sonrisa purpúrea del día agonizante. Pensó en aquella sonrisa, y se demoró para captar los ricos y ardientes tonos que la pálida luz arrojaba sobre los troncos multicolores de los viejos árboles. Los árboles estaban allí... y la luz también; pero la sonrisa de él, la sonrisa que entonces eclipsó al sol, ¡ya no estaba!

»Avanzó sola; la avenida de corpulentos árboles conservaba todavía su magnífica profundidad de sombras, y el suntuoso colorido de los troncos y las hojas. Buscó en ellos el que percibió una vez; sólo Dios y la naturaleza tienen idea de la agonía con que les pedimos el objeto que sabemos que una vez estuvo consagrado a nuestros corazones, y que ahora les pedimos en vano. ¡Dios nos lo retiene... y la naturaleza nos lo niega!

»Cuando Elinor, con paso tembloroso, se acercó al castillo, vio el escudo de armas que Margaret había ordenado colocar sobre la torre principal, en honor a su tía abuela, desde su fallecimiento, con el mismo heráldico decoro que si se hubiese extinguido el último varón de la familia de los Mortimer. Elinor alzó los ojos, y fueron muchos los pensamientos que se agolparon en su corazón. “Era una persona —se dijo— cuyo pensamiento estaba siempre puesto en recuerdos gloriosos, en las más exaltadas acciones de la humanidad o en sublimes meditaciones sobre lo eterno. Su noble corazón cobijó siempre a dos ilustres huéspedes: el amor a Dios y el amor a su patria. Permanecieron en ella hasta el final, pues su morada era digna de ambos; y cuando la abandonaron, el alma encontró que la mansión ya no era habitable: ¡huyó con sus gloriosos huéspedes al cielo! Mi corazón traidor ha abierto sus puertas a otro huésped; y ¿cómo ha correspondido a su hospitalidad? ¡Dejando la mansión en ruinas!”. Y hablando consigo misma de este modo, llegó a la entrada del castillo.

»En el vasto salón, fue recibida por Margaret Mortimer con un abrazo de arraigado afecto, y por John Sandal, que avanzó, después de concluido el primer entusiasmo del encuentro, con esa serena y fraternal benevolencia de la que... nada cabía esperar. La misma celestial sonrisa, el mismo apretón de manos, la misma tierna y casi femenina expresión de ansiedad por su seguridad. La propia Margaret,

que debía de haber sentido, y sabía, los peligros del largo viaje, no se interesó con tantos detalles, ni pareció simpatizar tan vívidamente con ellos, ni, cuando hubo terminado de contar ella la historia de la fatiga y el viaje, pareció apremiar la necesidad de que se retirara pronto a descansar, con la solicitud con que lo hizo John Sandal. Elinor, débil y con la respiración anhelante, cogió las manos de los dos, y con un movimiento involuntario, las juntó apretándolas fuertemente. La viuda Sandal estaba presente: se mostró sumamente desasosegada ante la aparición de Elinor; pero cuando presenció este espontáneo y sorprendente gesto, se la vio sonreír.

»Poco después, Elinor se retiró al aposento que antiguamente ocupara. Por afectuosa y delicada previsión de Margaret, habían cambiado todo el mobiliario: no quedaba nada que le recordase sus tiempos antiguos, salvo su corazón. Estuvo sentada un rato reflexionando sobre la acogida que le habían dispensado, y se apagó la esperanza en su corazón al pensarlo. La más fuerte expresión de aversión o de desdén no habría sido tan desesperanzadora.

»Es cierto que las más violentas pasiones pueden convertirse en sus extremos opuestos en un tiempo increíblemente breve, y por los medios más imprevisibles. En el reducido espacio de un día, pueden abrazarse los enemigos, y odiarse los amantes; pero en el transcurso de siglos, la pura complacencia y la cordial benevolencia no pueden exaltarse jamás hasta la pasión. La desventurada Elinor percibió esto mismo; y al percibirlo, comprendió que todo estaba perdido.

»Desde ese momento, y durante muchos días, tendría que soportar la tortura del complaciente y fraternal afecto del hombre que amaba..., y quizá no se haya soportado jamás suplicio más penetrante. Sentir que las manos por las que suspiramos aprietan nuestros corazones, y que tocan las nuestras con fría y pétrea tranquilidad; ver que los ojos, por cuya luz vivimos, nos dirigen un frío pero sonriente destello que ilumina pero no fertiliza el abrasado y sediento terreno del corazón; oír que nos dirigen palabras corrientes de afectuosa cortesía en los tonos de la más deliciosa suavidad; buscar en estas expresiones un significado ulterior, y no encontrarlo. ¡Esto... esto es una agonía que sólo los que la han sentido pueden concebir!

»Elinor, con un esfuerzo que costó a su corazón muchos dolores, se sumó a los hábitos de la casa, considerablemente modificados desde la muerte de Mrs. Ann. Los numerosos pretendientes de la rica y noble heredera frecuentaban ahora el castillo; y, según la costumbre de la época, eran suntuosamente hospedados e invitados a prolongar su estancia con infinitud de banquetes.

»En estas ocasiones, John Sandal era el primero en prestar distinguida atención a Elinor. Bailaba con ella; y aunque la educación puritana había inculcado a Elinor una aversión hacia “esos compases del diablo”, como su familia solía calificarlos, trató de adaptarse a los alegres pasos de las danzas canarias^[45], y los majestuosos movimientos de las Medidas (los bailes más nuevos no habían llegado al castillo de Mortimer, ni aun por referencias); y su frágil y graciosa figura no necesitó de otra inspiración que el apoyo de los brazos de John Sandal (que era un exquisito bailarín)

para asumir todas las gracias de ese delicioso ejercicio. Hasta los hábiles cortesanos la aplaudían. Pero cuando todo terminaba, Elinor se daba cuenta de que si John Sandal hubiese estado danzando con el ser más indiferente para él de la tierra, su actitud habría sido la misma. Nadie podía indicarle con más sonriente gracia sus ligeros errores de movimiento, nadie podía acompañarla a su asiento con más tierna y solícita cortesía, ni agitar sobre ella el enorme abanico de aquella época con más galante y asidua atención. Pero Elinor sabía que estas atenciones, aunque halagadoras, no eran ofrecidas por un enamorado.

»[...]

»Una tarde Sandal se ausentó para visitar a cierto noble de la vecindad, y Margaret y Elinor se quedaron solas. Cada una se sentía igualmente deseosa de tener una explicación, aunque a ninguna parecía apetecerle iniciarla. Elinor había permanecido hasta el crepúsculo junto a la ventana, desde la que había visto salir a caballo a John Sandal. Se demoró hasta que le perdió de vista, esforzando los ojos para divisarle entre las nubes cada vez más abundantes, mientras su imaginación luchaba aún por captar un destello de esa luz del corazón que ahora se debatía oscuramente entre brumas de tenebroso e impenetrable misterio.

»—¡Elinor —dijo Margaret con energía—, no le busques más... nunca podrá ser tuyo!

»La súbita interpelación y el imperativo tono de convicción hicieron en Elinor el efecto de que provenía de un admonitor sobrenatural. Fue incapaz de preguntar siquiera cómo había conseguido averiguar la terrible conclusión a la que había llegado ella tan decisivamente.

»Hay un estado mental en el que escuchamos a la voz humana como si fuese un oráculo, y en vez de pedir una explicación del destino que anuncia, aguardamos sumisamente lo que falta por decir. En esta disposición de ánimo se apartó Elinor de la ventana, y preguntó con una voz de temerosa calma:

»—¿Se ha explicado él completamente ante ti?

»—Completamente.

»—¿Y no cabe esperar nada más?

»—Nada más.

»—¿Se lo has oído decir a él... a él en persona?

»—Sí, y, querida Elinor, no quisiera que hablásemos nunca más de este asunto.

»—¡Nunca! —repitió Elinor—. ¡Nunca!

»La sinceridad y dignidad del carácter de Margaret eran garantía inviolable de que decía la verdad; y quizá fue ésa la verdadera razón por la que Elinor trató de eludir su convencimiento. En un morboso estado del corazón, no podemos soportar la verdad; la falsedad que nos embriaga por un instante vale más que la verdad que nos desencantaría para siempre. *Le odio porque me dice la verdad*; es la expresión natural del espíritu humano, desde el del esclavo del poder al del esclavo de la pasión.

»[...]

»Y descubría, también, a cada momento, otros síntomas que no podían escapar ni a la observación de los más superficiales. Esa devoción inequívoca de los ojos y el corazón, del lenguaje y las miradas, iba dirigida claramente a Margaret. Elinor, no obstante, siguió en el castillo; y se decía a sí misma, mientras veía y sentía pasar los días. “Quizá”. Ésa es la última palabra en abandonar los labios de los que aman. [...]

»Elinor veía con sus ojos, y sentía hasta el fondo de su alma, el afecto creciente entre John Sandal y Margaret; sin embargo, aún pensaba en interponer obstáculos... en *una explicación*. Cuando la pasión se ve privada de su alimento apropiado, no se sabe de qué se alimentará, en qué imposibilidades, como una guarnición hambrienta buscará su miserable sustento.

»Elinor había cesado de pedir el corazón del ser al que se había consagrado. Ahora vivía de sus miradas. Se decía: “Que sonría, aunque no sea a mí, y aún seré feliz; allí donde caiga el sol, la tierra será venturosa”. Luego rebajó aún más sus pretensiones. Se dijo: “Dejadme sólo estar en su presencia: eso me bastará; que dedique sus sonrisas y su alma a otra; algún destello perdido me llegará, ¡y será suficiente para mí!”.

»El amor es un sentimiento muy noble y exaltado en su primer germen y principio. Nunca amamos sin adornar al objeto con todas las glorias de la perfección tanto moral como física, y sin obtener una especie de dignidad por nuestra capacidad de admirar a una criatura tan excelente y digna; pero esta, profusa y espléndida prodigalidad de la imaginación supone a menudo una ruina para el corazón. El amor, en su edad de hierro del desencanto, se convierte en algo muy degradado; se conforma con satisfacciones meramente exteriores: una mirada, un roce de la mano, aunque sean accidentales, una palabra amable, aunque sea pronunciada casi inconscientemente, bastan para su humilde existencia. En su primer estadio, es como el hombre antes de la caída, aspirando los perfumes del paraíso y gozando de la comunión con Dios; en el segundo, es como el mismo ser luchando entre las zarzas y los cardos, apenas suficientes para mantener una escuálida existencia sin alegría, sin utilidad, sin encanto.

»[...]

»En ese tiempo, su tía puritana hizo un esfuerzo por recobrar a Elinor y sacarla de las redes del enemigo. Escribió una larga carta (enorme esfuerzo para una mujer de tan avanzada edad, que nunca había tenido el hábito de la composición epistolar) suplicando a su apóstata sobrina que regresase a la que había sido guía de su juventud, y a la alianza de su Dios; que buscase protección en sus tiernos brazos mientras estaban extendidos para ella, y que corriese a la ciudad de refugio mientras sus puertas permanecían abiertas para recibirla. La seguía apremiando con la verdad, el poder y la bendición de la doctrina de Calvino, que ella calificaba de evangelio. Y lo sostenía y defendía con todo el saber bíblico que poseía, que no era escaso. Y le recordaba afectuosamente que la mano que trazaba estas líneas no sería capaz de repetir tal admonición, y que probablemente se estaría convirtiendo en polvo mientras

ella leía dichas líneas.

»Elinor lloró al leer la carta; pero eso fue todo. Lloró por emoción física, no por convicción mental; no hay mayor dureza de corazón que la causada por la pasión que parece suavizarlo. Sin embargo, contestó a la carta, y el esfuerzo le costó poco menos que a su decrepita y moribunda parienta. Reconoció que había abandonado todo sentimiento religioso, y lo deploraba, tanto más (añadía con doliente sinceridad) cuanto que *siento que mi pesar no es sincero*. “¡Oh, Dios mío! —proseguía—, tú que has dotado a mi corazón de tan ardientes energías, Tú que le has concedido capacidad para un amor tan intenso, tan firme, tan concentrado... no se lo has concedido en vano. No; en algún mundo más feliz, o quizá incluso en éste, cuando ‘esta tiranía haya pasado’, llenarás mi corazón con una imagen más digna que la del que un día creí que era tu imagen en la tierra. No ha encendido en vano el Todopoderoso las estrellas, aunque su luz nos parezca tan confusa y distante. Su glorioso centelleo arde para iluminar otros mundos remotos y más felices; y quizá se reavive en mí la luz de la religión, que tan débilmente alumbraba los ojos casi ciegos por las lágrimas terrenas, cuando mi corazón quebrantado sea mi pasaporte para el descanso eterno”.

»[...]

»”No me creáis, querida tía, despojada de toda esperanza de religión, aunque haya perdido todo sentimiento de ella. ¿No dijeron labios infalibles a una pecadora que sus pecados le eran perdonados porque *había amado mucho*? ¿Y no prueba esa capacidad de amor que un día se llenará más dignamente, y se empleará de modo más venturoso?

»[...]

»”¿Qué desdichada soy! En este momento me pregunta una voz desde el fondo de mi corazón: ¿A *quién* has amado tanto? ¿A un hombre, o a Dios, para atreverte a compararte a la que se postró y lloró, no ante un ídolo mortal, sino a los pies de una divinidad encarnada?

»[...]

»”Puede, no obstante, que el arca que vaga flotante en la inmensidad de las aguas encuentre un lugar donde descansar, y el tembloroso ocupante desembarque en las playas de un mundo ignorado, pero más puro”.

»[...]

Capítulo XXXI

*There is an oak beside the froth-clad pool
Where in old time, as I have often heard
A woman desperate, a wretch like me,
Ended her woes! —Her woes were not like mine!*

*[...] Ronan will know;
When he beholds me floating on the stream,
His heart will tell him why Rivine died!*

HOME, «Fatal Discovery»

»Toda la familia advirtió la creciente pérdida de salud de Elinor; el mismo criado que la asistía de pie, detrás de su silla, parecía cada día más triste; y hasta Margaret comenzó a arrepentirse de haberla invitado al castillo.

»Elinor se daba cuenta, y habría querido ahorrarle todo el dolor posible; pero no era capaz de mantenerse impasible ante el rápido ocaso de su juventud y su marchita belleza. El lugar, el lugar mismo, era la principal causa de esa mortal enfermedad que la estaba consumiendo; no obstante, cada día se sentía menos decidida a abandonarlo. Así vivía, como esos prisioneros de las cárceles orientales a los que no se les permite probar el alimento, a menos que lleve mezclado algún veneno, y perecen tanto si lo comen como si no.

»Un día, movida por el dolor insoportable del corazón (torturada por tener que vivir a la plácida luz de la sonrisa radiante de John Sandal), se lo confesó a Margaret. Le dijo:

»—Me es imposible soportar esta existencia... ¡imposible! Pisar el suelo que pisan sus pasos, oír que se acerca, y cuando llega, descubrir que no viene el que buscamos; ver que todos los objetos que me rodean reflejan su imagen, y no encontrar nunca, nunca, la realidad; ver abrirse la puerta que una vez dejó paso a su figura, y no verle a él, y si aparece, comprender que no es el que era; sentir que es el mismo y no lo es; que es el mismo para los ojos, pero distinto para el corazón; luchar así entre el sueño de la imaginación y el cruel despertar de la realidad... ¡Oh, Margaret! ¡Este desengaño clava una daga en el corazón, cuya punta no puede extraer ninguna mano, y cuyo tósigo nadie puede sanar!

»Margaret lloró al oír hablar así a Elinor; y lenta, muy lentamente, manifestó su acuerdo en que Elinor debía abandonar el castillo si le era imprescindible para encontrar la paz.

»Fue la misma tarde de esa conversación cuando Elinor, que solía deambular entre los árboles y pasear por los alrededores del castillo sin compañía, se encontró con John Sandal. Era una espléndida tarde otoñal, exactamente como aquella en la que pasearon juntos por primera vez: las asociaciones de la naturaleza eran las mismas; sólo las del corazón habían sufrido un cambio. Estaba la luz del cielo otoñal,

esa sombra de los bosques, esa confusa y consagrada gloria del crepúsculo del año que se combinaba indefiniblemente con los recuerdos. Sandal, al reunirse con ella, le habló con la misma melodía en la voz, y la misma vibrante ternura en el gesto que nunca había dejado de visitar su oído, desde el día en que se conocieron, como una música de ensueño. Elinor imaginó que había un sentimiento más que habitual en su actitud; y el lugar donde estaban, y el recuerdo, que se poblaba y se hacía elocuente con las imágenes y las palabras de otros tiempos, fomentaron esta ilusión. Una vaga esperanza tembló en el fondo de su corazón; pensó lo que no se atrevía a expresar y, no obstante, se atrevía a creer. Siguieron caminando juntos; juntos contemplaron la última luz sobre las purpúreas colinas, el profundo descanso de los bosques cuyas copas eran aún como “hojas de oro”, juntos saborearon, una vez más, la confianza de la naturaleza y, en medio del más completo silencio, hubo una mutua e inefable elocuencia en sus corazones. Los pensamientos de otros tiempos se agolparon en Elinor: se aventuró a alzar los ojos hacia el semblante que una vez había visto “como si fuese el de un ángel”. El rubor y la sonrisa, que parecían reflejo del cielo, estaban aún allí..., pero ese rubor lo prestaba el cielo encendido y sublime de poniente, y esa sonrisa era para la naturaleza, no para ella. Elinor se demoró hasta que observó que la luz se estaba yendo... e, inundándole el corazón un *último* sentimiento, prorrumpió en una agonía de lágrimas. A las palabras de afectuosa sorpresa de él y a su amable consuelo, contestó ella sólo clavando sus ojos suplicantes e invocando agónicamente su nombre. Elinor había esperado que la naturaleza, y este escenario de su primer encuentro, hiciesen de intérpretes entre los dos... y, desesperada, aún confiaba en ello.

»Puede que no haya momento más angustioso que aquel en el que sentimos que el aspecto de la naturaleza confiere una completa vitalidad a las asociaciones de nuestros corazones, mientras que, por otra parte, permanecen enterradas en aquellos en quienes tratamos de *revivirlas en vano*.

»No tardó en desengañarse. Con esa afabilidad que, a la vez que habla de consuelo, niega la esperanza con esa sonrisa que se supone que ofrecen los ángeles en el último conflicto a un ser sufriente que abandona la envoltura mortal con dolor y esperanza; con esa misma expresión miró a la que un día había amado. Desde otro mundo podía haberla contemplado con esa mirada... y con ella, selló su destino para siempre.

»[...]

»Cuando, incapaz de presenciar la agonía de la herida que había infligido y no podía curar, la dejó, desapareció de las colinas la última luz del día —el sol de ambos mundos se ocultó para Elinor a sus ojos y a su alma—, y Elinor se dejó caer al suelo, mientras unas notas de débil música parecían repetir como un eco las palabras “¡No-no-nunca-nunca-más!”, temblando en sus oídos. Eran simples y monótonas como las palabras mismas, y parecían entonadas accidentalmente por un joven campesino que vagaba entre los árboles. Pero para el desgraciado, todo parece profético; y en

medio de las sombras del crepúsculo, y acompañada por el sonido de los pasos de él al alejarse, el quebrantado corazón de Elinor aceptó el augurio de estas melancólicas notas^[46].

»[...]

»Unos días después de este encuentro final, Elinor escribió a su tía de York para anunciarle que, si aún vivía y deseaba admitirla, regresaría para vivir con ella para siempre. Y no pudo evitar insinuar que su vida no duraría más que la de su anfitriona. No le contó lo que la viuda Sandal le había susurrado al llegar al castillo, y que ahora se atrevía a repetir en un tono entre autoritario y persuasivo, conciliador e intimidante. Elinor se rindió, y la falta de delicadeza de estas declaraciones produjo sólo el efecto de hacerla rehuir repetir las.

»En su despedida, Margaret lloró, y Sandal mostró una solicitud tan tierna respecto al viaje como si fuese a concluir en sus renovados desposorios. Para evitar todo esto, Elinor apresuró su marcha.

»Al llegar a cierta distancia del castillo, despidió el coche de la familia y dijo que seguiría a pie con su criada hasta la granja donde la esperaban los caballos. Fue allí; pero permaneció oculta, ya que el anuncio de la inminente boda resonaba aún en sus oídos.

»[...]

»Llegó el día; Elinor se levantó muy temprano: las campanas repicaban alegres (como las había oído una vez, en otra ocasión); los grupos de amigos llegaban en gran número, con la misma animación con que acudieron un día a darle escolta a ella; vio desfilar los brillantes carruajes, oyó los alegres gritos de medio condado, imaginó la tímida sonrisa de Margaret y el rostro radiante del que había sido su prometido.

»De repente se produjo un silencio. Comprendió que se iniciaba la ceremonia; que terminaba..., las irrevocables palabras habían sido pronunciadas... ¡se había anudado el lazo indisoluble! El griterío y el júbilo incontenible prorrumpieron otra vez al regresar la suntuosa cabalgata al castillo. El centelleo de los carruajes, los espléndidos vestidos de los jinetes... el alegre grupo de los eufóricos colonos... ¡Todo lo vio!

»[...]

»Cuando todo hubo terminado, Elinor se miró casualmente el vestido: era blanco, como un traje de novia. Temblando, se lo cambió por uno de luto, y emprendió el que, según esperaba, sería su último viaje.

Capítulo XXXII

Fuimus, non sumus.

»Cuando Elinor llegó a Yorkshire, se encontró con que su tía había muerto. Elinor fue a visitar su sepultura. De acuerdo con su última voluntad, estaba situada cerca del ventanal de la capilla de la congregación independiente, y tenía por inscripción su texto favorito: “Aquellos a los que Él consideraba de antemano, y también predestinaba”, etc., etc. Elinor permaneció un rato junto a la tumba, pero no pudo derramar una sola lágrima. Este contraste de una vida tan rígida y una muerte tan esperanzadora, este silencio de la humanidad y elocuencia de la tumba, traspasaron su corazón como habrían traspasado cualquier corazón abandonado a la embriaguez de la pasión humana, y que haya sentido que el agua ha desaparecido de las rotas cisternas.

»La muerte de su tía volvió más retirada la vida de Elinor si cabe, y sus hábitos más monótonos de lo que habrían sido de seguir aquélla con vida. Se mostró muy caritativa con las gentes humildes de las casas de la vecindad; pero aparte de visitarlas en sus viviendas, jamás abandonaba ella la suya.

»[...]

»A menudo se quedaba contemplando un pequeño arroyo que discurría al final del jardín. Dado que había perdido toda sensibilidad para la naturaleza, se le atribuyó otro motivo a esta muda y sombría contemplación; y su criada, que la quería mucho, la vigilaba atentamente.

»[...]

»La sacó de este terrible estado de estupefacción y desesperación, el cual, quienes lo han sufrido se estremecen ante cualquier intento de describirlo, una carta de Margaret. Había recibido varias, que había dejado sin contestar (cosa nada insólita en aquellos tiempos); pero abrió ésta, la leyó con inusitado interés, y se dispuso al punto a contestarla con hechos.

»El ánimo de Margaret se había desmoronado en su hora de peligro. Decía que esa hora se aproximaba con rapidez, y suplicaba fervientemente la afectuosa presencia de su prima para que la consolara y confortase en ese momento de zozobra. Añadía que la valerosa y entrañable ternura de John Sandal, en este período, le había llegado al corazón más hondamente, si cabe, que todos los anteriores testimonios de afecto; pero que no podía soportar la renuncia de él a todos sus hábitos de diversión rural, y a su trato social con la vecindad; que en vano le había regañado desde el lecho donde permanecía postrada con dolor y esperanza, y confiaba en que la presencia de Elinor consiguiese persuadirle para que accediera a su súplica, dado que, viniendo ella, sentiría él la presencia de la más querida compañera de su juventud, y que en este trance, era más conveniente tener al lado a una compañera que al más amable y afectuoso de los amigos.

»[...]

»Elinor se puso en camino inmediatamente. La pureza de sus sentimientos había levantado una barrera infranqueable entre su corazón y su objeto; y no recelaba más peligro de la presencia del que estaba ya casado, y casado con una parienta, que de un hermano.

»Llegó al castillo; la hora de peligro de Margaret había empezado: se había sentido muy mal poco antes. Las consecuencias naturales de su estado se habían agravado por un sentimiento de gran responsabilidad ante el nacimiento de un heredero de la casa de los Mortimer..., sentimiento que no había contribuido a hacer la situación más soportable.

»Elinor se inclinó sobre el lecho del dolor, posó sus fríos labios sobre la ardorosa boca de la paciente... y rezó por ella.

»Se consiguieron los primeros auxilios médicos del país (entonces utilizados en raras ocasiones) a un precio cuantioso. La viuda Sandal, renunciando a prestar toda asistencia a la paciente, deambulaba por los aposentos adyacentes con indecible e *inconfesada* agonía.

»Transcurrieron dos días y dos noches entre la esperanza y el temor: los campaneros permanecían en vela en todas las iglesias que había en diez millas a la redonda; los colonos se apiñaban alrededor del castillo con honrada y sincera solicitud; la nobleza de la vecindad enviaba mensajeros cada hora para preguntar. Un alumbramiento en una familia noble era en aquel entonces un acontecimiento de gran trascendencia.

»Llegó el momento: nacieron dos mellizos muertos, ¡y la joven madre les siguió fatalmente unas horas después! Mientras conservó la vida, no obstante, Margaret dio muestras del elevado espíritu de los Mortimer. Buscó con su fría mano la del desdichado esposo y la de la llorosa Elinor. Las unió en un abrazo que uno de ellos al menos comprendió, y rezó por que la unión fuese eterna. A continuación pidió ver los cuerpos de sus hijos; se los mostraron; y dicen que balbuceó unas palabras, en el sentido de que, de no haber sido los herederos de la familia de los Mortimer, probablemente no habrían sido fulminados con tanto rigor; y que, sostenidos por todas las esperanzas con que la vida y la juventud podían agraciarse, ella y sus hijos podrían haber sobrevivido.

»Mientras hablaba, su voz se fue debilitando, apagándose; y su última luz se volvió hacia aquel a quien amaba; y cuando perdió la visión, aún sintió los brazos de él en torno suyo. Un instante después, ya no abrazaban... ¡nada!

»En los terribles espasmos de la agonía masculina —mas intensamente sentidos cuanto más raramente se abandona uno a ellos—, el joven viudo se arrojó sobre el lecho, y lo hizo estremecer con su convulsivo dolor; y Elinor, perdiendo todo sentido que no fuese el de la súbita y terrible calamidad, se hizo eco de sus hondos y sofocados sollozos, como si no hubiese sido aquella a la que lloraban el único obstáculo de su felicidad.

»[...]

»Entre las voces de aflicción que resonaron por todo el castillo, desde el sótano a la torre, ese día de desconsuelo, ninguna fue más sonora que la de la viuda Sandal: sus gemidos eran gritos, su pena era desesperación. Recorriendo los aposentos como una demente, se mesaba los cabellos e imprecaba las más espantosas maldiciones sobre su cabeza. Por último, se aproximó al aposento donde se hallaba el cadáver. Los criados, asombrados ante su trastorno, hubieran querido impedirle que entrara, pero no pudieron. Irrumpió en la habitación, lanzó una mirada feroz a todos los que allí estaban, al cadáver inmóvil y a las mudas personas que lo velaban; luego, poniéndose de rodillas ante su hijo, confesó el secreto de su culpa, y desveló hasta el fondo el motivo de ese cúmulo de iniquidad y aflicción que ahora había llegado a su culminación.

»Su hijo escuchó esta horrible confesión con ojos fijos y gesto impasible; y al concluir, cuando la desventurada penitente imploró la asistencia de su hijo para incorporarse, él rechazó sus brazos extendidos; y con una violenta carcajada, se arrojó nuevamente sobre la cama. No pudieron hacer que la abandonase, hasta que se llevaron el cadáver al que se abrazaba; y entonces las plañideras no supieron a quién llorar, si a la que había sido privada de la luz de la vida, ¡o a aquel cuya luz de la razón acababa de extinguirse para siempre!

»[...]

»La desventurada y culpable madre (aunque nadie puede apiadarse de su destino) contó unos meses después, en su lecho de muerte, el secreto de su crimen a un ministro de la congregación independiente que se sintió movido a visitada al saber su desesperación. Confesó que, impulsada por la avaricia, y más aún por el deseo de recobrar su perdida importancia en la familia, y conociendo la riqueza y dignidad que su hijo ganaría con su matrimonio con Margaret, de las que ella participaría, había llegado (tras recurrir a todos los medios de persuasión y súplica), en la desesperación de su decepción, a fabricar una historia tan falsa como horrible, contándosela a su hijo la noche antes de sus proyectadas nupcias con Elinor. Le había asegurado que no era hijo suyo, sino fruto de las ilícitas relaciones de su esposo el predicador con la madre puritana de Elinor, la cual había pertenecido a su congregación, y cuya conocida y vehemente admiración por sus sermones se supone que se extendió también a su persona. Esto le había provocado a ella muchos y ansiosos celos durante los primeros años de su matrimonio; y ahora le sirvió de base para esta horrible falsedad. Añadió que el evidente afecto de Margaret por su primo había paliado en cierto modo su culpa ante sí misma; pero que, cuando le vio desesperado en casa, el día de la fracasada boda, y huir después sin saber a dónde, se había sentido casi tentada de llamarle y confesarle la verdad. Su espíritu se endureció nuevamente, y pensó que su secreto estaba a salvo, dado que le había hecho jurar a él, por respeto a la memoria de su padre, y por compasión a la culpable madre de Elinor, que no revelaría jamás la verdad a su hija.

»Todo había salido según sus culpables deseos. Sandal miró a Elinor con ojos de hermano, y la imagen de Margaret encontró fácilmente lugar en sus desocupados afectos. Pero, como suele suceder a los que andan con falsedades y dobleces, el aparente cumplimiento de sus esperanzas se convirtió en su ruina. En el caso de que la boda de John y Margaret no tuviese fruto, las posesiones y el título irían a parar a un lejano pariente citado en el testamento; y su hijo, privado del juicio por las calamidades en que sus maquinaciones le habían hundido, se vio igualmente privado del rango y riqueza a que estaba destinado, quedándole sólo una pequeña pensión, debida a sus anteriores servicios, dado que la pobreza del rey, entonces pensionado también de Luis XIV, impedía toda posibilidad de aumentar su remuneración. Cuando el pastor oyó la última y terrible confesión de la penitente moribunda, como dijo el obispo Burnet cuando fue consultado por otro criminal, declaró su caso “casi desesperado” y se marchó.

»[...]

»Elinor se retiró, con el desvalido objeto de su inquebrantable amor e incansable cuidado, a su casa de Yorkshire. Allí, con la frase de ese divino y ciego anciano, la fama de cuya poesía no ha llegado aún a este país, es

“su deleite verle sentado en la casa”

y vigilar, como el padre del campeón judío, el desenvolvimiento de esa “potencia concedida por Dios”, esa fuerza intelectual que, a diferencia de la de Sansón, no retorna jamás.

»Tras un intervalo de dos años, durante el que se gastó gran parte del capital de su fortuna en conseguir los primeros consejos médicos para el paciente, y “sufrió muchas cosas de muchos físicos”, Elinor perdió toda esperanza; y, considerando que el interés de su fortuna así disminuida bastaría para procurar las comodidades de la vida, para sí y para aquel a quien había decidido no abandonar, se sentó con resignada tristeza junto a su melancólico compañero, añadiendo una más a las muchas pruebas de su corazón femenino, “infatigable en hacer el bien”, sin la embriaguez de la pasión, la emoción del aplauso, ni la gratitud del objeto inconsciente.

»Si fuese ésta una vida de serena privación y fría apatía, sus esfuerzos apenas tendrían mérito, y sus sufrimientos difícilmente demandarían compasión pero es de dolor incesante e inmitigable. El primogénito de su corazón permanece muerto en él; pero ese corazón vive aún con todas las agudas sensibilidades, las más vívidas esperanzas, y más intenso sentimiento de dolor.

»[...]

»Permanece todo el día sentada junto a él: observa esos ojos cuya luz era vida, y los ve fijos en ella con vidriosa y estúpida complacencia; piensa en aquella sonrisa que irrumpía en su alma como el sol matinal en un paisaje de primavera, y ve la sonrisa vacía que trata de manifestar satisfacción, pero no puede darle el lenguaje de la

expresión. Desviando la cabeza, Elinor piensa en los días pasados. Ante ella desfila una visión: cosas agradables y dichosas, cuyas tonalidades no son de este mundo, y cuya trama es demasiado fina para ser tejida en el telar de la vida, se alzan ante sus ojos como las ilusiones del encantamiento. Una melodía de rica música recordada flota en sus oídos: sueña con el héroe, el amante, el bienamado, con aquel en quien se combinaba cuanto podía deslumbrar los ojos, embriagar la imaginación y derretir el alma. Le ve tal como se le apareció por primera vez, y el espejismo del desierto no ofrece visión más deliciosa y falaz: se inclina a beber de ese fingido manantial y el agua desaparece; despierta de su ensueño, y oye la débil risa del enfermo, que agita un poco de agua en una concha, ¡e imagina ver una tormenta en el océano!

»[...]

»Un consuelo le cabe a Elinor. Cuando tiene él un breve intervalo de memoria, cuando su habla se vuelve articulada, pronuncia el nombre de *ella* no el de Margaret; y un destello de su antigua esperanza renace en su corazón al oírlo, pero se desvanece en seguida como el raro y errante rayo del entendimiento en la mente extraviada del doliente.

»[...]

»Incansablemente atenta a su salud y su bienestar, salía todas las tardes con él, pero le llevaba por los senderos más apartados a fin de evitar a aquellos cuya burlona persecución, o cuya vacía compasión, pudiera torturar igualmente sus sentimientos o acosar a su manso y sonriente compañero.

»Fue en esta época —dijo el desconocido a Aliaga— cuando conocí..., es decir, fue entonces, cuando vieron que un desconocido, que había fijado su residencia cerca de la aldea donde vivía Elinor, vigilaba las dos figuras cuando éstas regresaban de su paseo. Tarde tras tarde les estuvo espiando. Conocía la historia de estos dos desventurados, y se dispuso a sacar partido de ello. Era imposible, dada la vida retirada que llevaban, lograr que se los presentasen. Trató entonces de entablar relación con ocasionales atenciones al inválido; a veces cogía las flores que una mano inconsciente echaba al riachuelo, y escuchaba, con sonrisa benévola, los confusos balbuceos con que el doliente, que aún conservaba toda la gracia de su extraviado juicio, trataba de darle las gracias.

»Elinor se sentía agradecida por estas ocasionales atenciones; pero le alarmaba la asiduidad con que el desconocido acudía al melancólico paseo cada tarde... y, ya fuese alentado, desdeñado o incluso rechazado, encontraba aún el medio de sumarse al paseo. La grave dignidad de la actitud de Elinor, su honda melancolía, sus inclinaciones de cabeza o sus breves respuestas, resultaron inútiles ante la afable pero incansable porfía del intruso.

»Poco a poco, se fue atreviendo a hablarle de sus propias desventuras, y el tema fue clave segura para ganarse la confianza de la infortunada. Elinor empezó a escucharle; y, aunque algo asombrada por los conocimientos que mostraba de cada circunstancia de su vida, no pudo por menos de sentirse consolada ante el tono de

simpatía con que hablaba, y animada ante las misteriosas alusiones de esperanza que a veces dejaba escapar como sin querer. No tardaron los habitantes de la aldea en reparar en ello (porque el ocio y la falta de intereses les hacía curiosos), y en que Elinor y el desconocido eran compañeros inseparables en esos paseos de la tarde.

»[...]

»Hacía un par de semanas que se les observaba pasear juntos cuando Elinor, sin compañía alguna, calada de lluvia, y con la cabeza descubierta, llamó con voz fuerte y ansiosa, a hora tardía, a la puerta de un clérigo de la vecindad. Le abrieron... y la sorpresa de su reverendo anfitrión ante su visita, a la vez intempestiva e inesperada, se mudó en un sentimiento más profundo de asombro y terror, al contarle ella el motivo. Al principio, imaginó el reverendo (quien conocía su desventurada situación) que la constante presencia de un demente había podido tener un contagioso efecto en el intelecto de la que se exponía permanentemente a esta presencia.

»Sin embargo, al revelarles Elinor la espantosa proposición, y el casi igualmente espantoso nombre del impío intruso, el clérigo dio muestras de una considerable emoción; y, tras una larga pausa, rogó que le permitiese acompañarla en su próximo encuentro. Éste tuvo lugar al día siguiente, ya que el desconocido era incansable, cada vez que la veía pasear a solas.

»Hay que decir que este clérigo había viajado durante varios años, período durante el cual le habían acaecido cosas en países extranjeros, de las que corrieron después extraños rumores, pero sobre cuyos motivos había guardado él siempre profundo silencio; y dado que había fijado su residencia en la vecindad hacía poco, no conocía a Elinor, ni los detalles de su vida pasada y de la actual situación.

[...]

»Era ahora otoño; las tardes acortaban, y al breve crepúsculo le seguía rápidamente la noche. En el dudoso límite entre uno y otra, el clérigo salió de casa y se dirigió a donde Elinor le había dicho que solía encontrarse con el desconocido.

»Allí les descubrió; y en la temblorosa y apartada forma de Elinor, y la rígida pero serena importunidad de su compañero, leyó el terrible secreto de su conferencia. De repente, fue hacia allí y se plantó ante el desconocido. Se reconocieron en seguida el uno al otro. ¡Una expresión que jamás se había visto él —expresión de miedo—, cruzó el semblante del desconocido! Se detuvo momento, se marchó a continuación sin pronunciar una sola palabra, y no volvió a molestar nunca más a Elinor con su presencia.

»[...]

»Pasaron unos días, antes de que el clérigo se recobrara de la emoción de este singular encuentro, y pudiera hablar con Elinor para explicarle la causa de su profunda y angustiosa agitación.

»Cuando se sintió en condiciones de recibirla, le envió recado, diciéndole que viniese por la noche, ya que sabía que durante el día nunca dejaba al desvalido objeto de su ferviente corazón. Llegó la noche: imaginadles sentados el antiguo despacho

del clérigo, cuyos estantes se hallaban repletos de pesados volúmenes de antigua sabiduría, mientras las ascuas de un fuego de turba difundían un resplandor confuso e incierto por la habitación, y la solitaria vela que ardía en una alejada mesita de roble parecía derramar su luz sobre ella sola; ni un solo rayo daba en las figuras de Elinor y de su compañero, sentados en dos macizos sillones de talladas imágenes como las ricamente labradas capillas de algún templo católico.

»—Ésa es una comparación de lo más abominable y profana —dijo Aliaga, saliendo de su sopor, en el que había caído varias veces durante el largo relato.

»—Pero escuchad el final —dijo el obstinado narrador—: El clérigo confesó a Elinor que había conocido al irlandés, llamado Melmoth, cuya variada erudición, profundo intelecto e intensa apetencia de información, le habían llegado a interesar tan hondamente que nació entre ambos una gran amistad. Al comenzar las turbulencias políticas en Inglaterra, el clérigo se había visto obligado a buscar refugio en Holanda, con la familia de su padre. Allí volvió a encontrarse con Melmoth, quien le propuso un viaje a Polonia; aceptó el ofrecimiento y se fueron a Polonia. El clérigo contó entonces muchas historias extraordinarias del doctor Dee y de Albert Alasco, el polaco aventurero, los cuales les acompañaron por Inglaterra y Polonia... Y añadió que sabía que su compañero Melmoth era irremisiblemente aficionado al estudio de ese arte que abominan justamente todos “los que pronuncian el nombre del Señor”. El poder del navío intelectual era demasiado grande para los estrechos mares por los que costeaba..., anhelaba zarpar en un viaje de descubrimiento..., en otras palabras, Melmoth se unió a esos impostores, o cosa peor, que le prometieron el conocimiento del futuro, y poderes para influir en él, imponiéndole una condición inconfesable —una extraña expresión ensombreció su rostro mientras hablaba. Se recobró el clérigo, y añadió—: Desde ese momento, cesó nuestra relación. Desde entonces, le tuve por una persona entregada a desvaríos diabólicos, al poder del enemigo.

»”Yo no había visto a Melmoth desde hacía años. Me disponía a abandonar Alemania cuando, el día antes de mi partida, recibí un mensaje de una persona que se anunció como amiga mía, y que, sintiéndose a punto de morir, deseaba la asistencia de un pastor protestante. Estábamos entonces en la diócesis de un obispo electo católico. Corrí sin pérdida de tiempo a auxiliar a dicha persona enferma. Cuando entré en su habitación, me quedé asombrado al descubrirla atestada de aparatos astrológicos, libros e instrumentos de una ciencia que yo no entendía; en un rincón había una cama, cerca de la cual no vi sacerdote ni médico, pariente ni amigo: en ella yacía la figura de Melmoth. Me acerqué, y traté de dirigirle unas palabras de consuelo. Agitó la mano, indicándome que guardara silencio... y eso hice. El recuerdo de sus antiguas costumbres e investigaciones, y la visión de su presente estado, me produjeron un efecto de terror, más que de extrañeza. ‘Ven —dijo Melmoth, hablando muy débilmente—, acércate más. Me estoy muriendo; tú sabes demasiado bien cómo ha transcurrido mi vida. El mío ha sido el gran pecado angélico: ¡el del orgullo y la presunción intelectual! Es el primer pecado mortal; ¡una

ilimitada aspiración a dominar el saber prohibido! Ahora voy a morir. No pido ningún género de religión; no quiero oír palabras que no tienen ningún significado para mí, ¡ni deseo que lo tengan! Ahórrate tu expresión de horror. Te he mandado llamar para exigirte tu solemne promesa de que ocultarás a todo ser humano el hecho de mi muerte; no permitirás que nadie sepa que he muerto, ni cuándo, ni dónde’.

»”Hablaba tan claro, y con gesto tan enérgico, que tuve el convencimiento de que no podía hallarse en el estado en que afirmaba estar; y dije: ‘Pero yo no creo que estés muriendo: tu entendimiento es claro, tu voz es fuerte, tus palabras coherentes, y si no fuera por la palidez de tu rostro, y el hecho de estar acostado en ese lecho, no podría imaginar siquiera que estuvieses enfermo’. Él contestó: ‘¿Tienes paciencia y valor para esperar la prueba de que lo que digo es cierto?’’. Le contesté que por supuesto tenía paciencia; en cuanto a valor, esperaba que me lo diese el Ser por cuyo nombre sentía yo demasiado respeto para pronunciarlo en su presencia. Agradeció él mi aquiescencia con una pálida sonrisa que comprendí demasiado bien, y señaló el reloj que había al pie de su lecho. ‘Mira —dijo—: La manecilla señala las once, y me ves aparentemente sano; ¡espera una hora tan sólo, y me verás muerto!’.

»”Me quedé junto a su cama; nuestros ojos estaban intensamente fijos en la lenta marcha del reloj. De vez en cuando decía algo, pero su fuerza parecía ahora menguar visiblemente. Insistió repetidamente en la necesidad de que guardase un profundo secreto, en la importancia que tenía para mí, y no obstante, insinuó la posibilidad de que tuviéramos un futuro encuentro. Le pregunté por qué creía conveniente confiarme un secreto cuya divulgación era tan peligrosa, y que era tan fácil de guardar. Ignorando yo si vivía, y dónde, podía haber ignorado igualmente el modo y el lugar de su muerte. No contestó a esto. Cuando la manecilla del reloj se acercó a las doce, se le demudó el semblante, sus ojos se volvieron opacos, su voz inarticulada, la mandíbula se le quedó colgando... y cesó su respiración. Le acerqué un espejo a los labios, pero no lo empañó aliento ninguno. Toqué su muñeca, pero no encontré su pulso. Le puse la mano sobre el corazón, y no sentí la menor vibración. Pocos minutos después, su cuerpo estaba totalmente frío. No abandoné la habitación hasta casi una hora después. Su cuerpo no dio signos de recobrar animación.

»”Desgraciadas circunstancias me retuvieron en el extranjero en contra de mi voluntad. Estuve en diversos países del continente, y en todas partes me llegaron referencias de que Melmoth estaba aún con vida. No di crédito alguno a estos rumores, y regresé a Inglaterra con la completa convicción de que había muerto. *Sin embargo, era Melmoth quien paseaba y hablaba con vos la noche de nuestro encuentro.* Jamás me han atestiguado más fielmente mis ojos la presencia de un ser vivo. Era el mismísimo Melmoth, tal como le conocí hace muchos años, cuando mis cabellos eran negros y mis pasos firmes. Yo he cambiado, pero él está igual; el tiempo parece haberse abstenido de tocarle por terror. Por qué medios o poderes ha logrado perpetuar su póstuma y preternatural existencia, es cosa que no puedo imaginar, a menos que sea efectivamente cierto el rumor que le seguía por todo el

continente».

»Elinor, impulsada por el miedo, y por una irreprimible curiosidad, inquirió acerca de ese rumor cuyo significado había anticipado su terrible experiencia. “No tratéis de averiguar más —dijo el pastor—; ya sabéis más de lo que nunca ha llegado a averiguar oído humano alguno, ni a concebir la mente de ningún hombre. Basta con que el Poder Divino os haya permitido rechazar los asaltos del malo; la prueba ha sido terrible, pero el éxito será glorioso. Si persistiese el enemigo en sus intentos, recordad que ha sido rechazado ya en medio del horror de las mazmorras y el patíbulo, de los gritos del manicomio y las llamas de la Inquisición; hasta ahora, ha sido derrotado por un adversario a quien él considera el menos invencible de todos: las exhaustas energías de un corazón quebrantado. Ha recorrido la tierra en busca de víctimas, ‘en busca de alguien a quien poder devorar’, y no ha encontrado ninguna presa, ni aun donde podía buscarla con toda la codicia de su infernal expectación. Deponed vuestra gloria y corona de gozo, que aun el más débil de sus adversarios le ha rechazado con una fuerza que siempre anulará a la suya”.

»[...]

»¿Quién es esa figura borrosa que sostiene con dificultad a un inválido extenuado, y parece necesitar a cada paso el apoyo que ella misma presta? Es Elinor, que aún conduce a John. Su sendero es el mismo, pero la época ha cambiado..., y ese cambio le parece a ella que ha afectado igualmente al mundo mental y al físico. Es una lúgubre tarde otoñal: el riachuelo discurre oscuro y turbio junto al sendero; el viento gime entre los árboles, y las hojas secas y descoloridas crujen bajo sus pies; su paseo carece del calor de la conversación humana, pues uno de ellos no piensa ya, ¡y raramente habla!

»Súbitamente, da muestras de que desea sentarse; se le consiente, y Elinor se acomoda junto a él en el tronco derribado de un árbol. Él inclina la cabeza sobre el pecho de ella, y Elinor siente con complacida sorpresa que unas lágrimas lo mojan por primera vez, desde hace muchos años; una suave pero consciente presión de su mano le parece indicio del despertar de su inteligencia; con contenida esperanza, le mira mientras él alza lentamente la cabeza, y clava en ella sus ojos... ¡Dios de todo consuelo, hay inteligencia en su mirada! ¡John le da las gracias con esa inefable mirada, por todos sus cuidados, por su largo y doloroso trabajo de amor! Sus labios están abiertos, pero largamente desacostumbrados a expresar sonidos humanos, realizan el esfuerzo con dificultad... Otra vez repite el esfuerzo, y fracasa; su intento le agota, sus ojos se cierran, su último suspiro apacible escapa sobre el pecho de la fidelidad y el amor..., y Elinor, poco después, a quienes rodeaban su lecho, decía que moría feliz, ¡ya que él la había reconocido nuevamente! Luego hizo al pastor una espantosa señal de despedida, que fue comprendida y contestada.

Capítulo XXXIII

*Cum mihi non tantum furesque feraeque suetae,
Hunc vexare locum, curae sunt atque labori.
Quantum carminibus quae versant atque venenis,
Humanos animos.*

HORACIO

»“No consigo explicarme”, se dijo don Aliaga, mientras proseguía su viaje, al día siguiente, “no consigo explicarme, por qué esta persona se empeña en acompañarme, en importunarme con historias que tienen que ver conmigo tanto como la leyenda del Cid, y puede que sean tan falsas como la balada de Roncesvalles, y ahora en cambio viene cabalgando a mi lado todo el día sin despegar los labios ni una sola vez, como para enmendar su anterior palabrería gratuita”.

»—Señor —dijo el desconocido, hablando por primera vez, como si hubiese leído los pensamientos de Aliaga—, reconozco mi error al relataras una historia que sin duda habréis pensado que tiene muy poco interés para vos. Permitidme repararlo contándoos otra muy breve, pues presumo que os va a interesar de manera muy especial.

»—¿Me aseguráis que será breve? —dijo Aliaga.

»—No sólo eso, sino que será la última con la que importunaré vuestra paciencia —replicó el desconocido.

»—En ese caso —dijo Aliaga—, hermano, proseguid, en el nombre de Dios. Y usad el negocio discretamente como habéis dicho.

»—Había —dijo el desconocido— cierto mercader español, cuyos negocios marchaban prósperamente; pero, al cabo de unos años, viendo que las cosas tomaban mal cariz, y tentado por una oferta de asociación con un pariente que se había establecido en las Indias Orientales, embarcó hacia esos países con su esposa y su hijo, dejando en España a una hija pequeña.

»—Ése fue precisamente mi caso —dijo Aliaga, sin la menor sospecha de cuál iba a ser el sesgo de dicho relato.

»—Dos años de fructífera ocupación le restituyeron la opulencia y la esperanza de una inmensa y futura fortuna. Animado de este modo, nuestro mercader español concibió la idea de establecerse en las Indias Orientales, y envió por su hijita y su ama, las cuales embarcaron para allá en la primera oportunidad, que entonces se presentaban muy raras veces.

»—Eso me recuerda exactamente lo que me ocurrió a mí —dijo Aliaga, cuya inteligencia era algo obtusa.

»—Se pensó que el ama y la niña perecieron en una tormenta que hizo zozobrar la nave, frente a una isla cercana a la desembocadura de un río, en la que murieron todos los tripulantes y los pasajeros. Se decía que el ama y la criatura fueron las

únicas que se habrían salvado; que por alguna extraordinaria casualidad, habían llegado a la isla, donde el ama murió de cansancio y de inanición, y que la niña sobrevivió, y creció como una salvaje y hermosa hija de la naturaleza, alimentándose de frutas y durmiendo entre las rocas, y bebiendo el puro elemento, y aspirando las armonías del cielo, y repitiéndose a sí misma las pocas palabras cristianas que su ama le había enseñado, en respuesta a las melodías que los pájaros cantaban para ella, y al riachuelo cuyas aguas murmuraban según la pura y santa música de su sobrenatural corazón.

»—En mi vida había oído una palabra sobre esto —murmuró Aliaga para sí.

»El desconocido prosiguió:

»—Se dice que, hallándose cierto barco en peligro, llegó de arribada a la isla; que el capitán rescató a esta hermosa criatura solitaria de la brutalidad de los marineros, y que al descubrir los vestigios de lengua española que todavía hablaba, y que se supone debió de practicar durante las visitas de algún otro errabundo a la isla, se propuso, como hombre de honor, llevada a sus padres, cuyos nombres pudo decirle ella, aunque no su lugar de residencia; tan aguda y tenaz es la memoria de la infancia. Cumplió su promesa, y la pura e inocente criatura fue restituida a su familia, que entonces residía en Benarés.

»A estas palabras, Aliaga se sobresaltó con una expresión horrorizada. No fue capaz de interrumpir al desconocido; contuvo el aliento, y apretó los dientes.

»—Desde entonces —dijo el desconocido—, he oído decir que la familia ha regresado a España, que la hermosa habitante de la exótica isla se ha convertido en el ídolo de vuestros caballeros de Madrid, de vuestros haraganes del Prado, de vuestros *sacravienses*^[47], de vuestros... ¿con qué otro nombre despreciable podría calificados? Pero escuchadme; hay unos ojos que se han fijado en ella, ¡y su fascinación es más mortal que los ojos fabulosos de la serpiente! ¡Hay un brazo extendido que quiere atraparla, en cuya garra se marchita la humanidad! Ese brazo se afloja ahora por un momento, sus fibras vibran de misericordia y horror, suelta a la víctima un instante, ¡incluso llama a su padre en su ayuda! Don Francisco, ¿me comprendéis ahora? ¿Tiene esa historia interés o aplicación para vos?

»Guardó silencio; pero Aliaga, estremecido de horror, no pudo contestarle sino con una débil exclamación.

»—Si la tiene —prosiguió el desconocido—, ¡no perdáis un instante en salvar a vuestra hija!

»Y dando espuelas a su mula, desapareció por el estrecho paso entre las rocas que evidentemente no estaba hecho para ser hollado por ningún viajero de este mundo. Aliaga no era hombre a quien le afectasen las fuertes impresiones de la naturaleza; pero, de haberlo sido, el escenario en que tuvo lugar esta misteriosa advertencia le habría producido un efecto tremendo. Era tarde ya: un crepúsculo brumoso y gris empezaba a envolver cada objeto; el camino discurría por un terreno rocoso y serpeaba entre montañas, o más bien montes pelados y yermos, como los que el

agotado viajero de la isla occidental^[48] ve alzarse entre páramos, con los que contrasta grandemente, sin que tal contraste produzca alivio. Las lluvias habían formado profundas torrenteras entre los montes y, aquí y allá, algún curso alto de agua bramaba en su cauce accidentado, orgulloso y sonoro, mientras las inmensas cárcavas que fueron lecho de los torrentes que un día corrieron atronadores por ellas se abrían ahora vacías y horribles como moradas desiertas de una nobleza arruinada. Ni un ruido rompía la quietud, salvo el eco monótono de las pezuñas de las mulas, que respondía desde las oquedades de los montes, y los chillidos de los pájaros que, tras breves círculos en el aire húmedo y nuboso, se retiraban a sus refugios en las quebradas.

»[...]

»Es casi increíble que después de esta advertencia, reforzada como estaba por el perfecto conocimiento que el desconocido había demostrado tener de la vida anterior de Aliaga y de sus circunstancias familiares, no se apresurase éste a regresar a su casa, y más habiéndole concedido la suficiente importancia como para hacerlo tema de correspondencia con su esposa. Sin embargo, así era.

»En el momento en que se marchó el desconocido, decidió no perder un instante y regresar a toda prisa a su casa; pero al llegar a la siguiente etapa había varias cartas de negocios esperándole. Una correspondencia comercial le informaba de la probable quiebra de una casa en una región distante de España, donde su rápida presencia podía ser vital. Tenía también una carta de Montilla, su futuro yerno, en la que le informaba que el estado de salud de su padre era bastante precario, por lo que le era imposible dejarlo hasta que el destino decidiese. Como las decisiones del destino implicaban igualmente la riqueza del hijo y la vida del padre, Aliaga no pudo por menos de pensar que en esta decisión mostraba tanta prudencia como afecto.

»Tras leer estas cartas, el pensamiento de Aliaga comenzó a discurrir por su cauce habitual. No hay manera de zafarse de los hábitos inveterados para un espíritu completamente comercial, “aunque uno se levantara de entre los muertos”. Además, para entonces, la huella de la presencia y palabras del desconocido se iba borrando rápidamente de una mente nada acostumbrada a impresiones visionarias. Desechó los terrores de esta visita con ayuda del tiempo, y su valor dio el debido crédito a esta ayuda. Lo mismo hacemos todos con las ilusiones de la imaginación, con la única diferencia de que el apasionado las evoca con lágrimas de pesar, y el falto de imaginación con el rubor de la vergüenza. Aliaga partió en dirección a la distante región de España donde su presencia debía salvar aquella tambaleante casa en la que tenía amplios intereses, y escribió a doña Clara que quizá tardaría unos meses en volver a las proximidades de Madrid.

Capítulo XXXIV

*Husband, husband; I've the ring
Thou gavest to-day to me;
And thou to me art ever wed,
As I am wed to thee!*

LITTLE. *Poems*

»El resto de la espantosa noche en que desapareció Isidora lo pasó doña Clara casi sumida en la desesperación, quien pese a todo su rigor y fría mediocridad, aún tenía sentimientos de madre..., y fray José, que, con todo su sibaritismo egoísta y su sed de dominio, tenía un corazón en el que jamás había llamado la desgracia sin que la compasión abriese las puertas rápidamente.

»La aflicción de doña Clara se agravó ante el recelo de su esposo (quien le inspiraba un gran temor), el cual, temía, podía reprocharle la imperdonable negligencia de su autoridad maternal.

»A lo largo de esa noche de zozobra, se sintió frecuentemente tentada de pedir consejo y ayuda a su hijo; pero el recuerdo de sus violentas pasiones la disuadió, y permaneció sentada en pasiva desesperación hasta que amaneció. Entonces, movida por un impulso inexplicable, se levantó y corrió al aposento de su hija, como si imaginara que los acontecimientos de la noche anterior no habían sido sino una espantosa y falsa ilusión que se disiparía con las primeras claridades del día.

»Y, en efecto, así parecía, porque sobre la cama se hallaba Isidora, profundamente dormida, con la misma pura y plácida sonrisa que cuando la arrullaban las melodías de la naturaleza, y el sonido se prolongaba en su sueño con los susurrados cánticos de los espíritus del océano indico. Doña Clara profirió un grito de sorpresa, que tuvo el singular efecto de despertar a fray José del pesado sopor en que había caído cuando empezaba a amanecer. Sobresaltado por tal grito, el afable y regalado sacerdote corrió tambaleante hacia la habitación, y vio, con una incredulidad que poco a poco se rindió al frecuente ejercicio de sus obstinados y pegajosos párpados, la figura de Isidora sumida en profundo sueño.

»—¡Oh, qué dicha más inmensa! —dijo el bostezante sacerdote, mirando a la dormida belleza, sin otra emoción que la del placer de un ininterrumpido descanso—; por favor, no la despertéis —dijo reprimiendo otro bostezo y saliendo de la habitación—. Después de una noche como la que hemos pasado, el sueño debe ser un reparador y loable ejercicio; ¡así que os encomiendo a la protección de los santos!

»—¡Oh, reverendo padre! ¡Oh, santísimo padre! —exclamó doña Clara, pegándose a él—, no me abandonéis en esta extremidad. Esto ha sido obra de magia..., obra de los espíritus infernales. Mirad cuán profundamente duerme, aunque estamos hablando, y ya es de día.

»—Hija, estáis muy equivocada —contestó el soñoliento sacerdote—; la gente

puede dormir incluso de día; y como prueba, aquí me tenéis, pues voy a retirarme a descansar, así que podéis enviarme una botella de Fuencarral o de Valdepeñas; no es que desestime los más ricos vinos de España, desde el chacolí de Vizcaya al mataró de Cataluña^[49], pero no quiero que digan que duermo de día si no media una razón suficiente.

»—¡Santo padre! —contestó doña Clara—, ¿no creéis que la desaparición de mi hija y el intenso sueño se deben a causas preternaturales?

»—Hija —respondió el sacerdote arrugando el ceño—, mandadme un poco de vino con que mitigar la insoportable sed que me ha producido la ansiedad por el bienestar de vuestra familia, y dejadme meditar después unas horas sobre qué medidas son las que mejor pueden tomarse; luego..., cuando me despierte, os daré mi opinión.

»—Santo padre, vos decidiréis por mí en todo.

»—No vendrían mal, hija —dijo el sacerdote retirándose—, algunas lonchas de jamón, o unas cuantas salchichas picantes para acompañar el vino; podrían mitigar, por así decir, los efectos nocivos de ese abominable licor, que nunca bebo más que en excepciones como ésta.

»—Se os enviarán, santo padre —dijo la atribulada madre—; pero ¿no creéis que el sueño de mi hija es sobrenatural?

»—Venid a mi aposento, hija —respondió el sacerdote cambiando la cogulla por el gorro de dormir que uno de los numerosos criados le presentó solícitamente, y veréis luego cómo ese sueño es efecto natural de una causa igualmente natural. Vuestra hija ha pasado evidentemente una noche muy fatigosa, lo mismo que vos, aunque quizá por causas muy distintas; pero todas esas causas nos predisponen para un profundo descanso. Por lo que a mí respecta, no dudo del mío; enviadme el vino y las salchichas... Estoy muy cansado; ¡oh!, me siento débil y fatigado de tantos ayunos y vigiliass y tareas de exhortación. La lengua se me pega en el paladar, y se me quedan rígidas las quijadas; puede que un trago o dos disuelva esta pegajosidad. Pero detesto el vino... ¿por qué diablos no mandáis traer ya la botella?

»El criado, aterrado ante el tono iracundo con que fueron pronunciadas las últimas palabras, echó a correr con sumisa diligencia, y fray José se sentó finalmente en su aposento, a rumiar las calamidades y dudas de la familia, hasta que, realmente abrumado por el tema, exclamó con tono de desesperación:

»—¡Ya están las dos botellas vacías! Entonces es inútil meditar más sobre esta cuestión.

»[...]

»Le despertó, una hora antes de lo que habría deseado, un recado de doña Clara, quien, con las tribulaciones de su débil espíritu, y acostumbrada siempre a su apoyo eficaz y externo, sentía ahora como si cada paso que daba sin él le condujera a una verdadera e instantánea perdición. El temor que le inspiraba su esposo, junto con sus supersticiosos miedos, ejercía el más vigoroso poder sobre su mente, y esa mañana

llamó a fray José para una temprana consulta de terror e inquietud. Su gran objetivo era ocultar, si era posible, la ausencia de su hija durante esa azarosa noche, y viendo que ninguno de los criados parecía haberse enterado, que de toda la numerosa servidumbre, *sólo estaba ausente un viejo criado* y que nadie había notado dicha ausencia entre la superflua muchedumbre de criados de una casa española, comenzó a renacerle el valor. Aún se lo acrecentó más una carta de Aliaga, en la que le comunicaba la necesidad de visitar una lejana región de España, y de diferir unos meses el casamiento de su hija con Montilla; esto sonó como un alivio en los oídos de doña Clara; consultó con el sacerdote, y éste contestó con palabras de consuelo que si llegaba a saberse la breve ausencia de doña Isidora, la cosa tendría poca importancia, y si no llegaba a saberse, no la tendría en absoluto; y aquí le recomendó que se asegurase el silencio de los criados por medios que por su hábito juraba que eran infalibles, ya que los había visto dar eficaz resultado entre los criados de una casa infinitamente más poderosa.

»—Reverendo padre —dijo doña Clara—, no conozco ninguna casa de grandes de España que sea más espléndida que la nuestra.

»—Pero yo sí, hija mía —dijo el sacerdote—. Y la cabeza visible de esa casa es... el Papa; pero id ahora y despertad a vuestra hija, porque si no, estará durmiendo hasta el día del juicio, ya que parece haber olvidado totalmente la hora del desayuno. No lo digo por mí, hija, sino que sufro de ver interrumpida la regularidad de las costumbres de una casa tan magnífica; por mi parte, con un tazón de chocolate y un racimo de uvas tengo bastante; y para aliviar la crudeza de las uvas, una copa de Málaga; a propósito, vuestras copas son las menos hondas que he visto... ¿No habría forma de conseguir copas de San Ildefonso^[50], de pie corto y amplia campana? Las vuestras parecen de don Quijote, toda base y nada de cavidad. A mí me gusta que se parezcan a su dueño: un cuerpo bien ancho, y una base que pueda medirse con el dedo meñique.

»—Os traeré una San Ildefonso hoy mismo —respondió doña Clara.

»—Id y despertad a vuestra hija primero —dijo el sacerdote.

»Mientras hablaba, entró Isidora en la habitación; la madre y el sacerdote se levantaron sorprendidos. Su semblante era tan sereno, su paso tan regular y su continente tan sosegado, como si fuese enteramente inconsciente del terror y la angustia que había ocasionado su desaparición la noche anterior. Al primer intervalo breve de silencio sucedió un torrente de preguntas por parte de doña Clara y fray José, a dúo: por qué, dónde, qué motivo, y con quién y cómo..., todo cuanto era preguntable. Sin embargo, podían haberse ahorrado la molestia; porque ni ese día, ni durante muchos otros, pudieron los reproches, las súplicas, y las amenazas de su madre, ayudados por la autoridad espiritual y más poderosa ansiedad del sacerdote, arrancarle una sola palabra explicativa del motivo de su ausencia durante esa noche espantosa. Cuando se vio estrecha y severamente apremiada la mente de Isidora, pareció renacer en ella algo del salvaje pero vigoroso espíritu de independencia que

sus antiguos hábitos y sentimientos le habían comunicado. Durante diecisiete años había sido su propia dueña y señora, y aunque dócil y afable por naturaleza, cuando la despótica mediocridad trataba de tiranizarla, sentía un desdén que expresaba tan sólo con un profundo silencio.

»Fray José, exasperado por su terquedad, temeroso de perder su poder sobre la familia, amenazó con negarle la confesión, a menos que le revelase el secreto de esa noche.

»—Entonces, ¡me confesaré a Dios! —dijo Isidora.

»En cambio, encontraba más difícil resistir la porfía de su madre, ya que su corazón femenino amaba cuanto era femenino, aun en su forma menos atractiva, y el acoso desde ese ángulo era a la vez monótono y constante.

»Había una débil pero incansable tenacidad en doña Clara, que es atributo consustancial al carácter femenino cuando se combinan la mediocridad intelectual y la rigidez de principios. Cuando ella ponía cerco a un secreto, era mejor que la guarnición capitulase en seguida. Lo que le faltaba de vigor y habilidad, lo suplía con su minuciosa e incesante asiduidad. Jamás se aventuraba a asaltar la fortaleza con ímpetu, sino que su terquedad la asediaba hasta que la obligaba a rendirse. No obstante, también su insistencia fracasó aquí. Isidora se mostró respetuosa, pero absolutamente hermética; viendo la cuestión desesperada, doña Clara, que tenía un sentido especial, tanto para guardar como para descubrir un secreto, convino con fray José en no decir una palabra del asunto al padre ni al hermano.

»—Demostremos —dijo doña Clara, con un sagaz y autosuficiente asentimiento con la cabeza que podemos guardar un secreto tanto como ella.

»—De acuerdo, hija —dijo fray José— imitémosla en el único punto en el que podéis presumir de pareceros.

[...]

»Poco después, no obstante, se descubrió el secreto. Habían transcurrido unos meses, y las visitas de su esposo comenzaron a devolver la habitual y serena confianza a la mente de Isidora. Imperceptiblemente, él fue cambiando su, feroz misantropía por una especie de tristeza meditabunda. Era como la noche oscura, fría pero tranquila y relativamente consoladora, que sucede a un día de tormenta y cataclismo. Los que lo han sufrido recuerdan los terrores del día, y la serena oscuridad de la noche es para ellos como un refugio. Isidora miraba a su esposo con complacencia, viendo que ya no tenía el ceño duro, ni la sonrisa aterradora; y sintió la esperanza (que la serena pureza del corazón femenino siempre sugiere) de que su influencia flotaría un día sobre lo informe y el vacío, como se mueve el espíritu que camina sobre la faz de las aguas; y de que la devoción de la esposa podría salvar al incrédulo esposo.

»Estos pensamientos eran su consuelo; y estaba bien que la consolaran los pensamientos, dado que la realidad es una aliada miserable cuando la imaginación lucha contra la desesperación. Una de las noches en que esperaba a Melmoth, la

encontró éste cantando su habitual himno a la Virgen, para lo que se acompañaba con el laúd.

»—¿No es algo tarde para cantar tu himno de vísperas a la Virgen, cuando pasa de la medianoche? —dijo Melmoth con pálida sonrisa.

»—Su oído está abierto a todas horas, según me han dicho —contestó Isidora.

»—Si es así, amor mío —dijo Melmoth saltando como de costumbre por el antepecho de la ventana—, añade una estrofa a tu himno, en mi favor.

»—¡Ay! —dijo Isidora, dejando el laúd—, tú no crees, amor, en lo que la Santa Madre Iglesia proclama.

»—Sí; sí creo, cuando te escucho a ti.

»—¿Sólo entonces?

»—Canta otra vez tu himno a la Virgen.

»Isidora accedió, y observó el efecto que hacía en su oyente. Parecía afectado; le hizo seña de que volviese a repetirlo.

»—Amor mío —dijo Isidora—, esto no es como la repetición de una canción teatral solicitada por un auditorio, sino un himno por el que quien lo escucha ama más a su esposa, porque ella ama a Dios.

»—Muy sagaz pensamiento —dijo Melmoth—. Pero ¿por qué estoy excluido en tu imaginación del amor de Dios?

»—¿Visitas alguna vez la iglesia? —dijo Isidora con ansiedad; hubo un profundo silencio—. ¿Has recibido alguna vez el Santo Sacramento? —Melmoth siguió callado—. ¿Me has permitido alguna vez, después de pedírtelo fervientemente, que anunciase a mi atribulada familia el lazo que nos une? —tampoco hubo respuesta—. ¡Y ahora, creo, no me atrevo a decir lo que siento! ¿Oh, cómo puedo presentarme ante los ojos que me vigilan tan atentamente? ¿Qué podré decir? ¿Que soy una esposa sin marido, una madre sin padre para su hijo, o alguien a quien un terrible juramento la obliga a no revelar su secreto jamás? ¡Oh, Melmoth, ten piedad de mí, libérame de esta vida de constreñimiento, de falsedad y de disimulo! ¡Proclama que soy tu legítima esposa ante mi familia, y tu legítima esposa te seguirá hasta la perdición, se unirá a ti... y perecerá contigo!

»Sus brazos se ciñeron alrededor de él, y las frías lágrimas de su corazón rodaron abundantes por sus mejillas... Rara vez nos rodean en vano los brazos implorantes de una mujer que suplica la liberación en una hora de vergüenza y terror. Melmoth se sintió conmovido ante la súplica... pero fue un instante. Cogió los blancos brazos extendidos hacia él, clavó una fija, ansiosa y terrible mirada inquisitiva en su víctima-consorte, y preguntó:

»—¿Es verdad eso?

»La pálida y estremecida esposa se retrajo de sus brazos ante la pregunta; su silencio contestó. Las agonías de la naturaleza latían de manera audible en su corazón. Melmoth se dijo: “Es mío el fruto del amor, el primogénito del corazón y la naturaleza; mío, mío. Y me ocurra lo que me ocurra, habrá un ser humano en la tierra

cuya forma externa me reflejará a mí, y al cual le enseñará a rezar su madre, aunque su oración caiga abrasada y chisporroteando en el fuego eterno como una gota de errante rocío en las ardientes arenas del desierto”.

[...]

»Desde el día de esta conversación, las tiernas atenciones de Melmoth con su esposa aumentaron notablemente.

»Sólo el cielo conoce la fuente de ese rudo afecto con que la contemplaba, y en el cual había aún cierta ferocidad. Su cálida mirada parecía el ardor de un día bochornoso de verano, cuyo rigor anuncia la tormenta, y nos induce con su sofocante opresión a desearla casi como un alivio.

»No es imposible que tuviese la mirada puesta en algún futuro objeto de su terrible experimento; y quizá un ser tan absolutamente en su poder como su propio hijo le parecía fatalmente apropiado para sus designios: también estaba en su mano el infligir la medida de desdicha necesaria para capacitar al neófito. Fuera cual fuese su motivo, mostraba cuanta ternura le era posible, y hablaba del próximo acontecimiento con el ansioso interés de un padre humano.

»Consolada por esta nueva actitud, Isidora soportó con mudo sufrimiento el peso de su situación, con todo el doloroso acompañamiento de indisposiciones y desfallecimientos, agravados por el constante temor y el misterioso secreto. Esperaba que al fin la recompensaría él con una abierta y honrosa declaración; pero esta esperanza sólo la expresaba con pacientes sonrisas. La hora se acercaba rápidamente, y temerosas y vagas aprensiones comenzaron a ensombrecerle el ánimo sobre el destino del niño, a punto de nacer en circunstancias misteriosas.

»En su siguiente visita nocturna, Melmoth la encontró hecha un mar de lágrimas.

»—¡Ay! —dijo Isidora, contestando a su brusca pregunta y breve intento de consolarla—, ¡cuántos motivos tengo para llorar, y qué pocas lágrimas he derramado! Si tú quisieras, podrías enjugármelas, pues ten por seguro que sólo tu mano lo puede hacer. Presiento —añadió— que este acontecimiento va a ser fatal para mí; sé que no viviré para ver a mi hijo. Sólo te pido la única promesa que puede sostenerme aún en esta convicción.

»Melmoth la interrumpió, asegurándole que tales temores eran propios e inevitables de su situación, y que muchas madres, rodeadas de numerosa prole, sonreían al recordar su miedo de que el nacimiento de cada uno fuese fatal para los dos.

»Isidora negó con la cabeza.

»—Los presagios que me visitan —dijo— son de los que jamás asaltan en vano a los mortales. Siempre he creído que cuando nos acercamos al mundo invisible, su voz se vuelve más audible para nosotros, y la aflicción y el dolor son elocuentes intérpretes entre nosotros y la eternidad; muy distinta de todos los sufrimientos corporales, y hasta de los terrores mentales, es esa honda e inefable impresión, a la vez incomunicable e imborrable; es como si el cielo nos hablase a solas, y nos pidiese

que guardemos su secreto, o que lo divulguemos con la condición de que no sea creído jamás. ¡Oh!, Melmoth, no sonrías de esa manera tan horrible cuando hablo del cielo... Puede que no tarde en ser allí tu única intercesora.

»—Mi querida santa —dijo Melmoth, riendo y arrodillándose ante ella en broma—, clame los primeros intereses de tu mediación; ¿cuántos ducados me costará canonizarte? Me facilitarás, espero, una relación verdadera de tus milagros legítimos; da vergüenza, la de tonterías que se envían mensualmente al Vaticano.

»—*Que sea tu conversión el primer milagro de la lista* —dijo Isidora con una energía que hizo temblar a Melmoth; era de noche, pero ella le sintió temblar, y mantuvo su imaginado triunfo—. Melmoth —exclamó—, tengo derecho a pedirte una promesa; por ti lo he sacrificado todo: jamás ha habido mujer más fiel, jamás ha dado pruebas ninguna mujer de una entrega como la mía. Podía haber sido la noble y honorable esposa de quien hubiera puesto sus riquezas y títulos a mis pies. En esta hora de peligro y sufrimiento, las primeras familias de España habrían estado esperando alrededor de mi habitación. Sola, sin ayuda, sin consuelo, debo soportar la lucha terrible de la naturaleza..., terrible incluso para aquellas cuyo lecho ha sido mullido por las manos del afecto, cuya agonía consuela la presencia de una madre... y oyen el primer vagido del hijo coreado por las gozosas exclamaciones de los nobles parientes. ¡Oh, Melmoth! ¿Qué me tocará a mí? ¡Tendré que sufrir en secreto y en silencio! ¡Tendré que ver a mi hijo arrancado de mis brazos antes de haberlo besado... y el mantón del bautizo será una de esas misteriosas tinieblas que tus dedos han tejido! Pero concédeme una cosa... ¡una sola! —prosiguió implorante, poniéndose en su súplica grave hasta la agonía—: Júrame que mi hijo será bautizado según los preceptos de la Iglesia católica, que será todo lo cristiano que lo puedan hacer esas formas, y pensaré, si todos mis horribles presagios se cumplen, que dejo detrás de mí a alguien que rezará por su padre, y cuya oración podrá ser aceptada. ¡Prométeme, júrame —añadió con creciente agonía— que mi hijo será cristiano! ¡Ay!; ¡si mi voz no merece ser oída en el cielo, puede que la de este ángel sí! El propio Cristo quiso tener cerca a los niños mientras estuvo en la tierra, así que, cómo los va a rechazar en el cielo. ¡Oh, no, no! ¡No rechazará al *tuyo*!

»Melmoth la escuchó con sentimientos que es preferible ocultar a explicar o analizar. Así impetrado, prometió que el niño sería bautizado; y añadió, con una expresión que Isidora no tuvo tiempo de comprender, a causa del gozo que la embargaba ante esta concesión, que sería todo lo cristiano que los ritos y ceremonias de la Iglesia católica le pudieran hacer. Y mientras añadía diversos comentarios acerbos sobre la ineficacia de los ritos externos, y la impotencia de cualquier jerarquía, y las mortales y desesperadas imposiciones de los sacerdotes bajo todas las providencias... y desarrollaba todo esto con un espíritu que mezclaba el sarcasmo con el horror, y parecía un arlequín de las regiones infernales coqueteando con las furias, Isidora volvió a repetir su solemne petición de que su hijo, si la sobrevivía, fuera bautizado. Melmoth asintió; y añadió con cruel y espantosa frivolidad:

»—Y mahometano, si cambias de opinión; o de la mitología que quieras adoptar; sólo tienes que decírmelo; los sacerdotes se consiguen fácilmente... ¡Y las ceremonias se compran a bajo precio! No tienes más que hacerme saber tus futuras intenciones, cuando tú misma las sepas.

»—Yo no estaré aquí para decírtelas —dijo Isidora, replicando con profunda convicción a esa corrosiva ligereza como un frío día invernal al calor de un caprichoso día de verano, que mezcla el sol con el relámpago—; ¡Melmoth, yo no estaré aquí entonces!

»Y esta energía de la desesperación en un ser tan joven, tan inexperto, salvo en las vicisitudes del corazón, produjo un violento contraste con la pétrea impassibilidad del que había cruzado por la vida “desde Dan a Beer Seba”, y lo había hallado todo estéril, o lo había vuelto él así.

»En este momento, mientras Isidora lloraba con frías lágrimas de desesperación, sin atreverse a pedir a la mano que amaba que se las enjugase, comenzaron a tocar súbitamente las campanas de un vecino convento, donde celebraban una misa por el alma de un hermano fallecido. Isidora aprovechó el instante en que el mismo aire estaba impregnado con la voz de la religión, para imprimir su fuerza sobre el misterioso ser cuya presencia le inspiraba igualmente terror y amor.

»—¡Escucha, escucha! —exclamó Isidora.

»Los tañidos llegaban lentos, apagados, como si fuesen expresión involuntaria de ese profundo sentimiento que siempre inspira la noche: la repetida consigna de centinela a centinela, cuando las mentes vigiles y meditabundas se han convertido en “guardianes de la noche^[51]”. El efecto de los tañidos aumentó al sumarse, de vez en cuando, el profundo, impresionante coro de las voces; de esas voces que, más que armonizar, coincidían con los sonos de la campana y, como ellos, parecían brotar involuntariamente... como una música pulsada por manos invisibles.

»—Escucha —repitió Isidora—, ¿no hay verdad en la voz que te habla con esos tonos? ¡Ay, si no hubiese verdad en la religión, no la habría en la tierra! La misma pasión se disuelve en pura ilusión, a menos que esté consagrada por la conciencia de un Dios y un más allá. Esa esterilidad del corazón que impide que prospere el divino sentimiento, debe de ser hostil también a todo sentimiento tierno y generoso. *¡Quien carece de Dios, carece de corazón!* ¡Oh, amor mío!, ¿no quieres, al inclinarte sobre mi tumba, que mi último descanso encuentre consuelo en palabras como éstas... no quieres que ellas apacigüen el tuyo? Prométeme al menos que llevarás a tu hijo a visitar mi lápida, que le leerás la inscripción que diga que he muerto en la fe de Cristo y la esperanza en la inmortalidad. Sus lágrimas serán poderosas intercesoras tuyas que no le negarán el consuelo que la fe me ha dado en las horas de sufrimiento, y las esperanzas que iluminarán el instante de mi partida. ¡Oh!, prométeme eso al menos, que harás que tu hijo visite mi sepultura, sólo eso. No interrumpas ni turbes la impresión con sofisterías y banalidades, o con esa violenta y demoledora elocuencia que brota de tus labios, no para ilustrar, sino para secar. No llorarás; pero al menos,

quiero que guardes silencio: deja que el cielo y la naturaleza obren libremente. La voz de Dios hablará a su corazón; y mi espíritu, al presenciar su conflicto, temblará aunque esté en el paraíso; y hasta en el cielo, sentiré doblado mi gozo cuando contemple cómo alcanza la victoria. Prométemelo... ¡júramelo! —añadió, con agónica energía en el tono y en el gesto.

»—Tu hijo será cristiano —dijo Melmoth.

Capítulo XXXV

[...] *Oh, spare me, Grimbald!
I will tempt hermits for thee in their cells,
And virgins in their dreams.*

DRYDEN, «*King Arthur*»

»Es un hecho extraño, pero bien probado, que las mujeres que se ven obligadas a arrostrar todas las incomodidades y tribulaciones de un embarazo secreto, lo sobrellevan a menudo mejor que aquellas cuyo estado vigilan tiernos y ansiosos parientes; y esos alumbramientos ocultos o ilegítimos se resuelven efectivamente con menos peligro y sufrimiento que los que cuentan con el auxilio que la habilidad y el afecto pueden aportar. Así parecía suceder con Isidora. El retiro en que su familia vivía, el genio de doña Clara, tan lento en sospechar (por falta de perspicacia) como ansioso en perseguir un objetivo una vez descubierto (por la natural codicia de su mente vacía), estas circunstancias, combinadas con el vestido de la época, el enorme y envolvente guardainfante, contribuían a guardar el secreto, al menos hasta que llegase el momento crítico. Cuando se acercó ese momento, podemos imaginar fácilmente los callados y temblorosos preparativos: la importante ama, orgullosa de que se depositara la confianza en ella, la doncella confidencial, la fiel y discreta asistencia médica; para conseguir todo esto, Melmoth la proveyó ampliamente de dinero..., circunstancia que habría sorprendido a Isidora (dado su aspecto siempre notablemente sencillo y reservado) si, en ese momento de ansiedad, hubiese podido albergar su mente cualquier otro pensamiento que no fuese el de *la hora*.

[...]

»La noche en que calcularon que tendría lugar ese trascendental y temido acontecimiento, Melmoth mostró en su actitud una inusitada ternura: la miraba de vez en cuando con ansioso y mudo cariño; parecía como si tuviese algo que comunicar y no se sintiese con valor para revelarlo. Isidora, muy versada en el lenguaje del semblante, que es a menudo, más que el de las palabras el lenguaje del corazón, le suplicó que le dijese qué *pensaba*.

»—Tu padre va a regresar —dijo Melmoth con desgana—. Estará aquí dentro de muy pocos días; quizá dentro de unas horas.

»Isidora le escuchó muda de horror.

»—¡Mi padre! —exclamó—; jamás he visto a mi padre. ¡Oh, cómo voy a presentarme a él, ahora! ¿Y mi madre, ignora que va a venir? Porque no me ha dicho nada.

»—Lo ignora de momento; pero no tardará en saberlo.

»—¿Y por quién has podido *tú* averiguar que ella lo ignora?

»Melmoth guardó silencio un instante; su rostro adoptó una expresión más ceñuda y sombría que la que había mostrado últimamente; y contestó con lenta y áspera

renuencia:

»—No me hagas nunca esa pregunta; la noticia que puedo facilitarte debe ser para ti más importante que la fuente de la que la obtengo; basta con que sepas que es cierta.

»—Perdóname, amor mío —dijo Isidora—, es probable que no vuelva a ofenderte nunca más. ¿No me vas a perdonar mi *última ofensa*?

»Melmoth parecía demasiado inmerso en sus propios pensamientos para responder siquiera a sus lágrimas. Añadió, tras una breve y sombría pausa:

»—Tu prometido viene con tu padre; el padre de Montilla ha muerto; han ultimado todas las disposiciones para tus desposorios. Tu prometido viene a desposarse con la mujer de otro; con él viene tu fogoso y estúpido hermano, que ha salido al encuentro de su padre y de su futuro pariente. Se va a celebrar una fiesta en la casa con ocasión de tus próximas nupcias... Quizá oigas hablar de un extraño invitado, que aparecerá en esa fiesta... ¡Porque yo estaré allí!

»Isidora se quedó estupefacta de horror.

»—¡Una fiesta! —repitió—; ¡una fiesta nupcial!..., ¡pero si ya estoy casada contigo, y a punto de ser madre!

»En este momento oyeron ruido de cascos de numerosos caballos que se aproximaban a la casa; el tumulto de los criados, corriendo a abrir y recibir a los caballeros, resonó en todos los aposentos. Y Melmoth, con un gesto que a Isidora le pareció más de amenaza que de despedida, desapareció al instante. Una hora después, Isidora se arrodilló ante el padre al que jamás había visto; soportó el saludo de Montilla, y aceptó el abrazo de su hermano, quien, movido por la impaciencia de su espíritu, medio rechazó a la temblorosa y alterada figura que se acercó a saludarle.

»Todo calló en una breve y traicionera calma. Isidora, que temblaba ante la proximidad del peligro, vio de pronto suspendidos sus terrores. No era tan inminente como ella recelaba; y soportó con relativa paciencia la diaria alusión a sus futuras nupcias, mientras se sentía acosada de vez en cuando por sus confidenciales criadas que aludían a la imposibilidad de que el acontecimiento que todos esperaban se retrasase mucho más. Isidora lo escuchaba, lo sentía, lo soportaba todo con valor: los graves parabienes de su padre y de su madre, las engreídas atenciones de Montilla, seguro de la esposa y de su dote; el hosco acatamiento de su hermano que, incapaz de negar su conformidad, andaba siempre diciendo que *su* hermana podía haber hecho una boda más ventajosa. Todas estas cosas desfilaban por la mente de Isidora como un sueño: la realidad de su existencia parecía interior; y se decía a sí misma: “Si me presentara ante el altar, y mi mano estuviese unida a la de Montilla, Melmoth me arrancaría de él”. Una irrazonada pero honda convicción, una errabunda imagen de preternatural poder, ensombrecía su mente cuando pensaba en Melmoth; y esta imagen, que tanto terror e inquietud le causara en sus primeras horas de amor, constituía ahora su único recurso contra la hora de indecible sufrimiento; como esas mujeres desventuradas de los cuentos orientales, cuya belleza se ha atraído la temible

pasión de algún genio maligno, y confían, en la hora nupcial, en la presencia del espíritu seductor que arrancará de los brazos del desesperado padre y del desconcertado novio a la víctima que ha escogido para sí, y cuya loca entrega a él conferirá dignidad a esta unión tan impía y antinatural^[52].

[...]

»El corazón de Aliaga se ensanchaba ante el próximo cumplimiento de los felices proyectos que había forjado; y con su corazón se ensanchaba también su bolsa, que era su depositaria; y así, decidió dar una espléndida fiesta para celebrar los esponsales de su hija. Isidora recordó la predicción de Melmoth de un banquete fatal; y sus palabras, “estaré allí”, le infundieron una especie de temblorosa confianza. Pero mientras se llevaban a cabo los preparativos bajo su propia supervisión —ya que era consultada a cada instante sobre la disposición de los adornos y la decoración de los aposentos—, su resolución flaqueaba; y mientras sus labios pronunciaban palabras incoherentes, los ojos se le vidriaban de horror.

»La fiesta iba a consistir en un baile de máscaras; e Isidora, que imaginaba que esto podía brindar a Melmoth una ocasión favorable para su huida, aguardaba en vano algún asomo de esperanza, alguna alusión a la probabilidad de que este acontecimiento facilitase una forma de desembarazarse de las trampas mortales que parecían cercarla. Pero él no decía una sola palabra; y el apoyo en él que Isidora creía ver confirmado en determinado momento, al siguiente se tambaleaba hasta los cimientos con ese terrible silencio. En uno de estos momentos, cuya angustia llegaba ya a extremos insoportables por la convicción de que su hora de peligro estaba cerca, miró a Melmoth y exclamó:

»—¡Llévame; llévame lejos de este lugar! ¡Mi existencia no es nada; no es más que un vapor que pronto escapará; pero mi razón se siente amenazada a cada instante! ¡No puedo soportar los horrores a los que me veo expuesta! ¡Todo este día me he arrastrado por las habitaciones engalanadas para mis nupcias imposibles! ¡Oh, Melmoth, si no me amas ya, al menos apiádate de mí! ¡Sálvame de una situación de horror indecible! ¡Ten misericordia de tu hijo, si no la tienes de mí! He estado pendiente de la expresión de tu rostro, he esperado una palabra de aliento... ¡Pero no has dicho nada, ni me has dirigido una mirada de esperanza! ¡Estoy desesperada!...; me es indiferente todo, aparte de los inminentes y *presentes* horrores de mañana; tú has hablado de tu poder para venir y traspasar estos muros sin que recelen ni te descubran; te has jactado de esa nube de misterio de que puedes rodearte. ¡Oh!, ¡en este instante último de mi extremidad, envuélveme en sus pliegues prodigiosos y deja que escape entre ellos, aunque luego me sirvan de mortaja! ¡Piensa en la terrible noche de nuestro casamiento! Yo te seguí entonces con temor y confianza, tu tacto disolvía toda barrera terrenal, tus pasos pisaban un sendero desconocido, ¡y no obstante te seguí! ¡Oh! Si verdaderamente posees ese misterioso e inescrutable poder, que yo no me atrevo a dudar ni a creer, ejércelo sobre mí en esta terrible necesidad; ayúdame a huir; y aunque siento que no viviré para agradecértelo, el *mudo suplicante*

te recordará, con sus sonrisas las lágrimas que yo ahora derramo; ¡y si las derramo en vano, su sonrisa tendrá una amarga elocuencia cuando juegue con las flores de la tumba de su madre!

»Mientras ella hablaba, Melmoth guardó profundo silencio y permaneció intensamente atento. Por último, dijo:

»—Entonces, ¿te sometes a mí?

»—¡Ay! ¿Acaso no me he sometido ya?

»—Una pregunta no es una respuesta. ¿Estás dispuesta a renunciar a todo otro vínculo, a toda otra esperanza, y depender de mí únicamente para salir de este trance terrible?

»—¡Sí, por supuesto!

»—¿Me prometes que, si te presto el servicio que me pides, si utilizo el poder al que dices que he recurrido, serás *mía*?

»—¿Tuya? ¡Ay!, ¿acaso no lo soy ya?

»—¿Abrazas entonces *mi* protección? ¿Buscas voluntariamente el amparo de ese poder que yo puedo prometerte? ¿Quieres por ti misma que utilice ese poder para llevar a efecto tu huida? Habla, ¿he interpretado correctamente tus sentimientos? No me es posible ejercer esos poderes que me atribuyes, a menos que tú misma me pidas que lo haga. He aguardado..., he esperado a que me lo pidieras; lo has hecho, pero ¡ojalá no hubiese sido así! —una mueca de la más fiera agonía arrugó su rostro severo al hablar—. Sin embargo, puedes retirar tu petición... ¡reflexiona!

»—Entonces, ¿no me salvarás de la ignominia y del peligro? ¿Es ésa la prueba de tu amor, es ésa la presunción de tu poder? —dijo Isidora, medio frenética ante tal morosidad.

»—Si te pido que reflexiones, si yo mismo dudo y tiemblo, es para dar tiempo al saludable susurro de tu ángel de la guarda.

»—¡Oh!, ¡sálvame, y serás mi ángel! —dijo Isidora, cayendo a sus pies.

»Melmoth se estremeció en todo su ser al oír estas palabras. Se levantó y la consoló, no obstante, con promesas de seguridad, aunque con una voz que parecía anunciar la desesperación. Luego, apartándose de ella, prorrumpió en apasionado soliloquio:

»—¡Cielos inmortales!, ¿qué es el hombre? ¡Un ser con la ignorancia, pero no con el instinto, de los más débiles animales! Es como los pájaros; cuando tu mano, ¡oh, Tú a quien no me atrevo a llamar Padre!, se posa sobre ellos, gritan y tiemblan, aunque su suave presión pretende sólo conducir al errabundo otra vez a su jaula; sin embargo, para ocultar el temor que amedrenta sus sentidos, se precipitan en la trampa que les han tendido delante, donde será irremisible su cautividad.

»Mientras hablaba, no paraba de pasear nervioso por la habitación, hasta que sus pies tropezaron con una silla en la que había extendido un suntuoso vestido.

»—¿Qué es esto? —exclamó—. ¿Qué estúpido ropón, qué ridiculez es ésta?

»—Es el vestido que vaya llevar en la fiesta de esta noche —dijo Isidora—. Las

criadas están a punto de venir, las oigo en la puerta. ¡Oh, con qué agitado corazón vaya ponerme ese brillante disfraz! ¿Pero no me abandonarás? —añadió con violenta y entrecortada ansiedad.

»—No temas —dijo Melmoth solemnemente—. Me has pedido ayuda, y la tendrás. ¡Que no te tiemble más el corazón, cuando te quites ese vestido que vas a ponerte!

»Se acercaba la hora, e iban llegando los invitados. Isidora, espléndida y fantásticamente vestida, y aliviada por la protección que la máscara proporcionaba a la expresión de su pálido rostro, se mezcló entre los invitados. Danzó unos compases con Mantilla, y luego rehusó seguir bailando con el pretexto de ayudar a su madre a recibir y obsequiar a los invitados.

»Tras un suntuoso banquete, se reanudó el baile en el espacioso salón; e Isidora siguió a la concurrencia con el corazón palpitante. Melmoth había prometido reunirse con ella a las doce, y por el reloj, situado sobre la puerta del salón, vio que faltaba un cuarto de hora. La manecilla seguía avanzando; marcó la hora... ¡y el reloj dio las doce campanadas! Los ojos de Isidora, que habían estado fijos en su movimiento, se apartaron ahora de él con desesperación. En ese momento, sintió que le tocaban suavemente el brazo, y una de las máscaras, inclinándose hacia ella, le susurró:

»—¡Estoy aquí!

»Y añadió la señal que Melmoth y ella habían convenido para reconocerse. Isidora, incapaz de contestar, sólo pudo hacer la señal a su vez.

»—Ven, de prisa —añadió él—. Todo está preparado para tu huida; no hay tiempo que perder; voy a dejarte ahora, pero debes reunirme conmigo dentro de unos instantes en el pórtico oeste; las lámparas están apagadas allí, y los criados han olvidado volverlas a encender. ¡Ve con rapidez y sigilo!

»Desapareció a continuación, e Isidora le siguió pasados unos instantes. Aunque el pórtico estaba a oscuras, el débil resplandor que provenía de las habitaciones espléndidamente iluminadas le reveló la figura de Melmoth. Éste le cogió el brazo, lo pasó bajo el suyo en silencio, y se dispuso a sacarla rápidamente del lugar.

»—¡Deténte, villano, deténte! —exclamó la voz del hermano, quien, seguido de Montilla, saltó de la galería—. ¿Adónde te llevas a mi hermana?, y tú, deshonrada, ¿adónde huyes, y con quién?

»Melmoth trató de pasar, sosteniendo a Isidora con un brazo, mientras, con el otro extendido, trató de evitar que se le acercasen; pero Fernán, sacando la espada, se interpuso frontalmente en su camino, al tiempo que ordenaba a Montilla que llamase a la casa, y arrancase a Isidora de su brazo.

»—¡Aparta, estúpido..., aparta —exclamó Melmoth—, no busques tu destrucción! No deseo tu vida... Con una víctima de tu casa tengo suficiente. ¡Déjanos pasar si no quieres morir!

»—¡Fanfarrón, demuestra tus palabras! —dijo Fernán lanzándole una furiosa estocada, que Melmoth desvió fríamente con la mano—. ¡Saca tu arma, cobarde! —

exclamó, exasperado por esta acción—; ¡la próxima dará más resultado!

»Melmoth sacó lentamente su espada.

»—¡Muchacho! —dijo con voz atronadora—, si vuelvo esta punta contra ti, tu vida no valdrá un ardite; sé prudente y déjanos pasar.

»Fernán no respondió sino con un feroz ataque, al que instantáneamente hizo frente su adversario.

»Los alaridos de Isidora habían llegado, a la sazón, a oídos de los invitados, quienes acudieron en multitud al jardín; los criados les siguieron con antorchas cogidas de los muros adornados para tan malhadada fiesta, y la escena de lucha quedó al punto tan iluminada como si fuese de día, y rodeada por un centenar de espectadores.

»—¡Separadles... separadles... salvadles! —gritaba Isidora, retorciéndose a los pies de su padre y su madre, los cuales, como los demás, miraban la escena con estúpido horror—. ¡Salvad a mi hermano, salvad a mi esposo!

»Toda la espantosa verdad se agolpó en la mente de doña Clara ante estas palabras; y lanzando una mirada de inteligencia al aterrado sacerdote, cayó desmayada al suelo. El combate fue breve, dada la desigualdad; en dos segundos, Melmoth atravesó un par de veces con la espada el cuerpo de Fernán, que cayó junto a Isidora, ¡y expiró! Hubo un silencio general de horror durante unos momentos; finalmente, el grito de “¡coged al asesino!” brotó de todos los labios, y la multitud comenzó a estrechar el cerco en torno a Melmoth. Éste no intentó defenderse. Retrocedió unos pasos y, envainando la espada, les hizo atrás sólo con el brazo. Y ese movimiento, que parecía anunciar un poder interior por encima de la fuerza física, produjo el efecto de dejar clavados a todos los presentes en sus respectivos sitios.

»La luz de las antorchas, que los temblorosos criados sostenían para mirarle, iluminó de lleno su rostro; y las voces de unos cuantos exclamaron con horror:

»—¡MELMOTH EL ERRABUNDO!

»—¡El mismo..., el mismo! —dijo el infortunado ser—; ¿quién se opone ahora a mi paso..., quién quiere convertirse en mi compañero? No deseo hacer daño a nadie ahora, pero nadie me detendrá. Ojalá hubiese cedido ese estúpido atolondrado a mi ruego, no a mi espada; sólo había una fibra humana que vibraba en mi corazón, y se ha roto esta noche... ¡para siempre! ¡No volveré a tentar jamás a otra mujer! ¿Por qué este torbellino, que puede sacudir montañas y abatir ciudades con su aliento, ha tenido que bajar a esparcir las hojas de un capullo de rosa? —mientras hablaba, sus ojos se posaron en la figura de Isidora, que yacía a sus pies, tendida junto a la de Fernán. Se inclinó sobre ella un momento; una pulsación, como de retorno a la vida, agitó su cuerpo. Se acercó más a ella, y susurró de modo que no le oyeran los demás —: Isidora, ¿quieres huir conmigo? ¡Éste es el momento; todos los brazos están paralizados, todas las mentes están congeladas hasta su centro! Isidora, levanta y ven conmigo: ¡es tu hora de salvación!

»Isidora, que reconoció la voz aunque no al que hablaba, se levantó, miró a

Melmoth, lanzó una mirada al pecho ensangrentado de Fernán, y se desplomó sobre esa sangre. Melmoth se incorporó; hubo un ligero movimiento de hostilidad entre algunos de los invitados; les lanzó una mirada breve y paralizadora; y los hombres se quedaron con la mano en la espada, incapaces de desenvainarla, y los criados siguieron con sus temblorosas antorchas en alto, como si estuviesen alumbrándole a él con involuntario pavor. Cruzó, pues, entre el grupo sin ser molestado, hasta que llegó a donde se hallaba Aliaga, estupefacto de horror, ante los cuerpos de sus hijos.

»—¡Desdichado viejo! —exclamó, mirándole, mientras el desgraciado padre forzaba y dilatava sus pupilas para ver al que le hablaba; y por último, con dificultad, reconoció la figura del *desconocido*, al compañero del terrible viaje de unos meses atrás—. ¡Desdichado viejo!, se te advertió, pero desoíste la advertencia; te exhorté a que salvaras a tu hija. Yo *sabía* mejor que nadie su peligro; pero corríste a salvar tu oro; ¡considera ahora el valor de la escoria que cogiste, y el precioso oro que dejaste caer! Yo *me interpose entre mí mismo y ella*; y advertí, amenacé; no tenía por qué suplicar. ¡Desdichado viejo... mira el resultado! —y se volvió lentamente para marcharse.

»Y una involuntaria exclamación de execración y horror, mitad aullido y mitad estertor, siguió sus pasos; y el sacerdote, con una dignidad debida más a su profesión que a su carácter, exclamó en voz alta:

»—¡Vete, maldito, y no nos turbes; vete, maldiciendo, a maldecir!

»—Me voy, conquistando, a conquistar —contestó Melmoth con un violento y feroz gesto de triunfo— ¡desdichados!, vuestros vicios, vuestras pasiones y vuestras debilidades os convierten en mis víctimas. Echaos la culpa los unos a los otros, pero no a mí. Héroe en vuestra culpa, pero cobardes en vuestra desesperación, os arrodillaríais a mis pies a cambio de la terrible inmunidad con que cruzo entre vosotros en este momento. ¡Voy, maldecido de todo corazón, pero sin llegar a ser tocado por una sola mano humana!

»Mientras se retiraba lentamente, el murmullo de un sofocado pero instintivo e irreprimible horror y odio brotó del grupo. Pasó mirándoles con ceño, igual que un león entre una jauría de sabuesos, y se fue sin que le molestasen ni le rozasen siquiera: no se sacó ningún arma, no se alzó ningún brazo; llevaba la marca en la frente, y los que pudieron leerla supieron que todo poder humano sería a la vez inútil e innecesario, y los que no pudieron, fueron dominados por el pasivo horror. Cada espada permaneció en su vaina mientras Melmoth abandonaba el jardín.

»—¡Dejadle en manos de Dios! —fue la exclamación general.

»—No podéis dejarle en otras peores —dijo fray José—; ciertamente, será condenado, y... eso consolará a esta afligida familia.

Capítulo XXXVI

Nunc animum pietas, et materna nomina frangunt.

OVIDIO, «*Metamorfosis*»

»Menos de media hora después, dejó de resonar un solo paso en los magníficos aposentos e iluminados jardines de Aliaga: todos se habían ido, salvo un reducido número que se quedó, por curiosidad unos, por humanidad otros, presenciar o a condolerse del dolor de los desventurados padres. El suntuosamente decorado jardín presentaba ahora un aspecto horroroso a causa del contraste entre las figuras y el escenario. Los criados parecían estatuas, con la antorchas todavía en alto; Isidora siguió tendida junto al ensangrentado cadáver de su hermano, hasta que trataron de retirarlo; entonces se agarró a él con una fuerza que requirió esfuerzo para separarla. Aliaga, que no había proferido una sola palabra, y apenas podía respirar, cayó de rodillas para maldecir a su medio exánime hija; doña Clara, que aún conservaba el corazón de mujer, perdió todo terror hacia su marido en esta espantosa urgencia y, arrodillándose junto a él, cogió sus manos levantadas y pugnó por impedir su maldición. Fray José, el único del grupo que parecía poseer alguna capacidad de memoria o de juicio, dirigió repetidamente a Isidora la pregunta:

»—¿Estáis casada, y con ese terrible ser?

»—¡Sí, estoy casada! —contestó la víctima, levantándose de junto al cadáver de su hermano—. ¡Estoy casada! —añadió, lanzando una mirada a su espléndido vestido, y ciñéndoselo con una frenética carcajada—. ¡Estoy casada! —gritó Isidora—, ¡y ahí viene el testigo de mis nupcias!

»Mientras hablaba, algunos campesinos de la vecindad, escoltados por los criados de don Aliaga, trajeron un cadáver, tan alterado por el horrible efecto que el tiempo produce en todo cuerpo natural que ni el pariente más cercano lo habría podido reconocer. Isidora se había dado cuenta al punto de que era el cuerpo del viejo criado que tan misteriosamente desapareció la noche de su espantosas nupcias. Había sido descubierto esa misma noche por los campesinos; estaba lacerado como si hubiese caído entre las rocas, y tan desfigurado y descompuesto que no conservaba semejanza alguna con un ser humano. Sólo se le reconoció por la librea de Aliaga, la cual, aunque muy destrozada, aún mostraba detalles de confección que revelaban pertenecer a la indumentaria del viejo criado.

»—¡Ahí tenéis! —exclamó Isidora con delirante energía—; ¡ahí tenéis al testigo de mi matrimonio fatal!

»Fray José se inclinó sobre los ilegibles restos de esa naturaleza en la que un día estuviera escrito: “Esto es un ser humano”; y, volviendo los ojos hacia Isidora, exclamó con involuntario horror:

»—¡Vuestro testigo es mudo!

»Cuando la desdichada Isidora era retirada de allí por los que la rodeaban, sintió

los primeros dolores del alumbramiento, y exclamó:

»—¡Oh, tendré un testigo vivo, si es que le permitís que viva!

»No tardaron en cumplirse sus palabras; fue conducida a su aposento, y unas horas después, apenas asistida, y sin la menor compasión por parte de quienes la rodeaban, dio a luz una niña.

»Este acontecimiento suscitó un sentimiento en la familia a la vez horrible y grotesco. Aliaga, que había permanecido en estado de estupefacción desde la muerte de su hijo, sólo profirió una exclamación:

»—Que la esposa del brujo y su maldita descendencia sean entregadas a las manos del piadoso y santo Tribunal de la Inquisición.

»Después murmuró algo sobre que su propiedad sería confiscada; aunque nadie prestó atención. Doña Clara estaba casi enajenada, dividida entre la compasión por su desventurada hija y el hecho de ser la abuela de un demonio infante, pues como tal consideraba a la hija de “Melmoth el Errabundo”; y fray José, mientras bautizaba a la niña con manos temblorosas, casi esperaba que apareciese un padrino terrible y maldijese el rito con su horrible negativa a la súplica hecha en nombre de cuanto es sagrado para los cristianos. Se llevó a cabo, no obstante, la ceremonia bautismal, con una omisión que el bondadoso sacerdote pasó por alto: no hubo padrino; el más humilde criado de la casa se negó horrorizado ante la proposición de ser padrino de la hija de esa terrible unión. La desdichada madre les oyó con dolor desde su lecho, y amó a su hija más aún por su absoluta indigencia.

[...]

»Pocas horas después había terminado la consternación de la familia, al menos en lo que atañía a la religión. Llegaron los oficiales de la Inquisición provistos de todos los poderes de su tribunal, y enormemente excitados por la información de que el Errabundo, a quien buscaban desde hacía mucho tiempo, había perpetrado recientemente un acto que podía conducirlo al ámbito de su jurisdicción, comprometiendo la vida del único ser con quien su solitaria existencia se había aliado.

»—Le ataremos con los lazos del hombre —dijo el Inquisidor General, hablando más por lo que leía que por lo que sentía—: Si rompe esos lazos, es más que hombre. Tiene esposa e hija; y si hay en él elementos humanos, si hay algo mortal en su corazón, retorceremos sus raíces hasta arrancárselo.

[...]

»Hasta unas semanas después, no recobró Isidora totalmente su memoria y cuando sucedió esto, se encontró con que estaba en una prisión, con un jergón de paja por lecho, y un crucifijo y un cráneo por todo mobiliario de su celda; la luz que penetraba por la espesa reja pugnaba en vano por iluminar el aposento que visitaba y del que retrocedía. Isidora miró a su alrededor; tenía suficiente claridad para ver a su hija: la apretó contra su pecho, del que inconscientemente había sacado su febril alimento, y lloró extasiada.

»—¡Es mía! —sollozó—; ¡sólo mía! No tiene padre, ya que está en los confines del mundo, y me ha dejado sola... ¡pero yo no estaré sola mientras te dejen a mi lado!

»Permaneció muchos días en aislado cautiverio sin que nadie la molestara ni la visitase. Las personas en cuyas manos estaba tenían sólidos motivos para tratarla de este modo. Deseaban ansiosamente que recobrase enteramente sus facultades intelectuales antes del interrogatorio, y querían asimismo darle tiempo para que cobrase un profundo afecto a su inocente compañera de soledad, para que así fuese poderoso instrumento en sus manos con el que descubrir las circunstancias relativas a Melmoth que hasta ahora había burlado el poder y penetración de la Inquisición misma. Según todas las referencias no se sabía que el Errabundo hubiese hecho objeto de tentación a mujer alguna hasta ahora, ni que le hubiese confiado el terrible secreto de su destino^[53] y se dijeron los inquisidores: “Ahora que tenemos a Dalila en nuestras manos, no tardaremos en tener a Sansón”.

»La víspera de su interrogatorio (aunque ella no lo sabía), Isidora vio abrirse la puerta de su celda, y aparecer una figura que, en medio de la lóbrega oscuridad que la rodeaba, reconoció al instante: era fray José. Tras una larga pausa de mutuo horror, se arrodilló ella en silencio para recibir su bendición, y él se la concedió con sentida solemnidad; seguidamente, el buen sacerdote, cuyas inclinaciones, aunque algo “terrenas y sensuales”, no eran nunca «diabólicas», después de echarse la cogulla sobre el rostro para ocultar sus sollozos, alzó la voz y “lloró amargamente”.

»Isidora guardaba silencio; aunque su silencio no era de hosca apatía ni de obstinada sequedad de conciencia. Por último, fray José se sentó a los pies del camastro, a cierta distancia de la prisionera, que también estaba sentada, con su mejilla, por la que resbalaba lentamente una fría lágrima, inclinada sobre su hijita.

»—Hija —dijo el sacerdote reponiéndose—, es a la indulgencia del Santo Oficio a la que debo este permiso para visitaros.

»—Les doy las gracias —dijo Isidora, y sus lágrimas fluyeron abundantes y consoladoras.

»—También se me ha concedido permiso para deciros que vuestro interrogatorio tendrá lugar mañana; os suplico que os preparéis para él, y si hay algo que...

»—¡Mi interrogatorio! —repitió Isidora con sorpresa, pero evidentemente sin terror—; ¿sobre qué debo ser interrogada?

»—Sobre vuestra inconcebible unión con un ser condenado y maldito —se le ahogaba la voz de horror; y añadió—: Hija, ¿sois verdaderamente la esposa de... de... ese ser, cuyo nombre pone la carne de gallina y los pelos de punta?

»—Lo soy.

»—¿Quiénes fueron los testigos de vuestro matrimonio, y qué mano osó uniros con ese lazo impío y antinatural?

»—No hay testigos: nos casamos en la oscuridad. No vi forma alguna, aunque me pareció oír una voz. Sé que sentí que una mano ponía la mía sobre la de Melmoth; su tacto era frío como el de un muerto.

»—¡Oh, horror complicado y misterioso! —dijo el sacerdote, palideciendo y santiguándose, con muestras de auténtico terror; apoyó la cabeza sobre su propio brazo durante un rato, y permaneció mudo, presa de indecible emoción.

»—Padre —dijo Isidora por fin—, vos conocéis al ermitaño que vive en las ruinas del monasterio próximo a nuestra casa; es sacerdote también; es un hombre santo: ¡él es quien nos unió!

»Su voz había sonado temblorosa.

»—Desdichada víctima —gimió el sacerdote, sin alzar la cabeza—, no sabéis lo que decís; ese santo hombre murió justamente la noche antes de vuestra unión.

»Siguió otra pausa de mudo horror, que el sacerdote rompió al fin.

»—Desventurada hija —dijo con voz lenta y solemne—, he obtenido permiso para facilitaros el beneficio del sacramento de la confesión, antes de vuestro interrogatorio. Os exhorto a que descarguéis vuestra alma en mí. ¿Accedéis?

»—Sí, padre.

»—¿Me responderéis como lo haríais ante el tribunal de Dios?

»—Sí, como ante el tribunal de Dios —y mientras decía esto, se postró ante el sacerdote en actitud de confesión. [...]

»—¿Consideráis descargado ahora el peso entero de vuestro espíritu?

»—Sí, padre.

»El sacerdote siguió sentado, pensativo, durante largo rato. A continuación le formuló varias preguntas extrañas acerca de Melmoth, a las que Isidora fue totalmente incapaz de responder. Parecían resultado de esas impresiones de terror y poder sobrenatural que en todas partes iban asociadas a su imagen.

»—Padre —dijo Isidora, cuando hubo terminado, con voz indecisa— padre, ¿puedo preguntar por mis desventurados padres?

»El sacerdote movió negativamente la cabeza, en silencio. Por último, afectado por la angustia con que ella había hecho la pregunta, dijo con renuencia que podía adivinar el efecto que la muerte del hijo y el encarcelamiento de la hija en la Inquisición podían producir en unos padres que se distinguían tanto por su celo por la fe católica como por el paternal afecto.

»—¿Están con vida? —dijo Isidora.

»—Ahorraos el dolor de más preguntas, hija —dijo el sacerdote—, y estad segura de que si la respuesta fuese tal que pudiese aliviaros, no os sería negada.

»En este momento se oyó una campana en alguna lejana parte del edificio.

»—Esa campana —dijo el sacerdote—, anuncia que se acerca la hora de vuestro interrogatorio; adiós, y que los santos estén con vos.

»—Esperad, padre; quedaos un momento; uno solo —exclamó Isidora, interponiéndose frenéticamente entre él y la puerta. Fray José se detuvo. Isidora se arrodilló ante él y, ocultando el rostro entre las manos, dijo con la voz estrangulada por la agonía—: Padre, ¿creéis que... que me he perdido para siempre... para siempre?

»—Hija —dijo el sacerdote con el acento compungido, y el espíritu turbado y dubitativo—, hija, os he dado todo el consuelo que he podido; no me exijáis más, no vaya a ser que lo que os he dado (con muchos remordimientos de conciencia) os lo tenga que negar ahora. Quizá os encontráis en un estado sobre el que no puedo formular ningún juicio, ni pronunciar ninguna sentencia. Puede que Dios sea misericordioso con vos, y puede que el Santo Tribunal os juzgue con clemencia también.

»—Esperad; esperad un instante, un instante tan sólo: quiero haceros una pregunta más —mientras hablaba, cogió a su pálida e inocente compañera del jergón donde dormía, y la levantó hacia el sacerdote—. Padre, decidme, ¿*puede* esta criatura ser hija de un demonio? ¿Puede serlo la niñita que sonrío, que os sonrío a vos, mientras murmuráis maldiciones contra ella? ¡Oh, le habéis asperjado agua bendita con vuestra propia mano...! Padre, vos habéis pronunciado palabras sagradas sobre ella. Padre, que me despedacen con sus tenazas, que me asen en sus llamas; pero ¿no escapará mi hijita, mi hijita inocente, que os sonrío a vos? Santo padre, querido padre, volved una mirada hacia vuestra hija —y se arrastró tras él de rodillas, sosteniendo en alto a la infeliz criatura, cuyo débil lloriqueo y consumido cuerpo clamaban contra el encarcelamiento al que habían condenado su infancia.

»Fray José se ablandó ante la súplica; y a punto estaba de darle muchos besos y bendiciones a la pequeñuela, cuando sonó otra vez la campana; y apresurándose a salir, sólo tuvo tiempo de exclamar:

»—¡Hija mía, que Dios os proteja!

»—Que Dios me proteja —dijo Isidora, apretando a su hijita contra su pecho.

»Sonó de nuevo la campana, e Isidora comprendió que había llegado la hora de su juicio.

Capítulo XXXVII

*Fear not now the fever's fire,
Fear not now the death-bed groan;
Pangs that torture, pains that tire
Bed-rid age with feeble moan.*

MASON

»El primer interrogatorio de Isidora se desarrolló con la circunspecta formalidad que ha distinguido siempre a los procedimientos de este tribunal. El segundo y el tercero fueron igualmente estrictos, penetrantes e ineficaces, y el Santo Oficio empezó a comprender que sus más altos funcionarios no estaban a la altura de la extraordinaria prisionera que tenían ante ellos, la cual, combinando los extremos de la sencillez y la magnanimidad, confesó todo aquello que podía incriminarla, pero soslayó, con una habilidad que dejó frustradas todas las artes del interrogatorio inquisitorial, cualquier pregunta que se refiriese a Melmoth.

»En el curso del primer interrogatorio aludieron a la tortura. Isidora, con cierta inocente dignidad, adquirida de modo natural durante la primera etapa de su existencia, sonrió ante dichas alusiones. Un oficial susurró algo a uno de los inquisidores, al observar la singular expresión de su semblante, y no volvió a mencionarse la palabra tortura.

»Siguieron un segundo y un tercer interrogatorios, con largos intervalos entre uno y otro, pero se observó que, cada vez, el procedimiento era menos severo, y el trato a la prisionera más indulgente: su juventud, su belleza, su profunda sencillez de carácter y lenguaje, fuertemente desarrollados en esta excepcional situación, y la conmovedora circunstancia de aparecer siempre con la criatura en brazos, cuyos débiles gritos trataba ella de acallar, mientras se inclinaba hacia delante para oír y responder a las preguntas que le dirigían..., todos estos detalles parecieron conmover poderosamente el espíritu de hombres que no estaban acostumbrados a dejarse impresionar por circunstancias externas. Había también una docilidad, una sumisión, en este ser hermoso y desventurado, un espíritu contrito y agobiado, un sentimiento de desventura por las desgracias de su familia, una conciencia de las suyas propias, que conmovieron incluso el corazón de los inquisidores.

»Tras repetidas sesiones, y después de no haberle podido sacar nada a la prisionera, un hábil y profundo artista de la escuela de anatomía mental susurró algo al inquisidor sobre la niña que ella tenía en brazos.

»—Ha resistido el potro —fue la respuesta.

»—Sometedla a *ese otro potro* —replicó; y fue aceptada la sugerencia.

»Cumplidas las usuales formalidades, se le leyó a Isidora su sentencia.

Como sospechosa de herejía, se la condenaba a encarcelamiento perpetuo en la cárcel de la Inquisición; se le quitaría a la hija, que sería llevada a un convento, con el

fin de que...

»Aquí la prisionera interrumpió la lectura de la sentencia, y profiriendo un terrible alarido de maternal agonía, más sonoro que ninguno de cuantos le habían arrancado todos los anteriores modos de tortura, cayó postrada al suelo. Cuando recobró el sentido, ninguna autoridad, ni terror hacia el lugar o hacia los jueces, pudieron evitar que prorrumpiera en desgarradoras y taladrantes súplicas (que, por su energía, le parecieron órdenes al lector de la sentencia) de que se la eximiese de la última parte de su condena; la primera no parecía haberla impresionado lo más mínimo: no le producía miedo ni dolor la eterna soledad, pasada en eterna tiniebla; pero lloró, y suplicó, y gritó que no podían separarla de su hijita.

»Los jueces la oyeron con el corazón reconfortado, y en absoluto silencio. Cuando Isidora comprendió que todo estaba perdido, se levantó de su postura de humillación y agonía; y su persona irradió una cierta dignidad, cuando pidió con voz serena y cambiada que no se la separase de su hija hasta el día siguiente. Tuvo también la suficiente presencia de ánimo como para reforzar su petición con la observación de que podía perder la vida si se la privaba demasiado repentinamente del alimento que estaba acostumbrada a recibir de ella. Accedieron los jueces a esta súplica, y la devolvieron a su celda.

[...]

»Transcurrieron las horas. La persona que le trajo la comida se marchó sin decir palabra; Isidora no le dijo nada tampoco. A punto de dar las doce de la noche, se abrió la puerta de su celda, y aparecieron dos personas con indumentaria de oficiales. Se quedaron un momento indecisos, como los heraldos ante la tienda de Aquiles; luego, al igual que ellos, entraron. Tenían estos hombres el rostro lívido y macilento, y sus actitudes eran totalmente pétreas y como de autómatas; sus movimientos parecían obedecer a un puro mecanismo; sin embargo, estaban afectados. La miserable luz que reinaba apenas hacía visible el jergón sobre el que se hallaba sentada la prisionera; pero la intensa luz roja de la antorcha que el asistente sostenía iluminaba el arco de la puerta bajo el que se habían detenido ambas figuras. Se acercaron con un movimiento que pareció simultáneo e involuntario, y dijeron a la vez, en un tono que pareció brotar de una sola boca:

»—Entregadnos a vuestra hija.

»Y con voz áspera, seca, antinatural, contestó Isidora:

»—¡Tomadla!

»Los hombres miraron por la celda; parecía como si no supiesen dónde encontrar el fruto de la humanidad en las celdas de la Inquisición. La prisionera permaneció callada e inmóvil durante su búsqueda. No duró mucho; el estrecho aposento, el escaso mobiliario, apenas hacían necesaria la inspección. Cuando terminaron, empero, la prisionera, prorrumpiendo en una violenta carcajada, exclamó:

»—¿Dónde hay que buscar a una criatura sino en el pecho de su madre? ¡Aquí, aquí está; tomadla..., tomadla! —y la puso en brazos de ellos—. ¡Ah, qué estúpidos,

buscar a mi hijita en otro sitio que en mis brazos! ¡Ahora está en los vuestros! —gritó con una voz que aterró a los oficiales—. ¡Lleváosla, apartadla de mí!

»Los agentes del Santo Oficio avanzaron; y la maquinalidad de sus movimientos quedó en suspenso un instante, cuando Isidora depositó en sus manos el cadáver de la niña. Alrededor del cuello de la desdichada criatura, nacida en la agonía y alimentada en el calabozo, había una señal negra que los oficiales se encargaron de hacer notar al presentar tan extraordinaria circunstancia al Santo Oficio. Algunos la consideraron un signo impreso por el malo en el momento de su nacimiento; otros, un horrible efecto de la desesperación materna.

»Se decidió que la prisionera compareciese ante ellos antes de las veinticuatro horas, a fin de que respondiese sobre las causas de la muerte de su hija.

[...]

»En menos de la mitad del plazo dado, un brazo mucho más fuerte que el de la Inquisición se hizo cargo de la prisionera; un brazo que parecía amenazar pero que se extendía evidentemente para salvar, y ante cuya fuerza las barreras de la temible Inquisición resultaban tan frágiles como el reducto de la araña que cuelga de los muros. Isidora se estaba muriendo de una enfermedad no menos mortal que las que aparecen en un obituario; de una herida interior incurable: tenía destrozado el corazón.

»Cuando los inquisidores se convencieron finalmente de que no podían sacarle nada mediante tortura, tanto corporal como mental, consintieron en dejarla morir tranquila, concediéndole su último deseo: que se permitiese visitarla a fray José.

[...]

»Era medianoche, aunque no había forma de saberlo en este lugar, donde día y noche son iguales. La vacilante lámpara fue sustituida por ese débil y desmayado resplandor que simulaba la luz del día. La penitente se hallaba tendida en su camastro, y el compasivo sacerdote estaba sentado junto a ella; y si su presencia no daba dignidad a la escena, al menos la suavizaba con unas pinceladas de humanitarismo.

»—Padre —dijo la moribunda Isidora—, habéis dicho que me perdonáis.

»—Sí, hija mía —dijo el sacerdote—; me habéis asegurado que sois inocente de la muerte de la niña.

»—No habréis llegado a pensar que pudiera ser culpable —dijo Isidora, incorporándose del jergón ante el comentario—; sólo la conciencia de *su* existencia me habría mantenido con vida, aun en el calabozo. ¡Oh!, padre, ¿cómo era posible que viviese, enterrada conmigo en este horrible lugar casi desde el momento en que empezó a respirar? Hasta el morboso alimento que recibía de mí se secó cuando me leyeron la sentencia. Estuvo llorando toda la noche... Hacia el amanecer sus gemidos se hicieron más débiles, y yo me alegré, finalmente, cesaron, y me sentí... ¡muy feliz! —pero mientras hablaba de esta espantosa felicidad, lloró.

»—Hija mía, ¿está tu corazón libre de ese terrible y funesto lazo que lo ataba a la

desventura, y a la perdición en el más allá?

»Pasó mucho rato, antes de poder contestar; finalmente, dijo con voz entrecortada:

»—Padre, no tengo ahora fuerzas para ahondar en mi corazón ni para luchar con él. La muerte romperá muy pronto todos los lazos que lo ataban, y es inútil predecir mi liberación; el esfuerzo sería una agonía, una inútil agonía, pues mientras viva, tengo que amar a mi destructor. ¡Ay! Siendo enemigo de la humanidad, ¿no era su hostilidad inevitable y fatal para mí? Al rechazar su última y terrible tentación, al condenarle a su destino, y preferir la sumisión a mí misma, siento que mi triunfo es completo, y mi salvación segura.

»—Hija, no os comprendo.

»—Melmoth —dijo Isidora con un inmenso esfuerzo—, Melmoth estuvo aquí anoche; entre estos muros de la Inquisición... ¡En esta misma celda!

»El sacerdote se santiguó con muestras del más profundo horror, y, mientras el viento soplaba lastimero a lo largo del corredor, casi esperó que la estremecida puerta se abriera de golpe, y se presentara el Errabundo.

[...]

»—Padre, he tenido muchos sueños —contestó la penitente, sacudiendo la cabeza ante la sugerencia del sacerdote—; muchos..., muchos delirios; pero esto no fue un sueño. He soñado con aquel país paradisíaco donde le vi por vez primera; he soñado con las noches en que él estaba junto a mi ventana; he temblado en sueños al oír el ruido de los pasos de mi madre... y he tenido santas y esperanzadoras visiones, en las que se me aparecían formas celestiales y me prometían su conversión... Pero esto que os digo no fue un sueño: le vi anoche. Padre, estuvo aquí la noche entera; me prometió, me aseguró, me exhortó a que aceptase la libertad y la seguridad, la felicidad y la vida. Me dijo, y no tengo la menor duda, que, por el mismo medio por el que había entrado él, podía llevar a efecto mi huida. Me ofreció vivir conmigo en aquella isla de la India, ese paraíso del océano, lejos de la multitud y la persecución humana. Ofreció amarme sólo a mí, y para siempre... y le escuché. ¡Oh, padre, soy muy joven, y la vida y el amor sonaron dulcemente en mis oídos al contemplar el calabozo y verme a mí misma muriendo en este suelo de losas! Pero cuando me susurró la terrible condición de la que depende el cumplimiento de su promesa..., cuando me dijo que...

»Su voz se quebró por falta de fuerzas, y no pudo decir más.

»—¡Hija —dijo el sacerdote, inclinándose sobre el lecho—, hija, te conjuro, por la imagen representada en esta cruz que sostengo en tus labios moribundos, por tus esperanzas de salvación, la cual depende de la verdad que tú me reveles en mi calidad de sacerdote y amigo, a que me digas la condición que ponía tu tentador!

»—Prometédme la absolución por repetir esas palabras, pues no desearía exhalar mi último aliento al decir... lo que debo.

»—*Ego te absolvo*, etc —dijo el sacerdote, e inclinó el oído para captar las

palabras.

»En el instante en que fueron pronunciadas, dio un salto como si se hubiese sentado sobre una serpiente; y, alejándose a un rincón de la celda, se tambaleó mudo de horror.

»—Padre, me habéis prometido la absolución —dijo la penitente.

»—*Jam tibi dedi*, moribunda —respondió el sacerdote, empleando, en la confusión de sus pensamientos, el lenguaje de los oficios religiosos.

»—¡Moribunda, efectivamente! —dijo la doliente, dejándose caer en el lecho—; ¡padre, dejad que sienta una mano humana en la mía mientras muero!

»—Invocad a Dios, hija —dijo el sacerdote, aplicando el crucifijo en sus fríos labios.

»—Yo amé su religión —dijo la penitente, besándolo devotamente—, la amé antes de conocerla, y Dios debió de ser mi maestro, ¡pues no he tenido otro! ¡Oh! —exclamó, con esa profunda convicción que sin duda conmueve a todo corazón moribundo, y cuyo eco podría traspasar el de cualquier criatura viviente—; ¡oh, si no hubiese amado a nadie más que a Dios, cuán profunda habría sido mi paz, cuán gloriosa mi extinción!; *ahora...* ¡su imagen me persigue incluso en el borde de la tumba, en la que me hundo para huir de ella!

»—¡Hija! —dijo el sacerdote, mientras le resbalaban lágrimas por las mejillas—, hija, tú vas a ir a la gloria..., la lucha ha sido breve y cruel, pero la victoria es segura: las arpas entonan un nuevo cántico, un cántico de bienvenida, ¡y las palmas se agitan por ti en el paraíso!

»—¡El paraíso! —exclamó Isidora con su último aliento—; ¡*allí estará él!*

Capítulo XXXVIII

*Loud tolled the bell, the priest prayed well,
The tapers they all burned bright,
The monk her son, and her daughter the nun,
They told their beads all night!*

The second night [...]

*The monk and the nun they told their beads
As fast as they could tell,
And aye the louder grew the noise,
The faster went the bell!*

The third night came [...]

*The monk and the nun forgot their beads,
They fell to the ground dismayed
There was not a single saint in heaven
Whom they did not call to their aid!*

SOUTHEY

Aquí concluyó Moncada el relato de la joven india: la víctima de la pasión de Melmoth, así como de su destino, tan impíos e inefables la una como el otro. Y expresó su intención de revelarle lo acontecido a otras víctimas, cuyos esqueletos se conservaban en la cripta del judío Adonijah, en Madrid. Añadió que las circunstancias relacionadas con ellos eran de naturaleza aún más tenebrosa y horrible que las que había contado, ya que eran resultado de las impresiones recibidas por mentes masculinas, a las que no había movido otra cosa que el deseo de asomarse al futuro. Comentó también que las circunstancias de su estancia en casa del judío, su huida de ella, y la razón de su subsiguiente llegada a Irlanda, eran casi tan extraordinarias como todo lo que hasta aquí había referido. El joven Melmoth (cuyo nombre habrá olvidado quizá el lector), se sintió «seriamente tentado» de pedirle que siguiese satisfaciendo su peligrosa curiosidad, quizá con la loca esperanza de ver salir de los muros al original del retrato que él había destruido, y proseguir personalmente la espantosa historia.

El relato del español había durado muchos días; pero al concluir, el joven Melmoth manifestó a su invitado que estaba dispuesto a escuchar su continuación.

Acordaron reanudar la historia una noche, y el joven Melmoth y su invitado se reunieron en el aposento acostumbrado; la noche era tormentosa y lúgubre, y la lluvia que había caído durante todo el día parecía haber cedido ahora su puesto al viento, que soplaba a ráfagas súbitas e impetuosas, y se calmaba de pronto como para hacer acopio de fuerzas para la tempestad de la noche. Moncada y Melmoth acercaron sus sillas al fuego, mirándose el uno al otro con el gesto de los hombres que desean inspirarse mutuamente ánimo para escuchar, y contar, y están tanto más deseosos de inspirarlo cuanto que ninguno de los dos lo siente en su interior.

Finalmente, Moncada hizo acopio de voz y de resolución para seguir; pero al ponerse a hablar, se dio cuenta de que no conseguía hacer que su oyente atendiese, y se detuvo.

—Me ha parecido —dijo Melmoth, contestando a su silencio—, me ha parecido oír un ruido..., como de una persona andando por el pasillo.

—¡Chisst!, callad y escuchad —dijo Moncada—; no me gustaría que nos estuviesen escuchando.

Callaron y contuvieron el aliento; volvió a oírse el ruido. Evidentemente, era de unos pasos que se acercaban a la puerta. A continuación se detuvieron ante ella.

—Nos vigilan —dijo Melmoth, medio levantándose de su silla.

Pero en ese momento se abrió la puerta, y apareció una figura en la que Moncada reconoció al protagonista de su relato y al misterioso visitante de la prisión de la Inquisición, y Melmoth al original del retrato y al ser cuya extraña aparición le había llenado de estupor, cuando estaba sentado junto al lecho de su tío moribundo.

La figura permaneció un instante ante la puerta; luego, avanzando lentamente, llegó al centro de la habitación, donde se detuvo otro rato, aunque sin mirarles. Luego se acercó con paso lento y claramente audible a la mesa junto a la que estaban sentados, y se detuvo como un ser vivo. El profundo horror que sintieron ambos se manifestó de diferente manera en uno y otro. Moncada se santiguó repetidamente, y trató de expresar muchas jaculatorias. Melmoth, inmóvil en su silla, clavó sus pasmados ojos en la forma que tenía ante sí: era, evidentemente, Melmoth el Errabundo, el mismo de hacía cien años, el mismo que sin duda sería durante los siglos venideros, si llegaba a renovarse la espantosa condición de su existencia. Su «fuerza natural no había decaído», aunque «sus ojos estaban apagados»: aquel brillo aterrador y sobrenatural de sus órganos visuales, aquellos faros encendidos por un fuego infernal para tentar o advertir a los aventureros de la desesperación del peligro de esa costa en la que muchos se estrellaban y algunos se hundían, aquella luz portentosa, no era visible ya; su forma y figura eran de hombre normal, con la edad que reflejaba el retrato que el joven Melmoth había destruido; pero los ojos eran como los de un muerto.

[...]

Al acercarse más el Errabundo, hasta tocar la mesa su figura, Moncada y Melmoth se levantaron de un salto, con irresistible horror, y adoptaron actitudes de defensa, conscientes, sin embargo, de que sería vana toda defensa frente a un ser que anulaba el poder humano y se burlaba de él. El Errabundo movió el brazo en un gesto que expresaba desafío sin hostilidad, y el extraño y solemne acento de esa voz única que había respirado el aire más allá del período de vida mortal, y que no había hablado jamás sino a oídos culpables o dolientes, ni comunicado otra cosa que desesperación, llegó lentamente hasta ellos como el trueno lejano de una tormenta.

—Mortales que estáis aquí narrando mi destino, y los sucesos que lo forman: ese destino toca a su fin, creo, y con él acaban los sucesos que tanto excitan vuestra loca

y desdichada curiosidad. ¡Estoy aquí para hablaros yo a vosotros! ¡Yo, el ser del que habláis, estoy aquí! ¿Quién puede hablar mejor de Melmoth el Errabundo que él mismo, ahora que está a punto de rendir esa existencia que ha sido motivo de terror y pasmo para el mundo? Melmoth, contempla a tu antepasado; el ser en cuyo retrato figura la fecha de hace siglo y medio está ante ti. Moncada, aquí tenéis a un conocido de fecha más tardía —una torva sonrisa de saludo cruzó su semblante mientras hablaba—. No temáis —añadió, al observar la angustia y terror de sus involuntarios oyentes—. ¿De qué tenéis miedo? —prosiguió, al tiempo que un destello de burlona malignidad iluminaba una vez más las cuencas de sus ojos muertos—. Vos, *señor*, estáis armado de vuestro rosario... y tú, Melmoth, estás fortalecido por esa vana y desesperada curiosidad que, en otra época, te habría convertido en mi víctima —y su rostro experimentó una fugaz pero horrible convulsión—; ahora, en cambio, te convierte en objeto de burla para mí.

—¿Tenéis algo que apague mi sed? —añadió, sentándose.

Moncada y su compañero, dominados por un horror delirante, sintieron que se les iba la cabeza; y el primero, con una especie de insensata confianza, llenó un vaso de agua y lo ofreció al Errabundo con mano tan firme, aunque más fría, como si lo sirviese a alguien sentado junto a él en humana compañía. El Errabundo se lo llevó a los labios, probó un pequeño sorbo y, dejándolo en la mesa, habló con una risa violenta, aunque ya no feroz:

—¿Habéis visto —dijo a Moncada y a Melmoth, que miraban con ojos nublados y confundidos esta visión, y no sabían qué pensar—, habéis visto el destino de don Juan, no como lo remedan en vuestros mezquinos escenarios, sino tal como lo representa en los horrores reales de su destino el escritor español^[54]? En él, el espectro corresponde a la hospitalidad de su anfitrión invitándole a su vez a un banquete. El lugar es una iglesia; llega, está iluminada por una luz misteriosa; unas manos invisibles sostienen lámparas alimentadas por sustancias ultraterrenas para alumbrar al apóstata en su condenación. Entra éste, yes acogido por una numerosa concurrencia: ¡los espíritus de aquellos a quienes ha descarriado y asesinado, que se levantan de sus tumbas y, envueltos en sus sudarios, acuden a darle la bienvenida! Al cruzar ante ellos, le exhortan con cavernosa voz a que brinde en las copas de sangre que le ofrecen; ¡y al pie del altar, junto al cual se halla el espíritu de aquel a quien el parricida ha asesinado, se abre el abismo de perdición para recibirle! Yo voy a tener que prepararme para cruzar muy pronto entre una multitud así... ¡Isidora! ¡Tu forma será la última con la que me tendré que encontrar...!, y... ¡la más terrible! Ésta es, ahora, la última gota que debo probar de la tierra; ¡la última que mojará mis labios mortales!

Lentamente, acabó de beberse el agua. Sus compañeros no tenían fuerzas para hablar. Él siguió sentado, en actitud de honda meditación, y ninguno de los otros dos se atrevió a interrumpirle.

Siguieron en silencio hasta que empezó a despuntar el día y una vaga claridad pareció filtrarse a través de los cerrados postigos. Entonces el Errabundo alzó sus pesados ojos y los fijó en Melmoth.

—Tu antepasado ha vuelto a casa —dijo—; sus vagabundeos han terminado. Poco importa ahora lo que se haya dicho o creído de mí. El secreto de mi destino descansa en mí mismo. ¿Qué más da lo que el miedo ha inventado, y la credulidad ha tenido por cierto? Si mis crímenes han excedido a los de la mortalidad, lo mismo ocurrirá a mi castigo. He sido un terror en la tierra, pero no un mal para sus habitantes. Nadie puede compartir mi destino sino mediante su consentimiento... y *nadie ha consentido*; nadie puede sufrir mis tremendos castigos sino por participación. Yo solo debo soportar el castigo. Si he alargado la mano, y he comido del fruto del árbol prohibido, ¿no he sido desterrado de la presencia de Dios, y de la región del paraíso, y enviado a vagar por los mundos de esterilidad y de maldición por los siglos de los siglos?

»Se ha dicho de mí que el enemigo de las almas me ha concedido un grado de existencia que rebasa el período asignado a los mortales; poder para cruzar el espacio sin obstáculo ni demora, visitar regiones remotas con la velocidad del pensamiento, afrontar tempestades sin la *esperanza* de caer fulminado, y traspasar las mazmorras, cuyos cerrojos se vuelven grasa y estopa bajo mi mano. Se ha dicho que me ha sido concedido este poder a fin de que pueda tentar a los desdichados en el trance espantoso de su extremidad con la promesa de concederles la liberación y la inmunidad, a condición de cambiar su situación conmigo. Si eso es cierto, da testimonio de una verdad pronunciada por los labios de alguien a quien no puedo nombrar, y cuyo eco resuena en todos los corazones humanos del mundo habitado.

»Nadie ha cambiado jamás su destino con Melmoth el Errabundo. *¡He recorrido el mundo con ese objeto, y nadie, para ganar ese mundo, querría perder su alma!* Ni Stanton en su celda; ni vos, Moncada, en la cárcel de la Inquisición; ni Walberg, que vio cómo perecían sus hijos a causa de las privaciones; ni... otra...

Guardó silencio, y aunque se encontraba casi al final de su oscuro y dudoso viaje, pareció lanzar una mirada de intensa y retrospectiva angustia a la cada vez más lejana orilla de la vida, y ver, a través de las brumas del recuerdo, una forma que se hallaba allí para despedirle. Se levantó:

—Dejadme, si es posible, una hora de descanso. Sí, de descanso... ¡de sueño! —repitió, contestando al mudo asombro de la mirada de sus oyentes—; ¡todavía es humana mi existencia!

Y una horrible y burlesca sonrisa cruzó su rostro por última vez al hablar. ¡Cuántas veces había helado la sangre de sus víctimas esa sonrisa helada! Melmoth y Moncada abandonaron el aposento. Y el Errabundo, recostándose en su silla, se durmió profundamente. Se durmió; pero ¿cuáles fueron las visiones de este último sueño terrenal?

EL SUEÑO DEL ERRABUNDO.

Soñó que se hallaba en la cima de un precipicio, cuyas profundidades no sería capaz de calcular el ojo humano, de no ser por las olas espantosas de un océano de fuego que embestía, y abrasaba, y rugía en el fondo, lanzando sus ardientes rociadas muy arriba, mojando al soñador con su líquido sulfúreo. Todo el resplandeciente océano de abajo estaba vivo: cada onda arrastraba un alma agonizante, y la alzaba, como alzan las olas de los océanos terrestres un resto de naufragio o un cadáver putrefacto; profería ésta un grito al estrellarse contra el diamantino acantilado, se hundía, y volvía a subir para repetir el tremendo experimento. Cada ola de fuego era así impulsada con inmortal y agonizante existencia, cada una estaba tripulada por un alma que cabalgaba sobre la abrasadora ola con torturante esperanza, se estrellaba contra la roca con desesperación, añadía un eterno alarido al rugido de ese océano de fuego, y se hundía para elevarse otra vez... en vano, ¡y eternamente!

De repente, el Errabundo se encontró suspendido en mitad del precipicio. Descendía tambaleándose, en sueños, por el despeñadero, hacia la sima; miró hacia arriba: el aire de lo alto (pues no había cielo) sólo mostraba una negrura intensa e impenetrable..., pero, más negro que las tinieblas, pudo distinguir un brazo gigantesco, extendido, que le sostenía, como en broma, en la cresta de ese infernal precipicio, mientras otro brazo que por sus movimientos parecía guardar una espantosa e invisible conjunción con el que le sujetaba, como si perteneciesen a un ser demasiado inmenso y horrible aun para ser concebido por la fantasía de un sueño, señalaba hacia arriba, hacia una esfera de reloj que había en lo alto, y que los resplandores del fuego hacían terriblemente visible. Y vio cómo giraba la misteriosa y única saeta: la vio llegar al período fijado en ciento cincuenta años —porque en esa mística esfera estaban consignados los años, no las horas—, y gritó; y con ese vigoroso impulso que a menudo se siente en sueños, saltó del brazo que le sostenía para detener el movimiento de la saeta.

El impulso le precipitó al vacío, y quiso agarrarse a algo que pudiese salvarle. Su caída parecía perpendicular; no tenía salvación: la roca era lisa como el hielo, ¡el océano de fuego rompía a sus pies! Súbitamente, surgió un grupo de figuras que ascendía al tiempo que caía él. Se fue cogiendo a ellas sucesivamente: primero a Stanton, luego a Walberg, a Elinor Mortimer, a Isidora, a Moncada..., pero todos quedaron atrás. Aunque, en su sueño, parecía cogerse a ellos para evitar la caída, todos se elevaron por el precipicio. A todos se agarró, pero todos le abandonaron y ascendieron.

Su última mirada desesperada hacia atrás se fijó en el reloj de la eternidad; el negro brazo levantado parecía hacer avanzar la saeta. Llegó ésta al punto designado... y cayó él... se hundió... se abrasó... ¡gritó! Las ardientes olas se cerraron sobre su cabeza sumergida, y el reloj de la eternidad dio su espantoso tañido. «¡Haced sitio al alma del Errabundo!»; y las olas del océano en llamas respondieron

al estrellarse contra la diamantina roca: «¡Hay sitio para más!...».
El Errabundo se despertó.

Capítulo XXXIX

*And in he came with eyes of flame,
The fiend to fetch the dead.*

SOUTHEY, «*Old Woman of Berkeley*»

Hasta mediodía, no se atrevieron Melmoth y Moncada a acercarse a la puerta. Entonces llamaron suavemente; y al ver que sus llamadas no obtenían respuesta, entraron sigilosos e indecisos. El aposento se hallaba en el mismo estado en que lo habían dejado la noche anterior, o más bien de madrugada: oscuro y silencioso; no habían sido abiertas las contraventanas, y el Errabundo parecía dormir aún en su silla.

Al ruido de sus pasos, medio se incorporó, y preguntó qué hora era. Se la dijeron.

—Ha llegado mi hora —dijo el Errabundo—; es un trance que no debéis compartir ni presenciar... ¡el reloj de la eternidad está a punto de sonar, pero su tañido no debe ser escuchado por oídos mortales!

Mientras hablaba, se acercaron ellos, y vieron con horror el cambio que durante las últimas horas se había operado en él. El espantoso fulgor de sus ojos se había apagado ya antes de su última entrevista, pero ahora le habían aparecido arrugas de una extrema edad en cada rasgo. Sus cabellos eran blancos como la nieve, la boca se le había hundido, los músculos de la cara estaban flácidos y secos... era la mismísima imagen de la vetusta y decrepita debilidad. El Errabundo se estremeció, también, ante la impresión que su aspecto produjo visiblemente en los intrusos.

—Ya veis mi estado —exclamó—; así que ha llegado la hora. Me llaman, y debo acudir a esa llamada: ¡mi señor tiene otra misión para mí! Cuando un meteoro se inflame en vuestra atmósfera, cuando un cometa cruce en su ardiente trayectoria hacia el sol... mirad hacia arriba, y quizá penséis en el espíritu condenado a guiar la llameante y errabunda esfera.

Su viveza, que se había elevado a una especie de júbilo salvaje, se apagó inmediatamente, y añadió:

—Dejadme; debo estar solo las pocas horas que me quedan de existencia mortal... si es que efectivamente son las últimas —lo dijo con un secreto estremecimiento que sus oyentes no dejaron de notar—. En este aposento —prosiguió— abrí los ojos por primera vez; y en él, quizá, los deba cerrar... ¡Ojalá... ojalá no hubiese nacido!

[...]

Hombres: retiraos... dejadme solo. Y cualesquiera que sean las voces y ruidos que oigáis en el curso de la espantosa noche que se avecina, no os acerquéis a este aposento, porque peligrarían vuestras vidas. Recordad —dijo, elevando la voz, que aún conservaba toda su fuerza—, recordad que vuestras vidas serán el precio de vuestra insensata curiosidad. En ese mismo lance aposté yo algo más que mi vida... ¡Y lo perdí! Os lo advierto... ¡retiraos!

Se retiraron, y pasaron el resto de ese día sin pensar en comer siquiera, dado el intenso y ardiente desasosiego que parecía devorar sus propias entrañas. Por la noche se recogieron; y aunque se acostaron, no pensaron ni mucho menos en dormir. Efectivamente, les habría sido imposible descansar. Los ruidos que a partir de la medianoche comenzaron a oírse en el aposento del Errabundo no eran de naturaleza alarmante al principio; pero no tardaron en cambiarse en otros de tan indescriptible horror que Melmoth, aunque había tenido la precaución de ordenar a los criados que fuesen a dormir a las dependencias adyacentes, empezó a temer que tales ruidos llegasen a sus oídos; y presa él mismo de insoportable inquietud, se levantó y se puso a pasear arriba y abajo por el pasillo que conducía a la habitación del horror. Y estando entregado así a sus paseos, le pareció ver una figura al otro extremo del pasillo. Tan turbados tenía los sentidos que al principio no había reconocido a Moncada. Ninguno de los dos preguntó al otro la razón por la que estaba allí: sencillamente, se pusieron a pasear juntos en silencio de un extremo al otro.

Poco después, los ruidos se hicieron tan terribles que a duras penas les contuvo la espantosa advertencia del Errabundo de irrumpir en la habitación. Dichos ruidos eran de la más diversa e indescriptible naturaleza. No podían discernir si eran alaridos de súplica o gritos de blasfemia... aunque, secretamente, esperaban que fuesen de los primeros.

Hacia el amanecer, los gritos cesaron súbitamente: callaron como inesperadamente. El silencio que sucedió les pareció por unos segundos más terrible que todo cuanto le había precedido. Tras consultarse el uno al otro con la mirada, echaron a correr hacia el aposento. Entraron... estaba vacío: en su interior no había el menor vestigio de su último ocupante.

Después de mirar por todas partes con infructuoso asombro, descubrieron una pequeña puerta enfrente de aquella por la que habían entrado. Comunicaba con una escalera trasera, y estaba abierta. Al acercarse, descubrieron huellas de unos pasos que parecían como de una persona que hubiese caminado por arena mojada o barro. Eran sumamente claras: las siguieron hasta una puerta que daba al jardín; ésta estaba abierta también. Observaron que las huellas de pies seguían por un estrecho sendero de grava, el cual terminaba en una cerca rota, y salía a un brezal que se extendía hasta un peñasco cuya cima dominaba el mar. El tiempo había sido lluvioso, y pudieron seguir el rastro sin dificultad a través del brezal. Subieron juntos a la roca.

Aunque era muy temprano, todas las gentes de allí, humildes pescadores que vivían junto a la costa, estaban levantadas; y aseguraron a Melmoth y a su compañero que esa noche les habían alarmado y asustado unas voces que no podían describir. Era extraño que esos hombres, acostumbrados por naturaleza y hábitos a la exageración y a la superstición, no utilizasen tal lenguaje en esta ocasión.

Hay una abrumadora acumulación de pruebas que anonadan la mente, anulan la lengua y las particularidades, y extraen la verdad exprimiendo el corazón. Melmoth rechazó con un gesto los ofrecimientos de los pescadores para acompañarle al

precipicio que dominaba el mar. Sólo le siguió Moncada.

Entre las matas de aulaga que tapizaban esta roca hasta la cima descubrieron una especie de rastro, como si una persona se hubiese arrastrado, o la hubiesen llevado a rastras, cuesta arriba..., un sendero por el que no había más huellas que las del ser que era llevado a la fuerza. Melmoth y Moncada llegaron finalmente a la cima del peñasco. Abajo estaba el mar: ¡el ancho, inmenso y profundo océano! En un risco, debajo de ellos, vieron algo que flotaba como agitado por el viento. Melmoth se descolgó hasta ese lugar y lo cogió. Era el pañuelo que el Errabundo llevaba alrededor del cuello la noche anterior: ¡ése fue el último vestigio del Errabundo!

Melmoth y Moncada intercambiaron una mirada de mudo e indecible horror, y regresaron lentamente a casa.

FINIS



CHARLES ROBERT MATURIN, también conocido como C. R. Maturin (Dublín, 25 de septiembre de 1782, 30 de octubre de 1824, Dublín) fue un predicador protestante anglo-irlandés (ordenado por la Iglesia de Irlanda), dramaturgo y escritor de novela gótica.

Descendiente de una familia hugonote francesa, nació en Dublín (1782) y se educó en el Trinity College de esa misma ciudad. Sus tres primeras obras fueron publicadas bajo el pseudónimo de Dennis Jasper Murphy y resultaron rotundos fracasos. Lograron captar la atención, sin embargo, del novelista Sir Walter Scott, quien recomendaría el trabajo de Maturin a Lord Byron, y entre ambos lograron que Maturin viera representados algunos de sus dramas. La consagración definitiva le llegaría con la publicación en 1820 de la novela *Melmoth el errabundo*, obra inspirada en parte en la leyenda del Judío Errante.

Obra:

- **Novela.**
- *The Fatal Revenge; or, the Family of Montorio* (1807).
- *The Wild Irish Boy* (1808).
- *The Milesian Chief* (1812).
- *Women; or, Pour Et Contre; a Tale* (1818).
- *Melmoth the Wanderer* (1820).

- The Albigenses (1824).
- Leixlip Castle (1825).

- **Teatro**

- Bertram (1816).
- Manuel (1817).
- Fredolfo (1819).

- **Poesía**

- The Universe (1821).

- **Sermones**

- Sermons (1819).
- Five Sermons on the Errors of the Roman Catholic Church (1824)

http://es.wikipedia.org/wiki/Charles_Maturin

Notas

[1] «Quilibet postea paterfamilias, cum *gallo* prae manibus, in medium primus prodit.

[...]

Deinde expiationem aggreditur et capiti suo ter gallum allidit, singulosque ictus his vocibus prosequitur. Hic Gallus sit permutio pro me, etc.

[...]

«Gallo deinde imponens manus, eum statim mactat, etc».

Véase Buxtorf, tal como se cita en la obra del doctor Magee (obispo de Raphoe) sobre la redención. En su *Observer*, Cumberland, creo, menciona el descubrimiento, que estaba reservado para la fiesta de la Pascua. Es muy probable que se hiciese el día de la expiación. (N. del A.) <<

[2] Los judíos, para conciliar las profecías con sus esperanzas, creen en dos Mesías, uno sufriente y otro triunfante. (*N. del A*) <<

[3] Este extraordinario hecho tuvo lugar tras el espantoso fuego que consumió a dieciséis personas en una casa, en Stephen's Green, Dublín, en 1816. El que lo escribe oyó los alaridos de los desventurados, a los que le fue imposible salvar, durante hora y media. (*N. del A.*) <<

[4] Este hecho sucedió en Irlanda en 1797, tras la muerte del infortunado doctor Hamilton. Al preguntar el oficial qué era aquel montón informe de barro que había a los pies de su caballo, le contestaron: «El hombre que buscáis». (*N. del A.*) <<

[5] En el año 1803, cuando la insurrección de Emmett que estalló en Dublín (hecho del cual está sacado este relato, que me fue contado por un testigo presencial), lord Kilwarden, al cruzar Thomas Street, fue sacado de su coche y asesinado de la más horrible manera. Pica tras pica traspasaron su cuerpo, hasta que por último lo clavaron en una puerta, de modo que él mismo clamaba a sus asesinos «que le matasen para ahorrarle sufrimientos». En ese momento, un zapatero que vivía en la buhardilla de una casa de enfrente se asomó a la ventana atraído por los horribles gritos que oía. Estuvo en la ventana, boqueando de horror, mientras su mujer trataba inútilmente de apartarle de allí. Vio cómo le asestaban el último golpe, oyó el último gemido, cuando dijo la víctima: «Matadme de una vez», al tiempo que sesenta picas se clavaban en él. El hombre permaneció en la ventana como si lo hubiesen clavado en ella, y cuando le arrancaron de allí, había perdido el juicio... para siempre. (N. del A.) <<

[6] *El mercader de Venecia*, Shakespeare. <<

[7] Las montañas escritas, o sea las rocas escritas con caracteres conmemorativos de algún suceso memorable, son bien conocidas de todo viajero oriental. Creo que es en las notas del doctor Coke sobre el libro del *Éxodo* donde encontré la circunstancia a que aludo arriba. Se dice que una roca próxima al mar Rojo tenía esta inscripción: «Israel ha cruzado las aguas». (N. del A.) <<

[8] Véase *Indian Antiquities* de Maurice. (N. del A.) <<

[9] El Cupido de la mitología india (*N. del A.*) <<

[10] El Apolo indio. (N. del A.) <<

[11] Cortina tras la cual se ocultan las mujeres. (*N. del A.*) <<

[12] Dada la frecuencia con que se encuentran luciérnagas en los nidos de los piquituertos, los indios creen que éstos alumbran sus nidos con ellas. Lo más probable es que sirvan de alimento a sus polluelos. (*N. del A.*) <<

[13] Intellige «edificios» (*N. del A.*) <<

[14] Tipoo Saib* quiso sustituir la mitología mahometana por la india en todos sus dominios. Esta circunstancia, aunque muy anterior, es, por tanto, imaginable. (*N. del A.*) * Sultan de Mysore (1749-1799) que murió en el sitio de Seringapatam. (*N. del T.*) <<

[15] Bailarinas egipcias. (*N. del T.*) <<

[16] Confío en que se me perdone el absurdo de esta cita en razón de su belleza. Está tomada de Joanna Baillie, primera poetisa dramática de la época. (N. del A.) <<

[17] Como, a manera de crítica a la vez falsa e injusta, se han considerado los peores sentimientos de mis personajes (desde los desvaríos de Bertram a las blasfemias de Cardonneau) como *míos propios*, me veo en la obligación de abusar aquí de la paciencia del lector para asegurarle que los sentimientos atribuidos al desconocido son diametralmente opuestos a los míos, y que los he puesto intencionadamente en boca de un agente del enemigo de la humanidad. (N. del A) <<

[18] Los católicos y los protestantes se distinguían así en las guerras de la Liga. (*N del A.*) <<

[19] Católicos (*N. del A.*) <<

[20] Protestantes. (*N. del A.*) <<

[21] Disidentes. (*N. del A.*) <<

[22] Irlanda. (*N. del A.*) <<

[23] He leído la leyenda de este santo polaco* (san Casimiro, muerto en 1484), que ha circulado por Dublín y se encuentra consignada entre las pruebas irrefutables de su vocación, sobre que se desmayaba cuando se profería una expresión indecente en su presencia... *¡cuando su nodriza le tenía en brazos!* (N. del A.)* Se trata de San Casimiro, muerto en 1484, cuya efemérides se celebra el 4 de marzo. (N. del T.) <<

[24] Posible alusión a Romeo y Julieta (*N. del A.*) <<

[25] Estos versos son posiblemente de Maturin. (*N. del T*) <<

[26] Molinistas: seguidores del teólogo español Luis de Molina (1535-1600) que sostenía que la eficacia de la gracia dependía de la presciencia de Dios de la libre cooperación del hombre con el divino don de la gracia. (*N. del T.*) <<

[27] Jansenistas: Seguidores del obispo flamenco Cornelius Otto Jansen (1585-1638) que defendía la doctrina de raíz agustiniana, de la gracia irresistible sin la cual el hombre no puede guardar los mandamientos. Aunque sus doctrinas fueron condenadas por varios papas, la influencia y poder de los jansenistas —que encontraron en los jesuitas a sus mas implacables enemigos— fueron notorios en todo el siglo XVII. (*N. del T.*) <<

[28] Véase *Don Quijote*, primera parte, cap. XXX. (N. del A.) <<

[29] Aquí Moncada expresó su sorpresa ante este pasaje (que tenía más sabor a cristianismo que a judaísmo), considerando que estaba en el manuscrito de un judío. (N. del A.) <<

[30] Verídico: ocurrió en una familia francesa no hace muchos años. (*N. del A.*) <<

[31] Véase Cervantes, apud *Don Quijote, de Collibus Ubedae*. (N. del A.) <<

[32] Véase la obra de Jonson, en la que se introduce un predicador puritano, un *Banbury man*, llamado Zeal-of-the-land Busy. (N. del A.) <<

[33] Arminiano: seguidor del teólogo protestante holandés James Arminius, que se enfrentó a Calvino, especialmente en lo concerniente a la predestinación. Aunque sus doctrinas fueron condenadas en 1619, se extendieron rápidamente y fueron adaptadas por gran parte de las iglesias reformadas. (*N. del T.*) <<

[34] He residido en ese castillo durante muchos meses; está habitado aún por el venerable descendiente de esa antigua familia. Su hijo es ahora oficial mayor de justicia del condado del rey. Medio castillo fue derruido por las fuerzas de Oliver Cromwell, y reconstruido durante el reinado de Carlos II. Los restos del *castillo* son una torre de unos cuarenta pies cuadrados y cinco pies de altura, con un aposento simple y espacioso en cada planta, y una estrecha escalera que los comunica entre sí y llega hasta la atalaya. Un hermoso retoño de fresno, que he admirado muchas veces, exhibe ahora su follaje entre las piedras de la atalaya, y sólo el cielo sabe cómo ha llegado a crecer allí. El caso es que está; y es mejor verlo allí que sentir la descarga de agua hirviendo o plomo derretido desde las aberturas. (N. del A.) <<

[35] Primeros versos del citado poema de Milton. (*N. del T.*) <<

[36] Antinomiano: perteneciente a una secta protestante aparecida en Alemania en 1535 que mantenía que las leyes morales no obligaban a los cristianos, sino que estos estaban sujetos únicamente a las «leyes de la gracia» (*N. del T.*) <<

[37] Cameronianos: seguidores de Richard Cameron (¿— 1680) predicador ambulante y partidario de la liga en defensa de la religión presbiteriana. (*N. del T.*) <<

[38] Apodo por el que se conocía a George, duque de Albemarle (1608-1670), principal agente de la restauración de 1660. <<

[39] Catalina de Braganza: esposa de Carlos II (*N. del T.*) <<

[40] Véase la comedia de Wycherley *Love in a Wood* o *St. James Park*, donde se representa a la gente yendo de noche con máscaras y antorchas. (N. del A.) <<

[41] Barbara de Villiers, duquesa de Cleveland por un lado, y Louise de Querouaille, duquesa de Portsmouth, sucesivas amantes de Carlos I (*N. del T.*) <<

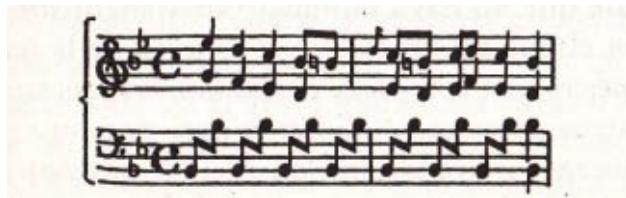
[42] El *Libro de los Mártires* de Taylor. (N. Del A.) <<

[43] Sacharissa y Amoret: heroínas de muchos poemas de Edmund Waller, que ocultaban las personalidades de sus dos amantes. (*N. del T.*) <<

[⁴⁴] Anacronismo [1682]; *n'importe*. (*N. del A.*) <<

[45] En *Cutter of Cokman Street*, de Cowley, Tabitha, rígida puritana, confiesa a su esposo que ella había bailado canarias en su juventud. Y en las *Rushworths Collections*, si no recuerdo mal, Prynne se defiende de una acusación general contra el baile, y hasta habla de las «Medidas», danza majestuosa y solemne, con cierta aprobación. (N. del A.) <<

[46] Como toda esta escena está tomada de la realidad, adjunto las notas cuya modulación es muy simple, y cuyo efecto resulta muy profundo:



(N. del A.) <<

[47] Habitantes del distrito romano de Vía Sacra (*N. del T.*) <<

[48] Irlanda, quizá. (*N. del A.*) <<

[49] Véanse los viajes de Dillon por España. (*N. del A.*) <<

[50] La famosa fábrica de vidrios de España. (*N. del A.*) <<

[51] Centinela, ¿qué hora es de la noche? Centinela, ¿qué hora es de la noche? Isaías, XXI. 11. (*N. del A.*) <<

[52] Véase la hermosa historia de Auheta, princesa de Egipto, y Maugraby el Hechicero en los *Arabian Tales*. (N. del A.) <<

[53] A juzgar por esto, parece que desconocían la historia de Elinor Mortimer. (*N. del A.*) <<

[54] Véase el drama original. (*N. del A.*) <<